

8yr  
Shev

M. Webb







**Tarás Shevchenko. Autorretrato. 1840**  
*Oleo.*



ТАРАС  
ШЕВЧЕНКО  
ВИБРАНІ ТВОРИ

ПОЕЗІЯ ТА ПРОЗА

*Ілюстрації з оригіналів Т. Шевченка*

ВИДАВНИЦТВО ПРОГРЕС  
МОСКВА

TARAS  
SHEVCHENKO  
OBRAS ESCOGIDAS

POESIA Y PROSA

*Con reproducciones de cuadros de T. Shevchenko*

EDITORIAL PROGRESO  
MOSCU

**Т. Г. ШЕВЧЕНКО**

**ИЗБРАННЫЕ ПРОИЗВЕДЕНИЯ**

**(Поэзия и проза)**

*На испанском языке*

**COMPILADO POR EL COMITE UCRANIANO  
DE LA CELEBRACION DEL ANIVERSARIO  
DE T. SHEVCHENKO**

## EL GENIAL POETA DE UCRANIA

Tarás Shevchenko es el gran genio del pueblo ucraniano. Su humanismo de signo universal, su honda entraña popular, su vigor revolucionario hacen de él un poeta querido y comprendido de los trabajadores de todos los países. Vino al mundo cuando su patria estaba dividida entre Rusia y Austria y los campesinos eran siervos, cuando su pueblo sostenía una lucha infatigable por la liberación social y nacional.

Tarás Shevchenko (1814-1861) nació en Kirílovka (provincia de Kíev), aldea situada en la parte oriental de Ucrania, que pertenecía a Rusia. Su padre era un campesino siervo. Shevchenko conoció desde la infancia la rudéza del trabajo forzado, la amargura lacerante del “mujik pobre, sin sonrisa”, rodeado por la naturaleza siempre sonriente de la opulenta Ucrania.

¿Qué pudo ver, qué pudo aprender el rapazuelo siervo? A los nueve años quedó huérfano de madre. Dos años después murió el padre. El sacristán del pueblo le enseñó las primeras letras, ya mucho para aquellos tiempos en que eran contados los siervos que las conocían. Para retribuir al sacristán y para la propia manutención tenía que andar a la brega. Ya por aquellos años infantiles reveló buenas aptitudes para el dibujo. No era simplemente esta afición propia a los niños de garrapatear, sino una de sus vocaciones. A pesar de las zurras y admoniciones, dibujaba con lápiz, tiza, carbón o cualquier cosa que valiese cuanto veía y escuchaba. Quería tener un buen maestro de dibujo, pero le llevaron a servir a casa del amo, primero de pinche de cocina y luego de lacayo. A los catorce años, con su señor, el terrateniente Engelhardt, dejó Ucrania. Por algún tiempo vivieron en Vilna. Una vez, Tarás fue duramente castigado por haberse atrevido a encender una vela y dibujar mientras el señor estaba en un baile. No obstante, Engelhardt comprendió que Tarás no sería un buen lacayo y resolvió hacer de él su “pintor de cámara”.

Shevchenko tenía diecisiete años cuando fue a San Petersburgo, la capital del Imperio Ruso, donde Engelhardt convino con el pintor Shiriáev dejárselo de discípulo durante cuatro años. En San Petersburgo, Shevchenko trabó conocimiento con el excelente pintor Karl Briulov, profesor de la Academia de Bellas Artes, con el famoso poeta Zhukovski, con el pintor Venetsiánov, con el refinado conocedor de las artes Vielgorski, con sus compatriotas el pintor Soshenko y el escritor Grebinka, que viendo el talento del joven siervo se preocuparon de él y decidieron conseguir su ingreso en la Escuela de la Academia de Bellas Artes.

Como era siervo, Shevchenko tenía cerrado el acceso a esa Escuela, pero sus amigos pagaron su rescate al terrateniente. El 22 de abril de 1838 se hizo entrega a Tarás Shevchenko del acta de liberación de la servidumbre. Su vida había cambiado.

En San Petersburgo, Shevchenko cursó la enseñanza superior artística en la Academia de Bellas Artes. Pero aunque estudiaba aplicadamente la pintura, se entregó con gran pasión a la poesía. Como reconocería más tarde, comenzó a escribir en las claras noches del verano de 1837. La poesía resultó ser la verdadera vocación de Shevchenko. En los períodos posteriores de su vida pondrá al pie de su firma el título de "pintor", dedicará muchas fuerzas y atención a las artes figurativas, al final de la vida le otorgarán el título supremo de académico de la clase de grabado, pero su pasión verdadera seguirá siendo la poesía. Es en ella donde ante todo y de modo más acusado se expresa su genio artístico y revolucionario.

En San Petersburgo nacieron las primeras poesías ucranianas de Shevchenko. Baladas románticas, elegías líricas, canciones: *La hechizada*, *Viento tormentoso*, *Corre el agua hacia el mar azul* y otras. Shevchenko continúa las tradiciones, acoge el estilo recitativo y el sistema de imágenes de los *kobzar*, los rapsodas ucranianos, a quienes en su infancia había escuchado frecuentemente. Los *kobzar* entonaban canciones populares sobre el pasado legendario de Ucrania, sobre la defensa de la patria por los cosacos libres. Ante la gente que los escuchaban aparecía la imagen heroica de los campesinos insurrectos, los *gaidamaki*. La bravura, la impavidez de aquellos hombres en la lucha por la causa del pueblo admiraban a Tarás.

Así como el *kobzar* ciego, acompañándose de su instrumento, canta al ancho Dniéper, sobre el que flota la pálida luna; a la niña abandonada por su amado; a la estepa infinita con los túmulos comunes de los campeadores; a las campañas de los cosacos; a la lucha del pueblo por la libertad y la justicia, así también Tarás Shevchenko dialoga en sus poesías con el pueblo. El tema de la lucha del pueblo ucraniano contra sus enemigos es uno de los esenciales en su obra.

En 1840 apareció en San Petersburgo un librito de poesías titulado *Kobzar*. No contenía más que ocho, pero bastaron para estremecer toda Rusia, todo el mundo eslavo. Algunas poesías primerizas vieron la luz también en el almanaque ucraniano de E. Grebinka *Lástochka* (Golondrina). Y en 1841 se publicó el libro más importante de Shevchenko, *Los gaidamaki*, poema heroico de los cosacos y campesinos ucranianos que en el siglo XVIII combatieron contra los señores feudales polacos.

Shevchenko forma un todo con la tradición literaria ucraniana: aún adolescente, lee al poeta y pensador G. Skovorodá; más tarde,



dedica una elegía *A la memoria eterna de Kotliarevski*, dirige un mensaje poético *A Osnovianenko*. También estudia los tesoros de la literatura rusa progresista: Pushkin, Lérmontov, Koltsov, Gógol (por cierto, ya en su primer período, escribe poemas en ruso). Conoce a fondo la literatura mundial. Sabíase de memoria y aun intentó traducir del polaco muchos poemas de Mickiewicz, conocía la obra de Byron. En el prefacio a una proyectada edición de *Kobzar* (1847), cita a Walter Scott y expresa su gran admiración por Robert Burns. En la novela corta *El pintor*, escrita en el confinamiento, cuando no tenía a mano ni bibliotecas ni catálogos, así como en otros escritos de aquel mismo período, menciona a Shakespeare (*La Tempestad*, *Otelo*, *Hamlet*), a Defoe (*Robinson Crusoe*), a Richardson (*Clarisse Harlowe*), a Goldsmith (*El vicario de Wakefield*), a Ossian, E. Gibbon, Byron, Ana Radcliffe (*La Abadía de Santa Clara*), Walter Scott (*Woodstock*, *Kenilworth*, *La beldad de Perth*, *Quentin Durward*, *El anticuario*), Dickens (*David Copperfield*, *Nicolás Nickleby*) y otros escritores.

Pero ni aun en *La hechizada*, la primera balada de Shevchenko que conocemos, es el poeta ucraniano un discípulo, un imitador. No hay en su poesía un período de aprendizaje. Su poema primerizo *Katerina* es una obra insuperable sobre la vida del pueblo, como *Los gaidamaki* es, en el tema histórico, una creación de alto rumbo. Desde sus inicios, es Shevchenko la figura más sobresaliente de la literatura ucraniana. Y no sólo por la genialidad del joven poeta, sino, ante todo, por el auténtico signo popular de *Kobzar*. Es característico que con este título de su primer libro de poemas se denominaran luego todos los que publicara, y que *Kobzar* llamaran también al propio poeta.

Si decimos que este libro es de signo auténticamente popular no es por el mero hecho de que esté escrito en el habla del pueblo, que se torna sillar del idioma literario ucraniano; no por su proximidad a la poesía popular ucraniana oral, rasgo que fue propio también a los románticos ucranianos. El genio popular de Shevchenko consiste en que expresa el sentir, el pensar, las aspiraciones de su pueblo. La poesía del *Kobzar* está impregnada de auténtico humanismo; la amistad entre los pueblos es uno de sus afanes señeros. Patente lo vemos en el poema *Los gaidamaki* que, como hemos dicho, trata de la lucha del pueblo ucraniano contra los señores feudales polacos. A fin de que los enemigos del pueblo ucraniano y del pueblo polaco no pudieran valerse del poema para encender las discordias nacionales, Shevchenko hace vehementes llamamientos a la unidad de estos pueblos, de todos los pueblos eslavos. Este ideal no tenía nada que ver con el reaccionario paneslavismo, con la política expansionista de la autocracia. En este mismo poema, el joven vate dice,

en lenguaje esópico, de Nicolás I, el gendarme de Europa: “el verdugo está entronizado”. La censura de Nicolás I dejó pasar estas palabras, pero la censura “liberal” de Alejandro II, al ser reeditado *Kobzar* en 1860, las suprimió por “subversivas”.

... Cuando en 1843, después de catorce años de ausencia, regresó a Ucrania, Shevchenko oyó de boca de los campesinos y *kobzars* sus canciones. El poeta visitó su aldea, conversó con sus parientes y conocidos, todavía asfixiados por el yugo de la servidumbre, viajó largamente. Todo lo que hubo de ver le estremeció.

Al regresar a San Petersburgo en 1844 trabó amistad con algunos librepensadores rusos que más tarde se agruparían en el círculo político secreto de M. Butashévich-Petrashevski (los “petrashevianos”). Shevchenko abraza las ideas de los demócratas revolucionarios, combate sañudamente la servidumbre y la autocracia. El poeta vuelve con más insistencia a la prédica de la unidad y la amistad de los pueblos eslavos: el poema *El hereje*, acerca del glorioso hijo del pueblo checo Jan Huss, *A Šafárik* y otras composiciones. Amplía esta misma idea en el poema *El Cáucaso*, llamamiento a la lucha mancomunada de todos los pueblos del Imperio Ruso contra la autocracia. El poeta arremete ásperamente contra todo el sistema del régimen de autocracia y servidumbre (el poema *El sueño*, 1844). Sus poesías *A muertos y vivos*, *El frío barranco*, *Testamento* son incitaciones a una revolución popular, campesina. No cabe ni pensar en la publicación, con la censura zarista, de los nuevos poemas de Shevchenko. El poeta los escribe en un álbum que titula *Tres años* (1843-1845).

Shevchenko se une a la sociedad política secreta llamada “Sociedad de Cirilo y Metodio”, en la cual preconiza una orientación consecuentemente revolucionaria. En 1847, la policía descubre la sociedad, detiene a todos sus componentes y los traslada a San Petersburgo. El zarismo se ensaña especialmente con Shevchenko, que es desterrado al lejano Cuerpo de Orenburgo. Nicolás I añade de su puño y letra en la sentencia: “con prohibición de escribir y pintar”. De Orenburgo, Shevchenko es enviado al batallón de Orsk.

Con este confinamiento en filas (el servicio militar duraba entonces veinticinco años), el zar se proponía matar en Shevchenko al poeta y pintor. Pero Shevchenko siguió escribiendo poesías de libertad en el calabozo de la III Sección de San Petersburgo y en la fortaleza de Orsk. El poeta se hacía unos libritos diminutos, escribía allí con letra microscópica sus composiciones y los escondía en la caña de las botas.

En el destierro encontró también Shevchenko gente humanitaria. En 1848, el capitán teniente Butákov lo incluyó en la expedición de estudio del Mar de Aral como pintor, es decir, infringió la orden

del zar. Desde el regreso a Orenburgo, el poeta se instaló en un domicilio particular y vistió de paisano.

La obra poética de Shevchenko en este período de exilio constituye una etapa superior. En la pardusa y calcinada estepa recuerda con delicada melancolía su patria, la lejana Ucrania, el ancho y libre Dniéper, las jóvenes campesinas ultrajadas por los señores de horca y cuchillo. Por su mirada va pasando una y otra vez la gloriosa historia de la patria, su triste situación en la época de la servidumbre; el poeta sueña con un futuro mejor para Ucrania, con una insurrección campesina que triunfara sobre los zares y los terratenientes. En el destierro crea figuras típicas del señoraje (*La princesita*, *Marina*, *A P. S.*), caracteres de vengadores del pueblo (*Marina*, *El fugitivo*, *¿Te asustarás, amor mío...?*), hace llamamientos a derrocar la autocracia (*Zares*). En el destierro tenía muchos amigos entre los revolucionarios polacos, a quienes está dirigida la composición *A los polacos* (*Cuando aún éramos cosacos*). En sus poesías de la época de permanencia en Orenburgo y Orsk —situadas en Kazajstán— encontramos infinidad de expresiones de cálido afecto al pueblo kazajo, y éste está presente en muchos de sus dibujos. Shevchenko sigue siendo allí el poeta de la amistad de los pueblos.

Por denuncia de un oficial volvió a ser detenido en 1850, devuelto a Orsk y, después de ser estudiado su expediente, deportado al batallón que prestaba servicio en la lejana fortaleza de Novopetrovsk (hoy Fort Shevchenko, península de Manguishlak, en la costa oriental del Caspio). En el segundo período de confinamiento escribe novelas cortas en ruso, con la esperanza de poderlas publicar en las revistas rusas. Algunas de ellas son refundiciones en prosa de los poemas *La criada*, *El fugitivo*, *La princesita*; pero en su mayoría tienen trama original: *El músico*, *El pintor*, *Paseo*, y contienen abundantes elementos autobiográficos. La suerte de estas narraciones del “Kobzar Darmográi” —como firmó Shevchenko algunos de estos escritos— fue adversa: ninguna de estas obras apareció en vida del autor.

Después del fallecimiento de Nicolás I, la amnistía decretada para los deportados políticos no alcanzó inmediatamente a Shevchenko, quien fue liberado del confinamiento merced a prolongadas e insistentes gestiones de sus amigos rusos, y aún tuvo que residir largo tiempo en Nizhni Nóvgorod (hoy Gorki) porque no se le permitió vivir en la capital.

Cuando tuvo noticia de su liberación, Shevchenko comenzó a escribir su *Diario*, singular documento que nos ofrece el retrato vivo de un pensador y demócrata revolucionario intransigente. En el barco en que viajaba de regreso, el funcionamiento de la máquina de vapor sugiere al poeta un pensamiento profético sobre el significado del progreso técnico y científico: “¡Oh, gran Fulton, oh, gran Watt!

Vuestra creación, que prospera velozmente, pronto se engullirá el *knut*, los tronos y las coronas; y como el chiquillo que se recrea con un caramelo, mordisqueará a los diplomáticos y terratenientes. Lo que comenzaron en Francia los enciclopedistas será coronado en todo nuestro planeta por vuestra titánica y genial obra. Mi profecía es inquestionable”.

Al llegar a San Petersburgo se puso en contacto con los hombres más notables de aquella época: los demócratas revolucionarios rusos Chernishevski y Dobroliúbov y el polaco Sierakowski.

La poesía de sus últimos años de vida refleja la llamarada de las insurrecciones populares, campesinas, la situación revolucionaria en la Rusia anterior a la reforma, de 1859-1861. Utiliza profusamente motivos e imágenes bíblicas para la denuncia encendida del régimen, para hacer llamamientos revolucionarios: *Los neófitos*, *María*, múltiples “imitaciones” de Isaías, Ezequiel, etc. En la composición *Hasta ahora, gozo de buena salud* disuade al pueblo de poner esperanzas en la reforma prometida por el zar e incita a conseguir con el hacha en la mano su deseada libertad. En el poema *El iluminado* pregunta:

¿Cuándo vendrá nuestro Washington  
y cuándo triunfará la razón?  
Yo no sé, pero deciros quiero  
¡que con ansiedad lo espero!

Para Shevchenko, este nombre era el símbolo de la república, de la Constitución.

Una eminente página de la vida de Shevchenko es su amistad con el notable actor inglés Ira Aldridge, negro africano de origen, que actuó en San Petersburgo en diciembre de 1858. El poeta quedó admirado de su formidable arte en los dramas de Shakespeare, y él y algunos amigos suyos le tributaron tan calurosas ovaciones, que suscitaron la protesta del público ceremonioso. Poco después Shevchenko y Aldridge se conocieron en casa del pintor Fiódor Tolstói, vicepresidente de la Academia de Bellas Artes, y se hicieron amigos inseparables. Juntos cantaban canciones negras y ucranianas. Shevchenko hizo un retrato a pluma de Aldridge, en el cual figura la firma del gran actor. Refiriéndose a la amistad de estos dos hombres, la hija de Tolstói escribió en sus memorias: “Además del parecido de los caracteres, había mucho de común en ambos, cosa que les atraía recíprocamente; uno había sido siervo en su juventud, el otro pertenecía a una raza desdeñada; el uno y el otro habían padecido muchas amarguras, ambos sentían afecto por el pueblo desheredado”.

En 1859 se permitió por fin a Shevchenko el ir a Ucrania. El poeta visitó a sus familiares, que seguían siendo siervos, pero poco

después fue detenido por “blasfemo”, trasladado a Kíev, interrogado y puesto en libertad a condición de que se fuera de Ucrania.

Los diez años de duro destierro habían minado la salud del poeta. Shevchenko fallece a los cuarenta y siete años de edad. Se le enterró en San Petersburgo, y luego, cumpliendo su *Testamento*, fueron trasladadas sus cenizas a Ucrania, y el 22 de mayo de 1961 dióseles tierra en un monte que domina el Dniéper, cerca de Kánev, ciudad donde deseaba vivir con su familia. El pueblo alzó sobre su tumba un alto túmulo. En 1939 habíase erigido allí un bello monumento. La tumba de Shevchenko es venerada por todos los trabajadores del mundo.

En la Unión Soviética se cubre de honores la memoria del gran rapsoda del pueblo ucraniano. Se han creado varios museos de Tarás Shevchenko e instituido premios de literatura y pintura que llevan su nombre.

Shevchenko es también ampliamente conocido en el extranjero. La primera mención de él la encontramos ya en los años cuarenta del siglo pasado. Luego es traducido al polaco (1860), al checo (1860), al búlgaro (1863), al servio (1868), al alemán (1870), al francés (1876); gran número de traducciones de obras de Shevchenko existen en los países de habla inglesa.

También se le conoce en los países de habla española. En 1877, el filólogo ucraniano B. Lesévich publicó en la *Ilustración Española* cuatro artículos sobre el gran *Kobzar*. En la Enciclopedia Universal ilustrada europeo-americana de Espasa Calpe (1929) aparece un extenso artículo sobre Shevchenkó, aunque, ciertamente, se le llama poeta ruso.

En catalán aparecieron dos artículos sobre Shevchenko en los periódicos *La Humanitat* (1935, 24, 11) y *La Publicitat* (1935, 26, 11). En un artículo aparecido en la revista *El Matí* (1935) con el título *Txevtxenko, poeta nacional d'Ucraina* se traducen en prosa algunos fragmentos de sus composiciones poéticas. Hay traducciones poéticas en portugués en el libro: *Taras Shevchenko, sua vida e obras* (1936).

Diversos poetas españoles han traducido las obras de Shevchenko que figuran en esta colección.

La popularidad de Shevchenko avanza hacia el Oriente. El escritor vietnamita Nguen Kong Joan, secretario de la Unión de Escritores, dice: “Aunque una inmensa distancia separa mi país de Ucrania, en mi patria conocemos bien y apreciamos a Shevchenko”.

El conocido poeta progresista japonés Teisuku Shibuya se interesó ya en su juventud por la obra de Shevchenko, al que dedicó su libro *Canciones en el campo*: “Dedico este trabajo a Tarás Shev-



chenko y a mis hermanos y hermanas que sufren. 3 de octubre de 1924”.

En 1961 fue reeditado en Tokio este libro de Shibuya. En el prefacio, el tratadista de literatura Hideo Odagari dice: “Considero significativo el hecho de que ya en 1924, un joven poeta japonés dedicara sus poemas al poeta siervo Tarás Shevchenko. El excelente poeta que es Shevchenko lo vemos en su *Kobzar*, editado por la casa Heibonsha en 1950”. La edición aquí mencionada constituye el tomo doce de la serie *Joyas de la poesía mundial*. La traducción, sin rima, expresa con su cadencia y melodía la sonoridad del original.

En abril de 1961 se celebró en Tokio un acto dedicado a Shevchenko, en el cual hicieron uso de la palabra personalidades y escritores progresistas japoneses y Olés Gonchar, presidente de la Unión de Escritores de Ucrania.

Shevchenko es también conocido en la India, China y otros países orientales.

Como he dicho ya, nuestro poeta es bastante conocido en el continente americano. En 1961, con motivo del centenario de la muerte de Shevchenko, se celebró un acto en Nueva York, al que asistieron representantes de muchas nacionalidades, y en el cual, el pintor Rockwell Kent pronunció las siguientes palabras: “Soy pintor americano y americano de los pies a la cabeza, pero lo que he visto de la obra pictórica de Shevchenko y lo que de él conozco en poesía suscita honda admiración a su talento y su creación. Me enorgullezco de esta obra como si yo fuera ucraniano”.

La causa de esta admiración ha sido muy sagazmente revelada por el poeta turco Nazim Hikmet: “¿Por qué en ocasiones el poeta de un idioma se torna poeta de todos los idiomas, pese a que traducir es obra muy delicada y el idioma natal es la mitad de la poesía? Porque la otra mitad de la poesía de poetas como Shevchenko es tan nacional e internacional, tan humana, tan singular y tan asequible a todos, que esta mitad de la manzana de la poesía de Shevchenko gusta a todos los pueblos”.

He aquí por qué la palabra de Shevchenko recorre el mundo y su obra genial le sitúa al lado de las figuras más ilustres de la literatura universal.

*Evgueni Kiriliuk, Premio Lenin,  
Individuo correspondiente de la  
Academia de Ciencias de Ucrania.*

VERSOS



## LA HECHIZADA

Ruge y gime el ancho Dniéper,  
aúlla el viento enojado,  
olas alza como montes,  
doblega los sauces altos,  
y en tanto, la luna pálida  
entre las nubes asoma  
como frágil barquichuela  
que va a merced de las olas.  
Aún los gallos no cantan,  
está dormida la aldea,  
el roble cruje al doblarse,  
solo el mochuelo está en vela.

Cerca de aquel bosquecillo  
que negrea junto al agua,  
algo blanco se movía  
al pie de la alta montaña.  
Quizá en busca de su madre  
salió del agua una ondina,  
quizá espere a su cosaco  
para gozar sus caricias.  
No es ondina, es una moza  
la que va por la ribera;  
sin saber lo que se hace,  
vaga como una alma en pena.  
Una hechicera dispuso,  
usando de malas mañas,  
que la moza aquella noche  
a su cosacó esperara,  
al cosaco jovencito  
que la dejó abandonada.  
Le prometió volver pronto,  
mas puede que ya esté muerto.  
Quizá no con seda fina

sus bellos ojos cubrieron;  
las lágrimas de la moza  
el rostro de él no han lavado;  
quizá sacaron los cuervos  
aquellos ojos castaños;  
quizás aquel cuerpo blanco  
de los lobos fuera presa. . .  
Esa es su maldita suerte,  
en vano la moza espera. . .  
No escuchará las palabras  
del mozo de cejas negras;  
él no le atará el pañuelo  
ni le deshará las trenzas,  
y no en la cama, en la tumba  
ha de acostarse la huérfana.

Esa es su negra suerte. . . ¡Ay, Dios mío querido!,  
¿por qué siendo tan joven así tú la castigas?  
¿Por amor? ¿Por dejarse prender de los encantos  
de unos ojos cosacos?. . . ¡Perdona a la huerfanita!  
¿A quién amar entonces? Padres ella no tiene.  
Es sola como un pájaro que está en lejana tierra.  
¡Prodígale la dicha, tan jovencita es!. . .  
Si no, la gente extraña podrá reírse de ella.  
¿La paloma es culpable de que al palomo ame?  
¿Es culpable el palomo muerto por el halcón?  
Triste está la paloma. La luz del día esquiva.  
Zurea, busca, vuela, cree que él se extravió.  
¡Vuela muy alto, vuela, la dichosa paloma:  
preguntar por él puede incluso al mismo Dios!  
¿A quién la huerfanita, a quién va a preguntar?  
¿Quién se lo va a decir? ¿Es que hay alguien que sepa  
en qué bosque el amado pasa la oscura noche,  
en qué aguas del Danubio a su caballo abreva?  
O acaso esté con otra, acaso ama ya a otra,  
y de ella, su morena, no se acuerde en la vida.



Si tuviera unas alas de águila se iría  
más allá de los mares, y a su amado hallaría.  
Ahogarí a la otra. Y si estuviera muerto,  
para estar junto a él se echaría en la tumba.  
El corazón no quiere compartir los amores,  
no quiere que el mandato de Dios sea ley suya :  
sufre, sufre en la vida dolores y tristezas,  
mas vivir y sufrir el corazón no quiere.  
¡Oh, Dios mío querido, ésa es tu voluntad,  
ésa es la dicha de ella, tal es su amarga suerte!

Vagando sigue, mudos sus labios.  
El ancho Dniéper tranquilo está;  
el viento rasga las negras nubes,  
descansa el río en brazos del mar.  
Y allá en el cielo la luna brilla,  
reina el silencio y la soledad.  
Se oye en las aguas un chapoteo,  
surgen del río junto a un juncal  
unas chiquillas: cañas por trenzas,  
por ropa llevan la luz lunar.  
“¡A calentarnos —gritan corriendo—  
que el sol se esconde en el bosque ya!”

. . . . .  
Llama la madre a sus hijas:  
“¿Estáis todas, hijas mías?  
Vamos a buscar la cena;  
cantemos una canción  
y alegremos nuestra vida”.

“¡Ay, ay, ay!,  
espíritu del juncal.  
Mi madre me parió a mí,  
me dejó sin bautizar.  
Lunita,  
medallón de cobre,  
ven a cenar con nosotras,

lucerito de la noche.  
El joven cosaco está  
en el cañaveral,  
anillo lleva de plata;  
jovencito, morenito,  
en el bosque ayer lo vimos.  
Para que estemos alegres,  
lunita, tú alumbras el campo  
mientras las brujas aún vuelan,  
mientras no cantan los gallos.  
Alúmbranos. . . que el cosaco  
algo busca bajo el roble.

¡Ay, ay, ay!  
espíritu del juncal.  
Mi madre me parió a mí,  
me dejó sin bautizar”.  
Ríen, gritan las muchachas,  
y el bosque el eco recoge;  
hacia el roble, como locas,  
las no cristianadas corren.  
Miran arriba porque alguien  
por el tronco a lo alto trepa.  
Tal vez es aquella joven  
que vagaba soñolienta.  
Llega a la copa, se yergue,  
mira hacia todos los lados;  
el corazón se le para,  
de nuevo vuelve hacia abajo.  
Calladas, alrededor  
del roble están las ondinas,  
la toman entre sus manos,  
con ternura la acarician.  
Estuvieron largo rato  
contemplándola, admiradas.  
Ki-ki-ri-kí, canta el gallo.  
Se sumergen en el agua.

Alta, volando en el cielo,  
trina, matinal, la alondra;  
posado en el roble, canta  
el cuclillo, y da la hora;  
trina el ruiseñor. La luna  
se oculta detrás del bosque;  
de rojo se tiñe el cielo,  
cantan ya los labradores.  
Donde los *panes* polacos  
pasaron segando vidas,  
azulean sobre el Dniéper  
las altas tumbas dormidas.  
Susurra el bosque. Se agitan  
los arbustos junto al río.  
Y la moza bajo el roble  
duerme al lado del camino.  
Duerme, duerme, pues no oye  
cómo el cuclillo de súbito  
vuelve a cantar en el árbol.  
¡Duerme con sueño profundo!

Y de pronto, en la mañana,  
sale del bosque un cosaco.  
Avanza difícilmente  
montado en negro caballo.  
“Derregado, amigo, vienes.  
Descanso hoy tendrán tus piernas.  
Cerca está la casa donde  
la moza abrirá la puerta.  
Mas puede que la haya abierto  
y no a mí, tal vez a otro. . .  
¡De prisa, prisa, caballo,  
a la casa llega pronto!”  
Agotado está el caballo,  
tropieza. Sufre el jinete. . .

En su pecho es el dolor  
como enroscada serpiente.  
“Ahí está el roble, el mismo roble. . .  
¡Y ella también, oh, Dios mío!  
¡Fijaos, mi bien amada  
esperando se ha dormido!”  
Deja el caballo. “¡Dios santo!”  
—exclama cuando se acerca—. . .  
“¡Oh, Dios del cielo, qué es esto!”  
La llama, la abraza y besa. . .  
Pero ya todo es en balde.  
“¿Por qué me fui de tu lado?. . .”  
Loco está, toma carrera,  
y se estrella contra el árbol.

Las segadoras al campo salen  
y en el camino cantando van:  
cómo la madre acompaña al hijo,  
de cómo el tártaro luchaba audaz.  
Andan y andan, y bajo el roble  
ven que un caballo agotado está  
y que una moza con un cosaco  
yacen inmóviles sobre el yerbal.  
A ellos se acercan furtivamente:  
las mozas tienen curiosidad,  
y al cerciorarse que son dos muertos  
huyen de espanto de aquel lugar.

Juntas las amigas iban  
enjugándose las lágrimas,  
y cavaban los cosacos  
la tumba del camarada.  
Los sacerdotes vinieron,  
y tañeron las campanas.  
Todos fueron al entierro  
como las costumbres mandan.

Junto al camino, las tumbas  
fueron sembradas de trigo.  
El motivo de la muerte  
nadie podía decirlo. . .  
Plantaron sobre el cosaco  
un sicómoro y un tilo,  
y en la tumba de la moza  
un rojo y bello sauquillo.  
Para cantar junto a ellos  
viene volando el cuclillo,  
el ruiseñor les dedica  
sus más armoniosos trinos  
hasta que asoma la luna  
y las ondinas del río  
salen del Dniéper buscando  
calor a sus cuerpos fríos.

*San Petersburgo, 1837 (?)*



\* \* \*

Canciones,  
canciones mías. . .  
¡La tristeza me traéis!. . .  
¿Por qué en renglones sombríos  
os grabáis sobre el papel?  
¿Por qué el viento huracanado  
no os aventó por la estepa  
y en sueños, como a hijo propio,  
por qué no os ahogó la pena?. . .

Hijas sois de la desdicha,  
nacisteis para el escarnio,  
y lágrimas de dolor  
profusamente os bañaron.  
¿Por qué las lágrimas esas  
no os ahogaron en el mar  
ni aventaron por los campos?  
Nadie haría entonces mofa  
de este dolor de mi pecho,  
ni nadie preguntaría  
por qué maldigo la suerte,  
por qué este mundo aborrezco,  
ni afirmaríais rotundo  
“no tiene nada remedio”.

Flores mías,  
hijas mías,  
¿por qué os crié y amé tanto?  
¿Existe otro corazón  
que llorara como el mío  
con vosotras vuestro llanto?  
Quizás en algún lugar

lloren unos bellos ojos  
castaños por mi dolor.  
Quizá al leer mis canciones  
se estremezca de pesar  
un juvenil corazón.  
Otra cosa yo no pido.  
Yo sólo pido una lágrima  
de algunos ojos castaños  
que comprendan mis dolores  
y seré, no lo dudéis,  
el señor de los señores. . .

Canciones,  
canciones mías. . .  
¡La desgracia me traéis! . . .

---

Por unos ojos castaños  
y por unas cejas negras  
latía mi corazón  
y desechara la pena.  
Con rapidez se vertía,  
como puro manantial,  
hablando de oscura noche  
y del verde cerezal,  
hablando de las caricias  
de una moza pura y bella,  
de los túmulos alzados  
en las inmensas estepas,  
de Ucrania, la tierra nuestra. . .  
No quiere mi corazón  
cantar en la tierra ajena,  
ni reunir en consejo  
a las tropas de cosacos.

con sus mazas y banderas  
en algún bosque nevado.  
Que de confín a confín  
vuelen las almas cosacas  
por las estepas sin fin  
de la alegre y ancha Ucrania.  
Cual rugió la libertad  
pasada, el Dniéper ruge,  
ancho, como el mismo mar.  
Ruge el agua de los rápidos,  
las estepas y los túmulos  
rugen. Aquí los cosacos  
crearon su libertad.  
Caracoleó a sus anchas  
por allí la libertad,  
de tártaros y polacos  
el patrio suelo sembró  
y se tumbó a descansar.  
Mientras tanto en Ucrania  
se alzó un túmulo en la estepa  
que incansable, noche y día,  
un águila negra vela.  
Le dedican sus canciones  
los bardos, los pobres ciegos,  
y todo lo que ocurrió  
cantando cuentan al pueblo.  
Ellos cantan y yo lloro  
por mi Ucrania, sólo lloro,  
no sé encontrar las palabras.  
¡No quiero pensar en penas!  
Aquel que a la gente mira  
con los ojos de su alma  
le parecerá un infierno  
el mundo que nos rodea.  
Y en el otro. . .

No ha de darme la añoranza  
la dicha que yo no tengo,  
mientras que vivan mis males  
los esconderé en el pecho.  
Dentro de mi corazón  
meteré la cruel serpiente,  
que no la vean reir  
mis enemigos de siempre.  
Quiero que mi pensamiento  
grazne alto, como un cuervo.  
Quiero que mi corazón  
lllore y cante sin cesar  
lo mismo que un ruiñeñor.  
Mas que cante con voz queda,  
no vaya a oírlo la gente  
y se ría de mis penas. . .  
Mis lágrimas no enjuguéis,  
que rieguen la tierra ajena  
hasta que los sacerdotes  
cubran con ajena arena  
mis ojos. Mas ¿qué hacer?  
Mas ¿qué hacer si los recuerdos  
no ahuyentan de mí la pena?  
¡Quien a huérfanos envidia  
con razón Dios los castiga!

---

Canciones,  
canciones mías.  
¡Flores mías, hijas mías!  
Os crié, os he cuidado,  
mas decidme, por piedad,  
¿dónde podría dejaros?  
Id a Ucrania, a nuestra Ucrania,  
id allá, huérfanos míos,

que yo aquí pereceré.  
Allá en Ucrania hallaréis  
un corazón que os comprenda  
y palabras cariñosas,  
la verdad pura, y quizá  
también hallaréis la gloria.

Ucrania, madre entrañable,  
da cobijo en tu regazo,  
igual que a criaturas tuyas,  
a mis hijos insensatos.

*San Petersburgo, 1839*

## PEREBENDIA<sup>1</sup>

¿Conocéis a Perebendia,  
a ese viejo ciego?  
Toca por doquier la *kobza*<sup>2</sup>  
el pobre andariego.  
¡Cómo admira y quiere el pueblo  
a esos trovadores  
que, aun padeciendo, disipan  
ajenos dolores!  
Junto a un cercado duerme  
y se pasa el día  
no tiene hogar en el mundo. . .  
Que el hado se ría  
de sus canas y pobreza,  
¿y eso a él qué le importa?  
Canta: “No susurres, prado. . .”<sup>3</sup>,  
todo lo soporta.  
Pensando en su desamparo,  
en la vida terca,  
se entristece el viejo junto  
a la vieja cerca. . .  
El es así, a cada instante  
otro rumbo toma:  
Empieza a cantar a *Chaly*<sup>4</sup>  
y torna a la *Paloma*.  
Ofrece *Grits*<sup>5</sup> a las mozas  
en el verde prado  
y en la taberna, a los mozos,  
un dicho salado. . .  
Si plañen los desposados  
en la alegre fiesta,  
allá va el canto del *Alamo*  
y el de la *Floresta*.  
En el mercado de *Lázaro*  
canta la tonada

y del día en que la heroica  
*Sechs*<sup>6</sup> fue destrozada.  
Ese es nuestro Perebendia,  
bardo viejo y raro,  
que ora ríe, ora llora  
en su desamparo.  
Sopla el viento, sopla raudo,  
el campo al cruzar,  
y en un túmulo la *kobza*  
puntea el *kobzar*<sup>7</sup>.  
La estepa a la mar semeja,  
azul y bravía,  
y los túmulos se pierden  
en la lejanía.  
El viento agita las canas  
soplando al azar,  
mas se calma al escuchar  
la voz del *kobzar*,  
su risa en el alma, su llanto en los ojos,  
el viento los oye: que el viejo ha venido  
al fúnebre otero huyendo de enojos:  
él quiere ser sólo por la estepa oído,  
que no oiga la gente la voz laudatoria  
del corazón libre que se alza encendido  
dedicando a Dios canciones de gloria.  
Cual águila fuerte cruzando los montes,  
rozando las nubes, se posa en el sol  
para preguntarle por sus horizontes  
y de dónde toma su suave arrebol.  
Percibe el murmullo del mar, su lamento,  
el túmulo en silencio, el bello vergel,  
y vuelve a los cielos: huye del tormento  
de una tierra donde no hay sitio para él.  
El todo lo sabe, todo lo adivina:  
lo que la mar dice, adónde el sol camina,  
y que el mundo entero con el sabio es cruel.

Está siempre solo, como el sol en lo alto,  
le conocen todos, mas sin comprender,  
pues lo juzgarían de su juicio falto  
al oír sus cantos al atardecer.

Pues mofaríanse del verbo divino  
y lo arrojarían de nuevo al camino:  
“¡Anda, ve, chiflado, al mar a tañer!”

Haces bien, mi *kobzar*,  
buen padre querido,  
en platicar y cantar  
en tu muerto nido.  
vete allí, palomo mío,  
pues hasta que no se duerme  
el corazón, canta quedo  
ante el mundo, inerme.  
Para que no te rehúyan  
sigue callandico,  
y si el señor te lo manda, salta,  
que para eso es rico.

Ese es nuestro Perebendia,  
bardo viejo y raro,  
que ora ríe, ora llora  
en su desamparo.

*San Petersburgo, 1839*



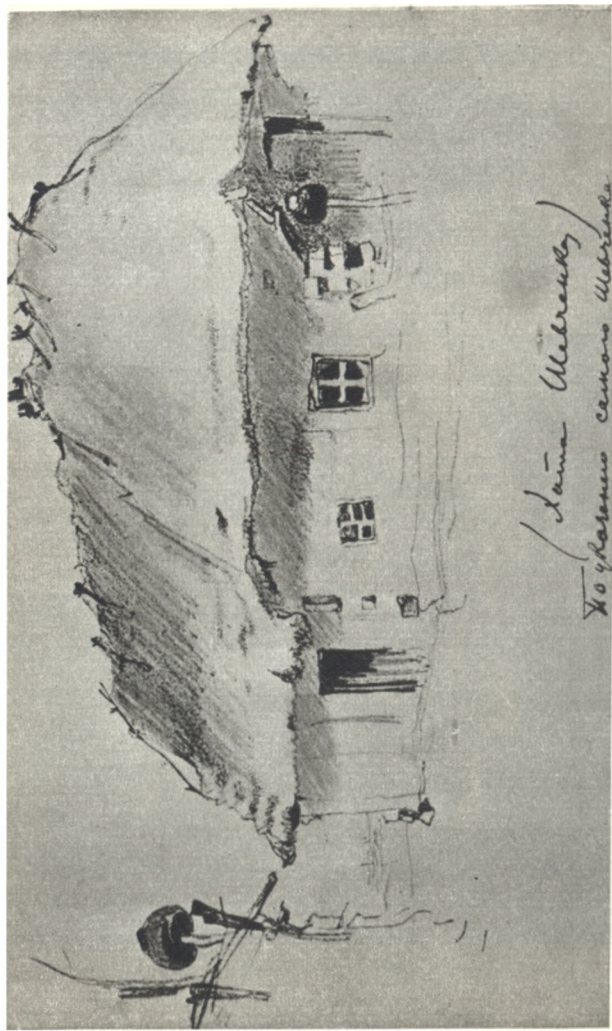
## KATERINA

*A Vasili Andréievich Zhukovski,  
en memoria del 22 de abril  
de 1838<sup>1</sup>*

### I

Enamoraos, morenas,  
pero no de los *moskals*<sup>2</sup>,  
pues ellos son gente ajena  
que os traerán sólo el mal.  
Amor para ellos es juego,  
y con esas bromas gozan.  
A Moscú se marchan luego  
y aquí se queda la moza. . .  
Y si sola en sus trabajos  
fuese. . ., mas la madre buena  
que al mundo de Dios la trajo  
puede morirse de pena.  
El alma con una herida  
canta, y sabe por qué.  
La gente exclama: ¡Perdida!,  
porque nunca al alma ve.  
Enamoraos, morenas,  
pero no de los *moskals*,  
pues ellos son gente ajena  
que sólo se mofarán.

Katerina no hizo caso  
del consejo de sus padres.  
Se enamoró de un *moskal*  
como el corazón bien sabe.  
De un joven oficialillo  
se enamoró de repente.  
Iba al huerto, y su destino  
allí cambió para siempre.



La casa de la aldea Kirílovka, donde vivía  
Shevchenko cuando era niño.

*I. ápi:.*



Katerina. 1842.  
*Oleo.*

La llama a cenar la madre,  
pero la hija no la oye;  
juega con el militar  
y con él pasa la noche.  
Cuántas veces con amor  
sus pardos ojos besaba. . .  
Y así fue que por la aldea  
se extendió su mala fama.  
¡Pues que la gente murmure  
cuanto quiera! Ella ama,  
y no ve cómo furtiva  
se le acerca la desgracia.  
Llegaron malas noticias:  
el clarín llama a la guerra.  
Se va el *moskal* a Turquía,  
y a Katria en estado deja.  
Es igual, nada le importa,  
por su amor vive en el mundo,  
por el amado se puede  
cantar y sufrir con gusto.  
El le prometió al marcharse  
que si volvía con vida  
de la guerra, iba a llevarla  
a Moscú, y se casaría.  
Mientras tanto, que la gente  
murmure cuanto le plazca,  
Katerina no se apena;  
sólo se enjuga una lágrima  
porque las mozas del pueblo  
van por la calle cantando,  
y ella no puede con ellas  
ir agarrada del brazo.  
Katerina no se aflige.  
Ya de noche, toma el balde  
y va hasta el pozo por agua.  
¡Que nadie la vea, nadie!

Se pone bajo un sauquillo  
y a solas canta a su *Grits*;  
de tal modo canta y ruega  
que el árbol llora al oírla.  
Contenta regresa a casa  
porque no la ha visto nadie.  
No está triste Katerina:  
del mañana nada sabe.  
Envuelta en nuevo pañuelo,  
sin cesar, por la ventana  
mira Katerina, mira. . .  
y más de medio año pasa.  
Empieza a sentir dolores,  
mal respira, mal se siente. . .  
Pasa unos días en cama,  
y por fin a un niño mece.  
Malas lenguas, a la abuela  
insinúan con malicia  
que ya los *moskals* regresan  
y que duermen con su hija.  
“A una morena zagala  
tienes que ya no está sola,  
al hijo de un moscovita  
detrás del horno le arrolla.  
A un hombre de cejas negras—  
—dicen las viejas comadres—  
le acogió con mil amores. . .  
Acaso tú la enseñaste. . .”  
¡Malditas seais, mujeres,  
que tengáis la mala estrella  
de esa madre que a luz dio  
un hijo que es mofa vuestra!

Katerina, qué profundo  
es tu dolor hecho sueños.

¿Dónde vas por este mundo  
con tu huérfano pequeño?  
¿Quién va a ayudarte en tu pena  
sin el amado contigo?  
Los padres son gente ajena  
y vivir aquí, un castigo.

Se levanta Katerina,  
por la casa van sus pasos;  
mira en silencio a la calle,  
mece al niño entre sus brazos.  
¿Acaso no vendrá nunca?  
Mira y mira, y no aparece. . .  
Iría a llorar al huerto,  
mas la vería la gente.  
Y cuando se oculta el sol,  
sale al huerto silencioso;  
en sus brazos lleva al niño  
y una mirada echa en torno.  
“Allí la instrucción hacían,  
eran aquí los coloquios,  
y allá, allá, hijo mío. . .”  
Y no se lo dice todo.

En el huerto reverdecen  
los guindos y los cerezos.  
Igual que antes, Katerina  
sale de casa de nuevo.  
Mas no canta como antes,  
no canta como cantaba  
esperando al oficial  
bajo las frondosas ramas.  
No canta la moza ya,  
maldice su suerte negra,  
y mientras, desafortadas,  
murmuran las malas lenguas.

Mas ella, ¿qué puede hacer?  
Si estuviera aquí su dueño. . .  
pondría a la insidia coto,  
pero el mozo está tan lejos. . .  
No oye nada, no ve cómo  
malas mujeres chismosas  
se ríen de ella en la aldea,  
cómo Katerina llora.  
¿Puede ser que más allá  
del Danubio ya esté muerto?  
¿O puede ser que en Moscú  
a otra su amor ofrezca?  
No, no, su amado no ha muerto.  
Vivo está, y ella lo espera.  
¿Dónde ha de hallar tales ojos?  
¿Dónde otras cejas más negras?  
Ni en Moscú ni donde esté,  
ni tampoco en la otra orilla  
del mar, ni en el fin del mundo  
hay otra cual Katerina,  
pues supo la madre darle  
para su gran infortunio,  
todo, unos ojos castaños,  
bellas cejas, mas no supo  
la suerte, la dicha darle,  
y sin la suerte y su amparo  
su blanca tez es lo mismo  
que florecilla en el campo:  
el sol la quema, la seca,  
la agita el viento con saña,  
la pisotea el que quiere,  
y el que desea la arranca.  
Lava en lágrimas tu rostro  
por el dolor ya marchito,  
pues han vuelto los soldados,  
pero por otros caminos.

## II

A un extremo de la mesa  
está su padre sentado  
sin querer la luz del día  
ver, de pena cabizbajo.  
Junto a él, la vieja madre  
está sentada en un banco.  
A la hija en un murmullo  
le pregunta sollozando:  
“¿Qué hay de la boda, hija mía,  
dónde está, dónde, tu amado,  
dónde los casamenteros,  
el alcalde, los boyardos?  
¡Están todos en Moscú!  
Pues allí vete a buscarlos.  
Y no digas a la gente  
que tienes madre, cállatelo.  
Maldita sea la hora  
que al mundo te eché gritando.  
Si lo hubiera yo sabido  
antes yo te hubiera ahogado. . .  
Así no hubieras podido  
caer rendida en sus brazos.  
Ahora del *moskal* eres,  
eres mujer de soldado. . .  
¡Hijita mía querida,  
mi florecilla del campo,  
como a un tierno pajarillo  
te he criado en mi regazo  
para la desdicha mía!. . .  
¿Y tú qué has hecho entre tanto?  
¿Me lo agradeces así?  
¡Vete, pues, de nuestro lado!  
En Moscú busca a tu suegra  
ya que no me hiciste caso,



vete, búscala, salúdala,  
pídele que te dé amparo,  
y que al menos, hija mía,  
feliz seas entre extraños.  
Y aquí, de lejanas tierras,  
no vuelvas en largos años. . .  
¿Pero quién me enterrará  
si tú no estás a mi lado?  
¿Quién sus lágrimas de hija  
vertirá sobre el sudario?  
¿Quién va a plantar en mi tumba  
un sauquillo verde y blanco?  
¿Quién sin ti recordará  
mi alma llena de pecados?  
¡Hija querida, dirige  
hacia otra parte tus pasos!  
Vete de aquí. . .”

Bendecirla

casi no pudo su mano:  
“¡Pues que Dios sea contigo!”,  
y cayó al suelo en el acto. . .

Y entonces el viejo padre  
de luengos cabellos blancos,  
exclamó:

“¡Qué esperas ya  
para encaminar tus pasos!”  
Y a sus pies cae Katerina  
casi ahogada por el llanto:  
“¡Perdóname, padre mío,  
pues yo no he hecho nada malo!”  
“Que Dios y la buena gente  
te perdonen tus pecados.  
Por él reza, y vete ya,  
mejor vivirá este anciano”.

A duras penas, del suelo  
Katerina se levanta,  
y en silencio, lentamente,  
sale de la vieja *jata*.  
A los padres, el dolor  
el corazón los traspasa.  
Se va al huerto, al cerezal,  
a Dios reza una plegaria.  
Toma un puñado de tierra  
y con devoción la guarda.  
“No volveré más aquí  
—de dolor transida exclama—,  
me enterrarán algún día  
gente extraña en tierra extraña,  
y este puñado de tierra  
caerá en mi tumba olvidada,  
y de mi suerte y mi pena  
hablará a todos mañana.  
¡Calla tú, tierra querida,  
no cuentes a nadie nada!  
Que me entierren donde sea,  
mas que en la tierra lejana  
mi nombre de pecadora  
de boca en boca no vaya.  
No lo dirás tú, hijo mío,  
no dirás quién, desgraciada,  
fue tu madre. . .

¡Qué desdicha!  
¿Dónde mi cuerpo y mi alma  
he de esconder, hijo mío?  
Lo esconderé bajo el agua,  
y así entre la gente, huérfano,  
con tu vida solitaria  
expiarás por el mundo  
mis pecados y mis faltas. . .”

De la aldea, Katerina  
sale derramando lágrimas;  
en la cabeza, un pañuelo;  
al hijo con fuerza abraza.  
El corazón se le oprime,  
mira atrás, vuelve la cara;  
como un solitario álamo,  
en el camino se para,  
y cual gotas de rocío  
son sus lágrimas amargas,  
y tras ellas no ve el mundo,  
ve sólo al hijo que amparan  
sus brazos. Lo besa y llora,  
y él no sabe nada, nada,  
al aire agita su mano  
y el pecho busca con ansia.  
Tras el bosque el sol se oculta  
y el cielo en rojo se abrasa.  
Ya Katerina se enjuga  
las lágrimas de su cara;  
por última vez, la aldea  
contempla, y pónese en marcha. . .  
Sueña, sueña, sólo sueña.  
En la aldea abandonada,  
de ella hablaron mucho tiempo,  
pero ya aquellas palabras  
los padres no las oyeron:  
la muerte a veces se apiada.

No todo en el mundo brilla,  
unos a otros se maltratan;  
atan a uno, a otro acuchillan,  
aquél él mismo se mata.  
¿Y por qué? Ni Dios lo sabe.  
De espacio el mundo es holgado,

pero en el mundo no cabe  
quien está desamparado.  
Es la suerte ventolera,  
tierra a uno da en exceso,  
y a otro no da siquiera  
dos pasos para sus huesos.  
¿Dónde está la buena gente  
que el corazón dolorido  
busca con pasión ardiente?  
¡Se han perdido, se han perdido!

Hay suerte en el mundo,  
¿pero quién la tiene?  
Y hay libertad,  
¿mas para quién viene?  
Hay gente que brilla,  
que el oro atesora,  
pero la alegría  
de la dicha ignora.  
Ni libertad tienen,  
ni la dicha plena.  
Y vergüenza sienten  
de llorar de pena.  
Coged plata y oro,  
sed ricos, da igual.  
Yo cogeré lágrimas  
para ahogar el mal.  
Y yo con mis lágrimas  
la pena ahogaré,  
y a la esclavitud  
ahogarán mis pies.  
Y rico y alegre  
seré a ciencia cierta  
cuando el corazón  
libre se divierta.

### III

Duerme el bosque, el buho grita,  
las estrellas cabrillean;  
por la hïerba ya marchita  
los citilos se pasean.  
Descansa la buena gente.  
Al feliz y al desgraciado,  
la noche oscura y silente  
por igual los ha tapado.  
Como la madre a los hijos,  
los cubre con negra gasa.  
¿Dónde Katria halló cobijo,  
en el bosque, en una casa?  
¿O en el campo, en una hacina  
mece al hijo con arrobò,  
o en el bosque tras la encina  
se oculta del fiero lobo?  
¡Que no tengáis bellas cejas  
si os van ellas a herir,  
si el mal en paz no os deja  
y tanto habréis de sufrir!  
¿Qué le espera? Pena, pena,  
dolor punzando con saña,  
le espera amarilla arena,  
y siempre con gente extraña.  
Llegará el invierno duro. . .  
Si se encontrasen un día,  
¿se acordaría el perjuro  
de ella, y al hijo hablaría?  
Olvidaría su mal,  
su gran pena y sus heridas  
si él la recibiese igual  
que a una persona querida.

Ya lo veremos después. . .  
Quiere el cuerpo ahora quietud,  
descanso. Averiguaré  
el camino de Moscú.  
Camino de larga estela  
que mi mente rememora.  
¡El corazón se me hiela  
cuando lo recuerdo ahora!  
Lo medí yo en otros días,  
triste tenerlo que hacer.  
De aquella pena hablaría,  
¿pero me iban a creer?  
Diría alguno al azar  
(claro, no a la cara): “¡Miente,  
habla sólo por hablar,  
por fastidiar a la gente!”  
Razón tenéis unos y otros,  
ni yo os culpo ni os riño,  
¿por qué voy ante vosotros  
a llorar igual que un niño?  
Cada cual tiene su llanto  
y le sobra con su mal.  
Basta, basta. . . y mientras tanto  
tomad yesca y pedernal,  
y tabaco, que así en casa  
habrá alguna alegría.  
¿para qué contar sin tasa  
y soñar luego a porfía?  
¡Al diablo con la mohína!  
Mejor saber sin demora  
por dónde mi Katerina  
con Iván andan ahora.

Más allá de Kíev y el Dniéper,  
por bosque oscuro de pinos,  
los trajinantes caminan

y a Pugachov cantan himnos.  
Camina una joven triste  
por el medio del camino.  
¿Es quizá una peregrina?  
¿Por qué en tristeza sumidos  
lleva los ojos, del llanto  
casi apagado su brillo?  
Remendada la casaca,  
sobre el hombro un atadajo,  
el cayado en una mano,  
en la otra el hijo dormido.  
Topa con los trajinantes,  
cubre con temor al niño,  
y pregunta: “Buena gente,  
¿a Moscú va este camino?”  
“Sí que va, ¿y tú también?”  
“También voy”. Se oye un suspiro.  
“Infeliz, lejos caminas”.  
“¡Por Dios, dadme un centimillo!”  
Toma la moneda y tiembla,  
qué penoso es recibirlo.  
¿Para qué? Pero ella es madre,  
lleva en los brazos un niño.  
Llora. Prosigue la marcha.  
En Brovari<sup>3</sup> un alto hizo,  
y con la amarga limosna  
compró unas pastas al hijo.  
Largo, largo tiempo anduvo  
la pobre por los caminos,  
más de una noche durmió  
bajo un simple cobertizo,  
o a la intemperie, apretando  
entre sus brazos al hijo. . .

Ya veis para qué sirven unos ojos castaños:  
para verter las lágrimas en cualquier cobertizo.

Pensadlo bien, mocitas, para no arrepentiros,  
para no buscar luego al *moskal* del hechizo.  
Que no tengáis que andar igual que Katerina.  
No preguntéis entonces por qué la gente ingrata  
no os deja en la noche negra de los caminos  
entrar, hospitalaria, a dormir en su *jata*.

Mozas, os lo digo yo,  
la gente es hostil o amiga:  
a quienes castiga Dios  
también ella los castiga.  
Es como el sauce en la orilla,  
dóblase al viento que alienta.  
Para el huérfano el sol brilla  
(brilla, pero no calienta).  
De poder la gente buena  
cubrir el sol con un manto. . .  
No secaría al que pena  
el manantial de su llanto.  
¿Pero por qué, Dios clemente,  
son adversas las estrellas?  
¿Qué mal hizo ella a la gente?  
¿Qué quiere la gente de ella?  
¿Que llore? ¿Que infeliz sea?  
¡No llores tu triste suerte,  
que tus lágrimas no vean  
y resiste hasta la muerte!  
Si tu cara hechizadora  
la palidez menoscaba,  
cuando despunte la aurora  
con propias lágrimas lava.  
¡Lávate, Katria querida,  
no advertirán tu baldón,  
que las lágrimas vertidas  
descansan el corazón!

Ya veis qué gran desdicha, muchachas, llega a veces,  
el oficial, jugando, la dejó abandonada.



La desdicha no sabe con quién gasta sus bromas,  
y aunque lo ve la gente, no les importa nada:  
—¡Que se pierda —reprochan— la mujer que ha caído,  
no se ha hecho respetar, que lágrimas derrame!  
Respetaos, queridas, en ese mal momento,  
y no andaréis en busca de un militar infame.

¿Por qué tierras Katerina,  
errabunda, sola, va?  
A la intemperie las noches  
pasa en cualquier yerbazal.  
Se levanta muy temprano,  
tiene prisa por llegar  
a Moscú. . .

Pero de pronto  
el invierno encima está.  
Sopla el viento, cae la nieve,  
y anda, anda sin parar  
la cuitada Katerina  
con vestido de percal,  
un chaquetón remendado,  
y sus pies, por la humedad,  
calzados con finos *laptis*,  
pisando la nieve van.  
Camina, renquea un poco,  
y de súbito ve allá  
algo que despierta al pronto  
su viva curiosidad.  
Son ellos seguramente,  
ya regresan los *moskals*. . .  
Late el corazón de prisa,  
corriendo a buscarlos va.  
Y se acerca, los pregunta:  
“¿Entre vosotros no está  
mi oficialito moreno,  
mi siempre esperado Iván?”

Y responden: “No sabemos”,  
y con gran hilaridad  
bromean:

“¡Vaya la moza!

Qué buena maña se dan  
los nuestros para el engaño,  
no se resisten jamás”.

Y Katerina los mira:

“¡Ya veo vuestra maldad!

Hijo mío, mi desdicha,  
no llores, no llores más.

Yo seguiré andando, andando,  
y lo que sea será.

Puede que acaso lo encuentre,  
y entonces, con humildad,  
he de ponerte en sus brazos,  
y yo así moriré en paz”.

La ventisca ruge, gime,  
arrastra su velo blanco.  
Katerina, desolada,  
sola está en medio del campo  
y libertad da a sus lágrimas  
que en la cara dejan rastro.  
Por fin la ventisca cesa,  
pasa por allí volando.  
Seguiría Katerina  
acongojada en su llanto,  
pero ya no tiene lágrimas,  
el manantial se ha agotado.  
Mira a la criaturita  
que protege entre sus brazos,  
rosada como un capullo  
por el rocío perlado.  
Katerina se sonríe,  
pero es un rictus amargo.

Todo alrededor silencio,  
y el negro bosque a los lados.  
Mira y ve junto al camino,  
allá en un punto lejano,  
algo que bien puede ser  
albergue en medio del campo.  
“Vamos, hijo, ya anochece,  
acaso nos den amparo  
en la *jata*, y si no quieren  
dormiremos en el patio.  
Iván, hijo mío, ¿dónde  
pasarás las noches cuando  
yo sin remedio me muera?  
En la perrera de un patio,  
con los perros, hijo mío.  
Te producirán espanto,  
morderán llenos de furia,  
pero los perros, en cambio,  
de ti no van a mofarse,  
no contarán nada malo. . .  
¡Mi pobre hijito querido!  
¿qué hacer yo para evitarlo?”

El perro vagabundo tiene negro destino,  
nadie su mano amiga con cariño le tiende:  
le riñen y le pegan, esclavo a veces le hacen,  
mas nadie le pregunta por su madre, y le ofende.  
Y a este pobre Iván mío, sí le preguntarán,  
van a mofarse de él de una manera abierta.  
¿A quién los perros ladran al pasar por la calle?  
¿Quién hambriento y desnudo está junto a la puerta?  
¿Quién de lazarillo hace? Estos hijos bastardos. . .  
Son morenos y tienen unas hermosas cejas,  
mas en todo su suerte es amargo destino,  
y la gente envidiosa ni lucirlas les deja.

#### IV

En hondonadas y montes,  
como ancianos de alta frente,  
centenarios robles se alzan  
y en los barrancos se mecen.  
Formando un espeso dique,  
sauces de ramas endebles  
Prisionero está un estanque  
bajo el blanco hielo inerte.  
Como rojo anillo, el sol  
entre nubes aparece.  
Sopla el viento desolado  
y va esparciendo la nieve.  
Se pone a zumbar el bosque  
como si dolor sintiese. . .

Aúlla lastimero el bosque,  
silba y ruge la nevasca;  
como un mar, el campo todo  
se cubre de nieve blanca.  
De la choza, el guardabosque  
sale al abrir la mañana  
camino de sus quehaceres,  
pero del umbral no pasa.  
La tempestad es tan grande,  
que casi no se ve nada.  
“¡Qué ventisca la de hoy,  
al diablo todo se vaya!  
Hay que meterse de nuevo  
y trajinar en la *jata*. . .  
¿Qué gente es ésa? ¡Y son tantos!. . .  
Bien no les fue la jornada,  
o acaso faena urgente  
tengan por hacer mañana.  
¡Nichipor! Mira qué blancos

vienen de nieve y escarcha.  
Parece que son *moskals*". . .  
"¿*Moskals*?", Katerina exclama,  
¿Dónde están los cisnecitos?",  
y, desnuda casi, marcha  
por el camino a su encuentro.  
"Puede ser que a la muchacha  
le dé en la cabeza vueltas  
Moscú, y la noche se pasa  
soñando con los *moskals*".  
Katerina corre, salta  
por los montones de nieve,  
tiene un nudo en la garganta.  
Se detiene en el camino. . .  
Y los soldados cabalgan,  
vienen, trotando, a su encuentro.  
"¡Pena mía, suerte amarga!",  
se dirige a los soldados. . .  
Y de pronto su mirada  
se fija en el jefe apuesto  
que delante de ellos marcha.  
"¡Ay, Iván, corazón mío!,  
¿dónde has estado, mi alma?",  
y se arroja a los estribos,  
se agarra a su pie con ansia. . .  
No la mira, y al caballo  
la brillante espuela clava.  
"¿Por qué huyes? ¿Olvidaste  
a Katerina, tu amada?  
¿Es que no me reconoces?  
¡Mírame bien a la cara!  
¿Por qué de la rienda tiras?  
¿Por qué indiferente pasas?  
¡Espera, amor mío, espera,  
mira, ya no tengo lágrimas!  
Iván, ¿no me reconoces?"

¡Katerina soy, tu amada!”  
“¡Imbécil, déjame en paz,  
de aquí a esta loca lleváros!”  
“¡Dios mío, Iván, tú también  
me dejas, me desamparas?  
¡Y tú me habías jurado!. . .”  
“¡Vuelvo a repetir: llevadla!”  
“¿A quién ofendes, Iván?  
¿A quién, amor mío, agravias?  
A aquella que cada noche  
iba al huerto y la abrazabas,  
a aquella que te dio un hijo  
que es carne de tus entrañas.  
No me repudies, Iván,  
al menos seré tu esclava. . .  
Si tú quieres, padrecito,  
hermano, a otra mujer ama.  
Yo todo lo olvidaré:  
que hubo un tiempo en que te amaba,  
que un hijo de ti he tenido,  
que he quedado deshonrada.  
Abandóname y olvídame,  
me resigno a la desgracia,  
pero no dejes al hijo. . .  
¿Verdad, Iván, que lo amparas?  
Te lo voy ahora a mostrar”. . .  
Y entra corriendo en la *jata*.  
Vuelve, y en los brazos saca  
a la pobre criatura  
que lloriquea asustada.  
“¡Míralo, que aquí lo tienes!  
¿Dónde estás? ¿Por qué te apartas?  
Huyó. . . No está ya. . . Hijo, hijo. . .  
Qué vida tan desgraciada.  
Reniega el padre de ti. . .  
¡Oh, Dios mío, hijo del alma!

¡Soldados, no me dejéis  
aquí sola y apenada!  
Tomad a la criatura  
y a vuestro jefe entregadla,  
porque yo misma, si no,  
la dejaré abandonada.  
Mejor si lo hubiera hecho  
en aquella hora nefasta.  
En pecado te eché al mundo,  
crece para que mañana  
de ti la gente se ría  
y a mí me afeen la mancha”. . .  
Y en el camino lo deja  
dolorida y angustiada.  
“Quédate a buscar al padre  
que yo en vano lo buscara”. . .  
Y se metió bosque adentro,  
y el niño, el pobre, lloraba. . .  
La tropa pasa de largo,  
sin dar importancia a nada.  
Menos mal que el guardabosque  
oye llorar y lo salva.

Por el bosque, Katerina  
corría desesperada.  
Maldice a su Iván, implora,  
más gritos lanza que lágrimas.  
Llega al sendero del bosque,  
junto al estanque se para,  
y en el silencio se oye:  
“¡Acoge, Dios mío, mi alma,  
y a ti mi cuerpo te entrego!”  
Y presta se arroja al agua. . .  
Bajo el hielo se sumerge  
y un ruido abajo se apaga. . .

Y Katria, ya sin aliento,  
buscó fin a su querella.  
Sobre el agua sopló el viento,  
y ni rastro quedó de ella.

No es el viento quien cercena  
al roble que desafía;  
no es un mal, no es una pena  
que la madre muera un día.  
No son huérfanos los niños  
sin madre y con amargura:  
les queda fama y cariño,  
y también la sepultura.  
Vertirán allí su llanto  
como el rocío en la flor,  
y el corazón mientras tanto  
descansará del dolor.  
¿Pero qué le queda, qué,  
a la cuitada persona  
que al propio padre no ve  
y la madre lo abandona?  
¿Al bastardo qué le queda?  
¿Quién al pobre le va a hablar?  
Será estrecha su vereda  
y triste su caminar. . .  
Sin familiares ni amor,  
caminos, dolores, quejas,  
rostro fino de señor  
y unas negras, negras cejas. . .  
¿Para qué tal hermosura  
envuelta en pobre tabardo?  
¡Para mayor amargura,  
para ver que es un bastardo!



Camino de Kíev un día  
marchaba un viejo *kobzar*. . .  
Hace un alto en el camino  
para poder descansar.  
Con taleguillos cargado  
un niño pequeño va  
de lazarillo a su vera,  
solícito y servicial.  
El sol en el cielo luce  
con fulgente claridad,  
y el calorcillo adormila  
al fatigado rapaz.  
Una plegaria a Jesús  
canta el anciano *kobzar*.  
La gente que pasa al lado  
una limosna les da,  
quien unas sucias monedas,  
quien un mendrugo de pan.  
Pero a las mozas que pasan  
las embelesa el zagal.  
Desarrapado y descalzo  
el pequeño niño va,  
mas su belleza morena  
parece no tener par.  
“Le dio Dios hermosas cejas,  
pero no felicidad”,  
dicen las mozas con lástima  
al ver al niño cantar.

Por el camino de Kíev  
viene un coche señorial  
tirado por seis caballos  
que gusto de verlo da.  
Una señora, un señor. . .

y otras gentes de su igual  
con ricos trajes vestidas  
en el coche alegres van.  
El vehículo se para  
junto al anciano *kobzar*.  
Se agita en la ventanilla  
con solícita señal  
una mano de mujer,  
y acude corriendo Iván.  
Mucho se admira la dama  
de aquel hermoso rapaz,  
y generosa y amable  
unas monedas le da.  
El señor lo mira fijo. . .  
y con un brusco ademán  
vuelve indiferente el rostro  
para huir de la verdad. . .  
Reconoció en ese instante,  
para no olvidar jamás,  
aquellos ojos castaños,  
aquellas cejas sin par,  
negras en el rostro bello  
del arrapiezo truhán.  
Reconoció el padre al hijo. . .  
pero no le quiso hablar. . .  
La señora le pregunta:  
“¿cómo te llamas?”

“Iván”.

El coche se pone en marcha,  
y entre el polvo, el niño va  
con el dinero en la mano  
a unirse al viejo *kobzar*. . .  
Cuentan lo que han recibido,  
y con firme voluntad  
los dos se ponen en pie  
disponiéndose a marchar.

Como siempre en la mañana,  
con un gesto de ritual,  
rezan al sol que comienza  
esplendoroso a brillar.  
Y así juntos, paso a paso,  
los dos, errantes, se van. . .

*San Petersburgo, 1838*



Alamo. 1840.  
Lápiz.



Una adivinadora gitana. 1841.  
*Acuarela.*

## LA NOCHE DE TARAS<sup>1</sup>

A la vera del camino  
el *kobzar* su *kobza* toca.  
En redor, mozas y mozos  
florecen cual amapolas.  
Toca el *kobzar* y relata  
con estremecido canto  
que los polacos y la horda  
guerrearon con los cosacos,  
y que un domingo temprano  
los zaporogos se fueron  
a un espeso bosque verde  
a enterrar a un compañero.  
De tal modo toca y canta,  
que hasta se ríe la pena:

“El tiempo de los *hetmanes*<sup>2</sup>  
no volverá ya a esta tierra.  
Antes, nosotros reinábamos,  
mas se acabó nuestro reino. . .  
¡La rancia gloria cosaca  
nunca, nunca olvidaremos!  
Del campo viene una nube,  
y otra del estuario viene.  
¡Qué triste Ucrania se pone!  
Tal es su penosa suerte.  
Se aflige y rompe a llorar  
cual niño desconsolado.  
Nadie, nadie ya la salva. . .  
Que se pierden los cosacos.  
La gloria y patria se pierden.  
Con brutal saña los cercan,  
pues la fe ha sido vendida  
y hasta les cierran la iglesia.

Y crecen sin bautizar  
los hijos de los cosacos.  
No acuden los sacerdotes  
ni a casarlos ni a enterrarlos.  
Los polacos y uniatos<sup>3</sup>  
llegan cual nubes de cuervos.  
Llegan volando, afanosos  
de cumplir sus planes negros.  
Se alza a la lid Nalivaiko<sup>4</sup>  
y en ella Kravchina muere.  
A la liza va Pavliuga<sup>5</sup>  
y en ella también perece.  
Y se alza Tarás Triasilo  
con esta llamada amarga:  
“¡Infausta Ucrania mía,  
por los polacos hollada!”  
¡Ay, Ucrania, Ucrania, Ucrania,  
corazón y madre mía!  
Cuando pienso en tu destino  
yo lloro a lágrima viva.  
¿Qué ha sido de los cosacos  
y de los *zhupanes*<sup>6</sup> rojos?  
¿Y qué de tu libertad  
y tu pasado glorioso?  
¿Qué ha sido, di, de todo ello?  
¿El fuego lo ha devorado?  
¿Tus montañas y altas tumbas  
el mar azul ha tragado?  
El mar azul juguetea,  
tus montes y tumbas callan.  
En los jóvenes cosacos  
el cruel enemigo manda.  
¡Callad, pues, montes y tumbas!  
¡Sigue, mar, tu eterno juego!  
¡Llorad, hijos de cosacos,  
tal es vuestro sino adverso!

Y allá va Tarás Triasillo  
en defensa de la fe.  
Un águila azul parece,  
presto en la lid a vencer.  
Llama a los suyos y dice:  
“¡Basta ya, buenos hermanos,  
de estar tristes! ¡Empuñemos  
las armas contra el polaco!”  
Tres días con sus tres noches  
nuestro Triasillo combate.  
La sangre corre, y los campos  
llenos están de cadáveres.  
Sufren bajas los cosacos  
y sus ánimos desmayan.  
En cambio el infiel Koniiecpolski  
de su victoria se ufana.  
A los polacos invita  
a diversiones y juegos.  
Tarás a los suyos cita  
para pedirles consejo.  
“Compañeros atamanes,  
hermanos, hijos queridos:  
¿Cómo debemos obrar?  
Vuestro parecer os pido.  
El enemigo polaco  
nuestro infortunio festeja”.  
“Que a su salud lo celebre,  
y que siga con su juerga  
hasta que llegue el ocaso”.

Se pone el sol tras los montes  
y titilan las estrellas.  
Cual nube van los cosacos  
y al enemigo rodean.  
Al llegar la luna al cenit  
atruenan los cañonazos.



¡Qué buen golpe de sorpresa  
asestan hoy los cosacos!  
Los polacos se despiertan  
y no pueden levantarse.  
Al salir el sol, sus cuerpos  
forman pilas de cadáveres.

Como una víbora roja  
el río Alta va llamando  
a los cuervos a que vayan  
a cebarse en los polacos.  
¡Con qué presteza las aves  
se aplican a aquel encargo!  
Los cosacos se congregan  
para orar a Dios, postrados.  
Graznan y graznan los cuervos,  
ojos y carne se comen.  
Y los cosacos entonan  
la canción de aquella noche,  
noche feroz y sangrienta,  
noche de gloria y de lauros  
para Tarás y los suyos,  
fatal para los polacos.

Sobre el río, en campo raso,  
unas tumbas renegrecen.  
Donde cayó sangre cosaca  
prodiga la yerba verde.  
Un cuervo sobre la tumba  
grazna con hambre espantosa.  
Al evocar el pasado,  
un cosaco, flébil, llora”.

Calla el *kobzar* afligido.  
Sus manos no le obedecen.  
En redor, mozas y mozos  
vierten lágrimas ardientes.

Sale el *kobzar* a la calle  
y toca de pena lleno.  
Los mozos danzan en torno,  
y él les dice al poco tiempo:  
“Quedaos aquí, muchachos.  
Me voy triste a la taberna.  
Beberé con mi mujer  
y hará del polaco befa”.

*San Petersburgo, 1839* .

## LOS GAIDAMAKI<sup>1</sup>

(FRAGMENTOS)

*A Vasili Ivánovich Grigoróvitch,  
en recuerdo del 22 de abril  
de 1838<sup>2</sup>*

Todo llega. . . y pasa, infinitamente. . .  
Mas, ¿a dónde va? ¿De dónde viene?  
No lo sabe el sabio, ni el necio, ni las gentes.  
Todo nace. . . y muere. . . Esto florece,  
aquello se marchita para siempre. . .  
Tan sólo el viento con la hojarasca juega  
y se alza eterno el sol, de igual manera  
que se encienden y apagan las estrellas.  
También tú, cariblanca, te paseas  
por el azul del cielo y te contemplas  
en aguas mansas o en la mar inmensa.  
¡Y seguirás brillando, blanca, eterna,  
cual sobre Babilonia y sus jardines  
sobre el mundo que nuestros hijos tengan!  
Me gusta platicar contigo, hermana,  
cantarte la canción que tú me susurraras  
y, una vez más, pedir que me aconsejes:  
¿Cómo ahogar esta pena que me embarga?  
No estoy solo en el mundo, desvalido.  
Tengo hijos. ¿Qué he de hacer con mis hijos?  
¿A la tumba me los llevo conmigo?  
Un pecado sería, ipues tienen viva el alma!  
Aunque quizá allá se sienta más tranquila  
si alguien lee las sinceras palabras  
que ella escribiera con silenciosas lágrimas.  
No los enterraré, ipues tienen viva el alma!  
Y ésta, como el cielo, ni empieza ni acaba.  
¿Que a dónde se va? ¡Bah, palabras vanas!  
Mas vale la recuerden en este mundo nuestro,  
que es amargo dejarlo sin gloria ni recuerdo.

Ella os amó mocitas, lindas rosas,  
cantar vuestros destinos le gustaba.  
Y por ello, vosotras no debéis olvidarla.  
Dormid, hijos, dormid hasta mañana,  
yo un atamán os buscaré, entre tanto,  
para que os guíe al despuntar el alba.

*iGaidamaki*, hijos míos!  
Corred a vuestro albedrío,  
el mundo es de mucha anchura,  
iid en busca de fortuna!  
Hijos míos, inocentes,  
sin buen juicio todavía,  
de no ser a vuestra madre,  
¿a quién le dais alegrías?  
Marchad prestos a Ucrania  
que aunque penas os esperen  
siempre éstas serán más leves  
que las de la tierra extraña.  
Habrá buenos corazones  
que den ayuda al hermano  
en las ocasiones duras;  
mientras que aquí, ¡iqué amargura!  
Se reirán de vosotros  
en cuanto os dejen pasar,  
ípues esta gente es tan sabia  
que hasta al sol quiere enseñar!  
No sale por donde debe  
ni alumbra como es preciso;  
al menos, como ellos quieren.  
En fin, oigamos atentos,  
puede que el sol salga mal  
y ellos estén en lo cierto. . .  
“Ya sabemos quiénes sois”,  
dirán para sus adentros.

Luego de chancear un rato,  
os echarán bajo el banco:  
—que duerman ahí tirados  
hasta que despierte el padre  
y empiece a contarnos algo,  
en nuestro propio lenguaje,  
acerca de sus *hetmanes*.  
Pero que no sea bobo  
y no venga con monsergas  
sobre el Yarema<sup>3</sup> de marras,  
sus abarcas y miserias,  
ícosas que sólo las cuentan  
los tontainas y babiecas!  
Le pegan, y no escarmienta.  
De tiempos de los cosacos,  
sólo los túmulos quedan,  
e incluso éstos, ahora,  
están siendo profanados.  
¡Y aún quiere que la gente oiga  
sollozos de ciegos bardos!  
Mal haces, cosaco hermano,  
en tomarte tal trabajo.  
Si quieres tener dinero,  
gozar de honores y lauros,  
canta sólo a la Matriosha,  
a Parasha, la alegría<sup>4</sup>  
que nuestra vida rebosa,  
los penachos, el salón y las espuelas.  
¡Allí la gloria te espera!  
Mas eso del “mar azul”  
bien te lo puedes guardar,  
pues te echas a llorar tú,  
y contigo, los demás.

— La pèlliza esa sí abriga,  
pero no es de mi medida

y forrada está por dentro  
de mentiras y falsía.  
¡Ni escucho vuestros consejos  
ni os rendiré pleitesía!  
Vosotros sois los sensatos  
y yo soy un pobre necio  
que a solas en mi rincón  
le doy suelta a la canción  
que llevo dentro del pecho  
y me oprime el corazón.  
Veo la llanada inmensa,  
se extiende allá, azul, el mar,  
mientras la estepa negrea  
y con el viento los túmulos  
comienzan a platicar.  
Yo prosigo mi cantar,  
y los túmulos se ensanchan,  
en tanto los *zaporogos*  
cubren ya la estepa extensa  
llegando hasta el mismo mar.  
Los atamanes, delante,  
a lomos de sus corceles,  
con sus *bunchuks*<sup>5</sup> flameantes.  
Y los rápidos del río  
se lanzan entre el juncar  
con fragor embravecido  
y fatídico augurar.  
Yo les pregunto a los viejos:  
— ¿Por qué estáis tristes, abuelos?  
— No son de alegrías tiempos.  
El Dniéper se agita ahora,  
Ucrania llora. . .  
Yo también me echo a llorar.  
Fastuosos, en formación,  
recubiertos de oro y sedas

*sotniks*<sup>6</sup>, *hetmanes* y jefes  
van llegando a mi rincón.  
Y a mi alrededor sentados,  
cosas de Ucrania me cuentan:  
Cómo se creó la *Sech*,  
de qué modo los cosacos  
en sus audaces esquifes  
pasaron por estos rápidos,  
salieron al mar azul  
y orgullosos lo surcaron.  
Junto al fuego de Escútari  
un día se calentaron  
y lumbre para sus pipas  
allá en Polonia tomaron.  
Cuando volvieron a Ucrania,  
¡bien celebraron aquello!  
“¡Toca con alma, *kobzar*!  
¡Echa vino, tabernero!”  
Y éste no alcanza a escanciar,  
mientras con brío rasguea  
las cuerdas el buen *kobzar*  
y hasta *Jórtitsa*<sup>7</sup> retiembla  
de los gritos y el bailar,  
pues danzan todos a una  
la *metélitsa*<sup>8</sup> y el *gopak*<sup>9</sup>.  
La gran copa no consigue  
ni un instante reposar,  
pasando de mano en mano,  
apurada sin cesar.  
“¡A divertirse, valientes!  
¡Fuera *zhupanés* y trapos!  
Corramos tan libremente  
como el viento por los campos.  
¡Toca con alma, *kobzar*!  
¡Echa vino, tabernero,  
que la suerte ya vendrá!”

En cuclillas y en jarras  
mozos y viejos bailan.  
“¡Así se baila, muchachos!  
¡Llegaréis a ser cosacos!”  
Los atamanes, sesudos,  
deliberan y conversan.  
Pero de pronto, gallardos,  
sin poderse contener,  
a zapatear comienzan  
moviendo sus viejos pies. . .  
Yo río a más no poder.

Los veo, me río, mis lágrimas seco. . .  
No, yo no estoy solo, ¡con quien vivir tengo!  
En la *jata* mía, igual que en la estepa,  
alegres cosacos ahora están de fiesta.  
El mar juguetea, rumorea el barranco,  
se ensombrece el túmulo y susurra el álamo.  
Y el *Grits* una moza va cantando quedo.  
No, yo no estoy solo, con quien morir tengo.  
¡Ahí está mi gloria,  
ése es mi dinero!  
Yo no necesito de vuestros consejos.  
Me bastará, mientras viva,  
con una de esas monsergas  
para verter mi amargura,  
mis nostalgias y mis penas.  
¡Adiós! A llamar voy a mis hijos,  
hora es de emprender camino.  
Que se vayan, tal vez sea su sino  
hallar un viejo cosaco  
que con sus lágrimas viejas  
los acoja y les dé amparo.  
Yo ya les di las mejores.  
¡Ahora estoy muy por encima  
de los más altos señores!



Medito, a la mesa sentado:  
¿Quién podría guiarlos?  
Se ocultó la luna,  
el sol ha asomado  
y mis *gaidamaki*  
ya se han levantado.  
Tras rezar sus oraciones  
y arreglarse, me han rodeado,  
desvalidos como huérfanos,  
silenciosos y apenados:  
— Danos tu bendición, padre,  
que hemos de buscar fortuna  
antes que las fuerzas falten.  
Luego, quizá sea tarde.  
— Aguardad, es temprano todavía.  
El mundo no es una *jata*,  
y vosotros, inexpertos,  
necesitáis un buen guía.  
¿Quién os podría guiar?  
¡Ay, hijos, por culpa vuestra,  
cuánto tengo que penar!  
Os crié, os alimenté;  
ahora, mayores sois ya,  
vais a vivir entre gente  
que sabe una infinidad.  
Y yo nada os he enseñado.  
Hijos míos, perdonad.  
A mí mucho me pegaron,  
más, con todo, aprendí algo.  
Sé qué es la *tma* y la *mna*<sup>10</sup>,  
en cambio, en cuanto al *oxía*<sup>11</sup>,  
se me resiste hasta hoy día.  
¿Y qué va a decir la gente?  
Quedaréis en mal lugar.  
Venid conmigo, hijos míos,

tengo un padre de verdad  
(aunque el mío se muriera),  
y él nos habrá de ayudar,  
pues sabe por experiencia  
lo muy dura que es la vida  
sin familia y sin hogar.  
Es cosaco de linaje,  
y no olvidó las palabras  
que le cantara su madre  
al envolverle en pañales.  
Y tampoco ha renegado  
de las palabras que, ciego,  
canta a Ucrania el triste bardo.  
Lleva en el alma grabados  
el amor a la verdad,  
las glorias de los cosacos.  
Vamos, hijos, a buscarlo.  
Si él no me hubiera ayudado  
en los aciagos momentos,  
yo habría muerto hace tiempo  
y me habrían enterrado,  
bajo nieve extraña y fría,  
poniéndome este epitafio:  
“¡Bah!, para nada valía”. . .  
Amargo es languidecer  
cuando no sabes por qué.  
Mas todo pasó, está lejos,  
iojalá fuera un mal sueño! . . .  
Bueno, ivamos, muchachitos!  
Pues si a mí en la tierra extraña  
no me dejó perecer,  
a vosotros como a hijos  
os ha de acoger también.  
Y de allí, tras una breve plegaria,  
ien camino, a nuestra Ucrania!

¡Buenos días, padre amado!  
En el umbral de tu casa  
bendice a los hijos míos  
que lejos, muy lejos, marchan.

*San Petersburgo,  
7 de abril de 1841*

## INTRODUCCION

Hubo un tiempo en que Polonia,  
noble señora, existía,  
y con rusos y germanos,  
con el sultán y la horda  
su fuerza en lides medía.  
Hubo un tiempo. . . Todo pasa.  
Orgullosos, los polacos  
estaban de noche y día  
de juergas, y se mofaban  
del rey. No de Jan Sobieski<sup>12</sup>  
ni de Stefán<sup>13</sup> se reían,  
que éstos singulares eran;  
de otros, pobres, que reinaban,  
o más bien dejar hacían.  
Vociferaban las Dietas<sup>14</sup>,  
los ciudadanos callaban  
y con disgusto veían  
de Polonia huir los reyes  
y gritar a los feudales  
a coro, llenos de ínfulas:  
*Nie pozwalam! Nie pozwalam!*<sup>15</sup>  
Lo repiten los feudales,  
y los magnates afilan  
sus sables, y prenden fuego  
a las *jatas*. Mucho tiempo

así, sin más, sucedía,  
hasta que en Varsovia quiso  
el sumiso Poniatowski<sup>16</sup>  
poner al feudal en línea,  
bajarle un poco los humos.  
Mas no pudo. Como un padre,  
hacerles el bien quería,  
o acaso algo más quisiera. . .  
Tan sólo el *nie pozwalam*  
quiso quitarles de encima,  
y entonces. . . Arde Polonia.  
Enloquecidos, los *panes*,  
con todas sus fuerzas gritan:  
“¡Damos palabra de honor!  
¡Es vano intento! ¡Maldito!  
¡Criado de moscovitas!”  
Y tras de Pac y Pulawski<sup>17</sup>  
la polaca tierra se alza,  
y al mismo tiempo surgían  
las cien confederaciones<sup>18</sup>.  
Y se dispersan sus miembros  
por las tierras oprimidas.  
Por Volynia, y por Polonia,  
Lituania, Ucrania, Moldavia  
se esparcen todos, y olvidan  
de salvar la libertad.  
Se juntan con mercaderes.  
Destruyen y martirizan,  
quemán iglesias, asolan,  
de sangre inundan los campos  
y de amargura las vidas. . .  
Pero ya los *gaidamaki*  
santifican sus puñales  
y sus aceros afilan.

## FESTIN DE SANGRE

Ya tocan por toda Ucrania  
las campanas a rebato;  
y los *gaidamaki* gritan:  
“¡Mueran los *panes* polacos!  
¡Y marchémonos de juerga!  
¡Y las nubes calentemos!”  
Smiliánschina está en llamas,  
rojos de incendios los cielos.  
En calentar a las nubes  
Medvédevka<sup>19</sup> es la primera.  
Arde Smila. Smiliánschina  
en sangre roja se anega.  
Arde Korsún, arde Kánev,  
arden Cherkasy, Chiguirín,  
hasta arde el Camino Negro<sup>20</sup>,  
y de uno a otro confín  
se está derramando sangre  
hasta en Volynia. En Polesie  
Gonta está, y en Smiliánschina  
su *domaja*<sup>21</sup> Zalizniak templea.  
En Gherkasy también Yarema  
prueba su puñal sagrado.  
“¡Bien, hijos míos, así,  
castigad a los polacos!”  
Zalizniak grita con fuerza.  
Todo arde, y los *gaidamaki*  
entre llamas se pasean.  
Y Yarema —horror da verlo—  
a tres o cuatro derriba  
de un golpe. “¡Bien hecho está,  
sus madres sean malditas!  
¡Castiga, que irás al cielo  
o de *esaúl* el grado alcanzas!  
¡Hijos, venga, divertíos!”

Y los muchachos se lanzan  
por sótanos y desvanes,  
desde una casa a otra casa.  
Matan. Se lo llevan todo.  
“¡Y ahora, muchachos, ya basta,  
descansad, que estáis cansados!”  
Calles, bazares, paseos  
están de muertos sembrados.  
“¡Poco han sufrido aún los perros,  
y pasarlos a cuchillo  
mejor otra vez sería,  
para que no se levanten,  
herejes, almas malditas!”  
En el bazar se reúnen  
todos, y pasa Yarema.  
Y lo llama Zalizniak:  
“Oye, muchacho, no temas,  
que no te voy a asustar”.  
Y descubriéndose exclama:  
“¡Nada temo!” Y ante él,  
como ante el señor, se planta.  
“¿De dónde eres y quién eres?”  
“Yo, señor, soy de Olshana.”  
“¿De Olshana? ¿Donde los perros  
al sacristán inmolaran?”  
“¿Dónde? ¿A quién?” “En Olshana,  
y dicen que le robaron  
la hija. ¿Tú la conoces?”  
“¿En Olshana? ¡Oh, Dios santo!”  
“¿Al sacristán conocías?”  
“¡Ay, tú, Oksana, Oksana!”  
pronuncia a penas Yarema,  
y al instante se desmaya.  
“Muchacho, no está bien eso,  
Nikola, que le dé el aire.”  
“¿Que me dé el aire, decís?

¡Ay, mis hermanos, mi padre,  
dadme cuchillos y fuerza!  
¿Por qué no tengo cien manos  
para tomarme venganza  
de los feudales polacos?  
¡A los infames, martirios,  
por terribles que éstos sean!  
¡Martirios y más martirios,  
que el infierno tiemble y hierva!”  
“Bueno, hijo, tendrás cuchillos  
para nuestra causa santa.  
A templar esos cuchillos  
vente conmigo a Lysianka”.  
“¡Vamos, vamos, atamanes!  
Padre mío, hermano mío,  
hasta el fin del mundo iría,  
iría al infierno mismo  
para salvarla, atamanes.  
Pero no, no hallaré a Oksana”.  
“Quién sabe, acaso la encuentres. . .  
Aun no sé cómo te llamas”.  
“Yarema”.  
“¿Y tu apellido?”  
“No tengo”.  
“¿Es que eres bastardo?  
Registra, Nikola, escribe,  
que *Goly*<sup>22</sup> sea llamado”.  
“No, no me gusta ese nombre”.  
“¿Acaso *Bedá*<sup>23</sup> te agrada?”  
“Tampoco, a decir verdad”.  
“Escribe entonces *Galaida*”.  
Y así queda registrado.  
“¡Galaida, vamos de juerga,  
que tu suerte encontrarás,  
y si no, la fe no pierdas!  
“¡En marcha, en marcha, muchachos!”

Dan un caballo a Yarema.  
Sonríe, mas ya en la grupa  
lágrimas vierte su pena.  
Salen a los labrantíos,  
luego Cherkasy presto arde. . .  
“¿Estáis aquí todos, hijos?”  
“¡Aquí estamos todos, padre!”  
“En marcha, pues, adelante”.  
Y los cosacos se extienden  
como vengadora tropa  
por el bosque, por el Dniéper.  
Y el *kobzar* Vóloj tras ellos,  
en su caballejo canta:  
“¡*Gaidamaki, gaidamaki,*  
*Zalizniak* de juerga anda!”

De nuevo en marcha se ponen. . .  
A Cherkasy envuelve el fuego.  
Les da igual, van maldiciendo  
de los magnates. Y charlan  
unos, y otros escuchan  
al *kobzar*. Delante marcha  
*Zalizniak*, el oído aguza;  
avanza, humo echa su pipa,  
y los labios no desplega.  
En silencio, detrás de él,  
cabalga el joven Yarema.  
Y en torno los verdes bosques,  
y los oscuros boscajes,  
y el Dniéper, ya poderoso,  
y las cumbres, de altos aires,  
y el cielo sereno arriba,  
y las brillantes estrellas,  
y el bien, la bondad, la gente,  
la carcoma de la pena. . .  
¡Todo se ha perdido, todo!



Nada sabe, no ve nada.  
Cuánto dolor, cuánto sufre.  
Cual muerto, Yarema marcha.  
Mas no llora, la serpiente  
maldita bebe sus lágrimas,  
con fuerza oprime su pecho  
y su corazón desgarrá.  
“¡Ay, lágrimas de mis ojos,  
copiosas lágrimas mías,  
lavad vosotras la pena,  
borradla ya de mi vida!  
¡Ni el Dniéper ni el mar azul  
no bastan para verter  
toda la rabia que tengo!  
¿Mi alma echaré a perder?  
¡Ay, Oksana, Oksana mía,  
mira hacia mí, tú, mi amada!  
¿Dónde estás? ¿Cuál es tu suerte?  
¿De un señor eres esclava?  
¿O está a dos pasos la tumba?  
Tal vez en su negro sino  
se vuelva a acordar de Olshana,  
me llame: Corazón mío,  
abraza, abraza a tu Oksana,  
abracémonos, mi amado,  
y es preferible que juntos,  
pecho con pecho muramos.  
Si los polacos malditos  
nos injurian y atormentan,  
no nos importa. . . Del río  
sopla, sopla fuerte viento  
e inclina hasta el suelo el álamo  
y la muchacha se inclina  
del lado de la desgracia,  
sufre de dolor transida,  
olvidará después. . . O acaso. . .

en su *zhupán*. . . señora sea. . .  
Y el polaco. . . ¡Oh, Dios mío,  
castiga mi alma y llévala  
al infierno! ¡Sobre mí  
un mar de penas derrama,  
castígame cuanto quieras,  
pero no con tal desgracia!  
Aunque mi corazón fuera  
de piedra, se rompería. . .  
¡Dicha del alma, mi amor,  
ay, Oksana, Oksana mía!  
¿Qué es de ti? ¿Y dónde estás? . . .”  
Y se le saltan las lágrimas,  
copiosas y diminutas,  
¿de dónde, de dónde manan?  
Zalizniak a los *gaidamaki*  
manda detener la marcha  
“Prestos al bosque, muchachos,  
que despunta la mañana”.  
Fatigados, los caballos  
se detienen en el bosque.  
“Que pasten ya”. Y en silencio,  
entre el bosque se esconden.

#### GUPALIVSCHINA

Salió de nuevo el sol. Ucrania  
todavía humea.  
Y los feudales, escondidos  
en las casas, tiemblan.  
Por todas partes se ven horcas,  
cuerpos que penden de ellas:  
son los polacos más notables;  
los otros yacen a espuestas.  
Y gran festín de carroña

se dan cuervos, perros, fieras.  
Impedirlo nadie puede,  
nadie hay en las aldeas,  
sólo los niños y los perros,  
pues las mujeres, prestas,  
con los horcones en las manos,  
sacados de las eras,  
se han ido a hacerse *gaidamaki*,  
de venganza sedientas.

¡Tal desdicha en aquellos tiempos  
hubo en la Ucrania nuestra!  
¿Y para qué? ¿Por qué todo?  
¿Por qué el dolor, la pena?  
Que de un mismo padre, los hijos  
vivir en paz debieran.  
Mas no sabían, no querían;  
cada cual por su senda.  
Hermanos contra hermanos luchan,  
que la sangre se vierta.  
Envidia tienen unos de otros:  
de la despensa llena,  
de que haya en la casa de algunos  
alegrías y fiestas.  
“¡Matemos al hermano, y quede  
así su casa nuestra! . . .”  
Parecía todo acabado,  
por desgracia no lo era.  
Habían quedado los huérfanos.  
Crecieron —vida cruenta—,  
en sus lágrimas anegados,  
y las manos dispuestas  
a vengarse, sangre por sangre,  
y así, pena por pena.  
El corazón se desgarrar  
cuando en todo esto piensas,

cuando piensas que hijos de esclavos  
chupan sangre fraterna.  
¡Sangre! ¿Y quién tiene la culpa?  
Los jesuitas, sus tretas<sup>24</sup>.

Andaban los *gaidamaki*  
por ramblas y bosques verdes,  
y tras ellos va Galaida,  
copiosas lágrimas vierte.  
Atrás quedó Voronovka,  
Verbovka, y ya llegaban  
a Olshana. “¿Mas por qué ahora  
no preguntar por Oksana?  
No pregunto, que no sepan  
del dolor que sufro tanto. . .”  
Y mientras, los *gaidamaki*  
a Olshana dejan atrás.  
Encuentran a un mozalbete,  
preguntan: “¿Al sacristán  
de este pueblo lo mataron?”  
“Le oí a mi padre contar  
que le han abrazado vivo  
los polacos que ahí están.  
Y que a Oksana la han raptado.  
Al sacristán ayer dieron  
los nuestros, piadosamente,  
en el camposanto entierro”.  
No oye más. . . “¡Arre, caballo!”  
Suelta las riendas. “¿Por qué  
ayer, que no lo sabía,  
no perecí de una vez?  
Pues aunque me maten hoy,  
de la tumba me levanto  
y daré cruel martirio  
a los verdugos polacos.  
¡Amada mía, Oksana!

¿Dónde estás?” Se calla y deja  
que al paso marche el caballo.  
El infeliz cuánto sufre,  
contra la desdicha lucha.  
A los suyos les da alcance.  
Por Boroviki ya cruzan.  
Donde estaba el mesón antes,  
ahora se alza la humareda.  
Y Leiba tampoco existe.  
Sonríe por fin Yarema.  
No hace mucho aquí doblaba  
ante el amo el espinazo.  
Pero ahora. . . Y se lamenta  
de que el mal haya pasado.  
Los *gaidamaki* se apartan  
del camino cuando cruzan  
la hondonada. A un hombre encuentran.  
Miseria, harapos, penuria.  
Un hato al hombro. Alpargatas.  
“¡Eh, viejo, prisa te das!”  
“No soy viejo, señor mío,  
como ven, soy *gaidamaki*”.  
“¡Qué gracioso! ¿De dónde eres?”  
“De Kerelivka<sup>25</sup>”. ¿Conoces  
Budischa<sup>26</sup>, cerca del lago?”  
“Sí, la conozco. Al trasmonte  
de esa hondonada cercana  
darán pronto con el lago.  
No está lejos, si lo buscan”.  
“¿Has visto hoy a los polacos?”  
“Ni a uno solo en parte alguna.  
Ayer hubo muchos, ¡perros!  
No dimos a las coronas  
bendición. No permitieron.  
Por eso les dimos muerte.  
Mi padre y yo sus afrentas. . .

con el puñal. . . que mi madre  
estaba enferma, si no, ella. . .”  
“Bueno, es bastante, muchacho,  
toma este ducado y marcha”.  
Toma la moneda de oro,  
la mira y exclama: “Gracias”.  
“Escuchadme, *gaidamaki*,  
marchemos, pero sin ruido.  
Galaida, sígueme a mí.  
Detrás de aquel precipicio  
hay un lago, y en la falda  
de la montaña, en el bosque,  
un tesoro, que lo cerquen  
manda, y que no se equivoquen.  
Tal vez los polacos tengan  
puesta guardia vigilante”.  
Llegan. Rodean el bosque.  
Miran. Remiran. No hay nadie. . .  
¡Pero qué ven, si hay allí  
más que en el infierno diablos!  
¡Vaya qué peras maduras  
estos árboles han dado!  
¡Hijos, sacudidlas bien!  
¡Así, de prisa, de prisa!”  
Y los polacos al suelo  
caen como peras podridas.  
Encuentran cerca la cueva  
del tesoro allí guardado;  
se lo llevan, y el bolsillo  
sacuden a los polacos.  
En los caballos, de nuevo,  
se suben sin armar ruido,  
y a Lysianka<sup>27</sup> van a dar  
más castigo a los malditos.

## GONTA EN UMAN

Yendo camino de Umán  
los *gaidamaki* se jactan:  
"Tendremos de seda china  
ricos peales mañana"<sup>2</sup>.

Pasan los días, pasa el estío,  
saben ustedes, Ucrania arde;  
por las aldeas los niños lloran,  
casi desnudos, no tienen padre.  
Pasan las nubes, el sol ya duerme;  
las hojas secas amarillean;  
en ningún sitio voces se oyen,  
aúllan las fieras en las aldeas  
alimentadas con los cadáveres;  
se hacen los lobos ricos festines  
con carne y sangre de los polacos;  
la nieve luego cubre sus restos  
con la bandera de su sudario. . .

La nevasca no detuvo  
tales castigos sangrientos:  
muere el polaco de frío,  
y en la hoguera del incendio  
se calientan los cosacos.

Y vino la primavera,  
vistióse el campo de flores  
y las praderas de hierba.  
Con sus cánticos saludan  
a la tierra engalanada,  
el ruiseñor en el bosque  
y la alondra en la mañana. . .

Un paraíso. ¿Para quién?  
¿Para la gente? Y la gente  
pasa de largo sin verlo;  
si lo mira, lo escarnece.  
Aún es poca la sangre,  
las llamas al cielo suben;

escaso sol, pocas flores,  
y densas las negras nubes.  
¡Ay, gentes!, ¿cuándo tendréis  
suficiente con los bienes  
que os prodiga la tierra?  
¡Oh, asombrosa, extraña gente!

No acabó la primavera  
con la sangre, con las olas  
de la furia de los hombres.  
Así, lo mismo que Troya.  
Así, como fue, será.  
Castigan los *gaidamaki*;  
por donde pasan, incendios;  
la sangre corre a raudales.  
Maxim un hijo ha encontrado,  
que aunque Yarema no lo es,  
como a un hijo verdadero  
lo quiere Maxim a él.  
Maxim degüella, y Yarema  
de feroz rabia inflamado,  
ante los incendios pasa  
con el puñal en la mano.  
A los polacos castiga,  
no indulta a nadie su rabia.  
¡Por el sacristán, su santo  
padre! ¡Por su Oksana!  
Y al recordar a su amada  
el conocimiento pierde.  
“¡Diviértete!”, Zalizniak dice,  
mientras te siga la suerte.  
¡Divirtámonos!”

Y eso hacen:  
de cadáveres polacos,  
desde Kíev al mismo Umán  
el campo quedó sembrado.



Sobre Umán, como una nube,  
los *gaidamaki* cayeron.  
A medianoche atacaron,  
inundándola de fuego.  
Por todas partes se grita:  
“¡Castigad a los polacos!”  
Huyen los polacos, pasan  
corriendo por el mercado.  
Caen los niños, se amontonan  
los mutilados y enfermos.  
Espantoso griterío.  
En el bazar, como en medio  
de un sangriento mar, están  
Gonta y Maxim el valiente  
que gritan: “¡Bien hacéis, hijos,  
el castigo se merecen!”  
Trajeron los *gaidamaki*  
a un jesuita y dos niños.  
“Gonta, Gonta —el jesuita  
dice—, éstos son tus hijos.  
Si a nosotros nos degüellas,  
también asesina a ellos.  
Católicos son. ¿Por qué  
vacilas? Ahora pequeños,  
serán mañana mayores  
y en ti hundirán su cuchillo”.  
“¡La muerte dad a este perro,  
y a los cachorros yo mismo!  
Reconoced ante todos  
que la fe habéis traicionado!”  
“Lo reconocemos, así,  
la madre nos ha enseñado. . .”  
“¡Oh, Dios, callaos, lo sé!”  
Se agolpa en torno la gente.  
“Católicos son mis hijos. . .  
Y para que no campee

la traición por todas partes,  
ni rueden rumores falsos,  
yo juré matar católicos,  
yo cogí el puñal sagrado.  
Hijos, ¿por qué ya no sois  
mozos de bríos y arranque  
y acuchilláis a polacos?”  
“¡Lo haremos, lo haremos, padre!”  
“No lo haréis. Maldita sea  
la mujer que yo repudio,  
aquella madre católica  
que en pecado os trajo al mundo.  
¿Por qué ella, antes de daros  
la luz primera a los ojos  
no os ahogó, mejor fuera,  
no moriríais católicos.  
Pero hijos míos, hoy sois  
mi desdicha y mi tormento.  
Besadme, yo no os mato,  
os mata mi juramento”.  
Sobre el cuerpo de los niños  
brilla el cuchillo en lo alto.  
“¡Padre! —los niños murmuran—.  
¡Padre. . . no somos polacos!. . .  
¡Nosotros. . .!” Pero ya el padre,  
que nubla el furor su mente,  
hunde el cuchillo en los hijos,  
y éstos callan para siempre<sup>29</sup>.  
“¿Es necesario enterrarlos?”  
“¡Para qué si son católicos!  
¡Hijos míos, mis pequeños,  
por qué no seríais mozos  
para matar enemigos,  
para quitar con arrojo  
la vida a la madre hereje  
que la vida os dio a vosotros!

Hermano, vamos de aquí”.  
Y a Maxim toma del brazo,  
y al bazar los dos se van  
a una misma voz gritando:  
“¡A los polacos, castigo!”  
Y así fue. Castigo dieron.  
Terriblemente. Atrozmente.  
A Umán le prendieron fuego.  
No respetaron a nadie,  
ni siquiera a los que estaban  
dentro de la catedral  
o escondidos en sus casas.  
Tal maldad nunca se vio.  
La escuela de Basilianos<sup>30</sup>,  
a la que sus hijos iban,  
la derribó Gonta mismo.  
“Tú les diste a beber  
el mal —gritaba ceñudo—.  
¡Paga ahora con las ruinas,  
echad abajo los muros!”  
Tal hacen los *gaidamaki*.  
A los monjes dan martirio,  
y los escolares fueron  
a un pozo arrojados vivos.

Hasta entrada la noche no cesó la matanza.  
Ni un alma quedó viva. Y Gonta sollozaba:  
“Dónde fuisteis, caníbales, dónde estáis escondidos,  
os habéis devorado a mis dos pobres hijos.  
Penoso me es vivir, penoso me es llorar.  
Hijos míos queridos, decidme, ¿dónde estáis?  
Sangre polaca quiero. Saciarme de ella quiero.  
Ver que se pone negra. . . ¿Por qué no aúlla el viento?  
¿Por qué a los polacos no trae el viento aquí?  
¡Penoso me es llorar, penoso me es vivir!

Santas, santas estrellas, estrellas de los cielos,  
que aún no he aniquilado, tras la nube escondes.  
¡He matado a mis hijos, maldición sobre mí!  
¿Dónde apoyar mis pies? ¿Cómo podré vivir? . . .  
Así Gonta pensaba. Y por Umán corría.  
Rodeados de sangre, en el bazar ponían  
los *gaidamaki* mesas sobre los mismos muertos.  
El último castigo. La última cena hicieron.  
¡A divertiros, hijos, esto es lo que os queda!  
¡Bebed mientras se pueda! ¡Luchad mientras se pueda!  
Grita Zalizniak:

“¡Venga, venga, *kobzar*,  
cántanos algo ahora, y que tiemble la tierra,  
que mis buenos cosacos con ello se diviertan!”  
Y con brío, el *kobzar*, así cantó en su *kobza*:

“Mi padre fue aparcerero  
y zapatero.  
Mi madre fue hilandera  
y casamentera.  
Mis hermanos, halcones:  
una vaca trajeron del bosque  
y un collar de perlas  
portento de belleza. . .

Y Cristina soy yo,  
sí, yo soy.  
Hojas y hojarascas  
en la tierra dura,  
botas y herraduras.  
Salgo de mañana  
a ver a la vaca,  
de beber le doy,  
sí, le doy, le doy,  
charlo con las mozas,  
sí, un ratito estoy”.

“¡Venga, a cenar, a cenar,  
niños, las puertas cerrad!

¡Y tú, vieja, ven aquí,  
y alegre, arrímate a mí!”

Sigue el jolgorio. ¿Y Gonta?  
¿Por qué no está en la jarana  
ni con los cosacos bebe?  
¿Dónde está? ¿Por qué no canta?  
¿Pero quién es ese hombre  
con caftán negro cubierto  
que tan absorto revuelve  
en alto montón de muertos?  
A alguien busca, por lo visto.  
Se inclina ante dos cadáveres.  
Entre los brazos los toma  
y del bazar, presto, sale.  
Por los montones de muertos  
saltando; entre los olores  
a incendiós y chamusquina,  
tras la catedral se esconde.  
¿Quién es ese hombre, quién es?  
Gonta, que muerto de pena  
a enterrar lleva a sus hijos,  
a que los cubra la tierra,  
y a los pequeños cosacos  
no los devoren los perros.  
Y por las calles oscuras,  
donde casi no hay incendios,  
a sus hijos lleva Gonta  
para que nadie le vea  
cómo las lágrimas vierte  
ni dónde les va a dar tierra.  
Sale al campo. Del camino,  
desconfiado, se aparta.  
Saca el puñal, y con él  
la tumba en la tierra cava.  
Y arde Umán, y los incendios

a Gonta el trabajo alumbran,  
y a los pequeños, que esperan,  
como dormidos, la tumba.  
Parece como si Gonta  
fuera a esconder un tesoro.  
Tiembla. Desde Umán le llaman  
los cosacos, pero él sólo  
atento está a su faena  
de dar el último albergue  
a los hijos, en la estepa.  
Por fin los pone en la tumba.  
Los ojos vuelve a otra parte.  
Parece que oye decir:  
“No somos polacos, padre”.  
Los besa. Con tela china  
cubre sus cosacas frentes.  
Por última vez los mira,  
y amargas lágrimas vierte:  
“¡Hijos míos, pobres hijos,  
nuestra Ucrania ved en sueños,  
por ella morís vosotros,  
por ella yo también muero!  
¿Quién me va a enterrar a mí?  
¿Y quién en ajeno campo  
va a llorar sobre mi tumba?  
¡Oh, destino desdichado!  
¿Qué has hecho? ¿Por qué me diste  
hijos para darme penas?  
¡Debían enterrarme ellos,  
y soy yo quien los entierra!”  
Les da un beso, los santigua,  
arroja tierra, y exclama:  
“¡Hijos míos, descansad  
en esta profunda casa.  
Vuestra ignominiosa madre  
no os hizo nueva cuna!

¡Descansad aquí, hijos míos,  
sin que las flores os cubran,  
e implorad, rogad a Dios  
que a mí, vuestro padre, hijos,  
me castigue en este mundo  
por este pecado mío.  
¡Una vez más, perdonadme,  
y también yo os perdono,  
hijos, en este momento,  
el que ayer fuerais católicos!”  
La tierra allana y la cubre  
de cespel. Y si alguien pasa  
no sepa dónde han quedado  
sus cabecitas cosacas.  
“¡Descansad aquí, esperadme,  
yo pronto llegaré, hijos.  
Os he acortado la vida,  
me pasará a mí lo mismo!  
Me matarán, bien seguro,  
que cuanto antes, mejor sea.  
¿Pero quién me va a enterrar?...  
¡Me voy de nuevo de juerga!”...

Y Gonta se tambalea  
como si la tierra mide.  
Tropieza, avanza, las llamas  
le alumbran. Mira y sonrío.  
¡Atroz sonrisa la suya!  
Mira a la estepa. Los turbios  
ojos se limpia, y de pronto  
desaparece entre el humo.

#### EPILOGO

Pasaron ya hace tiempo los años en que, niño,  
desarrapado, huérfano, hambriento, yo vagaba

por las tierras de Ucrania, donde Zalizniak y Gonta  
con su puñal en alto exigían venganza.  
Pasó el tiempo en que yo iba por los mismos caminos  
que nuestros *gaidamaki* recorrieron con gritos.  
Buscaba yo a la gente de bien, que me enseñaran ellos  
también a hacer el bien. Ahora lo recuerdo.  
Lo recuerdo y percibo que pasó la desgracia.  
¡Oh, si tú retornaras, desdicha de mi infancia,  
cambiaría mi vida, hurtando lo que tengo!  
Recuerdo aquella pena, las estepas sin fin,  
a mi padre y al viejo abuelo los recuerdo. . .  
Vive éste, mas el padre ya dejó de existir.  
A veces, los domingos, cerrado ya el breviario,  
al abuelo, mi padre pedía que contara  
algo de la *koliúschina*, cómo Zalizniak y Gonta  
del polaco malvado se tomaban venganza.  
Los ojos centenarios del viejo relucían  
lo mismo que luceros. Brotaban los recuerdos:  
de cómo se mataba, de cómo ardía Smila. . .  
Callaban los vecinos por el terror y el miedo.  
Y yo, niño sensible, más de una vez delante  
de todos lloré mucho por aquel sacristán. . .  
En un rincón lloraba, sin advertirlo nadie.  
Muchas gracias, abuelo, porque en tu centenaria  
cabeza has conservado todos estos recuerdos  
de las glorias cosacas, de unos hombres valientes,  
y yo puedo contárselos, de igual forma, a los nietos.

Perdonadme, buena gente,  
que yo os hable sin brillo  
de la alta gloria cosaca  
sin atenerme a los libros.  
Así lo contó mi abuelo,  
que buena salud conserve,  
y así lo cuento también.  
No sabía el pobre viejo



que gente culta y letrada  
estos versos leería.  
Te pido perdón, abuelo,  
dejadlos que a mí me riñan.  
Y entre tanto, yo a los míos  
vuelvo otra vez, y el relato  
terminaré por completo,  
mereciendo así el descanso.  
Y al menos veré entre sueños  
aquella mi Ucrania mártir  
por donde con sus cuchillos  
andaban los *gaidamaki*,  
aquellas tierras queridas,  
aquellos largos caminos  
que huérfano y vagabundo  
medí con mis pies de niño.  
De juerga los *gaidamaki*  
anduvieron. Casi un año  
de beber dieron a Ucrania  
la sangre de los polacos.  
Y se acabó. Melláronse  
los cuchillos, y la furia  
se fue. ¿Dónde está Gonta?  
No tiene ni cruz ni tumba<sup>31</sup>.  
Ceniza de *gaidamaki*  
esparció un sañudo viento,  
y no hay quien por ellos rece,  
y no hay quien llore por ellos.  
Solo quedó Zalizniak,  
y al saber que a Gonta daban  
martirio los enemigos,  
vertió sus primeras lágrimas.  
La pena acabó con él.  
En tierra ajena al amigo  
para siempre lo dejó.  
¡Tal fue su amargo destino!

Y tristes, los *gaidamaki*  
su férrea fuerza enterraron.  
Hicieron un alto túmulo.  
Lloraron en él, y luego,  
cual vinieron, se eclipsaron.  
Y largo rato de pie  
Yarema está. En el cayado  
se apoya. "Padre, descansa,  
descansa en ajeno campo,  
pues en el tuyo no tienes  
sitio, ni ya hay libertad. . .  
Duerme cosaco, alma grande,  
que alguien te recordará.

Y el infeliz, por la estepa  
sale andando. Muchas veces,  
mientras se enjuga las lágrimas,  
vuelve, triste, la cabeza,  
y en la llanura la tumba  
negra y solitaria queda. . .

Los *gaidamaki*, el trigo  
por toda Ucrania sembraron,  
mas no lo segaron ellos.  
¿Qué hacer ahora, hermanos?  
La verdad no existe. Sólo  
la mentira triunfa en juego.  
Se han ido los *gaidamaki*,  
¡Quién sabe dónde se fueron!  
Unos marcharon al bosque,  
otros volvieron a casa,  
y de ellos y sus hazañas  
por doquier quedó la fama.  
Y mientras, la *Sech* antigua  
destruyeron. Los cosacos

al Kubán se fueron unos,  
al Danubio otros marcharon.  
Y en los rápidos, las peñas  
del Dniéper rugen y claman:  
“¡Mataron a nuestros hijos  
y a nosotros nos desgarran!”  
Rugen recordando nombres,  
hechos y glorias pasadas. . .  
Y se durmió por los siglos,  
por los siglos nuestra Ucrania.  
Desde aquel tiempo, en Ucrania  
verdece el trigo, no se oye  
tronar de cañones, llantos,  
sólo el viento aúlla en los bosques  
e inclina el sauce, la hierba  
de las estepas, la flor.  
Todo ha callado. . . ¡Que calle,  
es la voluntad de Dios!

Y sólo cuando es de noche,  
por el bosque, por los prados,  
por el Dniéper, los antiguos  
*gaidamaki* van cantando:  
“¡Qué *jata* tiene Galaida!  
¡Eh, mar, gloria a ti, mar!  
¡Vendrá la gloria, Galaida!”

*San Petersburgo, 1841*

## GAMALIA

¡Ay, no sopla el viento ni una nube se ve  
correr de Ucrania aquí!  
¿Se preparan acaso para atacar al turco?  
No los vemos venir.

¡Ay, sopla, sopla viento, llega a través del mar,  
de Prado Grande<sup>1</sup> ven!  
Pena y lágrimas seca, rompe nuestras cadenas,  
mitiga nuestra sed.

¡Ay, mar azul, empuja sus ágiles bajeles,  
juega con ellos, mar,  
que los cosacos vienen a nuestro cautiverio,  
nos traen la libertad!

¡Ay, nuestro Dios amado, aunque no nos liberen,  
tráelos de Ucrania aquí,  
que oiremos de su fama hablar, y después de eso  
podremos ya morir!

\* \* \*

Así, allá en Escútari, los cosacos gemían,  
derramaban, los pobres, lágrimas de cautivos;  
la pena y la nostalgia les ronda noche y día.  
El Bósforo se agita. No está habituado él  
al llanto de cosacos. Y gime el ancho mar,  
y como un toro gris, se estremece su piel.  
Y las olas van lejos, lejos, y al mar azul  
conducen en sus lomos el gemido que evoca  
la patria y los recuerdos. Llega a Limán<sup>2</sup> y en vuelo  
al Dniéper. Y ruidoso se ríe nuestro abuelo.  
¡Hasta espuma le sale, fluyendo, por la boca!  
“¿Duermes, hermano Prado,  
Jórtitsa\* hermana, duermes?”

Y ambos responden fieles:  
“La voz de tu garganta  
oímos, sí. . .” Y el Dniéper  
se cubre de bajeles  
y los cosacos cantan:

\* \* \*

“Una turca tiene  
casa junto al mar.  
¡Ay, mar de combate,  
las rocas abate,  
que vamos allá!

\* \* \*

Ducados la turca  
tiene entre sus manos.  
Vamos no a robar,  
y sí, a rescatar  
a nuestros hermanos.

\* \* \*

Con la turca están  
el *pachá* y su flor.  
¡Eh, eh, enemigos,  
vais a ser testigos  
de nuestro valor!”

\* \* \*

Cantan y van navegando.  
El viento arrecia silbante. . .  
Gamalía en su bajel  
cortando el agua, delante.  
Ruge el mar, mas Gamalía  
no tiene temor a nada,  
y los bajeles se ocultan  
tras las olas encrespadas.

Dormita el harén. Bizancio dormita.  
Escútari duerme. Y el Bósforo brama  
lo mismo que un loco, y a Bizancio grita:  
¡que no se prolongue tu sueño en la cama!  
“¿Lo despiertas, Bósforo? Será tu desgracia.  
Tu osamenta blanca cubriré de arena,  
llenaré de cieno. ¿Sabes que mi audacia  
a tu sultán trae, por aguas serenas,  
a unos mensajeros?” —así el mar decía  
(ama a los valientes y audaces eslavos).  
Y se calmó el Bósforo. La turca dormía,  
el sultán roncaba guardado de esclavos.  
Y allá en las mazmorras esperan su hora  
los pobres cosacos, viva la esperanza.  
Al Dios que ellos aman, creyentes, imploran,  
y mientras, las olas a la costa avanzan.

“¡Oh, Dios de Ucrania querido,  
no dejes morir de olvido  
al cosaco en tierra extraña,  
que será vergüenza y saña  
si al alzarse de su tumba  
para ir a rendirte cuentas  
en el juicio de cristianos,  
los cosacos se presentan  
encadenadas las manos!”  
“¡Que se encienda la batalla!  
¡Mata al infiel musulmán!”,  
gritan tras de la muralla.  
¿Quiénes son? ¿Por qué aquí están?  
El pecho de Gamalía  
deja de latir con fuerza,  
loca, Escútari se agita.  
— ¡Matad! ¡A la fortaleza!,  
Gamalía, fuerte, grita.

Los cañones no se aplacan  
abriendo en el aire surcos.  
Ya los cosacos atacan  
y retroceden los turcos.

Gamalía, por Escútari  
entre incendios se pasea.  
Las mazmorras él destruye  
y él mismo rompe cadenas.  
“¡Salid volando, cosacos,  
avecillas prisioneras,  
que no falte en el botín  
del bazar vuestra presencia!”  
Se estremecen los cautivos  
al ver que así los alientan.  
¡Tanto tiempo hace que no oyen  
aquella cristiana lengua!. . .  
Y en medio de aquel festín  
la noche también se inquieta.  
No ve la madre lejana  
cómo salda el hijo cuentas.  
No te asustes, madre mía:  
estamos aquí de fiesta,  
aunque es un día corriente  
y en torno la noche reina.  
No es pirata ni asesino  
quien con Gamalía brega.  
Arden las embarcaciones,  
Escútari es una hoguera.  
Y por fin, en el fragor,  
ya Bizancio se despierta,  
los ojos desorbitados,  
los dientes, de rabia, aprieta.

Airado, Bizancio ruge,  
a la costa, presto, llega,

y con desatada furia  
se dispone a la pelea.  
Cuchillos y cimitarras  
bruñidos de sangre quedan.  
De punta a punta arde Escútari  
como una inflamada tea.  
Por los bazares la sangre  
corre, y al Bósforo llega.  
Como rápidos halcones  
los cosacos, prestos, vuelan.  
¡Nadie escapa! A los audaces  
el fuego jamás los quema.  
Las murallas se derrumban,  
la ciudad abre sus puertas,  
los gorros de los cosacos  
de plata y oro se llenan,  
y arrojan a sus bajeles  
las conquistadas riquezas. . .

Entre el humo del incendio  
de la ciudad ya indefensa,  
se reúnen los cosacos  
y a partir de allí se aprestan.  
Sus corvas pipas encienden  
con brasas de las hogueras;  
se suben a los bajeles  
que en el puerto los esperan,  
y hendiendo las rojas olas,  
como montañas las crestas,  
sus embarcaciones parten,  
la proa a la patria vuelta.

Cual si de paseo van,  
cual si a casa se adelantan,  
los zaporogos navegan  
y, como hacen siempre, cantan:



¡Hurra, Gamalía  
es nuestro atamán,  
atamán valiente,  
atamán audaz!  
Reunió a los mozos  
y se fue a la mar,  
por el mar de juerga  
se fue el atamán,  
a alcanzar la fama  
y a poder librar  
a nuestros hermanos  
presos del sultán.  
Y va Gamalía  
hasta la ciudad  
donde los cautivos  
esperando están  
la muerte que pronto  
les iba a llegar.  
Gamalía grita:  
“¡Hermanos, gozad  
de la vida, os vamos  
hoy a liberar!  
A las bandas turcas  
no daremos paz,  
y justo castigo  
a su mal tendrán.  
La gloria obtendremos,  
y hemos de adornar  
las tiendas con rico  
tapiz oriental”.  
Y los zaporogos  
a segar salían,  
y mientras segaban  
su cantar decían:  
“Gloria a Gamalía,  
famoso sin par,

famoso en el mundo  
y en Ucrania más,  
porque a los cosacos  
que para su mal  
cautivos estaban,  
les dio libertad”.

Navegan y van cantando.  
Detrás de todos, en guardia,  
Gamalía los protege  
como a sus crías el águila.  
De los Dardanelos sopla  
el viento tras sus espaldas.  
No da señales de vida  
Bizancio en la madrugada.  
Teme que el Monje<sup>3</sup> de nuevo  
prenda fuego a la Galata,  
o que Iván Podkova, el *hetman*,  
con los suyos esté en marcha.  
Navegan sobre las olas;  
de oro el sol las nubes baña;  
en torno, su mar querido  
inquieto se agita y canta.  
    Gamalía, el viento sopla. . .  
    ¡Mira, mira nuestro mar!. . .  
    Y tras las olas-montañas,  
    como escondido él está.

*San Petersburgo, 1842*

## NOCHES DE DONCELLA

Y las noches de doncella  
sus bellos ojos secaron. : :

*La monja Mariana*

Hasta la misma cintura  
su espesa trenza ha deshecho;  
como las olas del mar,  
de emoción se agita el pecho;  
brillan sus ojos castaños  
como nocturnos luceros;  
ábrese los blancos brazos  
buscando un esbelto cuerpo  
y abrazan la almohada fría. . .  
Abre los brazos de nuevo  
y los cierra desolada  
llorando de desconsuelo.

“Trenza espesa, ojos castaños,  
decid, para qué os quiero.  
Sin un amor, para qué  
quiero yo mi hermoso cuerpo  
si no tengo un fiel amigo  
para compartir mis duelos. . .  
¡Corazón, mi corazón,  
ay, qué penoso en mi pecho  
lates sabiendo que nadie  
escucha tus dulces ecos!  
Pícaro mundo, con quién  
vivir. . . para qué quiero  
tener gloria, tener fama.  
¡Quiero amar, quiero vivir,  
mas no con mi hermoso cuerpo,  
sino con el corazón  
que late dentro del pecho!  
Y aún me envidian, y la gente

ruin me dice con desprecio  
que soy altanera y mala.  
Pero lo que ignoran ellos  
es lo que mi corazón  
guarda en sí como un secreto. . .  
Dejadles que así me llamen,  
pecadores son, perversos. . .  
¿Por qué no quieres, Dios mío,  
con tus poderes inmensos  
acortar tus negras noches  
para mí de desconsuelo?  
De día no estoy tan sola  
y con el campo converso,  
y allí toda mi desdicha  
se la lleva raudo el viento.  
Mas de noche. . .”

Y muda queda,  
y lágrimas sin consuelo  
vierten sus ojos. . . Los brazos  
se abren en febril anhelo  
y se abrazan a la almohada  
buscando al dolor remedio.

*San Petersburgo,  
18 de mayo de 1844*

## SUEÑO

(COMEDIA)

El espíritu de la verdad, que el  
mundo no puede concebir porque  
no lo ve ni lo conoce, vosotros  
lo conoceréis porque está en vosotros.

*San Juan. Cap. 14; vers. 17*

Cada hombre tiene su destino  
y su ancho camino.  
Aquél construye, otro destruye;  
uno con avidez escruta  
hasta el confín del mundo  
buscando un país del cual apoderarse  
y consigo llevárselo a la tumba.  
Aquél otro, con las cartas,  
roba al pariente en su casa.  
Y el de más allá, en un rincón escondido,  
contra su propio hermano afila el cuchillo.  
Otro, taimado y de Dios temeroso,  
acecha, como un gato, la desdichada hora  
en que te clavará su garra,  
y no te librarán las súplicas,  
ni los hijos, ni la mujer.  
Y aquel, muy rico y generoso,  
que levanta templos,  
y tanto ama la Patria,  
y tanto se aflige de sus males,  
bebe su sangre como si fuera agua.  
Y callan los hermanos.  
Como corderitos,  
los ojos abiertos. Y dicen:  
“Puede que así sea necesario”.  
¿Es así necesario? ¡Pues Dios  
no hay en el cielo!  
Y caen agotados uncidos al yugo  
soñando con el paraíso.



La choza de una viuda. 1843.  
*Lápiz.*



Consejo de los ancianos de la aldea. 1843-1844.

Pero el paraíso no existe.  
No esperéis en vano.  
Mirad: todos en este mundo,  
príncipes y siervos,  
son hijos de Adán.  
¿Y quién soy yo? —preguntaréis—.  
Mirad, buena gente:  
Yo siempre ando de fiesta  
con la copa en la mano.  
¿Os da envidia? ¿Os lamentáis?  
No quiero escucharos.  
No me riñáis,  
que yo bebo mi sangre,  
y no la de los hombres.

Así, pues, una noche,  
cuando regresaba borracho de una orgía,  
y razonaba dando traspiés  
cerca del vallado,  
llegué por fin a mi casa.  
En casa no tengo hijos que alboroten  
ni mujer que me riña.  
Una paz paradisíaca reinaba  
en mi corazón y mi casa.  
Y me eché a dormir.  
Cuando el borracho duerme,  
aunque un cañón dispare  
no se le mueve un pelo del bigote.

Y comencé a soñar. . .  
¡Fue un sueño extraordinario!  
Y por ver lo que soñé  
el más sobrio se emborracharía,  
y tres kopeks daría el más avaro.  
Pero no, nadie lo verá.  
Un búho vuela sobre los prados,



los bosques y las anchas estepas,  
salva torrenteras y barrancos.  
Yo vuelo tras él  
y me despido de la Tierra.

“Adiós, mundo, adiós, Tierra,  
lugar ingrato,  
esconderé mis penas y desgracias en las nubes.  
Y a ti, mi Ucrania, desdichada viuda, te digo:  
Volaré hasta ti para, desde las nubes,  
conversar contigo  
plácida y tristemente y escuchar tus consejos.  
A medianoche caeré como abundante rocío.  
Conversaremos, añoraremos. . .  
hasta que se levante el sol,  
hasta que tus hijos  
vayan contra el enemigo.  
¡Adiós, mi querida madre,  
desdichada viuda!  
Cría a tus hijos,  
que en Dios Nuestro Señor la verdad está viva”. . .

Volamos. . . Amanece:  
Se enciende en el horizonte el cielo,  
el ruiseñor en el oscuro bosque  
al sol saluda.  
El viento quedo sopla,  
campos y estepas sueñan;  
por barrancos y estanques  
los sauces reverdecen;  
en los huertos, las ramas se doblan con el fruto;  
los rectos álamos, como guardianes,  
conversan con el ancho campo.  
Y así, todo el país  
cubierto de belleza reverdece  
y se lava en el rocío.

Desde inmemoriales tiempos  
se lava en el rocío mañanero,  
y al sol saluda eternamente  
sin principio ni fin.  
Tierra hermosa de belleza perenne. . .  
¿Por qué, pues, alma mía,  
por qué sufres y lloras?

¿De qué te lamentas? ¿Acaso no ves,  
acaso no oyes el llanto de los hombres?  
¡Observa, mira!  
Yo volaré alto, muy alto,  
tras las nubes azules.  
Que no hay allí poder y no hay castigo.  
Allí no se oye ni la risa ni el llanto.  
Y en ese paraíso que abandonas  
mira cómo roban a un inválido el caftán remendado,  
cómo con la piel se lo quitan,  
pues no hay con qué calzar a los pequeños príncipes.  
Y mira cómo crucifican a una viuda  
que no puede pagar el tributo.  
Y cómo al hijo encadenan.  
¡El único hijo! ¡Única esperanza,  
que al ejército se llevan!  
¡Porque hay pocos soldados!  
Y allá, junto a la empalizada,  
fenece un niño deformado por el hambre  
mientras la madre siega el trigo del señor  
orgullosa y distante.

¿Y ves eso de más allá?  
¡Ay, ojos! ¿Para qué os quiero?  
¿Por qué no os secasteis cuando niño?  
¿Por qué no os desleísteis con las lágrimas?  
¡Mira esa muchacha abandonada  
que va con el bastardo a cuestas!

Los padres renegaron de ella  
y la gente ni le abre la puerta.  
¡Hasta los mendigos se avergüenzan!  
Mientras tanto. . .  
El imberbe señorito nada sabe,  
malgasta en la bebida  
el dinero por los siervos vendidos,  
sin que nadie le pida cuentas.

¿Es que ve Dios nuestras desdichas y nuestras lágrimas  
por detrás de las nubes?  
Puede que vea nuestros males.  
¡Pero su ayuda es como la de esas montañas eternas  
regadas con sangre humana!  
¡Pobre alma mía!  
¡Cuánta desdicha la nuestra!  
Tomemos un veneno  
y acostémonos sobre el hielo.  
Dirijamos nuestros pensamientos  
a Dios, y preguntemos  
si por mucho tiempo todavía  
mandarán en el mundo los verdugos.  
¡Vuela, mi pensamiento,  
feroz martirio mío!  
Llévate los males y maldades,  
que son tus camaradas,  
pues con ellos creciste  
y les tomaste cariño.  
Sus duras manos te fajaron. Tómalos.  
Vuela con ellos por el cielo  
y dispérsalos allí como una horda.  
¡Que ennegrezca el cielo y que enrojezca,  
que lance llamas!  
¡Que de nuevo vomite serpientes!  
¡Que siembre la Tierra de cadáveres!  
Sin ti, en alguna parte

mi corazón cansado esconderé,  
y mientras,  
buscaré en el fin del mundo el paraíso.

Y de nuevo sobre la Tierra vuelo,  
y de nuevo, de ella me despido.  
Es penoso abandonar a la madre  
en una choza vieja,  
pero es aún más amargo  
ver sus lágrimas y su pobreza.

Vuelo, vuelo.  
Blanquea la nieve y sopla el viento.  
Por todas partes pinares y pantanos,  
la niebla, el vacío y el silencio.  
No se oye a la gente,  
no se ve ni la huella del terrible pie humano.  
¡Oh, enemigos y no enemigos!. . .  
¡Adiós! ¡Bebed y alegraos!  
No vendré ni invitado.  
Ya nada oiré. Solo, para siempre,  
voy a dormir en la nieve.  
Hasta que no sepáis que aún existe un país  
que no ha sido regado con lágrimas y sangre,  
descansaré.  
¿Descansaré. . .? Imposible.  
Oigo el ruido de cadenas bajo tierra.  
¡Eh. . .! ¡Mala gente!  
¿De dónde habéis salido? ¿Qué hacéis?  
¿Qué buscáis bajo tierra?. . .  
¡O quizás no podré esconderme ni en el cielo!  
¿Por qué este castigo?  
¿A quién hice daño?  
¿Qué duras manos ataron el alma al cuerpo  
y prendieron fuego al corazón,

y, cual nube de chovas, los pensamientos dispersaron?  
¿Por qué he sido con dureza castigado?  
¿Cuándo llegará el fin?  
¿Cuándo la redención?  
¡No lo sé! ¡No lo veo!

Se pone en movimiento el desierto,  
parece como si la tierra, estrecha tumba, se abriera  
y los muertos se levantaran para pedir justicia  
en el terrible Juicio Final.  
Pero no son los muertos, los difuntos,  
que al Juicio comparecen.  
Son gente, gente viva,  
gente encadenada  
que de las madrigueras saca oro  
para llenar la garganta al insaciable.  
Son presidiarios.  
¿Y por qué? Dios lo sabe.  
El Todopoderoso. . .  
aunque es posible que tampoco lo vea todo.

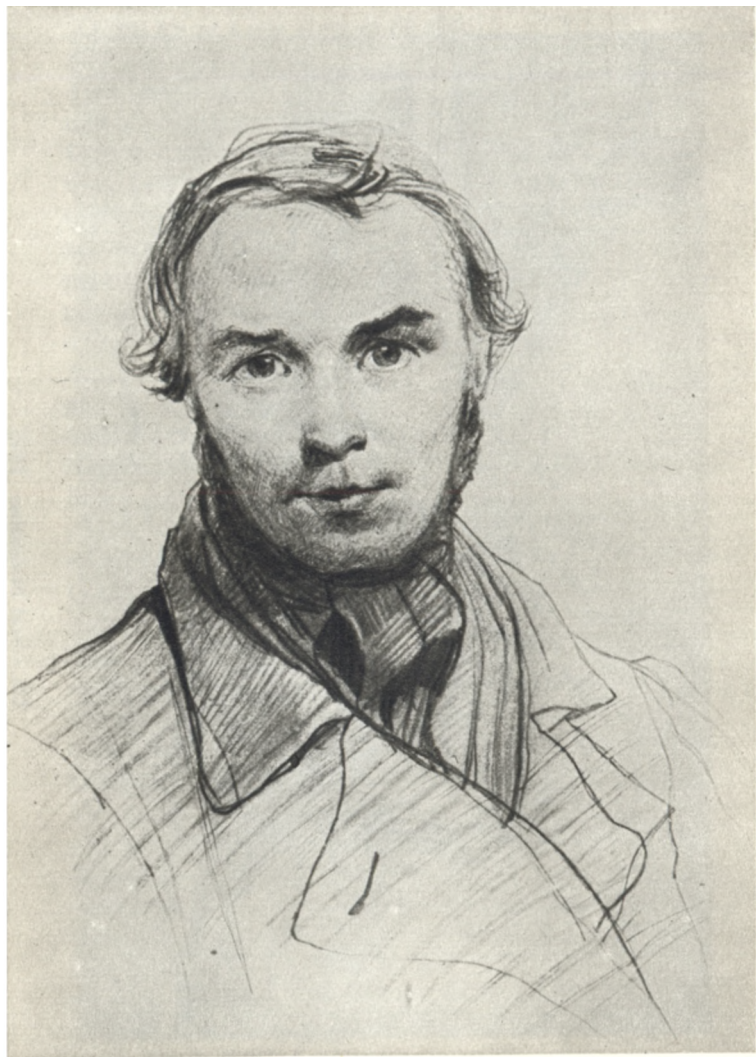
Por allí un criminal perverso  
arrastra las cadenas,  
y rechinando los dientes  
acuchillar aún quiere  
al camarada de dolor ya medio muerto.  
Y entre dos criminales empedernidos,  
con cadenas adornado,  
¡el zar del Universo!  
¡El zar de la libertad!  
¡El zar coronado con sello<sup>1</sup>!  
Es martirizado en el presidio, mas no implora,  
no se queja, no llora.  
Su corazón, que la bondad calentó una vez,  
no se enfría en un siglo.

¿Y dónde están tus pensamientos, sonrosadas flores,  
tus hijos crecidos y valientes?  
¿A quién, amigo, a quién los entregaste?  
¿O tal vez en el corazón los escondiste para siempre?  
¡Ay, no los guardes, hermano! ¡Dispérsalos! ¡Espárcelos!  
Podrán echar brotes, crecer y hacerse hombres.  
¿Habrá que asistir a otra tortura? ¿O ya basta?  
Ya basta, basta, pues frío hace,  
y el frío la razón despierta.

Vuelo, vuelo de nuevo.  
Renegrece la tierra.  
Dormita la razón y el corazón languidece.  
Veo caminos, casas,  
y ciudades con cien iglesias.  
Allá instruyen a los reclutas,  
alimentados, uniformados y encadenados,  
hacen la instrucción  
y parecen una bandada de grullas.  
Más adelante, como en un pozo,  
se divisa apenas sobre un pantano una ciudad<sup>2</sup>.  
La envuelve una pesada niebla como nube negra.  
Volando, llego a la ciudad infinita.  
¿Es turca o alemana?  
Puede que sea rusa.  
Sólo se ven iglesias y palacios  
y obesos magnates,  
¡pero ni una sola *jata!*

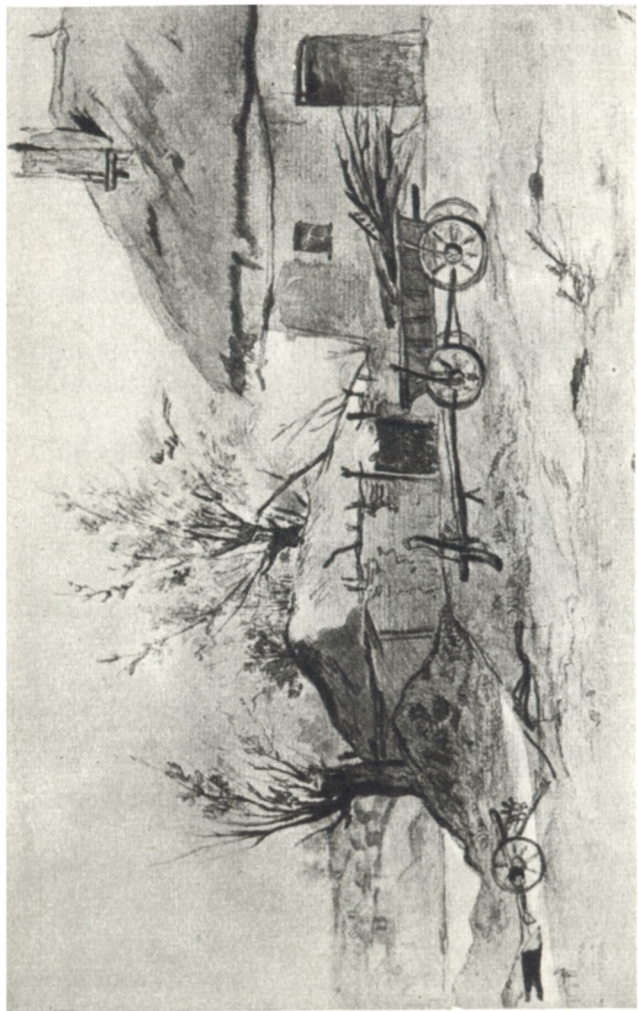
Anochece. . . Por todas partes fuego.  
Todo arde. El resplandor me asusta.  
— ¡Hurra! ¡Hurra! — gritan.  
— ¡Chitón! ¡Callaos!  
¿De qué os alegráis?  
¿Por qué este fuego?

— ¡Vaya con el jojol<sup>3</sup>!  
No sabe lo que es un desfile.  
¡Estamos de desfile!  
¡El Mismo<sup>4</sup> se permite hoy pasear!  
— ¿Pero dónde está esa prenda?  
¿Dónde le puedo ver?  
— ¡Mira! ¿Ves el palacio?  
Avanzo a empujones. Gracias a Dios que encuentro  
a un paisano entre los que llevan los botones dorados.  
— ¿De dónde sales?  
— De Ucrania —le digo.  
— ¿Y no sabes hablar como los de aquí?  
— Sé hablar; pero no quiero.  
— ¡Vaya tonto! Yo estoy de servicio,  
conozco todas las entradas del palacio.  
Si quieres puedo ayudarte  
para que entres allí.  
Pero debes saber, hermano, que somos gente instruida.  
Que no te duela dar medio rublo.  
— ¡Apártate, malvado, chupatintas!  
E invisible de nuevo,  
me introduzco en el palacio.  
¡Dios mío! Ahora veo dónde está el paraíso.  
Los lameplatos están recargados  
de bordados de oro.  
El Mismo avanza soberbio,  
irritado.  
A su lado, como hongo desecado, delgada y pernilarga,  
va la miserable zarina  
con temblores de cabeza.  
¡Vaya diosa!  
¡Pero qué desdichada!  
¡Qué tonto he sido!  
Sin haberte visto nunca,  
he creído a tus imbéciles poetastros aduladores.  
¡Qué tonto he sido, a pesar de los golpes recibidos!



Autorretrato. 1843-1845.  
*Lápiz.*





Un corral campesino. 1845.  
*Acuarela.*

He dado fe a los escritores moscovitas.  
¡Quién los va a leer después de ello,  
quién les va a creer!  
Tras los dioses,  
está la aristocracia cargada de plata y oro.  
Obesos y ventrudos,  
como jabalíes bien cebados,  
sudán y se amontonan para estar  
aún más cerca de los *mismos*,  
para no perder nada,  
para ganar siquiera una bofetada  
o una higa.  
Aunque sea media,  
pero en la nariz misma.  
Mudos y en fila ahora se han puesto.  
Ningún ruido. ¡Silencio!  
El zar murmura. . .  
y la zarina, como garza entre pájaros,  
salta para parecer animada.  
Largo rato pasean cual mochuelos inflados,  
y en voz muy baja hablan.  
Nada se oye de lejos.  
Apenas si muy quedo se oye hablar de la Patria,  
de instrucción militar más moderna  
y de nuevos ojales.  
Después, la zarina en el sillón se sienta.  
Veo que el zar se acerca al de más rango,  
y en pleno rostro le da una bofetada.  
El pobre se relame,  
y al que le sigue en grado en el vientre golpea.  
¡Qué espantoso ruido!  
Este en la espalda de otro inferior  
da una palmada;  
y aquél a otro inferior golpea,  
y aún éste a otro inferior,  
y así, de mayor a menor,

llegan los golpes al más pequeño,  
que fuera de la entrada,  
se lanza por las calles a golpear  
a los aún no apaleados ortodoxos.  
Y aquéllos venga a gritar y a chillar de contento:  
“¡De fiesta está nuestro padrecito,  
de fiesta, está de fiesta!  
¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!.. .”

Me echo a reír, pero río poco,  
pues también yo recibo lo mío  
y aguanto los golpes y patadas.  
Al amanecer está todo dormido.  
Sólo en los rincones gimen algunos ortodoxos  
y rezan a Dios  
por el padrecito zar.  
Uno ríe y llora a la vez.  
Recorro la ciudad.  
Es la noche como el claro día.  
Junto al tranquilo río de muros de piedra,  
palacios y palacios. . .  
Me quedo alelado.  
¿Cómo ha sido posible de semejante charca  
hacer tal maravilla?  
¡Cuánto sudor, cuánta sangre vertida  
sin cuchillo ni espada!  
Al otro lado del río  
veo una fortaleza y un fino campanario<sup>5</sup>  
tan afilado como una lezna que miedo da mirarlo.  
Suenan los relojes. Miro en torno.  
Un caballo vuela  
y con los cascos rompe la roca.  
El jinete que lo monta a pelo,  
la cabeza adornada con hojas,  
no se sabe si lleva o no chaquetón.

Se enfurece el corcel,  
se dispone a saltar al otro lado del río.  
El jinete extiende el brazo  
como si de la Tierra entera quisiera apoderarse.  
¿Quién es?  
Las letras grabadas leo,  
que esta maravilla erigió  
“Al Primero, la Segunda”<sup>6</sup>.  
Así, ahora lo sé.  
Es aquel *primero*  
que crucificó a Ucrania.  
Y la *segunda*, la que remató a viuda huérfana.  
¡Verdugos! ¡Insaciables verdugos!  
De Ucrania os habéis hartado.  
Mucho robasteis.  
¿Y qué os habéis llevado al otro mundo?  
¡Qué congoja me lacera el alma!  
Diríase que yo leo  
la historia de Ucrania.  
Estoy de pie y apenas si respiro.  
Una voz invisible  
canta consternada:  
“De la ciudad de Glújov  
los regimientos salieron  
con las azadas en línea.  
Y yo, en nombre del *hetman*,  
a la capital llegué  
con mis hermanos cosacos.  
¡Oh, Dios de misericordias!  
¡Zar maldito! ¡Zar infiel!  
¡Zar miserable y maligno!  
¿Qué has hecho con los cosacos?  
Con sus nobles huesos rotos  
has cubierto los pantanos.  
Sobre sus cuerpos gloriosos,  
cadáveres mutilados,

la ciudad has levantado.  
Y a mí, *hetman* libre, me has encadenado,  
y hambriento al martirio me has llevado.  
¡Ay, zar. . .! Ni Dios podrá separarnos.  
Con hierros para siempre  
vas conmigo encadenado.  
¡Qué difícil me resulta  
volar sobre el Nevá!  
Puede ser que ya no exista  
la remota Ucrania mía.  
Yo iría volando para verla,  
pero Dios no lo permite.  
Quizás Moscú le prendió fuego  
y el Dniéper desecó  
llevando sus aguas al mar azul,  
y excavó los altos túmulos  
de nuestra gloria.  
¡Ten piedad! ¡Piedad, Dios mío!”  
Se apaga la canción.  
Veo una nube blanca que cubre el gris del cielo.  
Algo en la nube aúlla  
como una fiera en el bosque.  
Pero no es una nube,  
sino un pájaro blanco  
que desciende al monumento de bronce  
para gritarle al zar:  
“También encadenados contigo estamos.  
¡Caníbal! ¡Serpiente!  
En el terrible Juicio Final  
no dejaremos que tus insaciables  
ojos vean a Dios.  
De Ucrania nos echaste.  
Hambrientos y desnudos,  
en tierra ajena sobre la nieve nos echaste.  
Por tu cuchillo perecimos,  
y de la piel y de las venas nuestras

tejiste un regio manto de púrpura,  
fundaste la capital  
en este nuevo vestido.  
¡Alégrate de tus iglesias y palacios!  
¡Alégrate, maldito verdugo!  
¡Maldito! ¡Maldito seas!”  
Ya las nubes se dispersan. Amanece.  
Y yo estoy parado mirando  
hasta que el miedo me sobrecoge.  
Veo pasar los infelices  
que hacia el trabajo se apresuran.  
En las plazas se instruye a los reclutas.  
Por ambos lados de las calles,  
soñolientas muchachas regresan a sus casas.  
La madre las había mandado a trabajar toda la noche  
para ganarse el pan.  
Y yo estoy parado y cabizbajo,  
reflexiono y pienso  
icúan duro es ganar el pan de cada día!  
Por eso los hermanos se apresuraron  
a incorporarse al senado  
para escribir y firmar los papeles  
y fustigar al padre y al hermano.  
Entre ellos en alguna parte  
se ve uno que otro paisano mío.  
Hablan a lo moscovita,  
se ríen y condenan a sus padres  
por no haber enseñado el alemán,  
porque ahora por eso deben perder su vida  
entre los tinteros.

¡Sanguijuelas! ¡Sanguijuelas!  
Es posible que vuestro padre  
al mercader vendió la última vaca  
para poder enseñaros la lengua de Moscú.  
¡Ucrania! ¡Ucrania!

Esos son tus hijos, tus jóvenes flores,  
regados con tinta.  
En las estufas alemanas  
adormecidos están con el beleño zarista.  
¡Llora, Ucrania!  
¡Llora, viuda sin hijos!  
He resuelto ir ahora  
a palacio a ver al zar.  
Llego.  
Hinchados personajes se mueven como pavos.  
Soplan los palaciegos y miran de reojo  
la gran puerta cerrada por la que el zar va  
a entrar.  
He aquí que se abre la puerta apetecida  
y sale uno, como un oso<sup>7</sup> del cubil.  
Mueve los pies apenas.  
El amargo despertar de la borrachera  
le martiriza.  
Amarillo e hinchado,  
se pone a dar gritos a los más barrigudos  
y éstos se hunden en la tierra.  
Se le saltan los ojos,  
y los demás tiemblan de miedo.  
Como un loco chilla a los inferiores,  
y éstos desaparecen;  
a los más inferiores grita  
y también desaparecen.  
Va a los criados,  
y asimismo se desvanecen.  
Va a los soldados  
y se opera el mismo fenómeno.  
Un milagro terrible ocurre en el mundo.  
Con impaciencia espero.  
¿Qué más puede ocurrir?  
¿Qué puede hacer el Oso?  
Ya sin gente la cabeza ladea. . .

¡Asombroso! ¿Dónde está su naturaleza de oso?  
Se diría un gatito en vez de un oso.  
A reír me pongo a carcajadas  
y él que me oye,  
un grito tan fuerte suelta,  
que me asusta y me despierta.  
¡Con qué milagros he soñado!  
Un tal sueño es de borracho o de loco.  
Hermanos, no os asombréis  
por el sueño que conté,  
que no he contado lo mío,  
sino aquello que soñé.

*San Petersburgo,  
8 de junio de 1844*



## NO CASES CON MUJER RICA

No cases con mujer rica  
porque te echará a la calle.  
No cases con mujer pobre,  
que ni en el sueño descanses.  
Cásate con la libre libertad.  
Y cástate con la suerte  
cosaca que te encuentres:  
si pobre, pobre será  
más nadie va a molestarte.  
Qué te duele y dónde duele,  
no preguntarán en balde.  
Dicen que el llorar con otro  
alivia mejor los males.  
No lo creas, es más fácil  
llorar si no te ve nadie.

*Mirgorod,*  
*4 de octubre de 1845*

## EL HEREJE<sup>1</sup>

A Šafárik<sup>2</sup>

Llegaron malos vecinos,  
la hermosa *jata* incendiaron,  
se calentaron con el fuego,  
después de cometer el crimen  
se echaron a descansar  
olvidando de esparcer la ceniza gris al viento.  
Y quedó allí la ceniza  
en el cruce de caminos.  
Y no se apagaba en ella  
el rescoldo de un gran fuego  
que esperaba lo avivasen lo mismo que un vengador,  
aguardando la hora,  
la funesta hora,  
en el ancho cruce de caminos.  
Ardía y ardía,  
ya comenzó a extenderse.  
Así el germano incendió  
la gran casa. Y la familia,  
la familia de los eslavos  
dividió,  
y soltó taimadamente,  
la serpiente feroz de la discordia.

A ríos corrió la sangre,  
apagando el incendio,  
y los alemanotes se repartieron  
el solar de la incendiada casa y a sus huérfanos.  
Encadenados crecieron  
los hijos eslavos,  
olvidando en el cautiverio  
quiénes en el mundo eran.  
Y en el viejo incendio,

la chispa de la hermandad se apagaba,  
se consumía,  
esperando unas manos fuertes  
y audaces.  
Y no esperó en vano. . .  
Tú viste muy hondo en la ceniza.  
¡Con el audaz corazón  
y el aguileño ojo viste el buen fuego!  
Encendiste, sabio entrañable,  
la lumbre de la verdad, de la libertad. . .  
La gran familia de los eslavos  
contaste en las tinieblas del cautiverio.  
La contaste toda,  
mas lo que tú contabas  
eran cadáveres,  
no eran eslavos.  
Y en la encrucijada del mundo  
te erguiste entre enormes multitudes  
como Ezequiel.  
Y, ¡oh, milagro!  
Los cadáveres se levantaron,  
abrieron los ojos,  
los hermanos se abrazaron,  
y pronunciaron palabras  
de amor sincero por los siglos de los siglos.  
¡En un mismo mar  
se vertieron los ríos eslavos!

¡Gloria a ti, sabio entrañable,  
checo eslavo,  
por no permitir  
que se hundiera nuestra verdad  
en el abismo germano!  
¡Bello es tu mar eslavo!  
Pronto habrá pleamar,  
y con buen timón,

la barca de anchas velas  
navegará segura sobre las amplias olas  
del mar libre.  
¡Gloria a ti, Šafárik,  
eterna gloria,  
por hacer un gran mar de ríos eslavos!  
Recibe como homenaje  
mi pobre pensamiento,  
que como simple óbolo,  
deposito sobre el checo santo.  
Sobre el gran mártir,  
sobre el glorioso Hus.  
Recíbelo, padre.  
Y yo rogaré en silencio a Dios  
por que todos los eslavos sean buenos hermanos.  
Yo rogaré para que sean hijos del sol de la verdad.  
Para que sean herejes  
como el gran hereje de Constanza<sup>3</sup>.  
Para que den al mundo gloria y paz  
en los siglos venideros.

*Pereyaslavl,*  
*22 de noviembre de 1845*

La piedra que desecharon  
los edificadores, ha venido  
a ser cabeza de ángulo. De parte  
de Jehová es esto: es maravilla  
en nuestros ojos.

*Salmo 118. 22-23*

“Sufre y llora en silencio  
el pueblo mártir.  
Mentira y esclavitud  
por todas partes,  
mientras el Papa,  
el fraile cebado,  
comerciante de sangre<sup>4</sup>,

en su trono apostólico  
está dando y quitando el paraíso.  
¡Oh, zar de los cielos!  
Tu juicio se pierde en vano,  
como tu reino. . .  
Los bandoleros a la verdad vencieron  
y se burlan de tu gloria,  
de tu voluntad y tu poder.  
¡La tierra encadenada llora  
como la madre por sus hijos!  
No hay quien rompa estas cadenas,  
quien se levante en defensa  
de la verdad evangélica del pueblo oprimido.  
¡No hay nadie, Dios mío,  
y nunca habrá!  
Ha de llegar la hora,  
la hora del gran castigo celestial  
que hará caer las tres coronas  
de la orgullosa tiara papal.  
¡Han de caer!  
¡Han de caer, Dios mío!  
¡Bendice para la venganza y los martirios  
mis débiles e inseguras manos!”  
Así pensaba Jan Hus en la celda.  
Romper quería las cadenas del infierno  
y mostrar un santo milagro  
a los ojos ciegos.  
“¡Lucharé!. . .  
¡Dios está conmigo!”  
Y a rezar fue el buen Hus  
a la Capilla de Belén<sup>5</sup>.  
“En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo,  
por nosotros crucificado,  
y de todos los santos apóstoles,  
en particular de Pedro y Pablo,  
perdonamos todos los pecados

con la santa bula,  
a esta esclava de Dios. . .”  
“Sí, a esa misma que llevaban anteayer  
por las calles de Praga.  
La misma que se tambaleaba  
por tabernas y cuarteles,  
y que borracha da traspiés  
por los corredores y celdas  
de los monasterios.  
Esa misma ganó dinero  
y compró la bula.  
¡Santa es ahora!  
¡Dios mío! ¡Dios mío!  
¡Fuerza poderosa!  
¡Gloria eterna!  
¡Mira a la gente!  
¡Deja de castigarlas, descansa en el luminoso paraíso!  
¿Por qué se pierden?  
¿Por qué castigas a tus buenos y obedientes hijos?  
¿Por qué les has cegado los claros ojos  
y les has encadenado su libre inteligencia  
con las cadenas de la maldita noche?  
¡Abrid los ojos, hombres!  
¡Llegó el día!  
¡Extended los brazos,  
apartad la venda que cubre vuestros ojos!  
¡Despertad, checos!  
¡Sed hombres y no la mofa de los monjes!  
Todo lo han inundado,  
todo lo han cogido los malhechores,  
los verdugos con mitra,  
como en Moscú los tártaros.  
¡Y a nosotros, ciegos,  
nos han dejado sus dogmas!. . .  
Sangre, incendios, guerras y pendencias,  
todos los males del mundo.

¡Una hilera sin fin de penas infernales  
y Roma repleta de bastardos!  
¡Esos son sus dogmas y su gloria!  
¡Una gloria evidente!  
Y ahora el Cónclave decide:  
¡Quien muera sin la santa bula  
directamente al infierno irá!  
¡Quien por la santa bula pague doble,  
aunque clave el cuchillo en sus hermanos,  
a excepción del papa y el prelado,  
abierto tiene el paraíso eterno!  
¡Cuenta acabada!  
Y el ladrón roba al ladrón  
en la misma iglesia. . .  
¡Malhechores! ¡Malhechores!  
¿Aún no os habéis hartado de sangre humana?  
Señor. . .  
¿Debo ser yo, simple mortal,  
quien juzgue tus acciones?  
Tú no puedes hacer mal a nadie sin culpa.  
¡Perdónanos, Señor, rezo a ti!  
¡Sálvanos, fuerza santa, te lo rogamos!  
¡Llena mi lengua de llagas por las blasfemias,  
pero las llagas del mundo cura!  
¡No permitas que se mofen los malvados  
de la gente humilde  
y de tu gloria eterna! . . .”

Lloraba Hus al rezar su oración.  
Lloraba amargamente  
y la gente callaba y se asombraba:  
¿Qué hace?  
¿Contra quién levanta la mano?  
“¡Mirad, hombres!  
¡Aquí tenéis la bula  
que yo leía! . . .” Y al pueblo

se la mostró. Todos se estremecieron.  
¡¡Jan Hus rompió la bula!!  
De la Capilla de Belén hasta Roma  
los rumores, burlescos, corrían.  
Se escondían los frailes.  
Y como un tremendo castigo  
en el Cónclave resonó el rumor.  
Se tambalea la tiara.  
Silban como serpientes  
los prelados del Vaticano.  
Murmillos en Aviñón<sup>6</sup>  
entre la Curia romana,  
murmuran los antipapas  
y hasta las paredes tiemblan  
de tanto y tanto murmullo.  
Como víboras se retuercen los cardenales  
alrededor de la tiara,  
y en silencio se pelean  
como gatos por el ratón.  
Por algo es.  
¡Hay tanta piel!  
¡Y tanta carne! . . .  
Hasta los muros se estremecen  
cuando se acuerdan que en Praga  
han empezado a graznar los gansos<sup>7</sup>  
y en vuelo van  
a luchar contra las águilas.  
Aguza los sentidos el Cónclave,  
se reúne en un consejo,  
y decide lanzarse contra Hus.  
Reunir en Constanza<sup>8</sup>  
a todos los cuervos,  
y vigilar por todos los medios,  
en todas las latitudes  
para que el pájaro gris  
no huya al campo eslavo.



Como cubren las chovas el campo,  
así cubrieron los frailes  
la estepa y los caminos hasta Constanza.  
Como la langosta,  
los barones, condes y duques,  
perreros, heraldos, taberneros,  
trovadores y gentes de tropa  
cubren los caminos.  
Detrás de las condesas  
van los germanos.  
Quien con halcones en las manos,  
quien a pie o en mulo montado.  
¡Un verdadero hormiguero!  
Todos van a la caza de prisa,  
como el reptil de prisa sale a calentarse al sol.  
¡Ah, checo!  
¿Dónde está tu alma?  
¡Mira qué fuerza se te viene encima!  
Como si fueran contra el sarraceno  
o contra el Gran Atila.

En Praga rumorean sordamente  
el César y Venceslao.  
¡Y en aquella catedral de mil cabezas  
todos gritan unánimes!  
No quieren que Hus vaya a Constanza.  
“Vivo está Dios y viva está mi alma.  
Yo no temo a la muerte, hermanos.  
Les demostraré mi razón,  
a esas serpientes les arrancaré su venenosa áspid. . .”  
Y como amantes hijos a su padre,  
a Hus los checos acompañan. . .

En Constanza voltearon  
temprano las campanas.  
Se reunieron los cardenales,

obesos y colorados  
como bueyes en rodeo;  
y toda una lava de prelados,  
y tres papas y todos los barones  
y las cabezas coronadas.  
Se reunieron como Judas  
en el juicio contra Cristo.  
Discordias y griterío. . .  
Rugían y aullaban  
como una horda en el campamento  
o como los judíos en la escuela. . .  
¡Pero todos a un tiempo enmudecieron! . . .

Como el cedro en el campo libanés,  
encadenado apareció Hus ante ellos.  
Miró a los pecadores  
con sus ojos de águila.  
Se atemorizaron, palidieron,  
y silenciosos miraron al mártir.  
“Y bien,  
¿Me habéis llamado para discutir?  
¿O para contemplar estas cadenas?”  
“Calla, checo temerario  
(silbaron como serpientes  
y rugieron como fieras).  
¡Tú eres un hereje! ¡Un hereje!  
Siembras la división y la discordia,  
la guerra interna propagas,  
la santa voluntad no acatas! . . .”  
“¡Sólo una palabra!”  
“¡Por Dios estás maldito!”  
Miró Hus a los papas y salió de la sala.  
“¡Le hemos vencido! ¡Le hemos vencido!”  
gritaron como locos.  
“¡Auto de fe! ¡Auto de fe!”  
rugieron todos.

Y en un festín consumieron la noche  
frailes y barones. . .  
Todos bebieron y borrachos  
maldecían a Hus  
hasta que voltearon las campanas  
y amaneció. . . A rezar por Hus los frailes van.  
El rojo sol tras las montañas  
arde ya. También él  
quiere ver lo que harán  
con aquel hombre justo. . .

Echaron todas las campanas al vuelo  
y llevaron a Hus al Gólgota encadenado.  
No se estremeció ante la hoguera,  
se metió en ella y se puso a rezar:  
“Oh, Señor misericordioso,  
¿Qué he hecho yo a esta gente?  
¡A tu gente!  
¿Por qué me juzgan?  
¿Por qué me crucifican?  
¡Gente! ¡Buena gente!  
¡Rezad!. . .  
¡Inocentes!  
¡Con vosotros harán lo mismo!  
¡Rezad!. . .  
Fieras feroces  
han llegado con pieles de cordero  
y ahora tienden sus garras. . .  
Ni montes ni muros os resguardarán.  
¡Se desbordará el mar, rojo de sangre!  
¡La sangre de vuestros hijos!  
¡Oh, pena!  
¡Ahí están! Con sus claras casullas  
sus ojos de rabia centellean.  
Piden sangre. . .”

“¡Quemad! ¡Quemad!”  
“¡Sangre! ¡Quieren sangre!  
¡Vuestra sangre!”  
Y desapareció el justo tras del humo.  
“¡Rezad! ¡Rezad!  
¡Señor, perdónalos,  
pues no saben lo que se hacen!. . .”  
Y se hizo el silencio.  
Como perros alrededor de la hoguera  
forman corro los frailes.  
Temían que saliese del fuego  
como una serpiente,  
y se enrollase en la corona o en la tiara.

Se apagó el fuego.  
Esparció el viento la ceniza,  
y las gentes humildes  
vieron en la tierra una roja serpiente.  
Cantaron el “Te Deum” los prelados.  
Y luego se fueron de festín.  
Día y noche estuvieron tragando.  
Juntáronse los checos en familia  
y recogiendo un puñado de tierra de la hoguera  
con ella se marcharon a Praga.  
Así es como condenaron  
y quemaron los frailes a Jan Hus.  
Pero no quemaron la santa palabra.  
No adivinaron que el “ganso”  
se transformaría más tarde en águila  
y saldría de entre las nubes  
para picotear la alta tiara papal.  
¡Mas, qué podía importarles!  
A volar se echaron.  
Como cuervos en sangrienta fiesta  
volvieron a sus casas frailes y barones.

Ya lo han olvidado todo.  
De festines siguen y alguna vez  
el "Te Deum" cantan.

Todo se ha consumado. . . ¡Deteneos!  
Sobre su cabeza  
el viejo Žižka de Tabor<sup>9</sup>  
ya agita la maza de atamán.

*Aldea de Máriašskoe,  
10 de octubre de 1845*

## LA CRIADA

### PROLOGO

Es un domingo, temprano,  
cubre la niebla los campos.  
Cual álamo, en una loma,  
se agita airada una moza.  
Contra su pecho algo aprieta  
y con la niebla conversa:

“¡Ay, niebla, mi niebla,  
mi destino amargo!  
¿Por qué no me ocultas  
en medio del campo?  
¿Por qué no me aplastas,  
y en tierra no me hundes?  
¡Quítame la vida!  
¡El mundo me aburre!  
¡Oh, no, no me aplastes,  
en el campo escóndeme!  
Que no vea nadie  
mi desdicha enorme.  
Que yo no estoy sola,  
tengo padre y madre. . .  
tengo también, niebla,  
niebla de mi sangre,  
un hijo, un hijito. . .  
No he de bautizarte,  
hijo, pues no quiero  
que sepas de ultrajes.  
Personas extrañas  
te bautizarán,  
y no sabré el nombre  
que te van a dar.

Rica fui. . . Con lágrimas  
rezaré en el cielo  
por tu plena dicha.  
¡Guárdame tu afecto!”

Escondida entre la niebla  
se pone a andar la mozuela.  
Canta una triste canción  
de una viuda que enterró  
a los dos hijitos suyos  
en las aguas del Danubio:

“En torno a una loma  
una viuda andaba.  
Hierbas venenosas  
buscaba con ansia.  
No encontró las hierbas,  
y llevó a dos hijos,  
de seda cubiertos,  
al Danubio río.  
— Plácido Danubio,  
distrae a mis niños.  
Dales con tu arena  
de comer, solícito.  
Vístelos y lávalos.  
Cúbrelos contigo.  
Perdona a esta madre  
de aciago destino”.

## I

Era una vez un viejo y una vieja.  
Largos años vivían  
en una holgada finca, en la floresta.  
Como dos niños, siempre juntos iban.  
En la infancia pacieron corderitos.

Más tarde se casaron,  
alzaron una casa y un molino  
y adquirieron ganado.  
Un huerto cultivaron bello y pródigo,  
un colmenar copiosa miel les daba.  
En la abundancia nadaban, gozosos.  
Sólo hijos les faltaba.  
Y acechaba la Parca  
con su feroz guadaña.

¿Quién su vejez velará?  
¿Qué hijo va a cuidar la casa?  
¿Quién va a llorar y enterrarles?  
¿Quién va a rezar por sus 'almas?  
¿Quién va a gozar de su hacienda  
al sonar la hora fatal?  
¿Quién les tendrá en la memoria  
como hijo propio, carnal?  
Duro es criar a los hijos  
en casa menesterosa.  
Peor es envejecer  
en salas ricas y hermosas;  
envejecer y morir,  
dejar todos los caudales  
a extraños hijos y gentes  
para que los despilfarren.

## II

Un domingo, los viejos,  
en un banco sentados,  
lucen traje de fiesta.  
El sol brilla en lo alto.  
Ni una nube se ve.  
Silencioso está el bosque,  
mas la pena en el pecho  
cual la fiera se esconde.



En medio de esa paz,  
¿por qué penan los viejos?  
¿Ha ocurrido en su casa  
algún fatal suceso?  
¿O las penas de antaño  
se revuelven airadas?  
¿O sólo ahora comienzan,  
y la gloria arde en llamas?

¿Por qué estarán atristados?  
¿O piensan comparecer  
ante Dios y confesarse?  
¿Quién va a enganchar los caballos  
para su postrer viaje?

“¿Quién, Nastia, nos va a enterrar  
cuando muramos?”

“¡Quién sabe!

Cada vez que pienso en ello  
sufro una amargura grande. . .  
Viejos y solos estamos. . .  
¿Para quién hemos reunido  
tanta riqueza?”

“¡Atiende!

¿No oyes? Parece un niño,  
una débil criatura  
que llora junto a la cerca.  
Corramos. Ya te decía  
que algo bueno nos espera”.

Juntos los dos se levantan  
y salen corriendo afuera.  
Se detienen sorprendidos  
en la puerta de la cerca.  
Una criatura yace  
envuelta en chaqueta nueva.

Tal vez la cubrió su madre,  
tal vez fue su última prenda.  
Los viejos miran al nene  
y a Dios una salve rezan.  
Saca el nene las manitas  
—diríase que algo impetra—  
y hacia los viejos las tiende.  
Calla el niño. El llanto cesa.  
Sólo suspira.

“¡Qué, Nastia,  
lo ves? ¡Se acabó la pena!  
Ya no estaremos más solos.  
¡Qué felicidad la nuestra!  
Tómalo y envuélvelo bien.  
¡A ver si mal de ojo le echan!. . .  
Entra en casa. Yo a caballo  
voy a Gorodische, vieja,  
en busca de las comadres. . .  
¡Qué felicidad nos llega!”  
¡Oh, maravillas que ocurren  
en esta bendita tierra!  
Unos al hijo maldicen  
y del propio hogar lo echan.  
Otros, de lágrimas llenos,  
encienden cirios y velas  
a los santos, implorándoles:  
¡No tengo hijos! ¡Ten clemencia!  
¡Oh, maravillas que ocurren  
en esta bendita tierra!

### III

¡Qué alegría! Tres parejas  
de comadres presenciaron  
el bautizo. Y pusieron  
al niño el nombre de Marco.

Crece Marco. Y los viejos  
no saben dónde sentarlo,  
cómo atenderlo y ponerlo.  
No saben qué hacer con Marco.  
Pasa un año. El niño crece.  
Tienen la vaca lechera  
opulenta y bien cuidada.  
Pero un día se presenta  
en aquel hogar bendito  
una joven de tez blanca  
y negras cejas. Y pide  
que la admitan de criada.

“¿Qué piensas, Nastia, la quieres?”

“Bueno, Trofim. Somos viejos  
y la salud escasea.

Al chico, además, tenemos.  
Aunque ya ha crecido un poco,  
necesita que lo atiendan”.

“Tienes razón. Yo soy viejo  
y tengo ya pocas fuerzas.  
¿Cuánto pides, buena chica?  
¿Cuánto quieres?”

“Lo que den”.

“¡Eso no, hija! La paga  
tuya quiero yo saber.  
Que ya lo dice el refrán:  
el que no cuenta, no ahorra.  
Tú de nosotros no sabes  
ni nosotros de ti, moza.  
En fin, vivamos juntos aquí,  
conoce bien nuestra casa,  
todos nos conoceremos,  
ya hablaremos de la paga.  
Te parece, hija?”

“Bueno”.

“Entra, pues, en nuestra casa”.  
Y así sellaron el trato.  
Entró a servir de criada.

¡Qué gozo irradia la joven!  
Parece que con un amo  
matrimonio ha contraído  
o que una aldea ha comprado.  
De la mañana a la noche  
va por la casa y el campo,  
trabaja firme y celosa,  
también atiende al ganado.  
Mas no se olvida del niño.  
Cada día de trabajo,  
cada domingo, cual madre,  
lava la cabeza a Marco.  
Una blanca camisita  
le pone, feliz, a diario.  
Juega y canta con el niño.  
Le hace de juguete carros.  
Pero en los días de fiesta  
no lo suelta de sus brazos.  
Mis viejos se maravillan  
y a Dios rezan suplicando. . .  
Mas la criada se pasa  
las noches en triste llanto  
y maldice su destino  
infortunado y amargo.  
Nadie la oye ni la ve,  
excepto el pequeño Marco.  
El ignora que con lágrimas  
lo lava Ana sin descanso,  
ignora con cuántas ansias  
lo besa y lo va besando.  
Ana ni come ni bebe  
sin que antes no coma Marco.

El no sabe que de noche,  
cuando en la cama acostado  
se despierta o se remueve,  
Ana salta y va a su lado,  
lo tapa bien, lo bendice  
y lo mece con halago.  
Tras la pared ella escucha  
cómo respira su Marco.  
Al despertar de mañana,  
le tiende el niño sus manos,  
sonríe y la llama “madre”.  
¡Para Ana, no hay mejor pago!  
Nada sabe el niño. Crece  
y cada vez es más alto.

#### IV

No pocos años pasaron  
y no poca agua llovió.  
Presentóse la desgracia,  
trajo no poco dolor.  
Falleció la abuela Nastia,  
muy grave estuvo el anciano.  
Se adueñó el mal de la casa,  
pero luego, ya cansada,  
se fue de allí la desgracia.  
Del bosque espeso y oscuro  
volvió el bienestar de nuevo  
a la aldea y a la casa  
de aquel bondadoso viejo.

Nuestro Marco es boyero  
y en otoño no pernocta  
ni en casa ni cerca de ella.  
“Hay que pensar en la boda.  
Mas, ¿con quién?”, dice Trofim.

Y a Ana le pide consejo.  
Ana, que hasta a una princesa  
enviaría casamenteros,  
contesta: “A Marco mismo  
habría que preguntar”.  
“Bien, hija, se lo diremos.  
Lo tenemos que casar”.

Llegaron casamenteros.  
Se sopesaron los juicios.  
Acudió a la fiesta gente  
con toallas y pan bendito.  
Tan bella joven hallaron,  
que hasta el propio *hetman* tendría  
a gala contraer nupcias  
con tan rara maravilla.

“Muchas gracias —dice el viejo—.  
Pero hay que llevar las cosas  
hasta el fin. Hay que fijar  
hoy la fecha de la boda.  
¿Y quién, pues, hará de madre?  
Pues ya no vive mi Nastia”.  
Rompió a llorar con angustia.  
Se hizo el silencio en la casa.  
Apoyada en el umbral,  
Ana sufre incómoda.  
y murmura con voz triste:  
“¿Y quién, quién hará de madre?”

## V

Y una semana después  
las mocitas, en la *jata*,  
amasan el pan de bodas.

¡Con qué brío el viejo baila!  
Baila con todas las mozas.  
Y barre curioso el patio.  
Y a los que por allí pasan  
les ruega hacer un descanso.  
Con vodka los agasaja  
y les invita a la boda.  
Corre ágil, diligente,  
mas las piernas se le doblan.  
Bullicio y risas se oyen  
en el patio y en la *jata*.  
Sacan de la fresca cueva  
barricas llenas de viandas.  
¡Qué ajeteo tan enorme!  
Allí guisan, barren, lavan.  
Pero todos son extraños.  
¿Dónde se fue la criada?  
Se ha ido a rezar a Kíev.  
Trofim pidió de rodillas  
y Marco rogó llorando  
que ella fuera la madrina.  
“No, Marco, de ningún modo.  
Vosotros sois gente rica,  
yo soy humilde criada,  
y de ti se mofarían.  
Quedad con Dios. Me voy a Kíev  
a orar a todos los santos  
para que seais felices.  
Yo luego volveré, Marco,  
y hasta mis últimas fuerzas  
trabajaré a vuestro lado. . .”  
Lo bendijo emocionada  
y cruzó el portal llorando.

Celebróse la boda.  
Los músicos tocaron.

Se rompieron tacones.  
Corría el dulce a cántaros. . .  
Mientras, llegaba a Kíev,  
renqueando, la criada.  
En casa de una dueña  
se puso a traer agua  
para poder pagar  
los oficios divinos.  
Agua, agua traía,  
e hizo unos ahorrillos.  
Para que la cabeza  
no doliera a su Marco,  
le mercó un buen gorro  
en convento kieviano.  
También compró un anillo  
para la desposada.  
Rezó a todos los santos  
y regresó a la *jata*.

Marco y Katerina  
la acogen contentos.  
Siéntanla a la mesa.  
Llueven los obsequios.  
Y le hacen preguntas  
sobre la ciudad.  
Katerina dice:  
“Vaya a descansar”.

“¿Por qué así me quieren?  
¿Por qué me respetan?  
¡Oh, Dios generoso!  
Puede que lo sepan. . .  
¿Lo han adivinado?  
No, es que son muy buenos”.  
Y la criada llora  
con gran sentimiento.



## VI

Tres veces vino el invierno,  
tres veces vino el deshielo.  
Tres veces despidió Katria  
para Kíev a su criada  
como si su madre fuera.  
La cuarta vez fue con ella  
hasta la loma, hasta el campo,  
y a Dios imploró rezando  
que pronto a casa volviera,  
pues se notaba su ausencia,  
cual si hubiera abandonado  
la madre el hogar amado.

Con camisa blanca y sombrero  
descansaba el viejo un domingo.  
Ante él con un perro jugaba  
su encantador nietecillo.  
Puesta la falda de su madre,  
la nieta diríase que iba  
a visitar al abuelito.  
El viejo le dijo entre risas  
como si a una mocita hablara:  
“Pero, ¿dónde el pan has dejado?  
Di, ¿te lo han quitado en el bosque,  
o en la *jata* lo has olvidado?  
A lo mejor no lo has cocido.  
¡Qué vergüenza! ¡Vaya una madre!”  
En esto la criada regresa.  
Y todos a su encuentro salen.  
“¿Y Marco, está de viaje?”  
pregunta Ana al abuelo.  
“Aún está de camino”.  
“Pues yo apenas si me tengo.  
Creía que no llegaba.

No quería en sitio extraño  
morir sola. Aquí estaré  
hasta que regrese Marco.  
¡Qué dolor, qué mal me siento!”  
Y de un envoltorio saca  
obsequios para los nietos:  
un santito de metalla,  
crucecitas, medallones,  
y un collar para Yarina;  
para Karpo, un rruiseñor  
y dos caballos de arcilla.  
A Katerina regala  
un nuevo anillo, el cuarto.  
Para el abuelo, tres cirios.  
Y no trajo más regalos.  
Nada más pudo comprar  
para sí ni para Marco.  
Es que le faltó el dinero  
y ya no pudo ganarlo.  
“Pero mira lo que queda.  
Tengo aquí medio rosquillo”.  
Y en dos porciones iguales  
las repartió entre los niños.

## VII

Ana entra en casa.  
Katerina, presta,  
le lava los pies  
y a cenar la sienta.  
Pero ella no come.  
“¿Cuándo es el domingo?”  
“Pasado mañana”.  
“Mira lo que pido.  
Busca un sacerdote,  
quiero confesarme

a San Nicolás  
y pedir que guarde  
a Marco. El tarda.  
¿Es que habrá enfermado,  
¡ay!, por el camino?  
¿Le habrá pasado algo?  
¡Que el Señor le guarde!”  
Los martirizados  
ojos de la anciana  
se cubren de llanto.  
De la mesa, apenas  
puede levantarse.  
“Estoy ya muy vieja.  
No soy la de antes.  
Me fallan las fuerzas  
y los pies me fallan.  
¡Qué duro es morir  
en ajena casa!”

La pobre está grave.  
Ya la han confesado.  
Le han cantado misa.  
Pero todo en vano.  
El viejo Trofim  
ronda medio muerto.  
Katerina vela  
con el mayor celo  
de día y de noche  
junto a la enferma.  
Los buhos agoran  
desgracias siniestras.  
La vieja, intranquila,  
dice sin descanso:  
“Hija, Katerina,  
¿cuándo viene Marco?  
¡Si a tiempo llegara! . . .

¡Qué bien si aún le veo!  
¡Ay, que venga pronto!  
¡No tengo otro anhelo!”

### VIII

Marco, con los boyeros,  
anda cantando.  
Deja a los bueyes solos,  
va lento el carro.  
Para su esposa trae  
pañó muy caro.  
Al padre, un cinturón  
rojo, bordado.  
Para una cofia de Ana,  
áureo brocado,  
más un pañuelo rojo  
de turco paño.  
A los hijos trae botas,  
y otros regalos.  
Y trae para todos  
en un barril ancho  
tres baldes de vino  
tinto de Bizancio.  
Y trae caviar del Don.  
De todo trae Marco.  
Ignora lo que en casa  
está pasando.

Anda Marco tranquilo.  
Llega a casa. ¡Gloria a Dios!  
Una plegaria reza  
y abre, feliz, el portón.  
“¡Eh!, ¿oyes, Katerina?  
Ya por fin ha llegado.  
¡Di que venga de prisa!

¡Quiero ver a tu Marco!  
¡Bendito sea Dios!  
¡Ay, qué espera tan dura!”  
Y Ana a orar comenzó.  
Desengancha los bueyes  
el viejo, y les quita  
el lujoso atelaje.  
Katria a Marco le mira.  
“¿Y dónde está nuestra Ana?  
¿Está sana, está viva?”  
“Sí, pero la salud  
le falla. Date prisa  
a verla, mientras padre  
con los bueyes se aplica.  
Mucho tiempo te espera  
en el lecho tendida”.

Entran los dos en casa.  
Marco, todo asustado,  
en el umbral se para.  
“¡Gracias a Dios! Ven, Marco,  
no temas. Y tú, Katria,  
puedes salir un rato.  
Algo quiero contarle,  
quiero preguntarle algo”.

Sale de allí Katerina.  
Marco se acerca a la cama  
y ante la criada se inclina.  
Ella dice emocionada:  
“Mírame a los ojos, Marco.  
Mírame, Marco, a la cara.  
Mira cómo me he quedado.  
No soy Ana ni criada.  
Yo. . .”

Y pierde los sentidos.

Marco lágrimas derrama  
presa del mayor asombro.  
Los ojos abre la anciana  
y miran fijos a Marco  
hinchidos de pena amarga.  
“Perdona. Toda mi vida  
la pasé en ajena casa. . .  
¡Perdóname, hijo mío!  
Yo. . . soy tu madre. . .” Y se calla. . .  
Marco queda sin sentido.  
La tierra da vueltas rauda.  
Vuelve en sí y va hacia la madre.  
Su madre, dormida estaba.

*Pereyaslavl,  
13 de noviembre de 1845 (1860)*

## EL CAUCASO

*A mi amigo Jacob de Balmen,  
con sincero afecto*

¡Oh, si mi cabeza se tornase agua,  
y mis ojos, fuente de lágrimas  
para llorar noche y día  
a los muertos! . . .

*Jeremías, cap. 9, vers 1*

Montañas, infinitas, por las nubes veladas,  
sembradas de dolores y con sangre regadas.

Desde inmemoriales tiempos,  
el águila, porfiada,  
tortura allí a Prometeo.  
El corazón le desgarrar  
a picotazos certeros,  
pero no puede beberse  
toda su sangre caliente,  
y el corazón a la vida  
otra vez vuelve riente.  
Nunca muere nuestra alma  
ni muere la libertad;  
el hombre más insaciable  
no conseguirá jamás  
convertir en fértil campo  
el fondo yermo del mar,  
ni la palabra y el alma,  
si viven, encadenar,  
como no habrá quien empañe  
la gran gloria del Dios grande.

---

¡No podemos tus acciones juzgar!  
¡No tenemos derecho a discutirte!  
Nuestro sino es llorar, sólo llorar,  
y con lágrimas, con sudor de sangre,

el pan de cada día amasar  
mientras nos escarnecen los verdugos  
y, borracha, duerme nuestra verdad.  
¿Cuándo despertará de su sopor?  
¿Y cuándo tú, oh, Señor,  
fatigado, te echarás a dormir?  
¿Cuándo nos dejarás vivir?  
Tenemos fe en tu poderío  
y en tu espíritu vivo.  
¡Se alzaré la verdad! ¡Y la libertad!  
Y en todas las lenguas,  
por los siglos de los siglos,  
han de ensalzarte;  
pero, entre tanto, fluyen ríos,  
iríos de sangre!

---

Montañas, infinitas, por las nubes veladas,  
sembradas de dolores y con sangre regadas.

Allí Nos, generosos sin duda,  
cogimos a la pobre libertad,  
que estaba ya famélica y desnuda,  
y la torturamos, por caridad.  
Muchos fueron los que perecieron,  
no pocos de ellos, amaestrados ya.  
Con la sangre y las lágrimas vertidas  
habría suficiente para aplacar  
la sed de todos los emperadores,  
y de sus hijos, y de sus nietos.  
Sólo en las lágrimas de las viudas  
se podría ahogar a todos ellos.  
Las lágrimas de las muchachas,  
vertidas por las noches en secreto,  
las cálidas, amargas, de las madres,  
y las viejas, de sangre, de los padres  
no forman ríos, sino mares,



imares ardientes como el fuego! ·  
¡Gloria, gloria a los sabuesos,  
a las jaurías y a los perreros!  
¡Y a los zares, los padrecitos nuestros!  
¡Gloria a ellos!

Y a vosotras, montañas azules,  
que el hielo cubrió.  
Y a vosotros, grandes caballeros,  
que Dios no olvidó.  
Venceréis, luchando con denuedo,  
él os ha de ayudar.  
Os esperan la gloria, la verdad  
¡y la santa libertad!

---

El *churek* y la *saklia*<sup>1</sup>, todo es tuyo;  
a nadie lo pediste, nadie te lo dio,  
y nadie como suyo ha de tomarlo  
ni llevarte por ello encadenado.  
Pero nosotros, que sabemos leer,  
iel verbo divino podemos comprender! . . .  
Y desde el alto trono cimero  
hasta el bajo calabozo oscuro,  
cubiertos vamos de oro . . . y desnudos.  
¡Venid, aprended! ¡Os hemos de enseñar  
lo que cuestan el pan y la sal!  
Somos cristianos, con escuelas, templos,  
con todo lo bueno, ¡hasta Dios es nuestro!  
Sólo la *saklia* nos quita el sueño.  
¿Por qué está en vuestros montes, lejos,  
sin que nosotros os la hayamos dado?  
¿Por qué no podemos arrojaros  
vuestro propio *churek*, como a los perros?  
¿Y por qué no tenéis que pagarnos  
por el sol que os caldea el año entero?

Solamente nos desvela eso,  
pues nosotros no somos paganos,  
somos cristianos verdaderos  
y, con poco, estamos satisfechos.  
Mas si os hubierais decidido  
a entablar con nosotros amistad,  
¡cuántas cosas habríais aprendido!,  
pues tenemos espacio, inmensidad.  
Sólo Siberia es ya inabarcable,  
hombres y cárceles son incontables.  
Desde el moldavo hasta el finlandés  
todos callan en todas las lenguas,  
¡porque todos se sienten así bien!  
La Santa Biblia lee el santo monje  
y nos enseña que una vez  
apacentaba cerdos cierto rey<sup>2</sup>,  
que le quitó al amigo la mujer  
y lo mató después artero.  
¡Ahora ese rey está en el cielo!  
Por esa edificante historia,  
¡ya veis a quién tenemos en la gloria!  
Vosotros sois incultos, ignorantes,  
la Santa Cruz no os ha instruido,  
¡mas con nosotros aprenderéis bastante!  
Toma y da, con provecho,  
e irás al cielo derecho.  
Y si llegas allí de esta manera,  
¡podrás llevar a toda tu parentela!  
¿Qué no sabremos hacer en nuestra tierra?  
Las estrellas contamos, alforfón sembramos,  
a los franceses insultamos. Vendemos,  
o jugando a las cartas perdemos,  
hombres, hombres corrientes, no negros,  
bautizados también. . . pero del pueblo.  
No somos españoles. Líbranos, Dios mío,  
de comprar lo robado, como los judíos.

Es antigua costumbre en nuestra grey  
¡hacerlo todo dentro de la ley! . . .

¿Según la ley apostólica  
amáis a vuestro hermano?  
¡Charlatanes, hipócritas!  
¡Maldecidos por Dios!  
Del hermano sólo amáis la piel,  
para desollarlo, dentro de la ley,  
y darle a la hija abrigo,  
zapatos a la mujer,  
al bastardo buena dote,  
para que se case bien,  
y atender tú a ciertos gastos  
que no debèn conocer  
los hijos ni la mujer.

¿Para qué fuiste crucificado,  
¡oh, Cristo, hijo de Dios!?  
¿Para salvar a los bienaventurados,  
en nombre de la verdad?  
¿O para que el escarnio continuara,  
como ha ocurrido en realidad?  
Los templos, los iconos, las capillas,  
los cirios, el humo de la mirra  
y las genuflexiones interminables  
que se hacen delante de tu imagen  
buscan el robo, la guerra, la sangre.  
Te rezan para matar al hermano,  
y luego de verter sangre fraterna,  
traerte del hogar incendiado  
¡un manto en calidad de ofrenda!  
Grande es nuestra instrucción, y queremos  
instruir a los demás,

mostrar a estas criaturas ciegas  
el sol de la verdad.  
Dejad que en nuestras manos os tomemos  
y todo os mostraremos.  
Os enseñaremos a edificar  
cárceles y cadenas forjar,  
iy a llevarlas!, así como a trenzar  
los látigos nudosos. . .  
Todo os lo enseñaremos gustosos.  
Solamente nos tendréis que dar  
las montañas, infinitas, azules,  
ipues ya os hemos quitado  
vuestros campos y el mar!

---

A ti también, buen Jacob, mi único amigo,  
te llevaron allí, no contando contigo.  
Y no por Ucrania, sino por su verdugo  
hubo que verter sangre, sangre buena,  
y apurar hasta el fondo la copa moscovita  
de cruel veneno moscovita llena.  
¡Oh, mi buen amigo! ¡Jamás olvidado!  
Con tu alma viva a Ucrania vuela raudo,  
vuela sobre las costas con los cosacos,  
y contempla en nuestra estepa muerta  
los túmulos, nuestras tumbas abiertas.  
Una lágrima parca vierte con sentimiento  
y espera allí mi vuelta del cautiverio.

Mi terrible dolor, mis pensamientos  
yo sembraré entre tanto.  
Que crezcan y hablen con el viento.  
El viento de Ucrania, dulce, suave,  
ha de llevarte, amigo,  
junto con el rocío,

mi lágrima fraterna,  
los pensamientos míos. . .  
Acógelos afable,  
léelos en silencio. . .  
Y a la estepa, y al mar,  
y a mí, verás de nuevo.

*Pereyaslavl,*  
*18 de noviembre de 1845*

A LOS MUERTOS,  
A LOS VIVOS Y A LOS NO NACIDOS,  
A LOS PAISANOS MIOS EN UCRANIA  
Y FUERA DE LA TIERRA UCRANIANA,  
MI MENSAJE AMISTOSO

Y quien dice que ama a Dios  
y odia a su hermano, miente.

*San Juan. Epístola 1  
(cap. 4, vers. 20)*

Anochece y amanece,  
la noche se cierne.  
Caen las gentes rendidas,  
y todo se duerme.  
Y yo, como un maldito,  
día y noche lloro  
solo, al pie del camino  
donde pasan todos.  
No oyen, no ven mi llanto,  
no sienten mi dolor;  
se intercambian cadenas,  
ofenden al Señor.  
Con la verdad mercadean,  
enyugan al hombre,  
labran desdichas,  
la desgracia siembran.  
¿Qué crecerá? ¡Esperad,  
y veréis los brotes!  
¡Volved en sí, inhumanos,  
necios insensatos!  
¡Ved!  
¡Contemplad este tranquilo paraíso:  
patria querida,  
amad de todo corazón  
esta gran ruina!  
¡Hermanos, romped las cadenas!  
En tierra extraña

no busquéis lo que no existe,  
no preguntéis nada.  
Ni en cielo ni en tierra ajena  
lograréis la verdad,  
pues sólo en vuestra *jata*,  
la verdad está,  
la fuerza, y la libertad.  
Ucrania no hay más que una  
en la tierra, un Dniéper hay.  
Y buscáis en tierra extraña  
bienes santos. ¡Libertad!  
¡Libertad! ¡Fraternidad  
de hermanos. . .! De tierra extraña  
a Ucrania trajeron muchas  
bellas, sonoras palabras,  
aquí están. Gritáis que Dios  
no os creó en el mundo así  
para adorar la mentira,  
para doblar la cerviz,  
mas no habéis cambiado en nada.  
La piel de nuevo arrancáis  
al pobre hermano y al ciego  
en busca de la verdad,  
y si os llevarais allí eso,  
esa miseria de bienes  
que robaron los abuelos,  
el Dniéper con sus montañas  
quedaría entonces huérfano.  
¡Ay, si fuera así, y ya no regresarais,  
si allí murierais, en un rincón extraño!  
Ni llorarían niños, ni suspirarían madres,  
ni las blasfemias vuestras nos causarían daño;  
no enturbiaría el aire vuestro halo pestilente  
en la limpia, anchurosa y libre estepa,  
las gentes no sabrían qué pajarracos sois  
y no menearían, al veros, la cabeza.

¡Reflexionad, sed humanos,  
o lo pasaréis mal!  
Pronto los encadenados  
se van a liberar.  
Y, cuando llegue el juicio,  
el Dniéper hablará,  
hablarán las montañas,  
y entonces correrá  
la sangre de vuestros hijos  
por cien ríos, al mar.  
No habrá quien os ayude.  
Todos renegarán,  
los hijos, de las madres,  
el hermano carnal  
al otro hermano suyo  
también va a despreciar.  
Con una nube de humo  
el sol se cubrirá,  
y vuestros propios hijos  
os maldecirán.  
¡Lavaos! ¡No emporquéis en lodo  
la imagen de Dios!  
No inculquéis a los hijos,  
que son de noble raza:  
pues el ojo del pueblo  
llegará a la raíz  
más profunda del alma.  
Y hasta los más confiados  
verán lo que se oculta  
debajo de vuestra piel.  
Entonces, sin remedio,  
juzgarán por los siglos  
los simples a los sabios.

Si aprendierais a pensar  
con vuestra propia cabeza



no tendríais que usar  
sabiduría ajena,  
pues vais al cielo y decís:  
“Yo no soy yo, ni ellos, ellos,  
todo lo sé, todo lo he visto,  
no hay paraíso ni infierno.  
No hay Dios, sólo yo existo.  
Yo y el rechoncho alemán,  
y nadie más. . .”

“Bueno, bueno,  
¿qué eres tú?”

“Pues que lo diga  
el alemán. No sabemos”.

Aprendéis así vosotros  
en una ajena nación.

Dice el alemán: ¡Sois mongoles!”

“¡Sí, mongoles somos, mongoles!”

¡Del Tamerlán de Oro sois  
nietos pobres y desnudos!

Dice el alemán: “¡Sois eslavos!”

“¡Somos eslavos, eslavos!”

¡De antepasados gloriosos  
sois los biznietos ruines!

Y a Kollar<sup>1</sup> leéis vosotros

con acuciante interés

y Šafárik<sup>2</sup> y a Hanka<sup>3</sup>,

y queréis ser eslavófilos. . .

Todas las lenguas eslavas,

todas las sabéis vosotros,

menos la vuestra, porque ésa

la olvidasteis. . . ya vendrá

el día que se hable, cuando

nos lo indique el alemán

y nuestra historia nos refiera.

Y entonces, por prescripción

alemana, qué engallados

nos pondremos, qué orgullosos  
de sentirnos tan letrados.  
Y empezaremos a hablar  
de nueva forma y veréis  
que el alemán, gran maestro,  
no ha de poder comprender.  
¡Y menos el simple pueblo!  
¡Qué gritos y qué alboroto!  
“¡Fuerza hay en ella, armonía!  
¡Eso es simplemente música!  
¡Y la Historia, ese poema  
libre del pueblo que crea!  
¿Y Roma, y aquellos Brutos?  
Decid, ¿por qué nos asombran?  
Comparados con nosotros  
son gente de poca monta.  
¡La libertad crecía  
por el Dniéper bañada,  
de estepas se cubría,  
montañas por almoñada!”  
No. Con sangre se lavaba,  
y se dormía llorando  
sobre los fríos cadáveres  
de aquellos libres cosacos.  
¡Robados y yertos cuerpos!  
Miradlo, miradlo bien,  
leed de nuevo las páginas  
de aquella gloria. Sí, leed  
con toda veneración  
una palabra tras otra,  
sin dejaros ni una coma.  
Reflexionad. . . Preguntaos:  
¿Quiénes somos? ¿De qué pueblo?  
¿De quién, al fin, somos hijos?  
¿Y quién nos puso cadena  
a la mitad del camino? . . .

¿A quién culpar en el mundo?  
Y advertiréis quiénes son  
vuestros celebrados Brutos:  
los esclavos, los siervos, el lodo de Moscú,  
las roñas de Varsovia, que son vuestros señores,  
todos los altos *hetmanes*, las altas dignidades.  
¿De qué vanagloriaros? ¿qué son vuestros honores?  
¡Hijos, hijos de Ucrania, amada tierra nuestra,  
mejor que vuestros padres  
lleváis el yugo puesto!  
No os vanagloriéis, de ellos hacían grasas,  
y a vosotros con látigos os arrancan el pellejo.  
¿Os jactáis que defendiera  
la hermandad la santa fe,  
que Sinope y Trebisonda  
fueron hechas un pastel?  
Cierto que. Y bien se hartaron.  
Nada a vosotros os queda.  
Y los sabios alemanes  
en la *Sech* patatas siembran<sup>4</sup>.  
Y vosotros las compráis.  
Comedlas. Que os sienten bien,  
y ensalza a Zaporozhie.  
¿Y con la sangre de quién  
está regada esa tierra  
donde la patata crece?  
¡Os da igual que sea buena  
para huerta, y aproveche!  
¿Y os jactáis de que nosotros  
con sangre de nuestros héroes  
a Polonia le zumbamos?  
Verdad que cayó Polonia  
y iquedasteis aplastados!  
Y así los padres vertieron  
sangre por Moscú y Varsovia,  
dejándoos por herencia

sus cadenas y su gloria.  
Luchó Ucrania con valor. . .  
Y otro sufrimiento tiene:  
aun peor que los polacos  
sus propios hijos la hieren.  
En vez de *panes* exprimen  
de su pecho santa sangre.  
Enseñar quieren, afirman,  
a los ojos de la madre,  
todas las modernas luces,  
llevar el son de la época  
detrás de los alemanes  
a la pobre madre ciega.  
Bien, conducidla, enseñadla,  
que la vieja madre aprenda  
cómo educar a sus hijos,  
a esos nuevos hijos suyos.  
¡Mostrádselo!. . . Por la ciencia  
no sufráis. Paga tendréis  
de la madre. Se os caerá  
la venda de vuestros ojos.  
Veréis la gloria brillar,  
la gloria de los abuelos,  
la de los astutos padres.  
¡No engañaros a sí mismos!  
Estudiad si así os place,  
y aprended de los extraños  
sin renegar de lo vuestro,  
porque al que olvida a la madre,  
Dios castiga sin remedio.  
Lo repudiarán los hijos,  
no tendrá en casa calor.  
Lo arrojarán los ajenos  
sin ninguna compasión.  
No encontrará el renegado  
en esta infinita tierra

ni alegrías ni esperanzas,  
ni casa, ni quien lo quiera.  
Yo lloro cuando recuerdo  
el mal camino que antaño  
siguieron nuestros abuelos.  
¡Tristes acciones aquellas!  
Yo daría media vida  
si olvidarlos se pudiera.  
¡Esa es toda nuestra gloria,  
la gloria de Ucrania es ésa!  
Leedlo también vosotros,  
y no soñéis más despiertos  
con todas esas falsedades,  
y que ante los ojos vuestros  
las altas tumbas se abran,  
y a los mártires sagrados  
preguntéis: ¿Quién os mató?  
¿Por qué os martirizaron?  
Abrazad, hermanos míos,  
a vuestro hermano menor,  
que vuestra madre sonría  
después que tanto lloró.  
Que ella bendiga a sus hijos  
con sus poderosas manos,  
y que bese a los pequeños  
con sus tiernos, libres labios.  
Y de los tiempos pasados  
se olvidarán las infamias,  
y renacerá la gloria,  
la gloria de nuestra Ucrania.  
Y una luz clara, tranquila  
ha de iluminarlo todo.  
¡Abrazaos, mis hermanos!  
¡Os lo ruego! ¡Yo os lo imploro!

*Víínischa,*  
*14 de diciembre de 1845*

Два горы твои воздвигаетъ  
Моя сия гора.  
Свѣтъ стѣну северную  
Навстрѣчу намъ,  
Ильбѣ ламы церковной,  
И днѣмъ, и кружи  
Буе вѣдро; было чума  
Два раба полубри,  
Скѣтъ пошевъ въ Сурманн  
Ушине, море  
Худѣ впродолж... отиждѣ д  
Въ мѣстѣ вѣрнѣ  
Въ полкѣ, и полкѣ  
До сего вѣрнѣ

Манштейнъ, ... а до того  
И нежданъ бога.  
Слѣдствіе, инстинктивнѣ,  
Кандидатъ пошлѣтѣ  
И вранню своею крѣпко  
Всю оспривитѣ.  
И мѣсто въ сѣбѣ враннѣ  
Въ сѣбѣ враннѣ пошлѣтѣ  
Незавѣдѣтѣ пошлѣтѣ  
Незавѣдѣтѣ пошлѣтѣ.

25  
1845  
в. пошлѣтѣ.



Convento Vydubetski. 1843-1844.  
*Lápis.*

## TESTAMENTO

Cuando yo muera, enterradme  
en una tumba allá arriba,  
sobre un cerro que domine  
toda mi tierra querida.  
Que inmensos campos se vean,  
y al Dniéper con sus colinas  
que se le vea y se oiga  
cómo ruge y cómo grita.  
Cuando el Dniéper desde Ucrania  
al mar azul lleve en clamor  
de todos los enemigos  
la sangre, entonces yo  
dejaré la fría tumba  
y he de volar hasta Dios  
para rezar. Y antes de esto  
a Dios no reconozco yo.  
Y después de sepultarme  
alzaos, romped las cadenas,  
rociad con sangre enemiga  
la libertad, que es tan vuestra.  
Y a mí en esa gran familia,  
la familia libre, nueva,  
no me olvidéis, recordadme  
con palabras dulces, buenas. . .

*Pereyaslavl,  
25 de diciembre de 1845*



## AZUCENA

— ¿Por qué, cuando crecía  
no vi en la gente amor?  
¿Por qué cuando fui joven  
la gente me mató?  
¿Por qué hoy en los palacios  
la gente me saluda,  
me da nombre de reina  
y de mi hermosura  
no aparta la mirada?  
¿En dónde la pondremos?,  
admirada pregunta.  
No sabemos en dónde colocarla. . .  
¡Dime por qué, dímelo, hermano.  
¡Dímelo tú, Flor Real!  
— ¡Ay, hermana! No sé nada. . .  
Y Flor Real reclinó  
su menuda cabecita  
tan roja-coloradita  
sobre la blanca, la inclinada  
carita de la Azucena.  
Con lágrimas de rocío  
rompió a llorar Azucena.  
Se puso a llorar y dijo:  
— ¡Hermano! Hace mucho tiempo  
que te amo como tú a mí,  
pero no te dije nunca  
que un ser humano antes fui  
y cómo en aquella vida  
yo sufrí. . .

Mi madre, no sé por qué,  
estaba siempre afligida  
y a mí, a su hija querida,  
me miraba, me miraba. . .

Y después, siempre se echaba a llorar.  
Yo no sé, mi hermano querido,  
quién tanta pena le daba.  
Yo era una niña pequeña,  
sólo pensaba en jugar. . .  
Mientras tanto,  
mi madre se marchitaba,  
y al amo, cruel y malo,  
maldecía sin cesar.  
Luego murió. Y a mí  
me llevó el amo a su casa.  
En su blanco palacio  
yo crecía y me educaba  
sin saber que era su hija,  
aunque una hija bastarda. . .  
El amo marchó muy lejos  
y sola me dejó.  
La gente le maldijo  
y su palacio quemó. . .  
A mí, no sé por qué,  
no quisieron matarme  
y sólo me cortaron las trenzas.  
¡Ay! Mis trenzas cortaron  
y con un trapo cubrieron mi cabeza.  
De mí se burlaron  
y hasta judíos infieles  
me escupieron en la cara.  
Así fue, hermano mío, cómo viví.  
No me dejaron gozar  
de mi tierna y corta vida,  
y en invierno junto a la empalizada  
poco a poco me extinguí. . .  
Pero en la primavera florecí  
como un lirio de los valles.  
¡Blanca, blanca como la nieve!  
Mientras duró el invierno,

las gentes, en sus casas,  
no me dejaron entrar;  
pero luego, en primavera,  
como a una maravilla  
me querían todos admirar.  
Las mocitas conmigo se engalanaban  
y todos empezaron a llamarme:  
¡Azucena, flor de nieve, lirio blanco!  
Y empecé a florecer  
en bosques e invernaderos,  
en los jardines y salas.  
¡Dímelo, hermanito!  
¡Dímelo, Flor Real!  
¿Por qué hizo Dios de mí una flor?  
¿Para dar alegría  
a los que mataron a mi madre?  
¿A los que me mataron?  
¡Ay, mi santo Dios querido!

Y rompió a llorar Azucena. . .  
Flor Real reclinó su cabecita  
tan roja-coloradita  
sobre la blanca, la inclinada  
carita de la Azucena.

*Kiev,*  
*25 de julio de 1846*  
*Nizhni Nóvgorod,*  
*6 de marzo de 1858*

\* \* \*

Confieso que no me importa  
volver a Ucrania algún día.  
Si vivo aquí en tierra extraña,  
qué me importa si me olvidan.  
Confieso que no me importa,  
esclavo nací entre extraños,  
sin que me lloren los míos;  
moriré, llorando, esclavo,  
y todo se irá conmigo.  
No dejaré ni una huella  
en nuestra gloriosa Ucrania,  
en nuestra, y no mía, tierra.  
Mis penas y sufrimientos  
no contará el padre al hijo,  
no dirá: “Reza, sufrió  
por Ucrania mil martirios”.  
Confieso que no me importa  
si va a rezar ese niño. . .  
Sólo me importa una cosa,  
que a Ucrania gente malvada  
adormece con astucia,  
la saquea envuelta en llamas.  
¡Ay, eso sí que me importa!

*En una casamata, 1847*

“No abandones a tu madre”,  
te hablaron, y huiste de casa.  
Te buscó tu pobre vieja  
y, perdida la esperanza  
de encontrarte, se murió.  
Donde jugabas, no hay nadie.  
El perro también huyó.  
Sin vida están las ventanas;  
en el huerto abandonado,  
las ovejas pastan, balan.  
Chillan lechuzas y buhos  
turbando el sueño a las casas.  
El manzano que plantaste  
y que también te llamaba,  
se pierde entre la maleza;  
seca, muere la laguna  
donde antaño te bañabas.  
El bosque se quedó triste. . .  
Los pájaros ya no cantan.  
¿Te los llevaste contigo?  
El pozo murió sin agua;  
se encorvó el sauce marchito.  
La veredita que andabas,  
está sembrada de espinos.  
¿Dime, dime, dónde paras?  
¿En qué tierras has caído?  
¿Por qué tierras tan lejanas?  
¿A quién brindas tu alegría?  
¿A quién hoy le das el alma?  
Presiento que en un palacio  
a ti no te falta nada. . .  
Que rica ya, no te acuerdas  
de la casa abandonada. . .

Pido a Dios, que la tristeza  
no te despierte en la vida,  
que en palacios no te halle. . .  
Para que a Dios no reproches,  
y a tu madre no maldigas.

*En una casamata, 1847*

A N. KOSTOMAROV<sup>1</sup>

El sol se esconde entre nubes,  
alegres, de primavera.  
Un té ofrecen a sus huéspedes,  
prisioneros en cadenas.  
Cambian los guardias por otros  
que azul uniforme llevan.  
Y hasta a las puertas con llave  
y a las ventanas con rejas  
ya me he acostumbrado un poco;  
incluso ya no me pesan  
las sangrientas, duras lágrimas  
vertidas en hosca tierra.  
¡No pocas derramé antes  
sin que la más pobre hierba  
creciese en el yermo campo!  
Y hoy recuerdo yo mi aldea. . .  
¡A quién no dejé yo allí!  
A mis padres en la eterna  
paz de la tumba dejé.  
El corazón de tristeza  
y dolor se me abrasa:  
ninguno ya me recuerda.  
Y de pronto miro, veo,  
hermano mío, muy cerca,  
a tu madre que camina  
negra cual la tierra negra,  
como si en estos instantes  
de una alta cruz descendiera. . .  
¡Imploro al Señor! De alabarte  
mi corazón nunca cesa.  
¡Porque no tengo yo a nadie  
que en mi soledad pudiera  
compartir siempre con él  
mi cárcel y mis cadenas!

*En una casamata, 1847*

\* \* \*

Junto a la *jata* en las flores,  
las abejas rumorean.  
Vuelven de arar labradores,  
las mozas cantan amores  
y las madres las esperan.

La cena tras los deberes.  
Su fulgor Venus refleja.  
Está la hija en sus quehaceres;  
la madre reñirla quiere  
y el ruiñeñor no la deja.

La madre acuesta en la choza  
a los hijos, y se acallan  
los ruidos. Nadie alborozza.  
Silencio. Y sólo las mozas  
y el ruiñeñor no se callan.

*En una casamata, 1847*



## LA PRINCESITA

(POEMA)

Estrella, estrella mía,  
sal sobre la montaña  
y, a solas y cautivos,  
hablemos en voz baja.  
Cuéntame cómo el sol  
lento se apaga,  
en tanto el arco iris  
del Dniéper toma agua  
y el chopo, perezoso,  
su ramaje dilata. . .

Cómo el sauce, sobre el río,  
inclina sus ramas verdes  
en las que niños muertos\*  
sin bautizar se mecen.

Y cómo sobre un túmulo,  
en la estepa perdido,  
se abate un cruel vampiro,  
mientras siniestros buhos  
ayean agoreros  
en árboles y aleros  
y en las sombras del valle  
las anemonas se abren. . .  
Mas, en cuanto a los hombres,  
calla, nada me digas,  
iyo los conozco bien,  
estrella amiga!  
¿Quién sabe con certeza

---

\* Se refiere a los niños que eran ahogados por sus madres en el río para lavar el pecado de no tener padre legítimo. (*N. de la Edit.*)

lo que ocurre en Ucrania,  
en nuestra tierra?  
Mas yo lo sé y te lo diré,  
en mi noche sin sueño,  
para que tú al Señor  
se lo cuentes, muy quedo.

¡Una aldea! Cuando oye esta palabra,  
el corazón, de gozo, se desmaya.  
Una aldea de allá, de nuestra Ucrania,  
pintada como un huevo de Pascua,  
un paraíso cubierto de verdor  
con *jatas* blancas y huertos en flor.  
Sobre un alcor se alza un palacio,  
maravilloso como un milagro,  
todo ceñido de frondosos álamos,  
y más allá, los bosques y los campos.  
Tras el Dniéper, los montes azulean,  
y Dios mismo, invisible, está en la aldea.

¡Una aldea! ¡Una aldea! ¡Alegres *jatas*!  
Y un palacio alegre en la distancia.  
Mas ¡ojalá os cubrierais de maleza  
y se perdieran hasta vuestras huellas!  
A esta aldea, bendita del Señor,  
parte de nuestra Ucrania gloriosa,  
llegaron cierta vez, de tierra ignota,  
un príncipe y su esposa.  
Ambos, jóvenes y sin hijos,  
vivían con gran lujo, eran muy ricos.  
Poseían la mansión del alcor,  
alta, fastuosa. Un gran lago  
dormido en el barranco,  
un parque que cubría las laderas,  
infinidad de sauces y álamos,  
y molinos de viento por el campo,

y esa aldea que se extiende abajo,  
junto a las claras aguas del lago.

Hubo un tiempo en que en este palacio  
las orgías duraban todo el año.

La música tocaba tentadora,  
el vino corría a ríos, sin cesar,  
y el príncipe, con la faz azulenca,  
incitaba a los tímidos a libar.

Se daban vivas en la bacanal,  
se embriagaban hasta caer al suelo,  
y al otro día, ivuelta a empezar!

Los mujiks gemían agobiados. . .

Los alguaciles se echaban a temblar. . .

Y los borrachos, alegres, confiados,  
a gritos, no cesaban de alabar:

— ¡Es un patriota! ¡Y hermano de los pobres!

¡Viva nuestro gran príncipe sin par!

Y, entretanto, el gran hombre,  
el patriota y hermano de los pobres,  
la hija y la ternera le robaba  
al mujik. . . Y Dios no se enteraba.

Y si lo sabía, se callaba.

La princesa siempre está encerrada,  
el hermano de los pobres no la deja  
asomarse siquiera a la puerta.

Y ella tiene la culpa, sólo ella,  
pues huyó de la casa paterna  
para casarse por su mala estrella.

Ansiabas remontarte a las alturas  
sin hacer caso de consejos fieles.

¿Querías ser princesa? ¡Ya lo eres!

Morirás sin remedio, pobrecilla,  
te amustiarás como una florecilla

en una fría noche de primavera,  
sin conocer 'del mundo nada,  
sin saber cómo a Dios se ensalza,  
cómo las gentes, cuando viven, aman.  
Y ella, Señor, itenía tanta ansia  
de vivir y de amar!  
Aunque fuera un año solamente,  
una hora nada más.  
Mas no lo quiso así la suerte,  
pese a que poseías todo  
para el amor y la felicidad.  
'Tu madre te dio generosa  
belleza de estampa,  
se podría ante ti rezar,  
como ante una santa.  
Y con toda tu gran hermosura,  
itriste es tu destino,  
bella criatura!  
Deberías vivir, el bien practicar  
y a las gentes tu rostro divino  
pródiga mostrar.  
Y en vez de ello, tus ojos castaños  
se van apagando en la soledad.  
¿Lo quiere así Dios?  
¡Señor!, ¡Señor!, tú nos das  
la belleza y el corazón puro,  
la razón y la libertad. . .  
Todo eso proviene de ti.  
Y sin embargo, ino nos dejas vivir!  
No nos dejas el mundo contemplar,  
disfrutar de este paraíso riente  
y saciarnos de ver y de rezar  
hasta quedar dormidos para siempre.

Gran tristeza es vivir en este mundo  
sin tener ningún ser a quien amar.

Y eso le ocurre a la joven princesa,  
su corazón se amustia y su belleza  
se marchita y acaba en vana soledad.  
¡Qué espanto! Y le implora al Señor  
que la deje vivir, pues la espera un amor.  
Sabe que pronto será madre,  
que en sus entrañas late un nuevo ser,  
al que ya quiere y está orgullosa de él.  
Dios le concedió la inmensa dicha  
de ver y de besar a su única hija,  
de oír su primer grito con emoción. . .  
¡Oh, los hijos! ¡Los hijos!  
¡La gran gracia de Dios!

Se secaron las lágrimas,  
al instante desaparecieron,  
y el sol resplandeció de nuevo.  
Desde que nació la hija,  
la madre estaba desconocida.  
Jugaba y reía sin penas  
y le hacía a la niña camisas  
con las mangas bordadas de seda.  
Ella la criaba, y todos los días  
ella la bañaba y ella la mecía.  
Sabido es que las princesas  
no conocen otra ciencia  
que la de parir los hijos,  
y que el criarlos y cuidarlos  
es cosa en la que no piensan.  
Aunque luego se lamentan:  
— ¡Ay, me ha olvidado mi Paul!  
— ¡Oh, qué ingrato es mi Filat!  
¿Sólo porque lo pariste  
te tiene que recordar?  
En cambio, nuestra princesa  
por la hija se desvelaba

y al borracho del marido  
acercarse no dejaba.  
Iba creciendo la niña  
linda como una manzana,  
incluso a hablar comenzaba.  
Su madre la había enseñado  
a decir sólo “mamá”;  
la otra palabra: “papá”  
no se la quiso enseñar. . .  
En Romny compró unos libros  
de cuentos con estampitas  
y, cariñosa, con ellos  
entretenía a la hijita.  
Las letras de la cartilla  
la nena empezó a aprender  
junto con preces sencillas.  
La princesa la bañaba  
y temprano la acostaba.  
Pasaba la noche entera  
al lado de la cunita  
sin dejar que le cayera  
de polvo ni una motita  
y contemplando arrobada  
a su linda princesita. . .  
Más tarde, se imaginaba  
que la había de casar,  
y la idea la alegraba,  
aunque le hacía llorar:  
tendría que deshacer  
las trencitas de la niña  
en peinado de mujer. . .  
Y recordaba al marido.  
Veía al príncipe, borracho,  
con su uniforme vestido,  
y cerraba bien los ojos,  
apenados y llorosos.

Y como si comprendiera  
de la mártir el sentir,  
la nena movía los labios,  
como queriendo decir:  
— Mamá, tú no pases pena.  
No hay que deshacer mis trenzas  
porque son largas y buenas,  
déjalas que suaves crezcan. . .  
La madre gozo sentía  
al ver cómo en real moza  
la niña se convertía;  
esbelta, bella y erguida  
como un álamo crecía  
y a todos maravillaba  
con su garbo y lozanía.  
Mas el gozo de la madre  
poco tiempo duraría:  
pronto los rayos de Dios  
sobre ella caerían. . .  
¿Por qué? ¿Qué delito cometió?  
Nunca sabrá el ser humano  
por qué lo bueno parece  
mientras perdura lo malo.  
Un día enfermó la princesa,  
y el príncipe del peligro,  
aunque tarde, se dio cuenta.  
Corrió de aldea en aldea  
en busca de curanderas.  
Llegaron de todas partes,  
diligentes, se afanaron  
en curarla de tal suerte  
que a la tumba la llevaron.

En los brazos de la muerte  
se fue la dulce princesa,  
y de nuevo suenan los *gustlis*,

se reanudan las fiestas.  
Huérfana quedó en la aldea  
la hija única de la muerta,  
como hojita desdichada  
que de la rama cayera.  
La abrasa el sol todo el día,  
está descalza y hambrienta,  
lleva la camisa sucia  
y tan sólo come hierba.  
Con los chiquillos se baña  
y juguetea en la arena. . .  
Lávate, niña, en el lago,  
pues si tu madre te viera  
no te reconocería  
entre tantos niños sucios,  
y que has muerto creería. . .  
Lávate, nena querida,  
para que te reconozca  
y a Dios, por ti, ella le pida.  
En el lago se ha lavado,  
buenas gentes la han vestido  
con un vestidito nuevo  
y a Kíev la han enviado  
a estudiar en un colegio.  
¿Qué será de ella? Veremos. . .

Resuenan los *guslis*, sigue la fiesta. . .  
De nuevo el príncipe está de juerga  
y se divierte con amigachos.  
Del griterío tiembla el palacio,  
y de hambre gimen en las aldeas,  
gimen los pobres, Ucrania entera.  
El hambre, terrible castigo de Dios,  
cae sobre los pueblos, gentes extermina,  
y los *panes* dejan pudrirse la hacina  
y al judío venden el último grano.



Del hambre se alegran, al Señor le rezan:  
— Danos otro añito de mala cosecha,  
y verán en París, o en donde sea,  
icómo se divierten los dueños de aldeas!  
¡Y Dios no se entera! Sería pasmoso  
que lo conociera y lo presenciara  
sin mandar al punto castigo espantoso.  
¡Mucha es la paciencia del Todopoderoso!. . .  
¡Creed y padeced! —dicen los profetas.  
Mas, icómo creer? ¡Cerrando los ojos?  
Yo creer quisiera, con fe, con pasión,  
¡pero no quiere mi corazón!  
Pasan los años, reina la muerte,  
el hambre a Ucrania asola,  
en la aldea del príncipe  
perecen las personas,  
se pudren las hacinas,  
mas eso, ¡qué le importa a él!  
Se divierte, esperando al mercader.  
Pero el judío mercader no viene,  
y, entre tanto, el trigo crece  
para alegría del labrador,  
que implora pan a Dios. . .

Inesperadamente, de Kíev,  
trajeron a la princesita.  
Y fue como si el sol saliera  
sobre la desolada aldea.  
Era de su madre el vivo retrato,  
las cejas muy negras, los ojos castaños,  
pero ensombrecidos por un desencanto.  
¿A qué se debía la tristeza aquella?  
¿Había nacido, acaso, con ella?. . .  
O tal vez estuviese enamorada.  
No, no era esa la causa.  
Antes alegre siempre estaba,

como una golondrina desde el nido,  
desde Kíev el mundo contemplaba,  
mas cuando vio la pobre aldea  
el corazón se le llenó de pena.

Como una paloma de alas azuladas,  
por toda la aldea revoloteaba,  
entraba solícita en todas las casas  
llevando consuelo y buenas palabras.  
La aldea entera recorría  
todos los días de Dios  
prodigando cuidados y alegrías.  
Agradecidos, los huérfanos  
santa madre la llamaban,  
por ella en cada casa se rezaba. . .  
Un día los judíos al fin aparecieron  
con sus bolsas repletas de dinero,  
y el príncipe, de buen grado,  
les vendió el sucio trigo acumulado.  
Mandó a trillar inclemente  
a hombres medio muertos ya,  
que aventaron el trigo diligentes  
no se fuera el negocio a estropear. . .  
Y en aquella misma noche  
el príncipe, sin tardar,  
invitó a sus amigachos  
a una nueva bacanal,  
en el parque, porque en casa  
se podía la hija despertar.

Voces y berridos ensordecedores,  
se cantan obscenas canciones,  
resuenan torpes carcajadas  
de viles rameras borrachas.  
Y el príncipe grita: “¡Gozad de la vida  
mientras la hija mía continúe dormida!

Y la hija, en su cuarto encerrada,  
sola y pensativa, está a la ventana. . .  
Sobre una montaña la luna se alza  
con color de fuego y fulgores grana;  
por entre las nubes asoma la cara,  
y al punto los montes se animan,  
las recias encinas del bosque se apartan  
y, en fantasmal silencio, al valle bajan,  
en tanto los buhos el vuelo levantan  
y en el lago croan, gimiendo, las ranas. . .  
Mirad, ojos bellos, cómo se esclarece  
con miles de luces la bóveda azul  
y cómo la luna rojeando aparece  
desgarrando velos de muy suave tul.  
Mirad, ojos bellos, mientras ella os temple,  
mientras las estrellas vuestro sueño ahuyenten.

Reclinada la cabeza  
sobre el brazo bello,  
contemplando con tristeza  
las estrellas y luceros,  
hasta medianoche estuvo,  
y luego se echó a llorar  
con un llanto mudo.  
¿Por qué nuestra princesita  
en la ventana lloraba?  
¿Alguna horrible desgracia  
el corazón le anunciaba?  
Con el sol de una sonrisa  
se disiparon las lágrimas,  
y se acostó y se durmió  
tras rezar una plegaria.

En el parque, botellas e invitados  
yacen por el suelo tirados.

Donde cayeron, allí han quedado.  
 Sólo él sigue en pie. Apura un vaso  
 y, derecho, sin dar traspies,  
 se dirige furtivo hacia el palacio. . .  
 ¿Qué vas a hacer, reptil repugnante?  
 ¿A dónde vas? ¡Detente, miserable!  
 Pero no se detiene, saca las llaves,  
 abre la puerta y a la hija se acerca. . .  
 ¡Despierta, doncella pura, despierta!  
 ¡Mata al reptil que va a morderte!  
 ¡Mátalo que el Señor ha de absolverte!  
 Como Beatriz Cenci toma el puñal,  
 pues ella no temió a Jehová  
 cuando mató a su padre, el cardenal.  
 Pero no se despierta, duerme.  
 Y Dios, aunque lo ve, se calla indiferente.  
 Grandes pecados el Señor consiente. . .  
 Reina el silencio. . . Pasa unos momentos;  
 luego, resuena en el palacio  
 un grito, un alarido, amargo llanto  
 que sólo oyen los buhos y los campos. . .  
 Después, el silencio de nuevo. . .  
 Y de pronto, arde la paja en el granero.  
 Se apagan las estrellas y luceros,  
 no se alza ni una voz advertidora,  
 los *panes* en el parque, ebrios, roncan.  
 Cuando la gente acude al fuego,  
 nubes de humo se elevan hacia el cielo. . .  
     Al despertarse los invitados  
     y darse cuenta del siniestro,  
     a su príncipe abandonaron  
     sin condolencia ni sentimiento.  
     Así lo dejamos nosotros  
     y así abandonará el Señor.  
     Sólo a ti, princesita ultrajada,  
     infeliz florecilla tronchada,

ino te abandonará tu dolor!  
Y será tu triste suerte  
el gran pecado del padre  
expiar hasta la muerte.  
Nunca tu cruel destino eludirás,  
ni en el desierto ni en tierra extraña,  
hasta la tumba misma te seguirá.

Nadie supo qué había sido de ella,  
y todos en la aldea creyeron  
que la pobre, por su mala estrella,  
había muerto en el incendio.

Abajo, sigue en pie la aldea.  
Y en el palacio del alcor,  
con sus muros quemados,  
el príncipe, el viejo pecador,  
está solo, en el lecho postrado,  
y nadie acude a su vil mansión.  
Los pobres campesinos de la aldea,  
al saber que se fue su protectora,  
piden a Dios que vuelva.  
Pero la princesita no regresa. . .  
¿Dónde estará la santa?  
En un convento del vetusto Kíev  
para siempre se halla.

Nació para vivir y para amar,  
para lucir su belleza sin par,  
para poder a todos consolar,  
para que sobre el pecado y el mal  
con su virtud triunfara. . .  
Y en un convento morirá encerrada. . .

Vagando por Ucrania cierto día,  
fui a parar a Chiguirín, a ese convento

que en un pantano, pasado el arenal,  
se alza cual solitario monumento  
al lado de un espeso mimbreral.  
Allí una vieja monja me contó  
que del Dniéper, el año anterior,  
una princesita de noche llegó  
y pronto a Dios su alma entregó:  
— Murió la pobre jovencita.  
Era de una belleza singular,  
aunque venía débil, enfermita,  
imucho el sol la debió abrasar.  
Estuvo poco tiempo enferma,  
cosa de una semana o dos,  
y a mí y a nuestra hermana Ksenia  
toda su historia nos relató.  
Mucho había peregrinado,  
por distintos lugares sagrados,  
y entre nosotras acabó sus días.  
Mire, ahí está su sepultura. . .  
No le han puesto la cruz todavía.

*Fortaleza de Orsk, 1847*  
*Nizhni Nóvgorod,*  
*24 de febrero de 1858*

A N. N.

El sol se esconde, se enturbia el monte;  
callan las aves, reposa el campo.  
Llega el descanso: se alegra el hombre.  
Yo, solo, miro. . . sufro mirando.  
Tiendo hacia Ucrania mi libre vuelo  
y el pensamiento vive soñando,  
dándole al alma dulce sosiego.  
El campo, el monte y el huerto, negros.  
Un astro fulge en el firmamento;  
¿tú sobre Ucrania ya estás brillando?  
¿No te contemplan sus ojos negros  
allá en el cielo? ¿Te han olvidado?  
Si se olvidaron, que no despierten,  
así no evocan mi negra suerte.

*Fortaleza de Orsk, 1847*

A N. N.

A los trece años, en un prado,  
unos corderos apacenté.  
¿De sol estaba yo embriagado  
o acaso me lo imaginé?  
Yo todo lo veía alborozado. . .  
¿Por qué ocurría? ¡No lo sé!  
Era ya la hora de comer,  
mas yo en la hierba seguía echado  
rezando a Dios. . . sin comprender  
mi propio fervor abnegado.  
¿Por qué estaría tan gozoso?  
La aldea, el cielo del Señor,  
la deliciosa tierra en flor,  
y el sol que daba su calor,  
todo me parecía hermoso. . .  
Poco duró la alegría,  
y la plegaria mía,  
el sol me abrazó, quemando  
toda la armonía.  
Me parece estarlo viendo:  
la aldea sombría, negra,  
y el azul cielo de Dios,  
que ya no me alegra.  
Y los mansos corderillos  
en la hierba grasa  
no son míos, ni la casa. . .  
Yo no tengo casa.  
¡Dios no me ha otorgado nada! . . .  
Hondo era mi llanto. . .  
Mas al lado del camino  
iba, mientras tanto,  
una niña, recogiendo  
el cáñamo fino.  
Y al oírme llorar,



a calmarme vino.  
Mis lágrimas enjugó,  
y en los labios me besó. . .  
El sol me pareció clemente,  
el mundo, mío enteramente,  
míos los campos y el vergel. . .  
Y llevamos alegremente  
esos corderos de otra gente  
a abreviar, en ruidoso tropel.  
Naderías, sí, mas se me mueve  
el alma a llorar al pensar  
que yo no pude terminar  
en tal Edén la vida breve.  
Si así yo hubiera terminado,  
habría muerto ante un arado,  
sumiéndome en sueño profundo,  
sin haber sido desterrado,  
sin maldecir de Dios y el mundo. . .

*Fortaleza de Orsk, 1847*

## EL MONJE

En Podol de Kíev pasó,  
pasó. . . , pero nunca ya  
lo ocurrido volverá;  
no volverá, se esfumó. . . ,  
no volverá. . . , mas la acción  
procuraré, pese a todo,  
recordarla, de tal modo  
que me duela el corazón.

En Podol de Kíev se impuso  
la libertad fraternal;  
sin *panes* el pueblo expuso  
su voluntad nacional.  
Cubierto de terciopelo,  
cubierto de seda el suelo,  
no ceden a nadie el paso.  
En Podol de Kíev de raso  
los cosacos se divierten;  
el vino como agua vierten  
sobre cubos, en tropel;  
en tabernas, en bodegas,  
los propietarios, a ciegas,  
les venden la miel, el vino,  
que en cazos beben, sin tino.  
Ruge la banda que toca,  
se alegra la gente, loca;  
y en Bratsv, con mucha cautela,  
los seminaristas miran,  
pues la libertad a que aspiran  
no la tienen en la escuela,  
no aparece ante sus ojos. . .  
¿A quién rodea la gente,  
con la música estridente?

Con los pantalones rojos,  
por la calle de Matnéi,  
va un cosaco entre la grey,  
repitiendo: “¡Ay, años, años!  
¿Qué hacéis?” Sin gestos extraños  
el viejo, con frenesí,  
repica taconeando  
y levanta polvo. “¡Así!”,  
dice el cosaco cantando.

“¡Por el camino, rac, rac,  
se verá quien sois, tac, tac!  
¡Si sois galanes apuestos,  
amapolas sembrad prestos!  
¡Mal les hago a los tacones,  
mal les hago aquí y allá;  
mal les haré, sobraré!  
¡Tacones que no compones,  
bastante mal tienen ya!  
¡Mal les hago a los tacones,  
mal les hago aquí y allá;  
mal les haré, sobraré!”

Bailando marchó al convento  
de Mezigorsk el anciano,  
y tras él, en río humano,  
el pueblo de Kíev, contento.  
Gritó en la puerta, hecho un taco,  
el “¡pugú, pugú!” cosaco.  
“¡Salid, monjes, que ha llegado  
un camarada del Prado!”<sup>1</sup>  
Se abrió en el recinto santo  
la puerta, el cosaco entró  
y de nuevo se cerró  
para siempre, a cal y canto.  
Del mundo se despidió.

¿Quién era el canoso aquel?  
Semión Pali<sup>2</sup>, el coronel,  
pues la pena lo empujó. . .

¡Ay, qué alto el sol sale al orto,  
qué bajo el sol del crepúsculo!  
Con hábito, el monje, absorto,  
va por su celda, minúsculo.  
Marcha a Vyshgorod<sup>3</sup> por ver  
a su Kíev por un momento,  
y al menos entristecer  
en un cerro como asiento.  
En el Zvonkovói<sup>4</sup> profundo  
quiere beber agua pura,  
mas se llena de tristura,  
por lo que sufrió en el mundo.  
Regresa con laxitud,  
recuerda su juventud.  
Toma y lee un libro santo,  
lo relee en alta voz. . .  
Su pensamiento, entre tanto,  
vuela remoto y veloz.

Cesa, al fin, la melopea,  
cobra vida en su aposento  
la *Sech*. Renace, campea  
la hermandad del pensamiento  
y el *hetman*, en el convento,  
mira al monje en la asamblea.  
Berdíchev<sup>5</sup>, música, danzas. . .  
Moscú, cadenas chirriando.  
Bosques con nieve, añoranzas  
del Yeniséi. . . Sollozando  
se cala. . . “¡Arrodíllate,  
ya eres viejo, cálmate;  
lee, lee reposado,

lee en el libro sagrado;  
lee, mas escucha el son,  
la campana, voz divina,  
que juzga tu corazón.  
Tu corazón te llevó  
a Siberia, duérmelo;  
deja a Borzna y Fastóvschina<sup>6</sup>,  
que todo lo olvidarás,  
tú mismo te perderás!”  
Lloró el viejo su amargura,  
dejó la santa escritura.  
Por la celda paseó,  
luego, triste, se sentó:  
— “¿Para qué al mundo llegué  
y amé a Ucrania, para qué ?”

Llamó a la misa primera  
la campana. El monje en pie,  
se puso el gorro, tomó  
su cayado, con cansera,  
se santiguó y se marchó. . .  
Renqueando se fue a orar  
por Ucrania, ante el altar.

*Fortaleza de Orsk, 1847*  
*Moscú, 1858*

## EL FUGITIVO

Errando por tierra extraña,  
vi a un anciano un domingo  
por el Elek. Era un triste  
ucraniano fugitivo.  
Nos sentamos en la hierba  
y a conversar nos pusimos.  
Evocó su Volyn santa  
y sus años mozos idos.  
— La vida es la mar de larga  
—comentó el viejo, contrito—.  
Todo de Dios se origina.  
Y cada hombre supino  
nada hará solo, sin Dios.  
Te confieso, como amigo,  
que en vano trunqué mi vida,  
mi infortunado sino.  
De ningún hombre me quejo  
ni nada a nadie pido.  
Moriré en extraña tierra  
acosado y perseguido.  
Y el viejo se puso a llorar.  
Le dije: “Hermano mío:  
Mientras en la *jata* viva  
la esperanza, que su nido  
tenga allí. No la expulses.  
Y que en las noches de frío,  
caliente techo y paredes,  
y los ojos revejidos  
derramen jóvenes lágrimas.  
Y el corazón, todo limpio  
por las lágrimas vertidas,  
cual leve pajarillo  
vuele a la tierra natal,  
al solar patrio querido”.

— “Muchas cosas ya no existen  
—siguió el viejo—. Ha discurrido  
por el Ikva no poca agua.  
A su orilla, un pueblecito  
había. Allí crecí  
para infortunio mío  
y para perdición mía.  
¡Maldito fuera mi sino!  
Una polaca del pueblo  
me admitió de criadito  
para que atento cuidara  
y guardara a sus dos hijos.  
Tenían ellos mi edad.  
Crecían los señoritos,  
crecían como cachorros  
y mordían de lo lindo  
a mí y a otros rapaces.  
Más tarde a los señoritos  
les enseñan a escribir,  
y yo con ellos escribo.  
El aprender la escritura  
me costó llantos, suplicios.  
¿Cómo iban a enseñarme  
a mí, desvalido niño,  
cuando les costaba menos  
que cualquier de sus perritos?  
Saber implorar a Dios,  
arar duro y sin respiro:  
tal es la suerte del pobre,  
tal es del esclavo el sino.  
Así, pues, aprendí y crecí.  
A la señora le pido  
que me libere, y se niega.  
“Quiero ir de soldado”, digo.  
Tampoco me lo permite.  
No tenía más camino

que empuñar el arado.  
La señora envió a sus hijos  
para estudiar en la Guardia.  
Una vida amarga advino.  
Tras el arado corría,  
desdichado huerfanito.  
Una criada había entonces  
en la casa del vecino.  
Y yo. . . ¡Oh, desgracia mía!  
Ella era un capullito,  
una tierna criatura.  
¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!  
No soy quien para juzgarte  
ni condenar tu albedrío.  
Para infelicidad mía  
crecía aquel capullito.  
Sin tiempo para adorarla,  
pensé unir nuestros destinos,  
casarme con la mozuela  
y vivir con regocijo.  
Quería, a Dios y a los hombres,  
expresarles mi cariño,  
Pero resultó. . .

Compramos  
nueva ropa y vestidos,  
preparamos la cerveza.  
Mas beberla no pudimos.  
El encargado de su ama,  
un truhán viejo y lascivo,  
vertió al suelo la cerveza  
y nos robó los vestidos.  
Y encima, a ella, preñada,  
la echó a la calle el muy cínico.  
Pasó el tiempo. Recordarlo  
no es del caso, buen amigo:  
se fue para no volver.



Dejé la *jata* y el plantío,  
dejé el arado y el campo.  
Y fui en busca de otro oficio.  
Me coloco de escribiente.  
Pasa un año rapidísimo.  
Con mozos buenos alterno,  
con todos confraternizo.  
Y así otro año pasa.  
Vuelven los dos señoritos  
al año siguiente justo.  
Vuelven los dos, prometidos.  
En espera de la boda  
van de juerga y de bullicio.  
Escogen a las mocitas  
como en corral de novillos.  
¡Pues no faltaría más!. . .  
¡Para eso son señoritos!  
También la boda esperábamos  
algunos. Y fue el Domingo  
de Pascua. En la capilla  
de su propio domicilio  
los dos polacos casáronse.  
Nunca en la tierra se han visto  
tan hermosos desposados.  
¡Qué de música y bullicio!  
De la capilla se fueron  
los cónyuges a sus nidos.  
Mas a ellos y a su cortejo  
al encuentro les salimos.  
Y sin compasión alguna  
los pasamos a cuchillo.  
Tumbados, como cerditos  
en el légamo, quedaron.  
No salió ni uno vivo.  
Al punto nos escapamos  
para buscar escondrijo.

Nos sirvió de *jata* verde  
un denso bosque bravío.  
Y nos servían de *jata*  
las praderas y los ríos,  
las estepas y barrancos,  
que nos daban buen cobijo.  
Allí libres descansábamos  
y allí nos divertíamos.  
Cabecilla me nombraron.  
Aquella familia, amigo,  
crecía de día en día.  
A cien sumaban los míos.  
Corría sangre de cerdo,  
sangre de los *panes* ricos.  
Sin compasión y sin odio  
les cortábamos su hocico.  
Por degollar simplemente.  
Tres años fui con cuchillos  
como carnicero ebrio.  
Llantos, sangre, incendios, gritos:  
a todo me acostumbré.  
Hincaba en la lanza a un niño  
y lo freía en la lumbre.  
O sobre un caballo pío  
amarraba a una polaca  
desnuda, de cuerpo lindo,  
y por la estepa soltaba  
al corcel, a su albedrío.  
Sí. De todo hubo entonces,  
y todo me dio hastío.  
Roto quedé, era duro  
vivir entre escondrijos.  
Para dejar de sufrir  
pensé matarme yo mismo.  
Y me hubiera degollado.  
Mas un milagro, un prodigio,

salvóme a mí, miserable.  
Salía con el cuchillo  
por el bosque de Brovari  
a matarme decidido.  
Amanecía. Y a Kíev  
veo, al Kíev bendito,  
como pendiendo del cielo.  
Y fulgían, ¡ qué prodigio!,  
sacros templos, como hablando  
con el propio Jesucristo.  
Miro, y quedo estupefacto.  
Allá, como en el cielo mismo,  
suenan campanas de Kíev.  
¡Oh, Dios mío, Dios querido,  
qué maravilloso eres!  
Hasta el mediodía, amigo,  
sin parar llorando estuve.  
Después sentí gran alivio.  
Desapareció mi pena,  
cual si hubiera renacido.  
Miré en torno y, santiguándome,  
de Kíev tomé el camino,  
más que a rezar a los santos,  
a someterme, sumiso,  
al tribunal de los hombres  
y esperar su humano juicio”.

*Fortaleza de Orsk, 1848*

*San Petersburgo, 1858*

## ZARES

¡Oh, tú, vieja hermana de Apolo,  
si por lo menos algún día  
me visitaras a mí sólo,  
si como en tiempos ocurría  
resonara tu voz de diosa  
en elevadas odas impares,  
elogiaríamos a los zares  
y yo cantaré otras cosas!  
Porque, a decir verdad, a mí  
me tienen harta y me dan lacha  
los señoritos, los mujiks,  
las muchachas engañadas.  
Quiero que mi odio se derrame  
sobre las testas coronadas,  
sobre los poderosos. Dame  
tu ayuda bien intencionada.  
Muéstrame cómo desplumar  
a esos pájaros tan ufanos,  
y nos podríamos quedar  
con sus plumones en las manos.  
Así, pues, tu Parnaso deja  
aunque sólo por un instante,  
que tu voz celestial y vieja  
se eleve con tono brillante.  
Y mostremos en buen estilo  
al que coronado está;  
mostrémoslo incluso en vilo,  
y por delante, y por detrás.  
A la gente ciega mostremos  
con claridad y maestría. . .  
¡En buena hora ya empecemos,  
oh, vieja consejera mía!

# I

Hoy en Jerusalén no se ve a nadie.  
Cerradas con candado están las puertas  
cual si de la ciudad por Dios guardada  
la peste hubiera hecho fácil presa.  
Mas la peste no es. Algo peor  
se abatió sobre Israel: ireina la guerra!  
Los príncipes y los jóvenes,  
el pueblo, todas las fuerzas  
marcharon a combatir  
dejando la ciudad muerta,  
y a los hijos sin los padres  
caídos en la pelea.  
En la ciudad solitaria  
las jóvenes viudas quedan  
metidas en sus alcobas,  
traspasadas de tristeza,  
mirando a sus pequeñuelos  
entre lágrimas y penas.  
A David, zar insaciable,  
a su señor, al profeta,  
las pobres viudas maldicen  
y por la guerra le increpan.  
Pero él, los brazos atrás,  
por sus salas se pasea,  
y como un hambriento gato  
que ve el tocino de cerca,  
el jardín de su vecino  
Urías goloso contempla.  
En el frondoso jardín,  
cubierto de verde hierba.  
Betsabé, esposa de Urías,  
se está bañando en la alberca.  
Vedla desnuda, lo mismo  
que en el paraíso Eva.

La bella esclava del zar  
se está bañando en la alberca,  
sus blandos y hermosos pechos  
gracias a Dios ella muestra.  
Y a su viejo y santo zar  
casi alelado lo deja.

Atardece en la calle. En sombra envuelto,  
Jerusalén dormita, y afligido sueña.  
En las salas de cedro, oh, ávido zar,  
David con impaciencia se pasea,  
y hablando de sí mismo dice ufano:  
“Yo. . . nosotros. . . mandamos por la fuerza.

¡Del pueblo de Dios soy zar,  
yo mismo, Dios en la tierra!  
¡Yo soy todo!. . .” Y los esclavos  
le llevan después la cena.  
Y el zar pidió que en la noche  
a la esclava le trajeran,  
la bella esposa de Urías  
le llevan al zar profeta.  
Comen y beben, y luego,  
como ya de noche era,  
se fueron a descansar,  
y Urías duerme a pierna suelta.  
El marido ni soñaba  
que en casa secreto hubiera,  
que le robara su zar  
no ya oro, no ya perlas,  
sino su bien más querido,  
que a él sólo perteneciera.  
Y a fin que nada supiese  
quién cometía la afrenta,  
el zar lo mandó matar,  
y así se saldó la cuenta.  
Luego ante el pueblo fingió  
llorar por la muerte aquella.

Y con un salmo engaño  
a Natán el buen profeta. . .  
Y otra vez, borracho el zar,  
con su esclava se deleita.

## II

A David, santo profeta,  
la piedad no le sobraba.  
Tenía una hija, Thamar,  
y un hijo, Amnón. Esto pasa,  
que también los santos tienen  
hijos, aunque de otra casta  
que los de simples mortales.  
Así, pues, qué gran desgracia:  
el primogénito Amnón,  
sin que se sepa la causa  
de sus dolencias o males,  
enfermito está en la cama.  
David suspira y solloza,  
la túnica se desgarrar;  
le echa ceniza en la frente.  
— ¡Hijo mío, hijo del alma,  
sin ti no podré vivir,  
sin ti hasta el sol me falta!  
Y aunque renquea, corriendo,  
David se acerca a la cama.  
Allí en su alcoba está Amnón  
sano como un toro, y clama,  
gime, se queja, y llorando  
pide que su hermana vaya.  
— ¡Padre y zar mío querido,  
ordena que Thamar haga  
una tarta, y que ella misma  
aquí al lecho me la traiga,  
que al probarla sanaré

de este mal que me desgarrar!  
Por la mañana temprano,  
Thamar le trajo la tarta.  
Amnón a su hermana apresada,  
la lleva a una oscura sala,  
y tumbada sobre el lecho  
se arroja sobre su hermana.  
Ella grita: — ¡Hermano mío,  
infame hermano del alma!,  
¿pero tú no ves que yo. . .  
yo. . . soy tu querida hermana?  
¿Dónde me voy a meter?  
¿Qué voy a hacer con mi fama,  
con la vergüenza, el pecado  
y del deshonor la mancha?  
¡Te maldecirán, y Dios  
ha de castigar tu infamia!  
Pero a Thamar esas súplicas  
no le valieron de nada. . .  
Así los príncipes viven  
haciendo barrabasadas.  
¡Admiraos, pues, criaturas,  
vosotras, simples y humanas!

### III

Y en el mundo, el rey David  
no pocos años vivió.  
Caduco estaba ya el viejo,  
y para darle calor  
lo cubrían y abrigaban  
con pellicas de vellón.  
Mas para el lascivo rey  
no era esto lo mejor.  
Buscaron, pues, otros medios  
(conocían al halcón).



Así que al viejo llevaron  
bellas doncellas en flor  
para con sangre caliente  
dar vida a su corazón.

El viejo gatuno zar  
de gusto se relamió.  
Se le caía la baba,  
se le cortaba la voz,  
y con placer, el gatuno  
una manaza tendió  
hacia la sunamitana,  
que era más bella que el sol,  
la más hermosa entre todas,  
del campo una bella flor.  
Ella con su cuerpo joven  
a su zar daba calor,  
mientras las otras, desnudas,  
jugaban en el salón.  
Cómo la sunamitana  
calor daba a su señor,  
yo no lo sé, sólo digo  
que calentaba al bribón,  
y que éste. . . en aquel momento  
a ella no la gozó. . .

#### IV

Por el patio se pasea  
Rogvolod<sup>1</sup>, alegre viejo.  
De oro en torno todo brilla:  
esposa, hijos, el pueblo.  
El señor de fiesta está:  
de Lituania, pronto llega  
el príncipe prometido  
de su buena hija Rogneda.

A los dioses Lel y Lado  
el fuego Rogneda enciende,  
en las brasas echa incienso  
y los santos óleos vierte.  
Lo mismo que las walkirias,  
alrededor de las llamas  
las amigas-mozas bailan  
y así cantan:  
¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!  
Las alcobas abrid,  
icon flores a los huéspedes  
recibid!

Por Polotsk se alza una nube  
negra de polvo. Corriendo  
salen a esperar al príncipe  
los jóvenes y los viejos,  
los niños y los boyardos.  
Y con las mozas y el pueblo,  
por su padre acompañada,  
sale Rogneda al encuentro.

Mas no de Lituania viene  
el príncipe que se espera;  
como negro toro-búfalo,  
de Kíev el príncipe llega.  
Por la princesa Rogneda,  
con su gente llega aquí  
otro príncipe: Vladímir.  
Viene como un jabalí.  
Cercan la ciudad, y luego  
por todas partes la incendian.  
Mata a Rogvolod y hace  
a Rogneda su manceba.  
Y después, a la princesa  
joven a vagar arroja

por el mundo, sin amparo,  
por el mundo, sola, sola. . .  
¡Así eran los santos zares  
bajo el oro de su pompa! . . .

V

Pido que a los verdugos zares  
los verdugos corten el cuello:  
bien sabéis que son seres vulgares,  
que como tontos vais tras ellos.  
Expresar no sé mi actitud  
con esos malditos, yo solo.  
¿Cuál ha de ser? Dímelo tú,  
la mejor hermana de Apolo.  
Dímelo tú, paloma mía,  
y ante el trono me humillaré.  
Si para un collar algún día  
gano, yo te lo compraré.  
A lo lacayo vistámonos  
con nuestras libreas, ¡y basta!,  
a ver si a los zares amamos.  
¡Lástima el lápiz que se gasta!  
Porque donde no hay libertad  
la dicha no estará presente.  
¿Y para qué engañarnos más?  
Vamos a la aldea, que allí hay gente.  
Donde la gente vive, bien se vive.  
Allí viviremos, a la gente amaremos,  
y a Dios nuestro Señor bendeciremos.

*Kos-Aral, 1848*

*San Petersburgo, 1858*

\* \* \*

¿Te asustarás, amor mío,  
si nos volvemos a ver?  
¿Qué palabras me dirías  
entonces, mi dulce bien?  
No me reconocerías.  
O, tal vez, exclamarías:  
“Fue un sueño que yo soñé”.  
¡Pero yo me alegraría,  
mi dulce amada, mi dicha!  
Entonces, al recordar  
la juventud y el placer  
del pasado tan amargo,  
yo de gozo, lloraría  
porque no fue verdadero  
todo lo que yo creía.  
¡Ilusión ahogada en llanto,  
perdida en la lejanía!

*Kos-Aral, 1848*

## MARINA

Llevo a Marina en el pecho  
clavada como un puñal,  
y quisiera, hace ya tiempo,  
de la sin ventura hablar.  
Entonces dirían que miento,  
que mi rencor a los *panes*  
me hace ver bestialidades  
en simples esparcimientos. . .  
Dirían, sin más rodeos:  
“Si nos denigra ese necio  
es por poca ilustración,  
porque es un zafio y un siervo”.  
Dios sabe que no es verdad.  
No me apena no ser *pan*,  
eso nunca me ha apenado,  
¡pero gran pena me dan  
los cristianos ilustrados!

. . . . .

Ni las fieras son capaces  
de hacer las malas acciones  
que hacéis a vuestros hermanos,  
tras de las genuflexiones. . .  
Los verdugos las leyes han escrito  
a favor de vosotros, del señor. . .  
Y a vosotros os queda un requisito:  
ir a buscar en Kíev al confesor  
para que él os perdone los pecados  
y así tener seguridad mayor. . .  
Podéis a vuestro antojo obrar,  
pues yo ya no he de ver  
ni el bien ni el mal,  
y a aquel que no ha de verlo  
todo ha de darle igual. . .

Desde mi amada Ucrania,  
 fiel amiga conseja,  
 ven a esta tierra extraña  
 con toda tu pureza.  
 Háblame, estrella mía,  
 de la pobre Marina,  
 de lo que ha sido de ella  
 desde que un *pan* malvado  
 la tiene prisionera.  
 Pero dímelo bajo,  
 no sea que se enteren los extraños.  
 Pues si se enteran,  
 dirán que andábamos robando  
 por esas carreteras. . .  
 Nos mandarán más lejos todavía,  
 y empeorará tu suerte, y la mía. . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . No hace mucho, en cierta aldea,  
 los vecinos una boda celebraban.  
 De la iglesia, en su carruaje,  
 partió raudo un personaje.  
 ¿Era algún *pan* o un administrador?  
 En medio del bullicio y la algazara,  
 cuando todos en corro bailaban,  
 nadie prestó atención a aquel señor.  
 En cambio el gavilán, de aguda vista,  
 le echó el ojo a la novia en seguida. . .  
 ¿Por qué permite Dios que viva  
 una alimaña tan dañina?  
 Llegó hace poco más de un año  
 este noble polaco sin un cuarto,  
 y hoy ya tiene un palacio  
 y a más de una mocita ha deshonrado,  
 aunque es casado,  
 con dos hijitos chiquitines,

bellos como dos querubines.  
A recibir al marido,  
sale la joven esposa,  
trae de la mano a los niños  
y se le acerca amorosa.

Al bajar del coche, el *pan*  
manda que busquen al novio  
y lo traigan sin tardar.  
Luego, acaricia a los pequeños,  
da a la esposa los rituales besos  
y entra tranquilo en la casa,  
porque ningún castigo le amenaza.  
Traen al novio desdichado  
—en el día de su boda—  
lo llevan a ser soldado—,  
le esperan grandes pesares,  
mañana por la mañana  
lo entregan a los *moskales*.  
Pues en nuestra tierra, sin mucho pensar,  
iasí con los hombres se suele acabar!  
¿Y qué será de la novia?  
¿Es que Dios la ha condenado  
a perder la mocedad y la belleza  
en vano, sin el amado?  
Ya se han desvanecido, en un momento,  
todas sus ilusiones, como un sueño. . .  
¿Tendrá que volver al campo  
a regar con sus sudores  
las duras tierras del amo?  
No, que en la casa del *pan*  
un sitio le encontrarán.  
Ya no la llaman Marina  
y es para todos Marysia. . .  
A llorar por los rincones  
se esconde la pobrecilla.

Tonta eres en padecer  
por un mujik sin camisa.  
Todo cuanto ambicionaras,  
si quisieras, lo tendrías  
—y en la mayor abundancia—,  
ini al paraíso envidiarías!  
Mas tú respondes que no  
y que es para ti tu *jata*  
el paraíso mejor.  
Deja, infeliz, de soñar,  
pues ya estás viendo tú misma  
que el lascivo *pan* te ronda  
con celo de semental.  
Por las buenas o las malas,  
sin falta, suya serás. . .

La madre, día tras día,  
venía a casa del *pan*,  
pero no la recibían  
y a palos la despedían.  
¿Qué podía ella hacer más?  
Irse a la aldea a llorar:  
una sola hija tenía,  
y se la iban a matar. . .

. . . . .  
Igual que el cuervo agorero  
anuncia eterno el mal tiempo,  
así canto tesonero  
las penas y sufrimientos;  
a bastardos vagabundos  
que a nadie lástima dan  
y a mí me hacen verter lágrimas  
de profunda caridad. . .  
Da fuerza a mis palabras, Dios querido,  
haz que sean como un dardo divino  
que atravesase del hombre el corazón,



que le haga llorar de dolor,  
velándole los ojos de silenciosa pena  
y enseñándole a tener compasión  
de todas mis mocitas buenas,  
a amar a Dios Nuestro Señor,  
a no apartarse del buen camino  
y a conceder al prójimo el perdón. . .

Débil, desolada,  
la anciana llega a la pobre casa :  
Hay flores ante las imágenes santas,  
hay flores adornando la ventana  
y crucecitas bellas en los muros,  
pintadas con colores, como estampas.  
Todo ello es obra de Marina,  
isólo Marina falta!  
Arrastrando los pies con esfuerzo,  
la madre sale, sube a un alcor  
a ver una vez más, de lejos,  
la maldecida mansión del señor.  
Al palacio llega, se sienta a la puerta  
y pasa allí llorando la noche entera.  
Llorando sigue cuando los pastores  
sacan los rebaños de la aldea,  
y cuando el sol asoma, y cuando se pone  
y vienen las sombras de la noche negra.  
La quieren echar; crueles, la golpean,  
a unos perros fieros lanzan contra ella,  
y ella sigue firme, y ella sigue quieta. . .

Toda vestida de blanco  
como una novicia,  
reza y solloza encerrada  
la pobre Marina.  
El *pan* no permite a nadie  
que entre en esa sala,

él mismo le trae la comida,  
la asedia con ansia,  
le ruega que enjuge las lágrimas,  
pide una mirada. . .  
Pero ella no quiere mirarle  
y no come nada.  
Se pone furioso el canalla:  
¿Por qué le rechaza?  
Y Marina se amustia, se seca  
en la rica casa.  
Pasa el cálido estío,  
el frío se acerca,  
Marina continúa allí encerrada,  
muda, como muerta.  
Ya no llora ni habla la martirizada.  
Poco a poco, hasta ese estado  
la llevó el malvado,  
mas de ella nada ha logrado  
ni ha de lograr nada,  
aunque la descuartizara,  
porque nació honrada. . .

En un anochecer de invierno,  
Marina observa  
que del pozo del bosque,  
profundo, negro,  
cual cubeta escarlata  
la luna va saliendo.  
“Y yo también fui novia”,  
dice con desaliento.  
Calla y canta al momento:  
“La *jata* es como un palacio,  
ya llegan los invitados,  
y me han soltado las trenzas  
desatándome los lazos.  
El señor pide tocino,

pan blanco pide el diablo,  
todos los gansos se han ido,  
hacia los mares, volando” . . .

. . . . .

Resuenan unos ladridos  
y voces de los perreros:  
rojo de rabia y coraje  
el *pan* viene enfurecido  
a consumir el ultraje  
como un Kirik<sup>1</sup> ebrio. . .  
Sola, ensimismada,  
la vieja madre de Marina  
continúa a la puerta sentada.  
Perdió la razón, ya no advierte nada.  
Hace mucho frío, terrible es la helada,  
y la luna roja se ha tornado blanca.  
Temeroso de molestar al señor,  
grita con cuidado el guarda,  
sin alzar mucho la voz,  
aunque está ardiendo la casa. . .  
¡Fuego! ¡Fuego! Y al instante,  
cual de la tierra brotada,  
acude una multitud  
en continuas oleadas.  
Compacta se arremolina  
y queda al punto asombrada:  
Marina, toda desnuda,  
con su anciana madre danza  
ante el palacio, ya en llamas.  
Y todos ven con espanto  
el puñal ensangrentado  
que agita fiera en la mano  
al compás del loco canto. . .  
“Tú, que vas tan bien vestida,  
¿no eres la madrina? . . .  
Cuando yo era una señora,

llevaba *zhupán* de paño,  
los *panes* me cortejaban  
y me besaban la mano”. . .

(*A la madre*)

— ¿Viene usted del otro mundo  
para asistir a mi boda?  
Ya me han soltado las trenzas,  
mi novio, el *pan*, vendrá, ahora. . .  
Mire, mire, igansos, gansos!  
Esos son *panes*, no gansos,  
que se alejan de los fríos  
a lugares más templados:  
a casa de Satanás  
que ya los está esperando.  
¿Oyes? ¿Oyes ese estruendo?  
Son las campanas de Kíev  
que han sido echadas a vuelo.  
¿Ves esa luz en el cielo?  
Es para alumbrar al *pan*,  
que lee en el santo suelo.  
Pide agua, tiene sed.  
¿No sabes que, a puñaladas,  
hace poco lo maté?  
Ahí está, en la chimenea,  
como un tizón apagado,  
y no deja de mirar.  
¡Atrás, madre! ¡Madre, atrás,  
que te quiere devorar!  
¡Toma ésta! ¡Trágetela!

(*Hace la higa y canta*)

“De un *moskal* me enamoré,  
ibuena vida me llevé!  
Los *moskales*, los *moskales*  
traen regalos a millares. . .

Nos hacen hijitos,  
nos dan dineritos;  
y los popecitos,  
sólo collarcitos.  
¡Toca, pope, la campana  
y las nubes desparrama!  
¡Llévaselas a los tártaros  
y da el sol a los cristianos!  
¡Toca, pope, la campana!  
¡Toca, repica con gana!”

*La madre*

¡Marina, vete a acostar!

*Marina*

Sí, ya es hora de dormir,  
porque mañana temprano  
al templo tengo que ir.  
¡Ay, otra vez me persigue!  
¡No quiere dejarme en paz!  
¡Toma ésta, trágatela!...

*La madre*

Hijita, vete a la cama.

*(A la gente)*

¡Ayudadnos, buenas almas!

*Marina*

Y a mí conducidme atada  
hasta la casa del *pan*.  
¿No quieres tú, madre amada,  
ver a Marina-señora  
en el palacio encerrada?  
¿No quieres ver cómo muere  
sin culpa tu hija adorada?...

(Canta)

“¡Volad, volad, gansos grises,  
hacia el Danubio felices!  
Que ya me han puesto la toca  
para que mejor medite”.

Hasta la avecica tiene libertad,  
puede por los campos, alegre, volar.  
Y yo, metida en mi celda,  
me tengo que marchitar.

(Llora)

Un collar me haría falta,  
con él me podría ahorcar,  
pero como no lo tengo,  
¡al río me he de arrojar!  
No llores, madre querida,  
¡tienes aquí a tu Marina!  
Mira esa serpiente negra  
que por la nieve se arrastra. . .  
Mas yo volaré si quiero  
hacia tierras más templadas  
porque soy ya una avecica  
que tiene también sus alas. . .  
¿No ha venido aún a la fiesta?  
¿Lo habrán matado en la guerra?  
¿No sabes lo que he soñado?  
A pesar de ser de día,  
la luna brillaba clara,  
yo con él, sobre las olas,  
tranquila me paseaba.  
De pronto, veo asombrada  
que las estrellas del cielo  
caen todas en el agua. . .  
Tan sólo quedó una arriba,

mas yo ya no razonaba. . .  
Harapienta, desolada,  
con un niño mal nacido,  
como una loca vagaba  
por las olas del gran río.  
Todos de mí se burlaban,  
me llamaban mujer mala. . .  
Tú ríes, pero yo lloro.  
No lloro, seco mis lágrimas  
y suelto la carcajada. . .  
Ya ves, hasta volar puedo,  
porque ahora soy ya una urraca. . .

Y agita al punto los brazos,  
como si fueran dos alas,  
para atravesar el patio  
y salir a la llanada.  
Con un aullido de loba,  
en pos de la pobre hija  
la madre corre alocada.

En el fuego, los señores  
terrible muerte encontraron  
—se asaron como lechones—  
y las llamas devoraron  
sus suntuosas mansiones.  
La gente se fue en silencio,  
Marina y su madre desaparecieron.  
En primavera, al arar la tierra,  
encontraron sus cuerpos,  
y en un otero sepultura les dieron.

*Kos-Aral, 1848*

\* \* \*

Hoy el cielo está gris, duermen las olas  
en la orilla cansadas de refriega;  
cual ebrio está el juncal y se doblega  
sin vientos. Oh, Dios mío, ¿cuánto a solas  
estuve en esta cárcel no cerrada,  
en este mar, aborreciendo el mundo?  
Calla en la estepa, cual si está agobiada,  
la hierba amarillenta en un profundo  
sopor. Quise callar en mí,  
por penosa y amarga, la verdad.  
Y a nadie más que a ella tengo aquí  
a quien yo le pudiera preguntar.

*Kos-Aral, 1848*



Si supieran ustedes, señores,  
dónde en verdad lloran los hombres,  
no escribirían esas elegías,  
a Dios en vano no ensalzarían  
y del dolor no se burlarían.  
No sé por qué le llaman paraíso  
a la *jata* en medio del bosquecillo,  
pues en una *jata* de éstas he nacido  
y mis lágrimas primeras he vertido.  
¡Todos los males de Dios  
tenían allí cobijo!  
¡Y todavía hay quien dice  
que aquello es un paraíso!

No seré yo quien le llame  
paraíso a la *jata* en las afueras  
—en el bosque, junto al lago—,  
en que mi madre me diciera  
la vida y cariñosa cantara  
vertiendo sobre mi cuna  
todo el dolor de su alma. . .  
Venturas del paraíso  
no conocí en esta *jata*,  
vi allí del infierno penas. . .  
Vida de siervos, duras faenas,  
sin tiempo ni para rezar siquiera.  
El trabajo y la amargura  
se llevaron a mi madre,  
joven aún, a la tumba.  
El padre con nosotros lloraba,  
lleno de un dolor mudo  
(éramos todavía pequeñitos,  
estábamos hambrientos y desnudos).

No pudo soportar las duras penas,  
y murió siendo siervo de la gleba.  
Nosotros, ratoncillos desvalidos,  
el pan buscábamos en ajenos nidos.  
Yo, antes de ir a la escuela,  
ya acarreaba agua para ella.  
Mis hermanos, siervos de la gleba,  
en las tierras del amo trabajaron  
hasta que los hicieron soldados.  
Y las hermanas. . . ¡Pobres palomitas!  
¡Cuán amarga ha sido vuestra vida!  
Crecisteis trabajando de braceras,  
de braceras os saldrán las canas  
y morir de braceras os espera.

¡Todavía hoy me estremezco  
cuando recuerdo la *jata*  
de las afueras del pueblo!  
Ocurren en nuestro paraíso  
tales cosas, ¡Oh, Dios Nuestro Señor!,  
que en toda tu bendita Tierra  
no hallarás tanto horror.  
Hemos hecho de él tan gran infierno  
que ansiamos el paraíso ultraterreno.  
¡Bien nos llevamos con nuestros hermanos!  
¡Primero, los uncimos al arado,  
con sus lágrimas el trigo regamos  
y luego lo segamos con sus manos.  
Tal vez me parezca a mí. . .  
que Tú también estás ahí  
(pues sin mandarlo Tú, sin tu permiso,  
no penaríamos en este paraíso).  
Puede que allá en los cielos  
de nosotros te rías, Padre Nuestro,  
y con los *panes* celebres consejo

para, en secreto, juntos acordar  
cómo se debe al mundo gobernar. . .  
En nuestro bosquecillo verde,  
mira esos bellos sauces  
que crecen junto al lago  
—el agua se vislumbra entre el ramaje,  
deslumbrante como un manto blanco—,  
ellos se inclinan plácidos  
para mojar sus verdes ramas  
y decirle ternezas al agua. . .  
Talmente un paraíso, ¿verdad?  
Pero si miras bien, ¿verás  
qué ocurre allí en realidad!  
Por tus divinas obras  
a Ti, Señor, único ser sagrado,  
te corresponde honor y gloria.  
Mas no hay aquí gloria ni honor,  
hay lágrimas y sangre, Señor.  
Maldiciones por doquier resuenan  
y la gente de todo reniega,  
inada sagrado queda ya en la Tierra!  
Y los hombres, de ello voy a advertirte,  
hasta a Ti no dejan de maldecirte.

*Orenburgo, 1850*

## EL ILUMINADO

Cuando el zar sargento<sup>1</sup> reinaba,  
Gavrílych, este manco cabo<sup>2</sup>,  
y Dolgoruki<sup>3</sup>, el curda bravo,  
a Ucrania desgobernaban,  
dejando a todos pasmados  
por lo mucho que robaban.  
Grandes desmanes cometían,  
a no pocos en reclutas convertían.  
Sobre todo se distinguían  
Gavrílych, el manco iracundo,  
y su pequeño cabo segundo<sup>4</sup>.  
Aquellos sátrapas cuarteleros  
martirizaron bien al pueblo,  
de modo que el propio sargento  
quedó complacido y contento  
de todo aquel amaestramiento  
y en seguida les expresó  
a los cabos su regio afecto.  
Nosotros permanecíamos silentes,  
alisándonos el mechón de la frente.  
¡Oh, esclavos mudos y villanos,  
del zar sargento escabeles  
y del cabo ebrio lacayos fieles!  
¡Oh, fariseos y sicofantes!,  
con vuestras libreas tan brillantes  
no sois los llamados a luchar  
por la sacrosanta verdad  
y por la ansiada libertad.  
Al hermano no sabéis amarlo,  
tan sólo sabéis crucificarlo.  
Oh, maldita y vil ralea,  
¿Cuándo llegará la hora  
de que por fin desaparezcas?

¿Cuándo vendrá nuestro Washington  
y cuándo triunfará la razón?  
Yo no sé, pero deciros quiero  
que con ansiedad lo espero!

En aquel tiempo dicho cabo  
oprimió a millones de polianos,  
de dulebos y de drevlianos<sup>5</sup>.  
También cruelmente avasalló  
a vosotros, honrados kiyanos<sup>6</sup>,  
y vuestras lindas hijas amadas  
a los letrineros fueron entregadas  
para que les sirviesen de criadas.  
El sátrapa el terror sembraba,  
pero nadie la voz alzaba.  
Mas entre vosotros apareció  
un tonto muy original,  
tan raro que se atrevió  
a romperle los morros al caporal,  
y en plena iglesia abarrotada.  
Sin embargo, no pasó nada:  
el zurrado cabo salió de la iglesia,  
llevando el rabo entre las piernas.  
Las picas debíais haber empuñado,  
el momento era muy apropiado.  
Pero tuvisteis miedo. . .  
Y sólo se quedó aquel valiente  
entre millones de porqueros,  
mas su golpe se oyó en todo el imperio!  
¿Y qué hicisteis vosotros, desgraciados?  
Mientras yacía enfermo el cabo,  
proclamasteis iluminado  
al caballero esforzado.  
Y vuestro sargento Sardanápalo  
mandó al presidio al santo,

sin olvidarse al propio tiempo  
de expresar al zurrado su afecto.  
Y nada más sucedió.  
El drama, por oscuras callejuelas  
se llevó a las afueras,  
y en un lejano muladar quedó. . .  
Y en tanto yo. . . ¡Oh, rutilante estrella!  
Tú me llevas desde el cautiverio  
al Gran Muladar del Imperio<sup>7</sup>.  
Entre tantas oscuras amarguras  
sólo tú, confortante, fulguras  
y en medio de este sucio barro  
muestras todo lo anticristiano  
que Nicolás ha consumado.  
¡oh, anticristiano zar!  
Persecutor de la verdad,  
¿qué has hecho con la cristiandad?

¿Y has visto tú, omnividente ojo<sup>8</sup>,  
desde los cielos, sin sonrojo,  
cómo a Siberia eran llevados,  
crucificados, torturados  
y ahorcados millares y millares  
de héroes y mártires santos<sup>9</sup>?  
¿No te enteraste? Sí, lo viste,  
mas del gran dolor no cegaste. . .  
¡Qué ojo tan miope resultaste!  
Duermes tranquilo en los altares  
y, mientras, los malditos zares. . .  
Mas que se mueran, los malvados,  
que sueñen cárceles, desalmados,  
y yo a Siberia volaré,  
detrás del Baikal yo os veré,  
entre los montes silenciosos,  
en los abismos tenebrosos,

isoldados de la libertad!  
Os sacaré de la miseria,  
de las mazmorras de Siberia,  
de la hedionda oscuridad. . .  
Los hombres verán vuestras penas,  
las filas largas, las cadenas. . .

*Nizhni Nóvgorod, 1857*

## SUEÑO

Estaba segando trigo  
en el campo del señor.  
Sintió llorar a su niño  
y corriendo hacia él marchó.  
Le libró de los pañales,  
le dio el pecho y le besó;  
después, al lado del hijo,  
la madre se adormeció.  
En sueños ve a un hijo esbelto,  
y rico en sueños le ve;  
con mujer libre casado,  
y él mismo siervo ya no es.  
Y allá en sus tierras alegres,  
siegan él y su mujer,  
y los hijos pequeñitos,  
les traen allí de comer. . .  
En sueños, sonrió la pobre  
de alegría y despertó.  
¡No era verdad! Tomó al hijo,  
en silencio lo fajó,  
miró asustada a los lados  
y la hoz de nuevo empuñó.

*San Petersburgo,  
13 de julio de 1858*



\* \* \*

Hasta ahora, gozo de buena salud,  
mas los ojos observan con inquietud  
y el corazón me duele, se queja;  
igual que un niño hambriento,  
llora y no duerme, algo espera. . .  
¿Tendrá algún mal presentimiento?  
No esperes nada bueno,  
no esperes la ansiada libertad,  
pues la ha abatido Nicolás  
y no ha de levantarse sola.  
Para alzar a la torturada,  
el pueblo ha de forjar un hacha,  
grande, bien afilada,  
a fin de despertar cuanto antes  
a la pobre martirizada.  
De lo contrario, no se despertará  
hasta el día del Juicio Final.  
Para ello, los *panes* la acunarán,  
erigirán templos y palacios,  
amarán a nuestro zar borracho,  
el bizantinismo será ensalzado. . .  
Y habremos de esperar sentados.

*San Petersburgo,  
22 de noviembre de 1858*

## ISAIAS. CAPITULO 35

(IMITACION)

¡Albricias, tierra sedienta;  
alégrate, tierra hambrienta!  
Sin las semillas sembradas  
florece en crines rosadas;  
como en Jordania los santos  
cúbrete de verdes mantos.  
Por Carmelo, en su honor,  
por Líbano, en su gloria:  
que el oro germinador  
teja y cosa, con primor,  
tu amóforo, en su memoria.  
Su voluntad cubra el agro  
con la bondad del trugal,  
que el ciego vea el milagro  
de su poder celestial.

Y las manos esposadas,  
como esclavas amarillas,  
descansarán liberadas  
del trabajo, en las rodillas.  
¡Se alegre, no desanime  
quien vea el milagro santo,  
que Dios sentencia y redime  
a los que sufrieron tanto  
como vosotros, cansados,  
y castiga a los malvados!

Señor, sólo cuando en vuelo  
la Verdad descienda al suelo  
y descansa un momento,  
verán los ciegos sin ojos,  
darán saltos de contento,  
como gacelas, los cojos.  
Los mudos, con labios trémulos,  
darán suelta al torrencial

de las palabras, igual  
que la lluvia de los cúmulos.  
Con el agua curativa  
los desiertos, como muertos,  
despertarán a la vida.

Y los ríos correrán,  
los lagos se llenarán;  
se poblarán las orillas  
de los bosques de avejillas,  
y los siervos campesinos  
respirarán libremente,  
sin que el amo, en los caminos,  
les haga bajar la frente.  
Los hombres, como hermanados,  
sin gritos de desconcierto,  
verán alegres poblados  
floreciendo en el desierto.

*San Petersburgo,  
25 de marzo de 1859*

## A MI HERMANA

Pasando por los pueblos pobres  
del Dniéper, llenos de congoja,  
me dije: “¿Dónde hallaré  
un refugio y paz ahora?”  
. . . Sueño que en un jardincillo,  
entre las flores que lo adornan,  
esbelta como una doncella,  
se alza una pobre choza.  
¡El Dniéper se extiende tan ancho,  
en la luz y el fulgor que lo arropan!  
¡Mirad! En el jardín oscuro,  
al pie de un verde guindo, en sombra,  
está mi hermana, ila entrañable!  
¡Mi santa, triste y dolorosa!  
Reposando en este Edén,  
a mí me tiene en la memoria,  
me busca, con mirada ansiosa,  
del ancho Dniéper en las ondas,  
y le parece que una barca  
del río un verde cabo dobla.  
La barca llega, mas, de pronto,  
se hunde entre las olas torvas. . .  
“¡Hermano mío!” —me gritaste—  
y despertamos. Tú, mi alondra,  
sierva como anteriormente,  
yo, en mi prisión odiosa. . .  
. . . Ambos hubimos de pisar abrojos  
desde que yo tengo memoria. . .  
mas quizá el campo atravesemos,  
si el Señor no nos abandona. . .

*Cherkasy,  
20 de julio de 1859*

## MARIA

(POEMA)

Alégrate, pues tú renovaste  
a los concebidos con pecado.

*Acatista a la Santa Virgen. Canon 13*

Mi esperanza, mi concordia,  
en ti, paraíso infinito,  
en tu alta misericordia,  
mi esperanza, mi concordia,  
en ti, madre, deposito.  
Santa entre todos los santos,  
bienhechora inmaculada,  
yo te imploro con mi llanto,  
echa tu pura mirada  
sobre esos ciegos cautivos,  
dales la fuerza y hombría  
que tu hijo-mártir tenía  
cuando estuvo entre los vivos.  
Que arrastren su cruz-cadenas  
hasta el fin, y con decoro;  
reina del cielo, te imploro:  
ten compasión de sus penas.  
Haz que feliz su destino,  
madre bienhechora, sea,  
que yo con mal o buen tino,  
cuando las pobres aldeas  
florezcan llenas de encanto,  
he de cantar, si es que puedo,  
con salmo sencillo y quedo,  
madre, tu destino santo.  
Mas hoy, con el alma llena  
de dolor, y en él absorto,  
de lágrimas, llanto y penas  
el postrar óbolo aporto.

En casa del carpintero  
José, de criada estaba  
la linda niña María.  
Y crecía la zagala,  
y por fin abrióse un día  
cual florecilla rosada.  
Llegó el tiempo de casarse. . .  
Aunque muy pobre la casa,  
resplandecía de limpia.  
Como a una hija trataba  
el carpintero a María.  
A veces, cepillo y hacha  
dejaba de entre las manos,  
y fija y larga mirada  
ponía en ella. “¡La pobre  
no tiene a nadie!, pensaba.  
Sola está, solita, sola. . .  
sin parientes y sin casa. . .  
Y para mí, que soy viejo,  
la muerte no está lejana. . .”  
Y ella con la rueca hila  
el blanco vellón de lana  
con que hará para las fiestas  
la camisa, también blanca,  
o lleva a abreviar al lago  
al cabritillo y la cabra.  
Aunque lejos, le placía  
contemplar aquellas aguas  
tranquilas del Tiberiade.  
Alegre está la muchacha  
de que hoy José permitiera  
que fuese al lago. Avanza  
risueña, por las orillas.  
Con la garlopa en la tabla  
quedó él, como abstraído.  
Harta de beber, la cabra

trisca de un barranco a otro.  
Y junto al soto parada,  
una mirada María  
dirige al lago, y exclama:  
“¡Tiberíade, rey de lagos,  
que me aconsejen tus aguas!,  
¿cuál será nuestro destino  
con José, viejo, mañana?  
—y se inclina como el álamo  
al viento de la hondonada—.  
Para él seré yo una hija,  
apoyo a su vieja espalda”.  
Mira alrededor. Despiden  
fulgor como luminarias  
sus ojos, y de los hombros  
cae su vieja y remendada  
vestimenta. ¡No, no vio nadie  
jamás belleza tan casta!  
Pero el negro hado maldito  
con punzante endrino pasa  
y su belleza escarnece.  
¡Ay, hado mío! . . .

Y con pausa  
se va por la orilla y toma  
una mata de bardana  
que como una toca pone  
en su cabecita santa.  
Y hacia la oscura arboleda  
con lentos pasos avanza.  
¡Oh, mundo nuestro, infinito!  
¡Oh, tú, la mujer más casta,  
lirio oloroso del valle!,  
¿en qué soto, en qué hondonada  
puedes guardarte del fuego  
que tu corazón abrasa  
y de las aguas que inundan

tus pensamientos de santa?  
¿Dónde esconderte? ¡No puedes!  
Para ello la fuerza falta.  
Se meterá hasta en la sangre,  
hasta en los huesos y el alma,  
fuego encrespado, furioso,  
fuego que nunca se apaga.  
En pos del hijo querido  
has de pasar extenuada  
por ese fuego infernal.  
Ya el futuro se adelanta,  
ya por tus ojos asoma.  
¡No mires allá, y aparta  
la vista de él, y ahora enjuga  
esa profética lágrima.  
Tu cabecita de moza  
con los lirios engalana.  
Duerme bajo un sicomoro  
a la sombra de sus ramas,  
y espera a que el tiempo pase  
con su acelerada marcha.

De la arboleda, María  
sale, como aquella estrella,  
por la tarde. Va gozosa,  
casi de flores cubierta.  
La montaña Tabor brilla  
como si de plata fuera.  
María sus santos ojos  
dirige a las altas peñas.  
A la cabra y a su cría  
del bosquecillo se lleva.  
Canta:

“Paraíso, paraíso,  
jardín divino.  
¿Estaré yo mucho tiempo,



Santo Dios bendito,  
en tu jardín-paraíso?"  
Se calla.

Y en torno mira  
cual si azorada estuviera.  
Entre su pecho y los brazos  
amorosamente aprieta  
al cabritillo. Parece  
que a un tierno niño meciera.  
Juega con él, le acaricia.  
Y así se fue hasta la aldea  
casi bailando. Allí, triste,  
en la empalizada espera  
el viejo, que al verla sale  
a recibirla, y con queda  
voz le dice: —Infeliz mía,  
¿dónde con Dios a la vera  
te perdiste? Ahora descansa  
y prepárate a la cena  
con un joven que ha llegado  
aquí. Vamos.

— ¿De qué tierras  
es el huésped?

— De Nazaret.

Pernoctará aquí en espera  
del día. Refiere el joven  
que a Isabel, de edad proveyta,  
la gracia de Dios llegó,  
que ayer de mañana diera  
a luz un niño, y el padre,  
Zacarías, dio promesa  
de llamar al niño Juan.  
Y en el umbral de la puerta,  
el huésped, pulcro, descalzo,  
como irradiando belleza,  
con una túnica blanca,

gravemente se presenta,  
e inclinándose, a María  
quedo saluda. Y a ella  
asombroso le parece  
el halo de su cabeza  
y su túnica impoluta.  
Fijos sus ojos le acechan.  
Se estremece. Y en el cielo  
surge un resplandor de estrellas.  
Como asustada, María  
al viejo José se acerca,  
y después, como invitándolo  
con la vista, al joven ruega  
que entre en la casa, y le invita  
a que se siente a la mesa.  
Trae agua clara del pozo,  
leche, pan, queso de oveja,  
y obsequia a su bienvenido  
viajero con frugal cena.  
Pero ella misma no come.  
En un rincón, con atenta  
mirada al joven escucha.  
¡Y sus palabras proféticas  
el corazón de María  
hielan de frío o le queman!  
— Esto que sucede ahora  
—dice el huésped— en Judea  
nunca ocurrió. Los rabinos  
en un campo nuevo siembran.  
Ha de crecer la semilla.  
Segaremos. La cosecha  
de santo grano, a los silos  
llevaremos con largueza.  
Yo voy a anunciar ahora  
al pueblo la buena nueva:  
la llegada del Mesías. . .

Y ante el santo varón reza  
María. En el hogar,  
crepitante arde la leña.  
Sentado, José medita,  
que ya en el cielo la estrella  
apareció fulgurante.  
El cántaro en la cadera,  
María sale hacia el pozo  
en busca del agua fresca.  
El huésped sale detrás,  
y en la hondonada se encuentran. . .  
Toda la noche están juntos,  
hasta que apunta el sol. Deja  
al joven en Tiberíade  
y ella a la casa regresa.  
Sus mejillas están pálidas,  
sus labios como de cera.  
María espera llorando  
en el portón de la cerca.  
— ¡No eres la misma, María!  
—le dice José con pena—.  
Florequilla, hermosa mía,  
algo extraño te atormenta.  
Casémonos ya, María,  
que si no. . . (No habrá clemencia,  
—pensó— y te matarán.)  
Marchemos de aquí a otras tierras.

Y María se prepara  
para el camino, y no cesa  
de llorar amargamente. . .  
Marchan por una vereda,  
ella con un hato al hombro,  
el viejo una tina lleva.  
Si en cualquier mercado el viejo  
vender la tina pudiera,

como presente de boda  
compraría en una tienda  
de la ciudad, donde iban,  
para ella una pañoleta.  
¡Oh, tú, varón justo y sabio,  
no, no de Sión nos llega  
tu dulce buena ventura,  
sí de su choza serena.  
Si a la inmaculada joven  
la mano tú no le hubieras  
dado, los pobres esclavos  
morirían aún. ¡Oh, pena,  
oh, dura pena del alma!  
No vosotros, almas ciegas,  
me dais lástima, sino esos  
que sobre sí, justicieras,  
ven las hachas y las horcas  
y forjan nuevas cadenas.  
Os matarán, asesinos,  
y de la sangre que viertan  
a raudales vuestros cuerpos  
harán que los perros beban.  
¿Dónde está aquel asombroso  
pícaro huésped? Si volviera  
vería este matrimonio  
tan glorioso, sin reservas.  
¡Un matrimonio robado!  
Al Mesías del profeta  
no se le ve, no se le oye,  
pero la gente ya espera  
algo que es desconocido.  
Y tú, de infortunio llena,  
¿qué esperas de Dios, María,  
y de la gente qué esperas?  
Sólo de aquel mensajero. . .  
No esperes. A su modesta

choza, ya como casada  
el carpintero te lleva.  
Por no haberte abandonado  
dale las gracias y reza,  
que de otro modo, a pedradas  
diéranle muerte cruenta.  
De paso en Jerusalén  
la gente allí rumorea  
que en Tiberíade han dado  
muerte en la cruz a un profeta,  
mensajero del Mesías.  
“¡Será a él”, María piensa,  
y alegre va a Nazaret.  
Y el viejo también se alegra  
de que en su seno María  
lleve un alma justiciera  
por voluntad del marido  
muerto en la cruz como afrenta.  
Van andando, y por fin llegan  
a casa. Mas no contentos  
viven. Una cunita hace  
de tablas el carpintero.  
La inmaculada María  
a la ventana su asiento  
coloca. Observa el campo,  
y sus manos, con esmero  
unas camisitas cosen.  
¿Para quién?  
— ¡Está aquí el dueño?  
—óyese una fuerte voz—.  
Se ha publicado un decreto.  
Ahora mismo, ustedes deben  
ir a Belén, y al momento  
registrarse.  
De la voz  
queda solamente el eco.

Enciende el horno María,  
cuece unas tortas al fuego,  
las envuelve en un hatillo,  
y de prisa, tras el viejo  
marcha a Belén.

— ¡Oh, Dios mío!

sálvame! —dice en silencio.

Caminan. Los dos van tristes.

Delante, por el sendero,  
la cabra y el cabritillo  
triscan en alegre juego:  
no los dejaron en casa,  
tal vez necesiten de ellos,  
tal vez leche para un niño  
si no basta con el pecho.

Caminan, y José cuenta:

— Simón me dijo profético  
que la ley de Moisés y Abraham  
la implantarán los esenios.

¡Hasta no ver al Mesías  
morir, María, no quiero!  
El vendrá. . .

— ¡El ha llegado!

—dice ella como en un rezo—.

Ya lo vimos. . .

José saca

unas tortas. Con respeto  
se las ofrece a María:

— Come y descansa un momento,  
que yo también, hija mía,  
ya fatigado me encuentro. . .

Se sientan a descansar  
a la vera del sendero.

Meriendan. El sol bendito  
ya va bajando en el cielo.

Se hace de noche en el campo,

y oh, milagroso portento:  
nunca se vio cosa igual,  
y hasta el santo carpintero  
se estremece al ver surgir  
en la noche un haz de fuego  
sobre Belén, que ilumina  
el campo de extremo a extremo.  
María no se levanta,  
da a luz en el mismo suelo  
a la criatura sin par  
que iba a ser, corriendo el tiempo,  
el hombre que nos salvara  
de ser esclavos eternos.  
¡Oh, inocente, sufriste  
por nosotros mil tormentos!. . .  
Unos pastores con su hato  
volvían del pastoreo,  
y a la infeliz madre y al niño  
con solicitud cogieron  
y a sus rediles llevaron  
dándoles calor y techo.  
Y los pastores, al niño  
Jesús de nombre pusieron.

En Belén, al otro día,  
apenas apunta el alba,  
la gente, inquieta por algo,  
acude presta a la plaza.  
De pronto se hace el silencio:  
un pastor corriendo avanza.  
— ¡Buena gente, buena gente!  
—y un grito de su garganta  
se extiende por todo el ámbito—.  
La profecía anunciada  
por el profeta Isaías  
se ha cumplido. En la cabaña

de los pastores, al mundo  
vino esta noche de gracia  
el Mesías. . .

Y la gente  
grita por toda la plaza  
resplandeciente de gozo:  
— ¡Mesías! ¡Jesús! ¡Hosana!  
Se dispersan, y más tarde  
una terrible amenaza  
vino de Jerusalén:  
con una orden firmada  
por el procónsul, comienzan  
las legiones sus matanzas.  
Los niños en sus cunitas  
aún dormían de mañana;  
en vano las buenas madres  
a bañarlos se preparan,  
que en pura sangre infantil  
los legionarios lavaban  
sus cuchillos. . . ¡Mirad, madres,  
lo que monstruos-zares mandan!

María, a su criaturita  
no tuvo por qué ocultarla.  
Gloria a vosotros, pastores,  
que al guardar en la majada  
al niño recién nacido  
en cuna humilde de pajas,  
así al salvador salvasteis  
del monstruo y de su venganza.  
Y les disteis de comer,  
y a beber, leche de cabra,  
y al ponerlos en camino,  
una pellica abrigada,  
y una borrica de leche  
que el niño necesitaba.



Los montaron, y en secreto,  
burlando la vigilancia,  
hacia el camino de Menfis  
huyen en noche cerrada.  
Pero otra vez en el cielo  
el haz de fuego alumbraba  
a la borrica que a Egipto  
lleva a María angustiada  
y al niño recién nacido,  
de los hombres esperanza.

Si en cualquier parte del mundo  
la reina en burra montara,  
alcanzaría esa reina  
y la burra larga fama.  
Tú, burrilla, por el mundo  
al único Dios llevabas.  
Quiso un egipcio comprarte,  
mas José no le dio cara.  
Y al fin moriste. ¿Tal vez  
de la larga caminata?  
A orillas del Nilo duerme  
en los pañales fajada,  
una dulce criatura.  
Se inclina un sauce hacia el agua.  
La madre trenza unos juncos  
para hacerle cuna blanda.  
Y José quiere una choza  
levantar con altas cañas  
a fin de tener cobijo  
si las noches enfriaran.  
Las esfinges, como buhos,  
de la otra orilla miraban  
con horribles ojos muertos.  
Y las pirámides, altas,  
allí están como guardianes

del Faraón, cual si hablaran  
de Dios y de su verdad,  
que ya por la tierra marcha,  
cual si allí a los faraones  
quisieran poner en guardia.

Cerca del hogar, María  
se ocupa en devanar lana,  
y cuida el santo José  
del cabritillo y la cabra,  
porque al menos, así al niño  
nunca la leche le falta.  
Pasa un año. El carpintero  
hizo al lado de la casa  
un pequeño cobertizo  
y afanoso en él trabaja  
sin que pensamientos tenga  
que le conturben el alma.  
Hace un barril y una tina.  
Canturrea. . .

¿Y tú? No cantas,  
no lloras, piensas, meditas  
cómo conducirle, cauta,  
a tu entrañable hijo santo  
también por vereda santa,  
cómo guardarle del mal,  
cómo la vida mostrársela,  
cómo apartarle de todas  
las tempestades humanas.

Pasa otro año. Ramonea  
cerca de casa la cabra,  
y el niño y su cabritillo  
con los juegos se solazan.  
La madre está en el umbral,  
hila en la rueca la lana.

Viene el viejo por la linde  
contigua a la empalizada.  
Se fue a vender una tina  
a la ciudad, de mañana,  
y trae al niño una rosca  
y a la madre le regala  
un pañuelo. El se ha mercado  
correas de las sandalias.  
Se sienta un rato a la puerta  
junto a María. Descansa.  
Y le dice: — Alégrate, hija,  
ya no pende la amenaza:  
ha muerto el emperador.  
Engulló tanto su panza  
que ha reventado —me han dicho—.  
Vámonos ya a nuestra casa,  
a nuestro soto querido.  
— ¡Vámonos! —María exclama,  
y se va al Nilo a lavar  
la ropa en las turbias aguas.  
Y mientras, junto a la choza,  
el cabritillo y la cabra  
pacen. Y el santo José  
al niño distrae con chanzas.  
Y cuando acabó la madre  
en el río su colada,  
recogen todos sus bártulos,  
se ajustan bien las sandalias,  
se echan al hombro un hatillo,  
y al fin se ponen en marcha.  
Gozosos, los dos en brazos  
al niño Jesús llevaban. . .  
Y andando, andando, a la casa  
llegan los pobres. ¡Que nadie  
tenga que ver cosa igual!

El soto aquel que delante  
de la casa se extendía,  
ya sombra a aquellos lugares  
no daba. Y aquella casa  
que los cobijara antes,  
estaba en ruinas ahora  
y de ella era dueño el aire.  
En medio de aquellas ruinas,  
y cansados del errante  
caminar por los caminos,  
durmieron. Y sin turbarse,  
María se fue corriendo  
a la hondonada del valle,  
al pozo donde aquel día  
de recuerdo inolvidable  
se encontró con el hermoso  
huésped santo del mensaje.  
¡Hortigas y malas hierbas  
crecieron por todas partes!  
¡María, qué desdichada  
eres, reza, santa madre,  
detén tu raudal de lágrimas  
y domina los pesares. . .  
Poco faltó para que ella  
por el brocal se arrojase.  
¡Qué desgraciados seríamos:  
él crecería sin madre,  
y hasta hoy nosotros seríamos  
de la verdad ignorantes!. . .  
Volvió en sí. Se sonrió  
amargamente. Y a raudales  
vertió sus sagradas lágrimas  
y comenzó a serenarse.  
La viuda Isabel, pariente  
de ellos, no en balde  
con su hijito Juan vivía

en una apartada calle  
de Nazaret. Y María  
arregló a su tierno infante,  
le dio de comer, y luego  
se fue a Nazaret de viaje  
a pedir que su pariente  
de criada la tomase.

En la casa de la viuda  
fue creciendo el pobre niño.  
Jugaba con Juan, y eran  
los dos muy buenos amigos.  
Estando en la calle, un día  
encontraron dos palitos  
y los llevaban a casa  
para arrojarlos, solícitos,  
al fuego de la cocina.  
Van por la calle los chicos,  
alegres, sanos, da gusto  
verlos jugar y dar brincos.  
Y de pronto, el más pequeño  
arranca a Juan el palillo  
y con los dos en cruz puestos  
forma un desdichado signo.  
Llegan a casa y al verlo  
María pierde el sentido:  
¡aquella cruz-horca infame  
en las manos de su hijo!  
— ¡Mal hombre el que te enseñara  
a hacer eso tú, hijo mío!  
Te lo suplica tu madre:  
¡tíralo, al instante, tíralo!  
Y rápido arroja la horca  
el pobre, inocente niño.  
Se echa a llorar y las lágrimas  
caen con dolor infinito

en el regazo amoroso  
de la madre.

Ya tranquilo,  
el pequeño entre sus brazos  
siente templado cobijo.  
Lo lleva al huerto, a la sombra,  
lo acaricia, le hace mimos,  
lo alimenta, y el pequeño  
queda en sus brazos dormido.  
En silencio. Como un ángel  
dormido en el paraíso.  
Y aquella madre angustiada  
contempla en silencio a su hijo.  
No quisiera despertarlo.  
Llora. Profundo suspiro.  
Y como gota de fuego  
cae en el rostro del niño  
una lágrima que quema,  
que corta su sueño idílico.  
Oculta la madre el llanto,  
pero el niño al advertirlo,  
de nuevo se echa a llorar  
en desconsuelo sumido. . .

Pidió a la viuda Isabel  
un dinero en anticipo,  
que comprarle un silabario  
pensaba. Y con qué vivo  
deseo le enseñaría,  
si ella supiera de libros.  
Mas tan corta era de luces. . .  
Pero al menos siente alivio  
pensando que puede hacerle  
hombre de bien su cariño. . .  
Por fin ya estudia en la escuela  
con Juan, los dos amigos.

Pero él está siempre solo,  
solo, sin juegos de chicos.  
Se sienta entre los arbustos  
y con un frágil cuchillo  
talla una tosca alcancía  
o labra un trozo de pino.  
Ya tiene siete años justos,  
ya ayuda al padre en su oficio.  
¿En qué querrá trabajar  
cuando sea mayor el hijo?  
Después de hacer unos cubos,  
baldes y otros utensilios,  
los tres se van al mercado,  
hasta Jerusalén mismo,  
que aunque lejos, el venderlos  
puede ser más productivo.  
Llegan al bazar. Colocan  
su mísero puestecillo.  
Se sientan. Las cosas venden.  
Miran en torno. ¿Y el niño?  
¿Cómo en el puesto no está?  
¿Por dónde, corriendo, se ha ido?  
Llora la madre angustiada,  
busca por todos los sitios.  
Se mete en la sinagoga  
e implora a Dios por su hijo.  
Alza los ojos, y advierte  
que allí está entre los rabinos  
su pequeño, su inocente,  
diciendo grave y sencillo  
cómo vivir en la Tierra,  
cómo amar, cual a sí mismo,  
al prójimo, cómo siempre  
la verdad, en cualquier sitio,  
hay que defender, morir  
por la verdad, si es preciso.

— Sin la verdad seréis todos  
desdichados —yo os lo digo—,  
maestros. . .

Y se asombran  
del discurso de aquel niño  
los fariseos del templo.  
La madre cae en deliquio  
de alegría. Al mismo Dios  
en la Tierra ahora ya ha visto. . .  
Sus mercancías vendieron.  
Oran, y ya en camino  
al atardecer se ponen,  
cuando sopla un airecillo  
de frescor. . .

Pasaba el tiempo,  
crecían los santos niños,  
y orgullo las santas madres  
sentían por esos hijos.  
Terminados los estudios,  
por espinosos caminos  
se separaron los dos.  
Van, con la verdad consigo,  
por la Tierra predicando  
la verdad santa en litigio  
con palabras también santas  
y con éxtasis divino.  
A los dos crucificaron.  
Su vida y su sacrificio  
dieron por la libertad  
con un amor infinito.

Y Juan se marchó al desierto,  
y a vivir entre los hombres  
se fue el tuyo. Y en pos de él,  
tras el hijo, justo y noble,



te fuiste tú. Y en la choza,  
entre gente extraña, al pobre  
José dejaste, y anduviste  
por los valles y los montes  
junto con él hasta el Gólgota.  
Sus santas palabras oyes,  
ves sus actos milagrosos,  
y siempre en silencio pones  
en él fija tu mirada  
con angustia y con amores.  
Está ante Jerusalén  
contemplando desde el Monte  
de los Olivos la perla  
de Israel, que como un cofre  
de oro, refulgente brilla.  
El hijo no se dispone  
a marchar. Absorto mira  
la ciudad, y por el borde  
de los ojos se deslizan  
unas lágrimas salobres.  
Y también llora la madre.  
Baja en silencio del monte,  
va por agua, y sube presto;  
los pies, cansados del roce  
de los caminos, en agua  
dulcemente se los pone.  
Le da a beber. De la túnica  
el polvo le quita a golpes,  
y unos jirones que tiene  
con la aguja se los cose.  
Vienen corriendo unos niños.  
Adoraban a aquel hombre  
piadoso todos los niños.  
Por las calles, en desorden,  
iban a veces tras él  
y escuchaban sus lecciones.

— ¡Oh, santos, inmaculados!  
—dice al ver'os, y con porte  
de tierno padre, los besa  
y les echa bendiciones.  
Juega con ellos un rato,  
se divierte alegre, corren,  
y van a Jerusalén  
antes que se haga de noche.  
De nuevo la verdad santa  
por doquier lleva a los hombres,  
mas éstos no le comprenden,  
lo crucifican, no le oyen,  
y él muere para salvar  
a todos los pecadores.

Y cuando sube al Calvario,  
tú con los niños lo ves  
en un cruce del camino,  
el corazón hecho hiel.  
Sus hermanos, sus discípulos,  
miedosos, huyeron de él.  
— ¡Que vaya, que vaya —dices  
a los niños—, que después  
os llevará él a vosotros. . .  
—y sin poderse valer  
cae a tierra sin sentido  
y luego ya nada ve.  
¡Crucificaron al hijo,  
a tu único sostén!. . .  
Repuesta un poco de todo  
aquel martirio cruel,  
de nuevo en viaje te pones  
camino de Nazaret.  
Ya murió la viuda aquella,  
pariente tuya, Isabel.

Mataron a su hijo Juan  
en una cárcel después.  
Y también ya había muerto  
tu santo esposo, José.  
Y sola, sola quedaste  
cual solitario ciprés,  
con tu destino infeliz  
de siempre, infeliz mujer.  
A los dispersos discípulos  
que huyeron al ver la sed  
de sangre de los verdugos,  
tú los juntaste otra vez.  
Y una noche, en torno tuyo,  
tu santa palabra fiel  
escucharon, y les diste  
con tu espíritu, sostén.  
¡Gloria a ti, María, gloria!  
¡Gloria a ti, santa mujer!  
Animados, los discípulos  
se esparcieron por doquier  
y en nombre de tu hijo amado  
fueron predicando el bien,  
y el amor, y la verdad.  
Y tú, María, después,  
en un cobertizo, sola,  
de hambre moriste. Amén.  
Y después piadosa gente  
te puso túnica roja,  
y lo mismo que a una reina  
te colocó una corona.  
A ti te crucificaron  
como a tu hijo en el Gólgota.  
Mujer inocente y pura,  
te llenaron de deshonra,  
mas como el oro en crisol  
apagas tú cualquier sombra.

En el alma del esclavo,  
sufrida, pequeña, sola,  
has renacido purísima,  
y por siempre en ella moras.

*San Petersburgo,  
11 de noviembre de 1859*

## HIMNO DE LAS MONJAS

Rayos, sobre la casa de Dios  
donde la muerte esperamos  
maldiciéndote, Señor.  
Maldecimos y cantamos:  
¡Aleluya!

Sin ti habríamos amado,  
hombre habríamos tenido  
y hermosos hijos parido.  
Diríamos sin quejido:  
¡Aleluya!

Señor, nos has engañado,  
la vida nos has robado,  
y nosotras te engañamos  
y, burlándote, entonamos:  
¡Aleluya!

Nos cortaste los cabellos,  
mas los cuerpos siguen bellos. . .  
bien bailamos y cantamos  
al par que tarareamos:  
¡Aleluya!

*San Petersburgo,  
22 de junio de 1860*

\* \* \*

¡Luz preclara, luz callada,  
libre luz de la alborada!  
¿Por qué, hermana luz serena,  
en tu propia casa buena  
te encierran entre murallas?  
Tú, sabia, burlada te hallas,  
la púrpura te ha ahogado,  
la cruz contigo ha acabado. . .  
¡Revivirás, mas no ahora,  
aún brillarás cegadora  
sobre nosotros, hermana!  
¡Brillarás con luz lozana!  
La púrpura desgarraremos  
y con ella peales nos haremos,  
encendiendo en los sagrarios  
pipas con los incensarios.  
Los iconos sin retorno  
quemaremos en el horno,  
barriendo el nuevo solar  
con un hisopo de altar. . .

*San Petersburgo,  
27 de junio de 1860*

## A LIKERIA

*En recuerdo del 5 de agosto de 1860*

¡Oh, amada y buena amiga mía!  
Sin la cruz creernos no quieren,  
pues sin los popes no se fían  
estos esclavos impotentes. . .  
Igual que cerdos en el cieno  
entre sus cadenas se duermen. . .  
¡Querida mía! ¡No te santigües,  
a nadie hagas votos, ni reces!  
Porque los hombres mentirán,  
no vive sin mentir la gente,  
y el bizantino Jehová  
nos tratará de engañar siempre,  
tan sólo Dios no engañará,  
a nadie castiga El, ni absuelve.  
¡Somos personas, y no sus siervos!  
¡Querida mía, con alegre  
sonrisa dame tu alma libre!  
no temas la mano tenderme,  
El nos ayudará desde los cielos  
a cruzar esta charca pestilente  
y a llevar juntos nuestro mal  
por este mundo de acideces,  
hasta que al fin lo sepultemos  
en una *jata* queda, alegre. . .

*Strelna,  
5 de agosto de 1860*

\* \* \*

Ni Arquímedes ni Galileo  
jamás el vino conocieron.  
¡Fue a parar a la panza del fraile  
el néctar de los cielos!  
Y vosotros, grandes predecesores,  
os fuisteis por el mundo entero  
a llevar un pedazo de pan  
a los pobres, los zares verdaderos.  
El trigo que los zares sembraron  
será por el pedrisco desgranado.  
Nacerán nuevos hombres. Morirán  
los zares que aún no han sido engendrados  
y ya no habrá enemigos  
en la fecunda tierra nueva,  
sólo existirán madres e hijos,  
¡hombres sobre la Tierra!

*San Petersburgo,  
24 de septiembre de 1860*



\* \* \*

Y pasan días y noches,  
te consumes de impaciencia.  
¿Por qué no llega el apóstol  
de la verdad y la ciencia?

*San Petersburgo,  
5 de noviembre de 1860*

¿No será hora de que yo te diga,  
mi pobre vecinita amiga,  
que los malos versos dejemos?  
¿No será hora de que nos preparemos  
para la larga travesía?

Va *al otro mundo* nuestra vía,  
y allí por fin descansaremos. . .  
¿Verdad? Nos hemos fatigado,  
pero en cordura hemos ganado.  
¡Y basta! Reposar queremos,  
y a la mansión alegre iremos,  
*la alegre mansión*, ¡bien expresado!

No, amiga, no vayamos,  
la hora es aún temprana,  
esperemos, contemplemos  
*este mundo*, hermana.  
Mira cuán vasto yace  
este nuestro mundo,  
ancho, alegre, hermoso,  
diáfano, profundo. . .  
Paseemos, estrella mía,  
subamos al monte,  
descansemos. Entre tanto,  
frente al horizonte,  
las estrellas, tus hermanas,  
brillarán eternas;  
esperemos allí, hermana,  
viendo las lucernas. . .  
Con labio veraz oremos  
a Dios soberano,  
y empecemos, sin premura,  
el viaje lejano.  
Allí donde el Leteo hondo  
sus ondas levanta,

bendíceme, hermana mía,  
con tu gloria santa. . .  
Y como aún no ha llegado la hora,  
a Esculapio derechos vayamos,  
a ver si a Caronte engañamos  
y a Parca, la fatídica hiladora. . .  
Allí, mientras se afane el sabio,  
nosotros, con hábil labio,  
crearemos una epopeya  
—que nada tenga de plebeya—  
conforme a un noble, heroico plan  
para entregarla en un desván  
a los ratones. . . Y más tarde  
del canto hacer profundo alarde,  
entonando prosas ignotas  
de un modo magistral, con notas. . .  
Pero no. Más vale emprender el viaje,  
¡amiga mía! y pagar el barcaje  
a Caronte, porque luego  
se apagará el fuego.  
Por el Leteo abismal  
y oscuro pasemos  
y la santa gloria nuestra,  
santa, eterna, siempre joven,  
más allá, llevemos. . .  
O dejémosla. . . ¿Qué importan  
la gloria, el prestigio?  
Vayamos al Flegetonte  
y al país estigio. . .  
En un paraíso infinito,  
como mi Dniéper querido,  
en el eterno bosquecito  
haré mi venturoso nido;  
en torno, plantaré un jardín,  
y tu vendrás a deleitarte,  
para los dos un gran festín

habré yo allí de prepararte;  
a Ucrania ambos recordaremos,  
el Dniéper, los lugares vivos  
y los túmulos pensativos,  
y gozosos, alegres, cantaremos. . .

*San Petersburgo,  
14-26 de febrero de 1861*



PROSA



## AUTOBIOGRAFIA

Tarás Shevchenko, hijo del campesino siervo de la gleba Gregorio Shevchenko, nació el 25 de febrero de 1814 en Kirílovka, aldea del distrito de Zvenígorod, provincia de Kíev, en la hacienda del terrateniente Vasili Engelhardt. A la edad de ocho años, al quedarse huérfano de padre y madre, fue admitido por el sacristán en la escuela, en calidad de alumno-*fámulo*. Durante dos años de duras y penosas pruebas pasó la gramática, el libro de oraciones y, por fin, el salterio. El sacristán al ver la capacidad de su alumno, le mandaba en su lugar a leer el salterio por las almas de los siervos difuntos, y, en recompensa, le daba un kopek de cada diez que le pagaban. Pero a pesar de la distinción de que le hacía objeto el maestro —de un severo carácter espartano—, en uno de aquellos muchos días y noches, cuando el maestro, con su amigo Yona Limar estaban borrachos como cubas, el escolar-*fámulo*, sin ningún remordimiento de conciencia puso al desnudo el trasero de su maestro y bienhechor y le propinó una buena paliza. Después de haberse vengado lo suficiente y de apoderarse de no sé qué librito de dibujos, huyó aquella misma noche a la aldea de Lysianka, donde dio con un maestro de pintura, un padre cura también espartano. Con paciencia, el escolar vagabundo estuvo durante tres días trayendo agua en cubos desde Tikich pulverizando una pintura de color de cobre sobre una plancha de hierro, pero a los cuatro días se fugó. Huyó a la aldea de Tarásovka, donde vivía un sacristán-pintor, famoso en el contorno por su maestría en pintar las imágenes del gran mártir Nikita y de Iván el Guerrero. Para mayor efecto, en la manga izquierda de Iván dibujaba dos galones de soldado. A este Apeles se dirigió el escolar vagabundo con la firme intención de pasar por todas las pruebas, con tal de aprender algo de su gran maestría. ¡Pero sí, sí! El Apeles miró atentamente la palma de la mano izquierda del vagabundo y se negó rotundamente a aceptarle, ya que no



vislumbraba en él talento ni para la pintura, ni siquiera para ser tonelero.

Perdida toda esperanza de poder llegar a ser algún día, por lo menos, un mediano pintor de brocha gorda, el vagabundo regresó a su aldea natal con el corazón lleno de dolor y con la intención de contratarse de arriero o de pastor del ganado de la comunidad y poder leer, aunque fuera andando tras los cerdos y las ovejas, el librito de dibujos que había robado.

Pero tampoco lo consiguió. El terrateniente Pável Engelhardt, que acababa de recibir la herencia de su padre, necesitaba un chico avisado, y el andrajoso escolar vagabundo se vio de repente vestido con una chaqueta de cotí, con unos pantalones anchos del mismo género, y quedó por fin convertido en *cosaquito-fámulo* para los menesteres caseros. Siendo ya cosaquito, sin que le vieran, dibujaba con un lápiz, robado al oficinista, los cuadros de la escuela de Súzdal, que adornaban los dormitorios de los señores. En sus viajes tras sus señores por Kíev, Vilna y Petersburgo, robaba en las posadas los cuadros de distintos héroes históricos, tales como el Ruisñor Bandolero, Kúlnev, Kutúzov, el cosaco Plátov y otros, con la intención de copiarlos exactamente durante los minutos de reposo.

Tal ocasión se le presentó en Vilna, el 6 de diciembre de 1829. El señor y la señora se marcharon, invitados a un baile. En casa todo quedó en silencio, dormido. Entonces él desenvolvió los tesoros robados y, eligiendo entre todos ellos al cosaco Plátov, empezó a copiar con esmero y veneración. Ya había llegado a los pequeños cosacos que retozan alrededor de los robustos cascos del caballo del cosaco Plátov, cuando de repente se abrió la puerta y aparecieron los señores que regresaban del baile. El amo, enfurecido, le tiró de las orejas, le dio unas bofetadas, porque, decía él, podía haber incendiado no solamente la casa, sino toda la ciudad. Al día siguiente el señor ordenó al cochero Sidorka que le diera unos cuantos azotes, lo que fue cumplido al pie de la letra.

En 1832, en San Petersburgo, a insistentes ruegos del muchacho, el terrateniente lo contrató para cuatro años a trabajar con un maestro de toda clase de pinturas, un tal Shiriáev. Shiriáev era más celoso que cualquier sacristán. Pero a pesar de todas las restricciones, Shevchenko se iba en las claras noches estivales al Jardín de Verano a dibujar las deformes y absurdas estatuas (¡adorno digno del jardín de Pedro!). En este jardín empezó también a escribir versos. De todos sus numerosos borradores, imprimió más tarde sólo uno, la balada *La hechizada*. Un día trabó allí conocimiento con el pintor Iván Soshenko, con el cual, hasta hoy día, guarda las relaciones más cordiales y fraternales. Aconsejado por Soshenko, empezó a pintar retratos a la acuarela, del natural. Para sus innumerables bocetos, le servía pacientemente su paisano y amigo, el cosaco Iván Nechiporenko, siervo del mismo Engelhardt. Una vez, el amo le vio a Nechiporenko un trabajo de su siervo-artista, trabajo, por cierto, que le gustó mucho. Desde entonces empezó a utilizarle para hacer los retratos de sus amantes predilectas. Por dicho trabajo, de vez en cuando le recompensaba con algún rublo en plata, no más.

En 1837, I. Soshenko lo presentó al secretario de la Academia de Bellas Artes, V. Grigoróvich, con la intención de liberarlo de su estado de servidumbre. V. Grigoróvich pidió ayuda a V. Zhukovski, quien después de saber el precio que exigía el terrateniente, propuso a K. Briulov que le hiciese un retrato para la familia imperial, con el fin de rifarlo en lotería entre los miembros de la familia zarista. El gran Briulov aceptó gustoso. El retrato fue hecho. V. Zhukovski, con ayuda del conde M. Vielgorski, organizó la lotería por la suma de 2.500 rublos en papel moneda, y por este precio fue comprada la libertad de Tarás Shevchenko el 22 de abril de 1838.

Desde aquel mismo día comenzó a asistir a las clases de la Escuela de Pintura de la Academia de Bellas Artes, y muy pronto llegó a ser uno de los alumnos y camaradas más queridos del gran Karl Briulov.

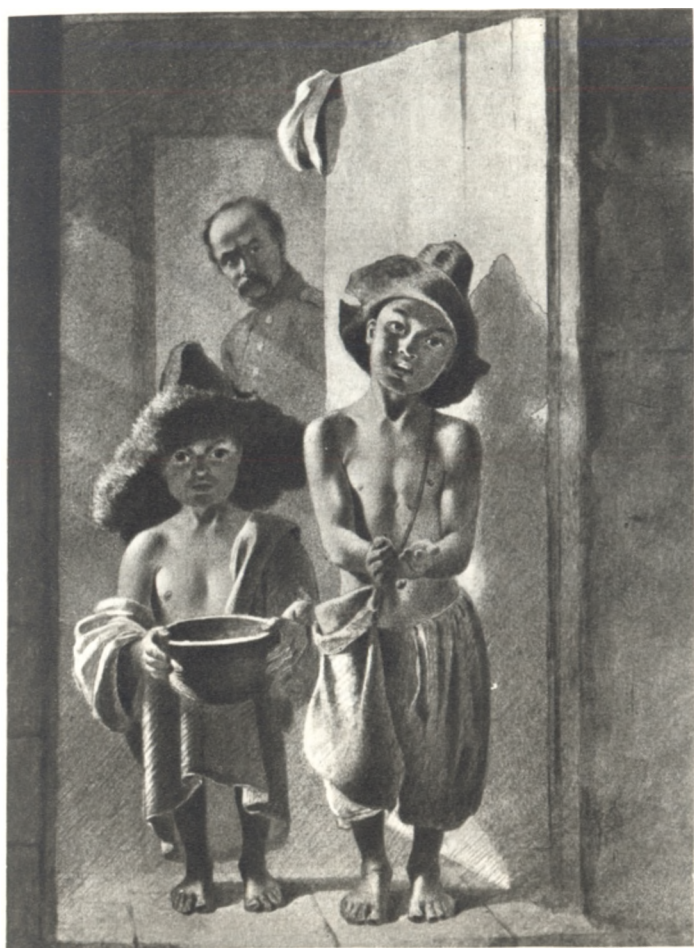
En 1844 se le confirió el título de pintor libre, y en el año 1847 fue arrestado junto con Kostomárov, Kulish y muchos otros, por delación de un estudiante de la Universidad de Kíev, un tal Petrov. Sin juicio ni causa, fueron reclusos en distintos penales, y el 30 de mayo del mismo año, Shevchenko fue deportado a la fortaleza de Orsk y más tarde a la de Novopetrovsk, con la más severa prohibición de escribir y pintar.

El 22 de agosto de 1858, a instancia de la condesa Anastasia Tolstaya, lo liberaron de la fortaleza de Novopetrovsk. A petición de la misma condesa, su gracia imperial ordenó que se le dejara vivir en la capital bajo la vigilancia de la policía y que se ocupase de su arte.

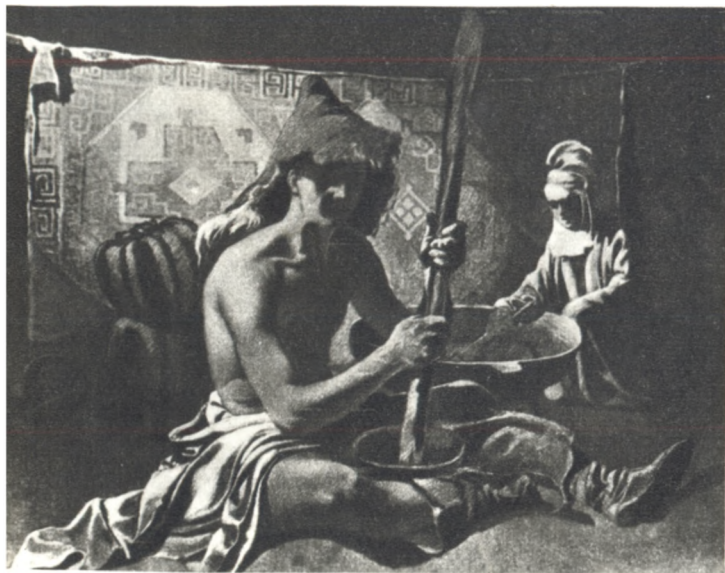
En el verano de 1859, después de larga y penosa separación, vio su hermosa patria, a sus hermanos siervos de la gleba, a su hermana, y en otoño regresó felizmente a la Academia de Bellas Artes, donde, gracias a los directores de la misma, con el amor propio de un verdadero artista, hace grabados de aguatinta y aguafuerte.

Después de dos años de dilaciones, el Comité Principal de Censura le permitió publicar las obras que habían sido impresas hasta el año 1847, tachando de las mismas una decena de páginas (¡progreso!).

*Año 1860,  
primera mitad de enero*



Tarás Shevchenko y los niños-mendigos kirguizos. 1847-1853.  
*Sepia.*



En una *yurta*. 1848.  
*Sepia.*

## EL PINTOR

El gran Thorvaldsen inició su brillante carrera artística tallando ornamentos y tritones con colas de pez para los achatados barcos de Copenhague. También mi héroe, aunque no de manera tan brillante, comenzó la carrera artística moliendo ocre y mumia y pintando pisos, tejados y vallas. Comienzo nada aliciente ni esperanzador. ¿Es que acaso sois muchos, vosotros, los dichosos geniales pintores que comenzarais de otra manera? Muy pocos, pero que muy pocos. En Holanda, por ejemplo, en los días de su más brillante época, Ostade, Berghem, Teniers y toda una muchedumbre de famosos pintores (a excepción de Rubens y Van Dyck), andrajosos comenzaban y andrajosos acababan su gloriosa carrera. Injusto sería tomar como ejemplo solamente a la mercantil Holanda. Hojeen a Vasari y verán lo mismo, si no peor. Y digo peor porque entonces hasta la política de los gobernadores de San Pedro exigía una decoración primorosa para deslumbrar a la masa y eclipsar la doctrina hereje de Wiclef y Hus, que ya empezaba a educar al temerario dominicano Lutero. Y entonces, digo, cuando León X y León II<sup>1</sup> después que se dieron cuenta de ello y empezaron a despilfarrar oro, pagando a cualquier pintor de brocha gorda que les venía a mano, también en aquella dorada época morían de hambre grandes pintores, como, por ejemplo, Corregio y Zampieri. ¡Y así ocurría (muy frecuentemente, por desgracia) siempre y por todas partes donde llegaba a penetrar el arte celestial y creador!

Ocurre también en nuestro culto siglo XIX, siglo de la filantropía y de todo lo que tiende a ser provechoso para la humanidad, que con todos los medios de que dispone no puede salvar y resguardar las víctimas

*destinadas a la Castigadora diosa*

¿Por qué, pregunto, a estos verdaderos ángeles, a estos representantes de la bondad personificada, les toca casi siem-

pre una suerte tan triste, tan amarga? Seguramente porque son la encarnación de los ángeles.

Pero estas razones llevan sólo a apartar al lector del tema que pienso presentarle como en la palma de la mano.

En Petersburgo yo pasaba casi siempre las noches de verano en la calle o en algún rincón de las islas; pero con más frecuencia en el Malecón Académico. Este lugar me gustaba, en particular, cuando el Nevá estaba tranquilo y, como un gigantesco espejo, reflejaba en su superficie, en todos sus detalles, el pórtico monumental del museo Rumiántsevski, la esquina del Senado y las cortinas rojas de la casa de la condesa Lavalle. En las largas noches de invierno, esta casa se alumbraba desde el interior, y las cortinas rojas ardían como fuego sobre el fondo oscuro. Entonces lamentaba que el Nevá estuviera cubierto de hielo y nieve, pues la decoración perdía todo su efecto.

También me gustaba ver en verano la salida del sol desde el puente de Troitski. ¡Precioso, maravilloso cuadro!

En toda verdadera obra de arte hay algo encantador, más hermoso que la naturaleza misma: el alma inspirada del pintor, su divino arte. Pero existen en la naturaleza fenómenos tan maravillosos ante los cuales el poeta cae de rodillas y no hace más que agradecer al Creador esos dulces y encantadores momentos de que disfruta.

Con frecuencia miraba encantado los paisajes de Schedrín y me atraía en particular su cuadro de regulares proporciones *Portici ante la puesta del sol*. ¡Qué obra más encantadora! Pero nunca me maravilló tanto como la vista, desde el puente de Troitski, de la barriada de Vyborg al amanecer.

Una vez, completamente satisfecho de contemplar tal obra, no creada por la mano humana, me dirigí al Jardín de Verano a descansar. Siempre que quería ir allí, no me paraba en ninguno de los paseos adornados con estatuas de mármol. Estas esculturas me causaban la peor impresión, en particular el monstruoso Saturno tragándose a su hijo, tan monstruoso

como él mismo. Yo pasaba siempre sin prestar atención a estas torpes diosas y dioses y me sentaba a descansar en la orilla del estanque, desde donde admiraba el vaso de granito y la monumental arquitectura del castillo Mijáilovski<sup>2</sup>.

Al acercarme al lugar donde el paseo grande es cruzado por otro transversal y donde, rodeado de diosas y dioses, Saturno engulle a su criatura, casi tropecé con un ser viviente, vestido con una bata sucia de cotí, sentado en un cubo enfrente mismo de Saturno.

Me paré. El muchacho (pues en realidad era un chico de unos catorce o quince años) me miró y empezó a esconder algo en su bolsita. Me acerqué a él y le pregunté qué hacía allí.

— No hago nada —contestó ruborizado—. Voy al trabajo, y de paso he entrado en el jardín —y después de callar un instante, añadió:

— Estaba dibujando.

— Enséñame lo que dibujabas. —Sacó de su bolsita un papel y me lo tendió temeroso. Sobre el papel se resaltaba con bastante veracidad el contorno de Saturno.

Largo rato tuve en mis manos el dibujo y observaba el rostro lleno de manchas del autor. En las imperfectas líneas de su escuálido rostro había algo que atraía, en particular sus ojos inteligentes y candorosos, como los de una niña.

— ¿Vienes aquí con frecuencia a dibujar? —le pregunté.

— Cada domingo —me contestó—. Y si trabajamos por aquí cerca vengo también otros días.

— ¿Aprendes a trabajar de pintor de brocha gorda?

— Y también a pintar cuadros.

— ¿Quién es tu maestro?

— El decorador de habitaciones Shiriáev.

Le quise preguntar con más detalles, pero él tomó con una mano el cubo relleno de pintura amarillenta y en la otra una brocha grande amarilla limpia de pintura y se quiso marchar.



— ¿A dónde vas tan de prisa?

— Al trabajo. Voy a llegar tarde; vendrá el amo y me va a castigar.

— Ven a mi casa el domingo por la mañana, y si tienes algunos dibujos hechos por ti tráelos para que yo los vea.

— Bien, iré, ¿pero, dónde vive usted?

Le escribí mi dirección en su dibujo y nos despedimos.

El domingo de madrugada al regresar de mis andanzas nocturnas me encontré en el corredor, delante de mi piso, a mi nuevo conocido, no ya vestido con su sucio delantal de cotí, sino con algo parecido a un chaquetón marrón. Llevaba un gran rollo de papel en las manos. Le saludé y le tendí la mano. El se apresuró a tomarla y la quiso besar. Yo la retiré con violencia. Su sumisión me dejó confuso. Entré en silencio en mi habitación y él quedó en el corredor. Me quité mi chaquetón, me puse mi blusa, encendí un cigarillo, pero él no entraba. Salí al corredor, miré por todas partes, pero de mi conocido no quedó ni el rastro. Bajé a la planta baja, pregunté al portero: “¿Has visto salir a un muchacho?” “Sí, lo he visto, me dijo, era un mocito con unos papeles en la mano: salió corriendo a la calle”. Salí a la calle, pero no lo encontré. Quedé muy triste, como si hubiese perdido algo muy querido. Triste estuve hasta el siguiente domingo, y no me venía a la cabeza cual había podido ser la causa de la inesperada fuga de mi amigo. Llegado el domingo, a las dos de la madrugada, me fui al puente de Troitski, y después de haber admirado la salida del sol, me dirigí al Jardín de Verano y estuve andando por todos los paseos en busca de mi conocido. Ya quería irme a casa, cuando me acordé del Apolo de Belvedere, mejor dicho, de una parodia del dios de Belvedere, que estaba algo aislado, al lado mismo del Moika.

Allí me dirigí. Y, en efecto, mi amigo allí estaba presente. Al verme dejó de dibujar, se puso colorado como la grana, como un niño cuando le pillan robando dulces. Yo lo agarré de su temblorosa mano y, como a un delincuente, le

llevé a una casa de té. Pedí al soñoliento mozo que nos sirviera té.

Como pude, acaricié a mi amigo y, cuando se recobró, le pregunté por qué había huido de mi casa.

— Usted se enfadó conmigo y yo me asusté.

— Pues ni siquiera se me ocurrió enfadarme contigo. Me desagradó que te humillaras. Solamente los perros lamen las manos. Las personas no deben portarse así.

Esta fuerte expresión impresionó tanto a mi amigo, que casi intentó de nuevo tomar mi mano.

Yo me reí, pero él se puso rojo y se estuvo callado con la cabeza gacha. Después de tomar el té nos despedimos. Al separarnos le dije que viniera a mi casa sin falta aquel mismo día o al domingo siguiente.

Yo no tengo la dichosa facilidad de llegar a conocer en seguida a las personas, pero sí tengo el desdichado don de encariñarme pronto de ellas. Y digo desdichado porque muy raramente tales conocimientos nada me han costado. En particular, con tuertos y bizcos. Bien conocí a tuertos y bizcos. Con cuantos de ellos traté, ninguno resultó persona decente. Unos verdaderos marranos. Tal es, por lo visto, mi suerte.

Sólo era la tercera vez que había visto a mi nuevo conocido, pero ya le había cobrado afecto, ya le quería. Efectivamente. En su semblante había no sé qué cosa, que se hacía querer. Su rostro, feo al principio, se me fue haciendo poco a poco atractivo. Y es que en el mundo hay tales dichosos semblantes.

Me fui directamente a casa, temiendo hacer esperar a mi amigo en el pasillo, pero no hice más que entrar en la escalera cuando vi que él ya estaba allí. Vestía el mismo chaquetón marrón oscuro, iba lavado, peinado, sonriente.

— Buen andarín eres —dije—, pues sin duda has ido antes a tu casa. ¿Cómo has venido tan de prisa?

— Sí, me he apresurado un poco para poder estar en casa cuando mi amo vuelva de la misa mayor.

— ¿Acaso tu amo es muy severo?

— Severo y. . .

— ¿Y furioso, quieres decir?

— No, quería decir avariento. Puede ser que me pegue y, a la vez, se alegre de que haya llegado tarde a la comida.

Entramos en la habitación. Sobre el caballete había una copia de *El Viejo* de Velázquez, que figura en la galería de Stróganov. El chico clavó sus ojos en el cuadro. Tomé de sus manos el rollo, lo desenvolví y empecé a mirar. Allí estaba todo lo que hay de deforme en el Jardín de Verano, desde las mimosas diosas de sonrisa dulzona, hasta el deforme Fráclito y Heráclito<sup>3</sup>. Y, por último, había algunos dibujos con los bajorrelieves que adornan las fachadas de algunas casas, entre ellos los bajorrelieves de los Cupidos que adornan la casa del arquitecto Monferrán, situada en la esquina del malecón del Moika y del Callejón del Farol.

Lo que me asombró de estos esbozos fue su extraordinario parecido con los originales, en particular los esbozos de Fráclito y Heráclito. Eran más expresivos que sus originales. También era cierto que aparecían más deformes, pero no los podías mirar en el dibujo y quedar indiferente.

En el fondo de mi alma me alegraba sinceramente de tal hallazgo. Entonces no pensé siquiera en preguntarme qué iba yo a hacer, dados mis exiguos medios, con este diamante sin pulir. Verdad es que me vino a la mente este pensamiento, pero se esfumó en seguida al recordar el dicho: “Dios no deja de ser misericordioso, suerte suele tener el cosaco”.

— ¿Por qué no has terminado ninguno de tus dibujos?  
—le pregunté, devolviéndole su rollo.

— Hacía todos estos dibujos muy de madrugada, antes de la salida del sol.

— Es decir; ¿que tú no los has visto cómo se iluminan?

— Iba también de día a verlos, pero entonces no se podía dibujar, la gente paseaba.

— ¿Qué piensas hacer ahora, quedarte a comer conmigo o irte a casa? —Estuvo callado como un minuto y, sin alzar

los ojos, dijo casi indistintamente—: Me quedaría aquí, si usted me lo permite.

— ¿Y cómo te las vas a entender después con tu amo?

— Le diré que había estado durmiendo en la buhardilla.

— Vamos, pues, a comer.

En casa de madame Yurguens aún no había ningún cliente, de lo que me alegré mucho. Me hubiese sido muy desagradable tropezar con alguno de esos funcionarios de fisonomía planchada e imbécil sonrisa mirando a mi amigo, el cual estaba muy lejos de ser un dandy.

Después de la comida había pensado llevarlo a la Academia de Bellas Artes y mostrarle *El último día de Pompeya*. Pero no todo se debía hacer de repente. Después de comer le propuse dar un paseo por la avenida o ir a leer. El prefirió lo último. Para examinarle también en esta asignatura, le hice leer en voz alta. Mientras leía la primera página de la famosa novela de Dickens *Nicolás Nickleby* me quedé dormido. Pero ni el autor ni el lector son culpables de ello. Simplemente quería dormir, porque no había dormido en toda la noche.

Cuando desperté y entré en la otra habitación, el aspecto de mi estrafalario estudio me alegró la vista: ni colillas ni ceniza de tabaco se veían por parte alguna. Todo estaba en orden y barrido; hasta mi paleta, que colgaba de un clavo con pinturas ya reseca, estaba limpia y brillaba como un espejo; y el autor de aquella armonía y orden estaba sentado cerca de la ventana dibujando la máscara de la famosa *Fortunata* de Thorvaldsen.

Todo esto me causó una gratísima impresión. Y hablaba muy bien en su favor. No obstante, sin saber por qué, no le mostré mi contento. Le corregí los dibujos, les di sombra y nos fuimos a tomar té al “Kapernaum”, es decir, a la posada “Berlín” situada en la esquina de la Sexta Línea y del callejón Académico. Así lo bautizó, si mal no recuerdo, el es-

cultor Pímenov, en los tiempos de su turbulenta vida estudiantil.

Mientras tomábamos el té, me contó su vida. Triste y amargo relato. Pero me lo contó con asombrosa ingenuidad y sencillez, sin la menor muestra de queja o reproche. Antes de contarme él su historia, yo pensaba en dónde hallar medios para mejorar su instrucción, pero después de haberle oído hablar dejé de pensar en ello: era un siervo de la gleba.

Este triste descubrimiento me dolió tanto, que perdí toda esperanza en poder transformar su vida. Mi silencio duró por lo menos media hora. El me sacó de mi inmovilidad cuando empezó a sollozar. Lo miré y pregunté las causas de ello.

— A usted le es desagradable que yo. . . —No pudo terminar, pues se puso a llorar a lágrima viva. Como pude, lo persuadí y regresamos a mi casa.

Por el camino tropezamos con el viejo pintor Venetsiánov. Después de saludarnos fijó su mirada sobre mi camarada y preguntó, sonriendo bonachonamente:

— ¿Es un futuro pintor?

Yo le dije: “Sí y no”. Me preguntó la causa. Se la expliqué en voz baja. El viejo quedó pensativo, me apretó la mano con efusión y nos despedimos.

Con su mirada, con su efusivo apretón de manos, Venetsiánov parecía que me reprochaba el que perdiera las esperanzas. Yo me animé, y al acordarme de algunos pintores alumnos suyos, vi en el horizonte, no muy claramente por cierto, algo parecido a la esperanza.

Mi protegido, al despedirse de mí por la tarde, me pidió que le diera alguna estampita para dibujarla. Yo llevaba conmigo un ejemplar del *Hércules de Farnese*, que acababa de ser impreso, grabado por Sludzhinski del dibujo de Zaviálov, y el *Apolino* de Losenko. Envolví los originales en una hoja de papel de Peterhof, le proveí de lapiceros italianos, le instruí cómo resguardarlos para que no endurecie-

ran, y salimos a la calle. El se fue a casa y yo me dirigí a la del viejo Venetsiánov.

No es este el lugar y tiempo de tratar de este artista filántropo; que lo haga cualquiera de sus numerosos alumnos, que con más detalles conocen su grandeza de alma, sus grandes hazañas en el campo del arte.

Le conté al viejo todo lo que sabía de mi hallazgo y le pedí consejo sobre cómo comportarme en el futuro para llevar el asunto al fin deseado. Como persona práctica en semejantes asuntos, ni me prometió ni me aconsejó nada positivo. Solamente me dijo que trabara conocimiento con su amo, y, dentro de las posibilidades, hiciera algo para que le fuese más llevadera su dura existencia.

Así lo hice. Sin esperar el domingo, al día siguiente, antes de la salida del sol, fui al Jardín de Verano, pero, ¡ay!, no encontré allí a mi amigo. Volví al día siguiente con el mismo resultado, y así fue también el tercer día. Entonces decidí esperar a ver qué me traía el domingo.

El domingo por la mañana apareció mi amigo y, al preguntarle por qué no había estado en el Jardín de Verano, me dijo que habían empezado a trabajar en el Gran Teatro (en aquel entonces el arquitecto Kavós estaba transformando el interior de dicho teatro) y que por dicha causa él no había podido acudir al Jardín de Verano.

Ese domingo, como el anterior, lo pasamos juntos. Por la tarde, cuando íbamos a despedirnos, le pregunté cómo se llamaba su dueño y a qué hora estaba en el trabajo.

Al día siguiente fui al Gran Teatro y trabé conocimiento con su amo. Elogié sus estarcidos y los dibujos del techo, de composición propia. Mis alabanzas me sirvieron de base sólida para entablar amistad.

Era maestro de un taller de pintura de brocha gorda y de cuadros, mantenía constantemente a tres o más chiquitos sucios, vestidos con batas de cotí, a los que llamaba aprendices, y, según las necesidades, contrataba de uno a diez pintores de brocha gorda y cristaleros de entre los mujiks de

Kostromá. Por lo tanto, él no era de los últimos maestros de su taller por su maestría y por su capital. Además de las cualidades materiales indicadas, vi en su casa colgados de las paredes algunos grabados de Audran y Volpato y varios tomos sobre la cómoda, entre ellos *El viaje de Anacarsis el Menor*, del arqueólogo francés Bartelemi. Esto me animó. ¡Pero, qué va! Cuando después de haberle dado muchos rodeos, le di a entender la necesidad de mejorar la existencia de sus pobres aprendices, él se asombró de tan extraña idea y empezó a demostrarme que ello no podría conducir a otra cosa más que a la perdición de los mismos.

Por ser la primera vez que nos veíamos, yo no le llevé la contraria, y vano hubiera sido disuadirle. La gente materialista y poco instruida, que ha vivido toda su pobre juventud en la miseria y pasando duras pruebas, y que con enormes dificultades ha sabido abrirse camino en el mundo, no cree en teoría alguna. Para ellos no hay otros caminos para alcanzar el bienestar que los que ellos mismos han pasado. Y con frecuencia a estas brutales convicciones se mezcla este otro sentimiento aún más brutal: a mí nadie me ha mimado, así que, ¿para qué tengo yo que mimar a otros?

El maestro del taller de pintura me parece que no era ajeno a este antihumano sentimiento. No obstante, con el tiempo, conseguí convencerle de que no le prohibiera a mi protegido visitarme los días de fiesta y los días laborables, siempre que no tuviera trabajo, por ejemplo, en invierno. No obstante haberme dado su conformidad, él opinaba que aquello eran mimos que no podrían conducir a nada bueno, es más, podrían ser la causa de la perdición del muchado. Y casi lo adivinó.

Pasaron el verano y el otoño, llegó el invierno. Terminaron los trabajos en el Gran Teatro, y la encantadora Taglioni inició sus mágicas actuaciones. La juventud se volvía loca, y los viejos llegaban a perder los sesos por ella. Solamente las matronas más severas y algunas intrépidas leonas se ofuscaban obstinadas, y durante las tempestades de aplausos pro-

nunciaban con desprecio: “Mauvais genre”. Y las inaccesibles puritanas gritaban a coro: “¡Libertinaje! ¡Eso es libertinaje! ¡Una depravación pública, abierta!” Pero todas aquellas santurronas e hipócritas no dejaban pasar ni una sola actuación de la Taglioni. Y cuando la famosa artista accedió a ser princesa Trubetskói, ellas fueron las primeras en llorar tan gran pérdida, y la vituperaban por lo que ellas mismas no podían hacer, por mucho que recurrieran a la cosmética.

Carlomagno<sup>4</sup> (así llamaba el difunto Vasili Zhukovski al también difunto Karl Pávlovich Briulov) amaba infinitamente todas las bellas artes, en cualquier aspecto que se manifestaran, pero era casi completamente indiferente al ballet moderno, y si hablaba alguna vez del ballet, lo trataba como a un juguete de azúcar. La Taglioni, para culminar su triunfo, bailó la cachucha del ballet *Gitana*. Aquella misma noche se propagó la cachucha por toda nuestra Palmira<sup>5</sup> y, al día siguiente, ya reinaba en los salones de los aristócratas y en el humilde rinconcito del funcionario del suburbio de Kolomna. La cachucha reinaba por todas partes: en casa y en la calle, en la mesa de trabajo y en la taberna y... durante la comida y la cena, en fin, cachucha va, cachucha viene. No digo ya de las veladas y juerguecitas, donde la cachucha era insustituible. Nada raro hay en ello, pues a las guapas y a los jóvenes todo les sienta bien. Pero, ¿y las respetables madres y padres de familia? Ellos también se entregaban a la cachucha. Era simplemente el baile de San Vito en forma de cachucha.

Los padres y las madres empezaron a vestir de gitanos a sus criaturas, apenas empezaban éstas a andar. ¡Pobres niños, cuántas lágrimas han vertido por la maldita cachucha! Pero el efecto fue completo, como que hasta llegó a ser objeto de especulaciones. Por ejemplo, si el anfitrión no tenía un pequeño propio, alquilaban para la velada a un niño gitano.



*¡Reciente es la leyenda, pero difícil es creerla!*

En el período culminante de la cachuchamanía me visitó Carlomagno (a él le gustaba visitar a sus alumnos), se sentó en la camilla y quedó pensativo. Yo, en silencio, admiraba su inteligente y rizada cabeza. Un minuto después levantó rápido sus ojos, se rió y me preguntó:

— ¿Sabe qué?

— No.

— Hoy Gúber (el traductor al ruso de *Fausto*) me ha prometido una entrada para el ballet *Fitina*. Vámonos.

— Pues en tal caso envíe a su Lukián a Gúber y pídale dos entradas.

— ¿Y no podría ir por ellas este chico? —dijo señalando a mi protegido.

— Corriendo irá, escriba una nota.

En un trozo de papel gris escribió con un lápiz italiano: “Consígame dos entradas. K. Briulov”. A esta lacónica nota yo añadí la dirección, y mi Mercurio salió volando.

— ¿Este muchacho es un modelo o su criado? —me preguntó, señalando la puerta que se cerraba.

— Ni lo uno ni lo otro.

— Me gusta su cara, no se parece a la de un siervo.

— Muy lejos está de parecerlo, pero no obstante. . . —No terminé la frase, me detuve.

— ¿Pero no obstante es siervo? —concluyó el.

— Por desgracia, así es.

— ¡Qué barbarie! —susurró, y quedó pensativo. Después de un instante de meditación, echó al suelo el cigarro, tomó su sombrero y salió, pero volvió en seguida y dijo:

— Lo voy a esperar, quiero ver otra vez su rostro —y encendiendo un cigarro, me pidió—: Enséñeme sus dibujos.

— ¿Quién le ha dicho a usted que tengo trabajos de ese chico?

— Debe tenerlos —dijo resuelto.

Le enseñé la máscara de Laocoonte, dibujo ya acabado, y una copia de Miguel Angel, que acababa de empezar. Durante largo rato estuvo mirando los dibujos, es decir, los tenía en las manos y miraba... Dios sabe los que él miraba entonces.

— ¿Quién es su amo? —preguntó, levantando la cabeza. Le dije el nombre del terrateniente.

— Habrá que pensar bien en el destino de su alumno. Lukián ha prometido agasajarme con un rosbif, venga a comer conmigo.

Dicho esto, se acercó a la puerta y se detuvo de nuevo.

— Tráigalo algún día a mi casa. Hasta la vista.

Y salió.

Un cuarto de hora más tarde regresaba mi Mercurio y me dijo que Gúber quería ir personalmente a casa de Karl Pávlovich.

— ¿Pero sabes tú quién es Karl Pávlovich? —le pregunté.

— Sí, pero nunca le he visto.

— ¿Y hoy?

— ¿Acaso era él?

— Sí, él.

— ¿Por qué no me lo dijo? Le hubiera echado una mirada. Creí que era un señor cualquiera. ¿Vendrá alguna otra vez a verle? —preguntó después de una pequeña pausa.

— No sé —y empecé a vestirme.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¡Si por lo menos lo pudiera ver desde lejos!... Sabe usted —seguía diciendo—, cuando ando por las calles sólo pienso en él y miro a los transeúntes, mis ojos le buscan entre ellos. ¿Dice usted que se parece mucho a su retrato y el del cuadro *El último día de Pompeya*?

— Sí, se parece pero de todos modos tú no has podido reconocerle cuando ha estado aquí. Vaya, no te disgustes. Si hasta el domingo no viene aquí, iremos los dos el domingo a visitarle. Toma ahora este billete para ir a comer a casa de madame Yurguens. Hoy yo no como en casa.

Y me marché.

En el estudio de Briulov me encontré con Zhukovski y el conde Vielgorski. Estaban admirando el cuadro *Cristo crucificado*, aún sin terminar, encargo de la iglesia luterana de Pedro y Pablo. La cabeza de María Magdalena llorando ya estaba terminada, y Zhukovski, al mirar a aquella hermosa mujer, se le saltaron las lágrimas y, abrazando a Carlomagno, le besaba como si besara a la bella mujer que él había creado.

Con frecuencia, yo acompañaba a Briulov al Ermitage. Sus pláticas eran verdaderas, brillantes conferencias sobre teoría de la pintura, y cada vez terminaban con Teniers y, en particular, con su *Cuartel*. A veces, se detenía ante este cuadro durante largo rato y después de un exaltado panegírico, salido de lo más hondo de su sincero corazón, al famoso pintor flamenco, decía:

— Solamente por ver este cuadro se puede venir de América.

Lo mismo se puede decir hoy día del *Cristo crucificado* y, en especial, de la cabeza de su afligida María Magdalena.

Zhukovski, después de los abrazos y besos a la usanza rusa, se fue a otra habitación. Briulov, al verme, se sonrió y se fue detrás de Zhukovski. Media hora más tarde volvieron los dos al estudio. Briulov se acercó a mí y me dijo sonriendo:

— Ya se han puesto los cimientos.

En este mismo momento se abrió la puerta y entró Gúber, no ya en uniforme de funcionario de ferrocarriles, sino en un flamante frac negro. Aún no había terminado de saludarnos cuando se le acercó Zhukovski y, dándole un amistoso apretón de manos, le pidió que leyera la última escena de *Fausto*. Gúber así lo hizo, y produjo gran impresión. El poeta fue premiado con un beso sincero del otro poeta. Muy pronto Zhukovski y el conde Vielgorski salieron del estudio, y Gúber, con toda libertad, nos leyó la poesía recién escrita *Terpsícore*, después de lo cual Briulov dijo:

— Me niego categóricamente a ir a ver la *Gitana*.

— ¿Por qué? —preguntó Gúber.

— Para conservar mi fe en tu *Terpsicore*.

— ¿Pero cómo?

— Mejor es creer en una invención maravillosa que en...

— ¿Quieres decir —le interrumpió el poeta— que mi poesía vale más que la celestial Taglioni? Por Dios te juro, vale menos que su meñique, que la uña de su meñique. Por cierto, casi lo había olvidado: hoy en casa de Alejandro comeremos macarrones y estofado con “lágrimas de Cristo”, es decir, con vino tinto. Estarán también Néstor, Misha, etc., etc. . . y para terminar, Pianenko. ¡Vamos!

Briulov tomó el sombrero.

— ¡Ah, sí! Se me había olvidado... —continuó Gúber sacando dos entradas de su bolsillo—. Toma dos entradas. Después de la función iremos a casa de Néstor, a la bolsa (así llamaban en broma a las veladas literarias de Néstor Kúkolnik).

— Me acuerdo —contestó Briulov, y poniéndose el sombrero, me dio las entradas.

— ¿Usted también viene con nosotros? —preguntó Gúber dirigiéndose a mí.

— Sí, también voy.

— Vamos, pues —dijo Gúber, y salimos al pasillo. Mientras cerraba la puerta, Lukián gruñó:

— ¡Eso se llama comer el rosbif!

Después de los macarrones, estofado y “lágrimas de Cristo” la tertulia se fue a la “bolsa”, pero nosotros, es decir, Gúber, Carlomagno y yo nos fuimos al teatro. Mientras esperábamos a que empezara la obertura, yo admiraba las creaciones de mi protegido. Los dibujos para todos los adornos y arabescos que embellecían el techo del Gran Teatro habían sido hechos por él, a indicación del arquitecto Kavós. No fue él mismo quien me lo comunicó ni su ambicioso amo, sino el maquinista Kartashov, que estaba presente siempre en todos los trabajos y agasajaba con té por las mañanas temprano a mi protegido. Yo quería hablar a Briulov de los arabescos de mi alumno, pero empezó la obertura. Todos, y yo entre ellos,

fijamos nuestras miradas en el telón. Terminada la obertura, el telón se agitó y fue subiendo. Comenzó el ballet. Todo fue bien hasta la cachucha. El público se portaba como todo público decente y bien educado. Pero al resonar los primeros golpes de las castañuelas, todo se puso en movimiento y convulsión. Los aplausos, quedos al principio, como el retumbar del trueno a lo lejos, se propagaron por la sala, después con mayor y mayor fuerza y, terminada ya la cachucha, estalló el trueno con toda su potencia. El muy decente público, y yo, pecador, también entre él, se volvía loco, rugía cada uno a su manera. Unos gritaban: "¡Bravo!" Otros decían: "Da capo", otros gemían, pero agitaban las manos y los pies. Después del primer ataque eché una mirada a Carlomagno y el pobre, que estaba sudando a torrentes, también agitaba las manos y los pies y gritaba con toda la potencia de sus pulmones: "¡Da capo!" Gúber hacía lo mismo. Yo recobré por un instante el aliento y seguí el ejemplo de mi maestro. Poco a poco el huracán empezó a calmarse y el hada, decenas de veces llamada a la escena, apareció con ligerísimo paso, y después de algunas encantadoras reverencias, desapareció. Carlomagno se levantó, se enjugó el sudor de la frente y, dirigiéndose a Gúber, dijo:

— Vamos a la escena, preséntamela.

— Vamos —contestó Gúber entusiasmado, y nos fuimos tras los bastidores. Allí ya zumbaba toda una multitud de admiradores, compuesta en su mayor parte de respetables calvas, lentes y prismáticos. Nos adentramos como pudimos en aquella multitud y, no sin poco esfuerzo, conseguimos llegar al centro de la misma. ¡Dios mío lo que allí vimos! El hada encantadora, la misma que volaba ligera como el céfiro, estaba recostada en unos sillones volterianos con la boca abierta y las fosas nasales hinchadas como las de un caballo árabe, y por el rostro corría el sudor mezclado con los polvos y el carmín.

— ¡Qué asquerosidad! —exclamó Carlomagno, y tomó la retirada. Yo me fui tras él, pero el desdichado Gúber —iver-

daderamente desdichado!— acababa de hacer una reverencia, propia en tal ocasión, y de pronunciar el nombre de Briulov; miró a su alrededor, pero Briulov ya había desaparecido. No sé cómo salió de aquel trance.

Aún quedaba un acto del ballet, pero salimos del teatro para no estropear los postres con col, como se expresó Briulov. No sé si estuvo después alguna vez en el teatro, sólo sé que nunca más habló de aquel ballet.

Vuelvo de nuevo a mi héroe. Después de las palabras pronunciadas por Briulov “Ya se han puesto los cimientos”, la esperanza empezó a tomar en mi imaginación formas más concretas. Empecé a pensar en qué cosas más provechosas podría ocuparse mi alumno. Mis medios caseros eran insignificantes. Pensé en la Galería de la Antigüedad. Andréi Grigórich (guardián de la misma), podría dar su autorización, pero allí las estatuas están alumbradas de tal modo, que es imposible dibujarlas. Después de pensarlo mucho me dirigí al vivo Antínoo, el modelo Tarás, dándole una moneda de veinte kopeks, para que permitiera a mi alumno entrar en la clase de yeso fuera de las horas de estudio. Así se hizo. Durante toda una semana (mi protegido incluso comía en la clase) dibujó la cabeza de Lucio Vero, depravado confidente de Marco Aurelio y la cabeza del *Genio* de Cánova.

Después lo pasé a la clase de figuras, y le encargué, por primera vez, dibujar una anatomía por los cuatro costados. Durante mis horas libres iba a la clase y animaba a mi infatigable alumno con una libra de pan candéal y un trozo de chorizo, porque ordinariamente comía un trozo de pan negro y agua, si Tarás se la traía. A veces yo admiraba el torso de Belvedere y, vencido por la tentación, me ponía a dibujar. ¡Hermosa, ejemplar creación de la escultura antigua! No en vano el ciego Miguel Angel se maravillaba al palpar este trozo del Hércules en reposo. Un tal señor Guersevánov ofrecía con bastante acierto y maestría en sus impresiones de viaje la perfecta creación de Miguel Angel *El juicio final*, los fres-

cos del genial Rafael y muchas otras célebres obras de escultura y pintura, pero, sin embargo, en el torso de Belvedere no ve sino un trozo de mármol, y nada más. ¡Qué raro!

Después de la anatomía hizo un dibujo de Germánico y el Fauno bailando, y una buena mañana se lo presenté a Carlomagno. Su entusiasmo fue indescriptible cuando Briulov, cariñoso y condescendiente, alabó sus dibujos.

En mi vida he visto ser más alegre ni dichoso, como él lo estuvo durante varios días.

— ¿Pero es posible que él sea siempre tan bueno, tan cariñoso? —me preguntó varias veces.

— Siempre —le contestaba.

— ¿Y esta habitación, es su preferida?

— Sí.

— ¡Todo rojo! La habitación es roja, el diván rojo. Las cortinas de las ventanas, también rojas. La bata es roja y el dibujo rojo. ¡Todo rojo! ¿Le veré alguna otra vez tan de cerca?

Y después de esta pregunta empezaba a llorar. Yo, naturalmente, no lo consolaba. ¿Qué interés se puede tomar uno, o qué consolación puede haber más sublime que sus celestiales lágrimas? “¡Todo rojo!”, repetía sollozando.

Aquella habitación roja, de cuyas paredes colgaban preciosas armas, en su mayor parte orientales, alumbrada por los rayos solares que atravesaban las cortinas rojas, me dejó por unos instantes asombrado, a mí, acostumbrado a ver tal decoración. Por eso, la impresión que le produjo a mi alumno se le quedó grabada en la mente hasta la tumba. Después de largos y terribles sufrimientos, lo olvidó todo: el arte y su vida espiritual, el amor que le envenenó, y a mí, a su sincero amigo. Lo olvidó todo y a todos, pero la decoración roja de Carlomagno fue su última palabra.

Al día siguiente de esta visita vi a Karl Pávlovich y me preguntó la dirección, el nombre y apellido del dueño del muchacho. Se lo dije. Llamó a su cochero y partió, diciéndome: “Venga a mi casa esta tarde”.

Por la tarde estuve a verle.

— ¡Ese es el cerdo más grande que se puede ver, calzado con zapatillas de Torzhok<sup>6</sup>! —éestas fueron las primeras palabras que pronunció Karl Pávlovich al verme.

— ¿Qué ha pasado? —le pregunté, adivinando de qué se trataba.

— Se trata de que usted tendrá que ir a ver a ese anfibio, para que le fije el precio de su alumno.

Carlomagno estaba de mal genio. En silencio estuvo andando durante largo rato por la habitación, escupió por fin y exclamó:

— ¡Vandalismo! Vamos arriba —añadió, dirigiéndose a mí. Y, en silencio, subimos a las habitaciones altas, donde estaban su dormitorio, la biblioteca y el comedor, adjunto a ella.

Ordenó que le acercaran la lámpara, me pidió que le leyera en voz alta alguna cosa y él mismo se sentó a terminar el dibujo a sepia de *La Odalisca durmiente* para un álbum, según parece, de Vladislávlev.

Nuestra pacífica ocupación duró poco tiempo. Por lo que se ve, le perseguía la imagen del cerdo con zapatillas de Torzhok.

— Vámonos a la calle —propuso cubriendo el dibujo.

Salimos a la calle, anduvimos largo rato por el malecón y después salimos a la Gran Avenida.

— ¿El vive, pues, en su casa de usted? —me preguntó.

— No —le contesté—, no duerme en mi casa.

— Bien, vamos a cenar —y entramos en casa de Deli.

Muchos y muy variados han sido los tipos de terratenientes rusos que durante mi vida he visto: ricos, medios y de los cortijos. Hasta he visto de esos que viven constantemente en Francia y en Inglaterra, que con entusiasmo hablan del bienestar de los campesinos y granjeros de dichos países, pero que en su tierra roban la última oveja al mujik. Muchos tipos originales de esa clase he visto, pero jamás me he encontrado con un ruso tan original que de tan malas formas recibiera en su casa a Briulov.



Mi curiosidad estaba excitada en grado extremo, y durante largo rato no pude dormirme. No dejaba de pensar y preguntarme qué clase de puerco era ése calzado con zapatillas de Torzhok. Pero mi curiosidad se enfrió por fin al día siguiente cuando empecé a ponerme el frac. Se impuso el buen juicio, que me decía que el consabido cerdo no era una curiosidad tan interesante como para sacrificar por él el amor propio, aunque el asunto exigía aún mayores sacrificios. Pero he aquí el dilema: y si yo, como ocurrió con mi gran maestro, no aguanto el martirio, ¿qué va a pasar entonces?

Después de pensarlo un poco me quité el frac, me puse el abrigo de diario y me fui a casa del viejo Venetsiánov. El viejo era un práctico en tales asuntos, pues tuvo más de una pendencia con semejantes ejemplares, de las que siempre salió con honor.

Cuando vi a Venetsiánov, éste ya estaba trabajando. Sacaba a tinta china un dibujo de su propio cuadro *La madre enseñando al niño a rezar*. Este dibujo estaba destinado para el almanaque de Vladislávlev *La aurora matutina*.

Le expliqué la causa de mi visita tan a destiempo, le di la dirección del anfibio. El viejo dejó el trabajo, se vistió y salimos a la calle. El montó en un carruaje y se fue, mientras que yo regresé a casa, donde encontré a mi alegre y feliz alumno. Parecía que su alegría y dicha habían sido ensombrecidos por algo. Se parecía a la persona que quiere compartir un gran secreto con un amigo, pero que, al mismo tiempo, teme que este secreto deje de serlo. Antes de quitarme el abrigo y de ponerme la blusa noté que a mi amigo le pasaba algo.

— ¿Qué tienes de nuevo? —le pregunté—. ¿Qué hiciste anoche? ¿Cómo está tu amo?

— Mi amo no está mal —contestó titubeando—. Yo leía el *Andrés el Saboyardo* hasta que se fueron a dormir, después encendí la vela de estearina que usted me dio y me puse a dibujar.

— ¿Qué dibujabas? ¿De alguna estampa, o cualquier otra cosa?

— Sí —dijo sonrojándose—. Hace poco leí las obras de Ozerov y me gustó *Edipo en Atenas*. Traté de hacer una composición.

— Eso está bien. ¿La has traído? Enséñamela.

Sacó del bolsillo un pequeño rollo de papel y, desenvolviéndolo con manos temblorosas, me dijo al dármele:

— No he tenido tiempo para diseñarlo.

Era su primera composición, que tanto esfuerzo le costó decidirse a enseñármela. Me gustó su modestia, o mejor dicho, su timidez, buen indicio de talento. También me gustó la composición por su sencillez: Edipo, Antígona y Polinice a lo lejos, solamente tres figuras. En los primeros experimentos raramente se ve tal laconismo, siempre son muy complicados. La joven imaginación no se encoge, no se concentra en una sola palabra significativa, en un rasgo; necesita espacio, vuela libremente y en su vuelo se confunde con frecuencia, cae y se estrella contra el inquebrantable laconismo.

Lo elogió por la elección de la escena y le aconsejó que leyera, además de poesía, historia, y, más que nada, que dibujara con todo esmero buenas estampas de los cuadros de Rafael, de Volpato, de Poussin o Audran.

— Tu amo tiene a unos y a otros, así es que dibújalos cuando estés libre; los libros te los conseguiré yo.

Y le abastecí en seguida de algunos tomos de Gillies (*Historia de la antigua Grecia*).

— Mi amo —dijo al tomar los libros—, además de los cuadros que penden de las paredes, tiene una carpeta llena de estampas, pero no me permite tomarlas. Teme que las estropee. Sí. . . —prosiguió sonriéndose—. Yo le dije que usted me había llevado a casa de Karl Pávlovich y que le había enseñado mis dibujos y que. . . —aquí quedó cortado— y que él. . . sí, por cierto, yo mismo no lo creo.

— ¿Pues qué? —me interesé—. ¿El no cree que Briulov elogió tus dibujos?

— El no cree siquiera que he visto a Karl Pávlovich, y me llamó tonto cuando se lo dije.

Quería añadir algo más cuando, en la habitación, entró Venetsiánov y, quitándose el sombrero, dijo sonriéndose:

— ¡Nada ha pasado! ¡Un terrateniente como otro cualquiera! Cierto es que me ha retenido en la antesala durante una hora, pero eso es una costumbre entre ellos. ¡Qué hacer! La costumbre es ley. Me recibió en su gabinete. Por cierto, el gabinete no me gustó. Verdad es que todo ello es muy suntuoso, muy caro, magnífico, pero magnífico a lo japonés. Al principio yo hablé de la instrucción pública en general y de la filantropía en particular. El me escuchaba atento, en silencio, durante largo rato, y, por fin, me interrumpió: “Dígame usted sin rodeos, simplemente, ¿qué quieren ustedes de mí, con su Briulov? ¡Cómo me hizo reír ayer! ¡Es un verdadero salvaje americano!” Y soltó una sonora carcajada. Casi me desconcerté, pero pronto me repuse y con sangre fría le expliqué con toda sencillez el asunto.

— ¡Así me debían haber hablado ya hace tiempo y no venirme con filantropías! ¡Qué filantropía puede haber en semejante asunto! ¡Dinero y nada más! —añadió con fatuidad.

— ¿Usted quiere saber la suma definitiva? ¿Le he comprendido bien?

Yo le contesté:

— Así es, efectivamente.

— Pues aquí tiene mi precio definitivo: idos mil quinientos rublos! ¿Está de acuerdo?

— De acuerdo —le contesté.

— Es un simple artesano —seguía diciendo—, persona necesaria en la casa. . . —Quiso decir no sé qué más, pero yo me despedí y salí de su casa. Y ya ven, aquí me tienen ante ustedes —añadió el viejo sonriéndose.

— Se lo agradezco de todo corazón.

— ¡Yo soy quien tengo que agradecerse! —repuso apretándome efusivamente la mano—. Usted me ha dado la posibilidad de hacer algo de provecho en beneficio de nuestro maravilloso arte y de ver, por fin, a ese original que llama

salvaje americano a nuestro gran Carlos. —Y el viejecito se rió bonachonamente.

— Yo —continuó después de dejar de reír— he aportado mi granito de arena; ahora le toca su turno a usted, pero en caso de que no tenga éxito me dirigiré de nuevo al Club Inglés. ¡Hasta pronto!

— Vayamos juntos a casa de Karl Pávlovich, —le propuse.

— No, no iré, ni a usted se lo aconsejo. Recuerde el refrán: “Un huésped inesperado es peor que la visita de un tártaro” y tanto más para un pintor, y encima por la mañana. Eso es peor que toda una horda de tártaros.

— Usted me obliga a avergonzarme de lo ocurrido esta mañana —proferí.

— De ninguna manera. Usted se portó como un verdadero cristiano. Para el trabajo y descanso hemos fijado horas, pero para las buenas acciones no hay horas fijas que valgan. Una vez más le agradezco sinceramente su visita de hoy. ¡Hasta la vista! Hoy comemos en casa, venga. Si ve a Belvedere tráigalo consigo —añadió al salir. Llamaba Belvedere al pintor Apolón Nikoláevich Mokritski, alumno de Briulov y apasionado admirador de Schiller.

Me despedí de Venetsiánov en la calle y fui a comunicarle a Karl Pávlovich los resultados de mi diplomacia personal, pero, desgraciadamente, ni siquiera di con Lukián. Sólo gracias a Lipin, que salió de la cocina, supe que se habían ido al pórtico. Me dirigí al pórtico pero estaba cerrado. (Llamábamos entre nosotros pórtico al edificio situado detrás del actual Jardín Académico, donde estaban instalados los estudios de Briulov, del barón Klodt, de Sauerweid y Basin.) Por el patio Liteini salí a la calle y, pasando por enfrente de la tienda de Dovicielli, vi en la ventana el perfil de Carlomagno. Al verme, salió a la calle.

— ¿Qué hay de nuevo? —me preguntó.

— ¿Dónde come usted hoy?

— No sé, ¿pues qué ocurre?

— Sabe usted —le dije—, vamos a casa de Venetsiánov a comer con él. Le va a contar del anfibio unas maravillas que usted, sin duda alguna, nunca ha oído ni las oirá jamás.

— Bien, vamos —aceptó, y nos dirigimos a casa de Venetsiánov.

Durante la comida, el viejo nos contó la historia de su visita de hoy, y cuando se puso a referir lo del salvaje americano soltamos todos una sonora carcajada, y terminó la comida con un risoteo histérico.

La Sociedad de Fomento de los Pintores tenía alquilado un piso grande para sus becados en la casa de Kastiurin, situada entre las Avenidas Grande y Media, en la Séptima Línea. Además de las habitaciones ocupadas por los becados había allí también dos salas de estudio, adornadas con estatuas de la antigüedad, como eran la Venus de Médicis, Apolo, Germánico y un grupo de gladiadores. Este cobijo (en lugar de la clase de yeso, que estaba bajo la guardia de Tarás) lo destiné yo para mi alumno. Además de las estatuas ya indicadas había también un esqueleto humano, pues para él era necesario conocerlo bien, tanto más que de memoria dibujaba la estatua anatómica de Fischer, sin tener la más mínima idea de lo que es el esqueleto.

Con el mismo noble fin, al día siguiente de haber comido en casa de Venetsiánov, visité al entonces secretario de la Sociedad, V. I. Grigoróvich, y le pedí permiso para que mi alumno visitara las salas de estudio de la misma.

El amable Grigoróvich me dio una nota-pase para el pintor Golovniá, que vivía con los becados en calidad de superior.

No debiera detenerme en caso tan mezquino, como representa el pintor Golovniá, pero como caso raro que es, y raro, tanto más, entre pintores, hablaré de él un poco.

Pliushkin<sup>7</sup>, tipo dibujado con rasgos recios y acusados, palidece ante este antiartista Golovniá. Pliushkin, al fin y al cabo, tuvo juventud y por lo tanto, alegría, aunque no com-

pleta ni jubilosa, pero alegría al fin, mientras que este pobre no tenía nada de juventud ni de alegría.

Había sido becado de la Sociedad de Fomento de los Pintores, y en el concurso organizado por la Academia de Bellas Artes tenía él que cumplir el programa que se requería para poder obtener la segunda medalla de oro. (El tema del programa era: Adán y Eva ante el cadáver de su hijo Abel.) Para hacer el cuadro necesitaba de modelo una mujer, pero en Petersburgo era difícil conseguirla, más que nada porque costaba mucho. El mozo comprendió el asunto y se dirigió en demanda de ayuda, es decir, dinero para contratar un modelo, una alemana, a un generoso protector de los pintores, a Kikin, presidente, entonces, de la Sociedad. Después de recibir un billete de cien rublos, lo escondió en su colchón y pintó la virginal beldad de una de esas muñecas que emplean los pintores para los tapizados.

Quien entienda lo que representa para un joven pintor la medalla de oro, debe comprender cuán repugnante era el alma de ese joven avaro. Pliushkin, a su lado, es un derrochador.

A este monstruo mural presenté yo, entregándole la nota, a mi moralmente sublime protegido.

Para la primera ocasión yo mismo saqué del armario el esqueleto, lo senté en una silla en posición de como si fuera un vividor empedernido, tracé ligeros rasgos, que determinaban la posición general del esqueleto, y propuse a mi alumno dibujar los detalles.

Dos días más tarde comparaba, con gran satisfacción, su dibujo con los diseños litografiados anatómicos de Basin y encontraba los detalles más señalados y veraces. Pero puede ser que la culpa la tuviera el prisma a través del cual yo veía a mi protegido. Fuese como fuera, el caso es que su dibujo me gustaba. El seguía dibujando el esqueleto en distintas posiciones, y, bajo la dirección del modelo Tarás, dibujaba también la estatua de Midas, colgado por Apolo.

Todo transcurría normalmente, y así también transcurría el invierno y se acercaba la primavera. Mi alumno empezó

a enflaquecer marcadamente, a languidecer y a quedar pensativo durante largos ratos.

— ¿Qué te pasa? —le preguntaba—. ¿Te sientes mal? •

— No, me siento bien —me contestaba afligido.

— ¿Pues, por qué lloras?

— No lloro.

Pero las lágrimas se vertían, como torrentes, de sus expresivos y hermosos ojos.

Yo no podía adivinar qué significaba todo aquello, y ya empezaba a creer que la flecha del malicioso Cupido había herido su corazón casto y joven, cuando una mañana, casi ya de primavera, me dijo que no podría visitarme todos los días, pues desde el lunes empezarían los trabajos y él tenía que pintar de nuevo vallas.

Lo animé como pude, pero nada le dije de las intenciones de Karl Pávlovich, tanto más que lo que en realidad yo sabía no era suficiente para poder fundamentar cierta esperanza.

El domingo visité a su amo con la intención de averiguar si se podría sustituir mi alumno por un simple pintor de brocha gorda.

— ¿Por qué no? Claro que se puede —contestó—. Mientras no empecemos los trabajos de pintura; después, usted perdone, nada podré hacer. El es dibujante, y usted ya sabe lo que eso significa en nuestra profesión. ¿Qué opina usted, será él capaz de pagarle al obrero que le sustituya?

— Yo le pagaré.

— ¿Usted? —me preguntó asombrado—. ¿Pero a santo de qué? ¿Persigue usted algún interés al preocuparse de él?

— Ninguno, simplemente por ociosidad, para satisfacción propia.

— ¡Buen placer despilfarrar el dinero sin provecho alguno! ¡Se ve que nada usted en la abundancia! —y sonriendo, satisfecho de sí mismo, prosiguió—: Dígame, ¿cuánto cobra usted por un retrato?

— Según qué retrato —le contesté, adivinando su pensamiento— y según qué cliente. A usted, por ejemplo, no le cobraría menos de cien rublos en plata.

— Qué va, no, padrecito, a cualquier otro puede usted cobrarle cien rublos, pero a nosotros con diez ya sería suficiente.

— Pues mejor será que lo hagamos del siguiente modo —le dije tendiéndole la mano—: Déjeme libre a su dibujante para unos dos meses y ése será el precio del retrato.

— ¿Para dos meses? —exclamó reflexionando—, para dos meses es demasiado, no puedo. Para un mes estoy de acuerdo.

— Bueno, que sea para un mes, por lo menos, de acuerdo —acepté. Y, como chalanés, chocamos nuestras manos.

— ¿Cuándo empezamos? —me preguntó.

— Mañana mismo, si quiere —repuse poniéndome el sombrero.

— ¿A dónde va usted?, ¿y la adehala?

— No, se lo agradezco, cuando terminemos, entonces lo podremos hacer. Hasta la vista.

— Hasta la vista.

¿Qué viene a ser un fugaz mes de libertad entre muchísimos, terribles, larguísimos años de esclavitud? ¡Lo mismo que un grano de arena en un inmenso desierto! Yo estuve admirando a mi alumno durante este dichoso mes. Su expresivo y juvenil rostro irradiaba tan brillante júbilo, una felicidad tan completa, que yo, Dios me perdone, le tenía envidia. Su pobre, pero aseada y limpia vestimenta me parecía elegante, hasta su abrigo de muletón parecía que era de la mejor calidad de Riga. Comiendo en casa de madame Yurguens, nadie nos miraba de reojo. Esto quería decir que no sólo yo veía tal feliz cambio.

Uno de esos dichosos días nos dirigíamos los dos a casa de madame Yurguens y nos encontramos con Karl Pávlovich en la Gran Avenida.

— ¿A dónde van? —nos preguntó.

— A casa de madame Yurguens.



— Voy con ustedes, me han entrado ganas de comer de repente —dijo, y dobló con nosotros la esquina por la Tercera Línea.

A Carlomagno le gustaba de vez en cuando visitar a la ociosa madame Yurguens; le gustaba no la servicial señora, ni tampoco su sirvienta Olimpiada, que sirvió de modelo para la *Agar* del difunto pintor Petrovski. A él, como verdadero artista, le gustaban nuestras tertulias variadas en extremo. Allí podía ver al pobre funcionario del Senado en su único uniforme que estaba lejos de ser nuevo, y al estudiante universitario, flaco y pálido, que se estaba dando un festín con la comida de madame Yurguens gracias al dinero recibido de algún estudiante ricachón juerguista, por haberle copiado las conferencias de Fischer. Allí habría visto muchas, muchísimas cosas que no podía ver en las casas de los restauradores Dumet y Saint George.

Pero siempre que venía, la atenta madame Yurguens le proponía ocupar una mesa servida en una sala aparte y alguna comida preparada rápidamente ex profeso para él, a lo que, como verdadero socialista, siempre se negaba; pero esta vez accedió y pidió que se preparara la mesa en aquella habitación especial con tres cubiertos, y mandó a Olimpiada a casa del comerciante de vinos Fox por una botella de Jackson.

Madame Yurguens se movía ligera como una pluma, sin sentir la tierra bajo sus pies, corría, se afanaba tanto, que casi se le desprendió la peluca con la cofia, al acordarse de que debía cambiar de cofia ante un huésped tan querido.

Para ella, Karl Pávlovich era, efectivamente, un huésped muy querido. Desde la primera vez que la visitó, la clientela empezó a crecer de día en día. ¡Y qué clientela, además! No gente de poca monta, artistas y estudiantes, empleadillos del Estado de los de a veinte kopeks, sino gente de la que gusta beber alguna botella de Madoc y comer algún que otro bistek especial.

Y esto era lógico. Si se pagan veinticinco kopeks para ver la Dama de Amsterdam, ¿por qué no pagar treinta kopeks para

ver de cerca a Briulov? Y madame Yurguens se daba perfecta cuenta y, en lo posible, se aprovechaba de ello.

Mi alumno estaba sentado a la mesa callado. Callado y pálido se bebió un vaso de Jackson, callado, estrechó la mano de Carlomagno y llegó a casa callado, pero ya allí, sin quitarse la ropa, cayó en el suelo y se pasó llorando el resto del día y toda la noche.

Aún le quedaba una semana de libertad, pero al día siguiente enrolló todos sus dibujos y, sin pronunciar palabra, salió. Yo creía que había ido a la Séptima Línea, como hacía habitualmente, y por eso no le pregunté a dónde iba. Llegó la hora de la comida y él no regresaba; llegó la noche y tampoco apareció. Al día siguiente fui a casa de su amo, pero tampoco estaba allí. Me asusté de veras y no sabía qué pensar. Al atardecer del tercer día, vino a mi casa más pálido y desgredado que de costumbre.

— ¿Dónde has estado? —le pregunté—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermó?

— Me siento mal —pronunció a duras penas.

Mandé al jardinero que llamara a Zhádovtsev, médico particular. Yo mismo le quité la ropa y lo metí en cama. Me obedecía como dócil criatura.

Zhádovtsev le tomó el pulso y me aconsejó que lo llevara al hospital. “Porque, dijo, con los medios de que disponemos en casa es peligroso curar a un enfermo de fiebre”.

Yo lo hice todo aquella misma tarde. Llevé a mi pobre alumno al hospital de Santa María Magdalena, contiguo al puente de Tuckov.

Gracias a la influencia de Zhádovtsev como médico particular, recibieron allí a mi enfermo sin las formalidades de rigor. Al día siguiente puse a su amo al corriente de lo ocurrido, y se llenaron todas las formalidades del caso.

Yo lo visitaba varias veces al día, y cada vez que salía yo del hospital, la tristeza me embargaba más y más. Me había encariñado tanto con él, estaba ya tan acostumbrado a él, que en su ausencia no sabía dónde meterme. Iba a veces

a la Parte de Petersburgo, daba la vuelta para dirigirme al Parque Petrovski (que entonces aún no empezaba a crecer), salía cerca de los chalets de Sobolevski y volvía de nuevo al hospital, pero él aún ardía de fiebre. Le preguntaba a la enfermera de cabecera:

— ¿Qué, no vuelve en sí?

— No, señor.

— ¿No delira?

— No, solamente está rojo, muy rojo.

— ¿Y nada más?

— Nada más, señor.

Y de nuevo salía a la calle, atravesaba otra vez el puente Tuchkov y visitaba el chalet del señor Sobolevski y otra vez regresaba al hospital. Así pasaron ocho días. Al noveno volvió en sí, y cuando me acerqué a él me dirigió una mirada tan fija, una mirada tan expresiva, tan sincera y cordial, que nunca podré olvidarla. Quiso decirme algo, pero no pudo, quiso tenderme la mano, pero se puso a llorar. Me marché.

En el corredor tropecé con un médico de guardia, quien me dijo que el peligro había pasado, que su vigor juvenil se había impuesto.

Tranquilizado por el buen médico, regresé a casa. Encendí un cigarro, pero éste ardía mal, lo eché y salí a dar una vuelta por la avenida. Pero nada me agradaba, algo me faltaba para estar alegre. Dirigí mis pasos a la Academia, entré a ver a Karl Pávlovich, pero no estaba en casa. Salí al malecón y me lo encontré cerca de la enorme esfinge, mirando cómo sobre la superficie del Nevá se deslizaba una yola con alegres pasajeros y tras ella se extendía una larga, fina y plateada estela de espuma.

— ¿Ha estado usted en mi taller? —me preguntó sin saludarme.

— No, no he estado.

— Pues vámonos.

Y en silencio nos fuimos al taller de su casa. Allí encontramos a Lipin. Le trajo la paleta con pinturas frescas, se

sentó en un sillón muy cómodo y se puso a admirar el retrato de Vasili Andréievich Zhukovski recién pintado. El pobre Lipin, al vernos, quedó confuso como un escolar, sorprendido con las manos en la masa.

— Esconda la paleta, que hoy no voy a trabajar —dijo Karl Pávlovich, y Lipin se sentó en su lugar. Durante media hora, por lo menos, Briulov estuvo mirando su obra y, dirigiéndome la palabra, profirió.

— La expresión de los ojos debe ser un poco más dulce; sus versos son tan delicados, ¿no es verdad?

Y, sin dejarme contestar, prosiguió:

— ¿Sabe usted para qué se va a destinar este retrato?

— No, no le sé —le contesté.

Siguieron otros diez minutos de silencio, después se puso en pie, tomó el sombrero y propuso:

— Vamos a la calle, yo le contaré para qué se va destinar ese retrato.

Al salir a la calle, dijo:

— He cambiado de parecer; estas cosas no se deben contar antes de tiempo. Además, estoy completamente convencido de que usted no es curioso —añadió en broma.

— Si así lo desea, que quede siendo un secreto para mí.

— Sólo hasta la próxima sesión. ¿Su protegido se siente mejor?

— Empieza ya a reponerse.

— ¿Es decir, que el peligro ha pasado?

— Por lo menos así lo afirma el médico.

— Hasta la vista —dijo, estrechándome la mano—. Voy a casa de Gálberg. Difícil será que el pobre se ponga en pie —añadió, lleno de tristeza, y nos despedimos.

A mí me intrigó en extremo aquel retrato misterioso. Muy confusamente adivinaba para qué fines se iba a destinar, pero por mucho que quisiera convencerme de la veracidad de mi suposición, tuve la suficiente hombría para no dárselo a entender a Carlomagno. Es cierto que una hermosa mañana le hice una visita a Zhukovski con el pretexto de admirar

los secos contornos de Cornelius y de Peter Hesse, pero, en realidad, era para ver si podía averiguar algo sobre el misterioso retrato. Pero me equivoqué.

Klenze, la Valhala, y la Pinacoteca de Munich me ocuparon toda la mañana, así es que ni de Düsseldorf se habló siquiera una palabra, y el retrato parecía no existir en el mundo.

Las exaltadas alabanzas al arte alemán que hacía el inolvidable Vasili Andréievich fueron interrumpidas por la llegada del conde Vielgorski.

— Aquí tiene usted al culpable de todas sus inquietudes y molestias actuales —le dijo al conde Vasili Andréievich, señalándome a mí.

El conde me estrechó la mano con efusión. Yo tenía ya preparada mi pregunta, cuando entró un criado y anunció el apellido de no sé qué excelencia, para mí desconocida. Comprendí que mi plan no era factible, por eso me despedí, y quedé, como suele decirse, con un palmo de narices.

Mientras tanto, la joven naturaleza de mi alumno se iba sobreponiendo. Como aquel gigante del cuento famoso, reavivaba y se fortalecía no por días, sino por horas. En poco más de una semana, después de las calenturas, se puso en pie y empezó a andar, apoyándose en la cama, pero con tal aburrimiento y falta de alegría, que yo, sin hacer caso de las amonestaciones del médico de que no hablara con él de cosas abstractas, le pregunté una vez:

— Ya te vas poniendo bien, te sientes alegre, pero ¿por qué te aburres?

— No me aburro, estoy contento, pero no sé qué quiero. Desearía leer.

Pregunté al médico si se le podía dar a leer alguna cosa.

— No le dé nada, y mucho menos ninguna cosa seria.

— ¿Pues qué puedo hacer con él? No puedo ser su enfermero, ni puedo ayudarle en otra cosa.

Y, obsesionado por esta terrible idea, me vino a la memoria la *Perspectiva* de Alberto Durero con explicaciones en

ruso, que hacía mucho tiempo yo había estudiado y lo dejé sin llegarlo a comprender. Y, cosa extraña, me acordé de la enredada obra de Alberto Durero y me olvidé por completo del magnífico curso de perspectiva lineal de nuestro profesor Vorobiov. Los diseños de este curso de perspectiva los tenía yo en la cartera (es verdad que estaban en desorden). Los recogí y, después de consultar con el médico, se los entregué a mi alumno, así como un compás y un triángulo, y allí mismo le di la primera lección de perspectiva lineal. En la segunda y tercera lecciones nada tuve ya que explicarle. Con la misma rapidez que se reponía, comprendía esta ciencia matemática, sin saber, por cierto, las cuatro reglas de aritmética.

Las lecciones de perspectiva lineal terminaron. Yo pedí al médico que le dieran de alta, pero éste me demostró que para que el enfermo se curara completamente, necesitaba estar, por lo menos, un mes bajo vigilancia médica. Muy a pesar mío, tuve que conformarme.

Durante este tiempo me encontraba con frecuencia con Karl Pávlovich, vi un par de veces o tres el retrato de Vasili Andréievich Zhukovski después de la segunda sesión. Al conversar con Karl Pávlovich, yo notaba ciertas insinuaciones sobre no sé qué secreto, pero, sin saber por qué, yo mismo impedía que se franqueara conmigo. Parecía que yo temía algo, y, por cierto, casi adivinaba el secreto.

Muy pronto éste se descubrió. El 22 de abril de 1838 por la mañana temprano recibí una esquila escrita de puño y letra por V. A. Zhukovski, que decía:

“Muy señor mío N. N.:

Venga usted mañana a las once a casa de Karl Pávlovich y espéreme allí, espéreme sin falta, por muy tarde que yo llegue.

*V. Zhukovski*

P.S. Tráigalo consigo”.

Empapé de lágrimas esta sagrada nota, y sin confiarla a mi bolsillo, la estrujé en mi puño y fui corriendo al hospital.

El portero, a pesar de tener la orden de dejarme entrar a cualquier hora del día, esta vez no me dejó pasar, diciéndome: “Es temprano, su señoría; los enfermos aún duermen”. Esto me apaciguó un poco. Abrí la mano, desenvolví la esquila, la leí casi por sílabas, la plegué con cuidado, la metí en el bolsillo y, a paso reposado, regresé a mi casa, agradeciendo en el fondo de mi alma al portero, por no haberme dejado entrar.

Hace ya tiempo, muchísimo tiempo, cuando aún estudiaba en la escuela parroquial leía yo, a escondidas del maestro, la famosa *Enéida* vuelta del revés por Kotliarevski.

Antes de tener nada en la mano,  
no digas que ya es tuyo.

Estos dos versos se me grabaron tan profundamente en la memoria, que incluso ahora, al repetirlos, los suelo aplicar en mi vida. Precisamente estos versos me vinieron a la memoria cuando regresaba a casa. Y, en realidad, ¿acaso sabía yo a ciencia cierta que esta sagrada esquila guardaba relación con su asunto? No lo sabía, sólo lo presentía, pero todo presentimiento suele engañar. ¿Y si esta vez me engañaba? ¡Qué terrible dolor hubiera causado, y a quién, a un ser tan querido! Yo mismo me espanté al pensarlo.

Durante aquel interminable día, más de veinte veces me acerqué a las puertas de la casa de Karl Pávlovich y, con no sé qué temor incomprensible, volvía sobre mis pasos. No podía comprender lo que yo temía. A la veintiuna vez decidí llamar, pero Lukián, que se asomó a la ventana, dijo: “No está en casa”. Como si me hubieran quitado una montaña de encima, me parecía que había realizado una gran hazaña, y por fin, respiré tranquilo.

Salí animado de la Academia a la Tercera Línea, cuando de repente tropecé con Karl Pávlovich. Me azaré por completo y quería rehuir el encuentro, pero él me detuvo con la siguiente pregunta:

— ¿Recibió usted la esquila de Zhukovski?

— Sí, la recibí —pronuncié ininteligiblemente.

— Venga, pues, a mi casa mañana a las once. Hasta la vista. Sabe usted, si él puede, que venga — añadió alejándose.

“Pues, vaya —pensé—, ahora ya no cabe la menor duda, pero de todos modos:

Antes de tener nada en la mano,  
no digas que ya es tuyo”.

Pasaron algunos minutos, y esta sabia expresión se evaporó de mi cabeza, muy poco práctica. Se apoderó de mí un deseo irresistible de llevar a mi alumno al día siguiente a casa de Karl Pávlovich. ¿Pero se lo permitiría el médico? Este era el problema. Y para resolverlo, fui a ver al doctor a su casa, di con él y le expliqué la causa de mi inesperada visita. El doctor me contó varios casos de perturbación mental provocados por alegrías o desdichas inesperadas. “Tanto más —concluyó— cuando su protegido aún no se ha repuesto por completo de la fiebre”. Ante tales argumentos, nada podía contestarle, y después de agradecerle al doctor su buen consejo, me despedí y salí a la calle. Durante largo tiempo estuve andando por las aceras sin intención alguna. Quería ir a casa del viejo Venetsiánov, por ver si me decía algo más concreto, pero era ya más de medianoche, y como él no era de los de nuestro gremio de solterones, tuve que desistir de tan tardía visita. ¿Por qué no ir, pensé yo, al puente Troitski y contemplar desde allí la salida del sol? Pero el puente Troitski no estaba cerca y empezaba ya a sentirme cansado. ¿Por qué no limitarme a estar todo el tiempo tranquilamente al lado de aquellas enormes esfinges? Al fin y al cabo, el Nevá es el mismo. Es el mismo y no es el mismo. Después de reflexionar un poco, me dirigí hacia las esfinges<sup>s</sup>. Tomé asiento en un banco de granito, me recosté sobre un grifo de bronce y me puse a contemplar largo rato el hermoso y apacible Nevá.

A la salida del sol vino por agua al río el portero de la



Academia y me despertó amonestándome: “Suerte que la gente no anda aún por la calle, si no diría: vaya juerguista”.

Después de agradecerle su servicio con una propina, me dirigí a casa, donde me acosté y me dormí como un lirón.

A las once en punto me presenté en casa de Karl Páylovich, y Lukián, al abrirme la puerta, me dijo: “El señor ha rogado que espere usted un poco”. En el taller se me echó a la vista el famoso cuadro de Zampieri *Juan el Teólogo*, al que sólo conocía de oídas y por la estampa de Miller. ¡De nuevo otra confusión! ¿No será para enseñarme este cuadro por lo que ha escrito Vasili Andréievich? Mas ¿por qué escribe: “Tráigalo consigo”? Como llevaba la nota conmigo, la saqué, y después de haber leído varias veces la postdata me tranquilicé un poco y me acerqué más al cuadro, pero la maldita duda me impedía admirar plenamente esta obra, hermosa en alto grado.

Pero a pesar de que la duda me inquietaba, no me di cuenta de cómo entró en el taller Carlomagno, acompañado del conde Vielgorski y de V. A. Zhukovski. Durante largo rato estuvieron admirando la gran obra del pobre mártir Zampieri, mientras yo esperaba impaciente. Por fin Zhukovski sacó del bolsillo un papel doblado, y, al dármelo, dijo:

— Entregue esto a su alumno.

Desplegué el papel. Era el documento, legalizado por el conde de Vielgorski, por Zhukovski y Briulov, certificando que el joven era libre. Con devoción hice el signo de la cruz y besé tres veces aquellas famosas firmas.

Di las gracias como supe a aquel grandioso y filantrópico trío y, despidiéndome de cualquier manera, salí al pasillo y fui corriendo a casa de Venetsiánov.

El viejo me recibió con esta alegre pregunta:

— ¿Qué hay de nuevo?

En silencio saqué del bolsillo el precioso documento y se lo entregué.

— Lo sé, lo sé todo —dijo, devolviéndome el papel.

— Pues yo nada sabía. Por Dios, cuénteme cómo se llevó todo eso a cabo.

— Gracias a Dios que todo se ha llevado a feliz término. Vamos antes a comer y después se lo contaré, pues la historia es larga y preciosa.

Y, alzando la voz, recitó el verso de Zhukovski:

“¡Niños, la jalea de avena está ya en la mesa,  
rezad la oración!”

— Ya rezamos, padre —resonó una voz femenina, y, acompañadas de Mokritski, salieron de la antesala las hijas de Venetsiánov. Nos sentamos a la mesa. Durante la comida, contra la costumbre, reinó la alegría y el bullicio. El viejo se animó y contó la historia del retrato de Zhukovski, y casi no recordó su participación en esta noble historia. Solamente, al concluirla, añadió:

— Pues en este noble asunto yo he sido un simple intermediario.

La cosa ocurrió así.

Karl Briulov pintó el retrato de Zhukovski, y éste y el conde Vielgorski se lo ofrecieron a la augusta familia del zar por 2.500 rublos, con cuyo dinero liberaron a mi alumno. El viejo Venetsiánov, como él mismo dijo, desempeñó en este generoso asunto el papel de activo y noble intermediario.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Cuándo y cómo debía comunicarle esta alegría? Venetsiánov me repitió exactamente lo mismo que me había dicho el médico, y me convencí de la necesidad de esta precaución. ¿Pero, cómo resistirlo? ¿O sería mejor cesar mis visitas por cierto tiempo? No, eso no era posible, podía pensar que yo también había enfermado o que lo había abandonado, y ello le haría sufrir. Después de pensarlo bien, me armé de toda mi fuerza de voluntad y me dirigí al hospital de María Magdalena. Resistí muy bien la primera prueba. Después de la segunda y tercera visita empecé a prepararlo paulatinamente. Yo preguntaba al médico si le darían

pronto de alta, pero éste no aconsejaba que me apresurara. Y de nuevo empecé a sufrir, agobiado por la impaciencia.

Un día llega por la mañana a mi casa su antiguo amo, y, sin andarse con rodeos, empieza a echarme la culpa que yo lo había robado de la manera más brutal, que le había quitado su mejor obrero y que por culpa mía había perdido varios miles de rublos. Durante largo rato yo no podía comprender lo que pasaba y de qué manera me había yo hecho un ladrón. Por fin me dijo que el día anterior lo había llamado el terrateniente y que le había contado cómo se desarrolló el asunto. Le exigí romper el contrato, y ayer mismo estuvo en el hospital, pero el enfermo nada sabía de ello.

“¡Anda con las precauciones!”, pensé yo.

— ¿Pues qué quiere usted de mí ahora? —le pregunté.

— Nada, sólo quiero saber si todo ello es verdad.

Yo le contesté: “Sí, es verdad”, y nos despedimos.

Yo quedé contento del giro que tomaba la cosa, pues mi alumno estaba ya preparado y podía recibir esta noticia con más tranquilidad que antes.

— ¿Es posible que sea verdad? ¿Puedo creer lo que he oído? —Con esta pregunta me recibió en la puerta de su sala.

— No sé de qué hablas.

— Ayer mi dueño me dijo que yo... —Se paró, como si tuviera miedo de terminar la frase y, después de callar, pronunció muy quedo: —ique soy libre!... Que usted... —y sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Tranquilízate —le dije—, eso solamente se asemeja a la verdad. —Pero nada oía y seguía llorando.

Unos días después le dieron el alta y se instaló en mi casa, completamente dichoso.

En la divina, en la inmortal naturaleza hay muchas, muchísimas cosas infinitamente maravillosas, pero la suprema expresión de la belleza inmortal es el rostro del hombre radiante de dicha. Nada conozco más hermoso ni más elevado en la naturaleza. Y una vez en la vida he podido gozar por completo, al observar esa maravilla.

Durante varios días fue tan dichoso mi protegido, estuvo tan hermoso, que yo no podía mirarlo sin devoción. Comunicaba a mi alma su infinita dicha. A sus momentos de exaltación seguía una alegría queda, sonriente. Pero esos días, a pesar de que se ponía a trabajar, no le salía nada, y ocurría a veces que metía su dibujo en la cartera, sacaba del bolsillo el certificado de liberación, lo leía casi letra por letra, se santiguaba, lo besaba y comenzaba de nuevo a llorar.

Para distraer su atención de la causa de su alegría, le tomé el certificado de liberación con el pretexto de registrarlo en la oficina notarial y a él le llevaba cada día a la galería de pinturas de la Academia. Y cuando estuvo terminado el traje, le ayude a vestirse como si fuera su ayuda de cámara y nos fuimos al correspondiente departamento para registrar tan precioso certificado. Después le llevé a la galería de Stróganov, le mostré un original de Velázquez, y así terminaron aquel día nuestras andanzas.

Al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, lo vestí de nuevo, lo llevé a casa de Carlomagno y, como un padre que entrega su hijo en manos del maestro, así se lo transmití a nuestro inmortal Karl Pávlovich Briulov.

Desde aquel día empezó a frecuentar las clases académicas y se hizo becario de la Sociedad de Fomento de los Pintores.

Hacía ya tiempo que tenía la intención de dejar nuestra Palmira del Norte y cobijarme en algún pacífico rinconcito de provincias, y en aquel año se presentó la ocasión: había una plaza vacante en una universidad de provincias, y no dudé mucho en aceptarla. En tiempos remotos, cuando yo asistía a las clases de enyesado y soñaba en el país de las maravillas, en la ciudad eterna, coronada con la cúpula de Miguel Angel Buonarotti, en aquellos tiempos, si me hubiesen propuesto una plaza de profesor de dibujo en una universidad de provincias, hubiera arrojado el lápiz y hubiera exclamado: "¿Acaso vale la pena, después de todo esto, estudiar el divino arte?" Pero ahora, cuando la imaginación se ha puesto a un

mismo nivel del buen sentido, cuando miras el futuro no a través de un prisma rosáceo, sino simplemente como es, te viene imperioso a la memoria el refrán: "Vale más pájaro en mano, que cien volando".

Ya en invierno debía haber ido a hacerme cargo de mi destino, pero algunos asuntos propios, y, en particular, los de mi alumno, que ya no era mío, sino de Briulov, me retuvieron en la capital. Después fue por causa de su enfermedad y por su larga convalecencia y, por último, el estado de mis finanzas. Cuando todo esto llegó a su feliz término, cobijé a mi querido alumno, como ya he dicho, bajo las protectoras alas de Carlomagno, y en los primeros días de mayo dejé, para largo tiempo, la capital.

Al separarme de mi querido protegido le dejé mi piso con el caballete y los demás míseros muebles; con todos los objetos de yeso que no podía llevarme conmigo. Le aconsejé que hasta el próximo invierno invitara a algún compañero a vivir con él, pues en invierno vendría Sternberg, que entonces estaba en Ucrania, con el que yo me había puesto de acuerdo para vernos en casa de un amigo nuestro en el distrito de Prilutsk. En este encuentro yo pensaba pedir al bonachón de Vilia que cuando regresara a la capital, se quedara a vivir con él en el piso. Y así ocurrió, para gran alegría mía. También le aconsejaba que visitara a Karl Pávlovich, pero con cuidado, para no hacerse pesado con visitas muy frecuentes, que no faltara a las clases y que leyera cuanto más mejor, y, como conclusión, le pedí que me escribiera con frecuencia, como a su propio padre.

Y dejándolo bajo la protección de la Virgen Santísima me separé de él, por cierto, para siempre.

Sus primeras cartas eran monótonas, y se parecían al detallado y uniforme diario de un escolar, eran interesantes sólo para mí, para nadie más. En las cartas siguientes empezó a mostrar mayor sentido y corrección en la escritura y, a veces, cierta substancia, como por ejemplo en su novena carta.

“Hoy, a las diez de la mañana, hemos enrollado el cuadro *La crucifixión de Cristo* y con los modelos lo hemos enviado a la iglesia luterana de Petropávlovsk. Karl Pávlovich me encargó que lo acompañara hasta la misma iglesia. Un cuarto de hora después llegó él mismo, ordenó que tendieran el cuadro ante él y que lo colocaran en su lugar. Como aún no estaba cubierto de laca, de lejos no mostraba nada más que una mancha oscura. Después de comer fui con Mijáilov y lo cubrimos de laca. Muy pronto llegó Karl Pávlovich. Al principio se sentó en el banquillo delantero, al cabo de un rato pasó a sentarse en un banquillo más alejado. Nosotros nos acercamos a él y también nos sentamos. Largo tiempo estuvo sentado sin decir palabra, sólo de vez en cuando pronunciaba: “¡Vándalo! ¡Ni un rayo de luz sobre el altar! ¿Para qué necesitan los cuadros?” Y dirigiéndose a nosotros, mostrando el arco que dividía la iglesia, dijo: “Si en todo el espacio de este arco pintáramos el cuadro *La crucifixión de Cristo*, eso sí que sería un cuadro digno del hombre Dios.

¡Ah, si por lo menos pudiera yo en una centésima o milésima parte, por lo menos, transmitirle lo que le oí decir entonces! Bien sabe usted cómo habla. Es imposible expresar en el papel sus palabras, pues se petrifican. Y compuso instantáneamente este cuadro colosal con todos los detalles más insignificantes, lo pintó y lo puso en su lugar. ¡Pero qué cuadro! *La crucifixión* de Nicolás Poussin resulta pobre a su lado, sin hablar siquiera de Marten.

Largo rato estuvo fantaseando, y yo lo escuchaba con veneración. Después se puso el sombrero y salió. Mijáilov y yo le seguimos. Al pasar cerca de las estatuas de los apóstoles Pedro y Pablo profirió: “¡Muñecos vestidos de trapos mojados! ¡Y han sido sacados de Torvaldsen!” Al pasar cerca del almacén de objetos de arte de Dacciaro se metió entre los papanatas y se paró delante de la ventana de la que colgaban litografías francesas pintarrajeadas. “Dios mío —pensé yo, observándolo—, y éste es ese mismo genio cuya imaginación hace unos instantes volaba tan alta en el mundo del arte

divino, ahora se admira de esas beldades dulzonas de Grévedon. ¡Es incomprendible! Pero, por cierto, así es”.

Hoy por primera vez no he estado en clase, porque Karl Pávlovich no me ha dejado entrar, nos sentó ante sí a Mijáilov y a mí, estuvo jugando con nosotros una partida de damas que duró tres horas, y perdió el paseo con el carruaje. Nosotros nos fuimos a las islas, y él quedó en casa esperándonos para cenar.

P. S. —No recuerdo si le dije en mi anterior carta que en el tercer examen, en septiembre, me pasaron a la clase de dibujo al natural por el cuadro *El combatiente*, con el número primero.

De no ser por usted, mi inolvidable protector, ni siquiera dentro de un año me hubieran pasado a dicha clase. He empezado a frecuentar las conferencias de anatomía del profesor Buyalski. Ahora explica el esqueleto. ¡Usted está en todas partes y en todo, mi único e inolvidable protector! ¡Adiós!

Fiel a usted con toda mi alma, N.N.”

Tengo la intención de finalizar su historia con sus propias cartas, lo que será mucho más interesante, pues en ellas describe con frecuencia las clases y casi siempre el ambiente doméstico y cotidiano de Karl Pávlovich, del cual era alumno predilecto y camarada. Para el futuro biógrafo de Briulov yo editaré a su tiempo todas sus cartas, pero ahora incluiré todas aquellas que se refieren directamente a sus estudios y desarrollo en el ramo del arte y del desarrollo de su vida interior, altamente moral.

“El mes de octubre ya toca a su fin, pero Sternberg no aparece por ninguna parte. Yo no sé qué hacer con el piso. No es ninguna carga para mí. Pago el alquiler a medias con Mijáilov. Paso los días enteros en casa de Karl Pávlovich, duermo en casa, pero a veces pernocto en la de él. Mijáilov no viene a casa incluso por las noches. Dios sabe cómo está y dónde vive. Nos vemos solamente en casa de Karl Pávlovich y en clase, a veces. Es una persona muy original y de buen

corazón. Karl Pávlovich me propone que vaya a vivir con él, pero me da vergüenza y temo decirle que me siento más libre viviendo en casa y, además, siento grandes deseos de vivir, por lo menos, algunos meses con Sternberg, simplemente porque usted me lo ha aconsejado, y usted no me puede aconsejar nada malo.

Karl Pávlovich trabaja con mucho ahínco en una copia del cuadro *Juan el Teólogo* del Domenichino. Esta copia se la ha encargado la Academia de Bellas Artes. Mientras él trabaja, yo leo. Tiene una buena biblioteca, pero desordenada. Hemos intentado ordenarla varias veces, sin resultado alguno. La verdad es que siempre tenemos algo que leer. Karl Pávlovich le ha prometido al editor Smirdín hacer un dibujo para sus *Cien literatos*, y le sirve con toda su biblioteca. He leído ya casi todas las novelas de Walter Scott y ahora leo *La Historia de las Cruzadas* de Michaud. Me gusta más que todas las novelas, y Karl Pávlovich es de la misma opinión. He trazado un esbozo sobre cómo el monje Pedro el Ermitaño conduce a las huestes de los primeros cruzados por una de las ciudades alemanas, siguiendo las formas y trajes de Retzsch. Se lo he enseñado a Karl Pávlovich y me ha prohibido severamente tomar argumentos de cualquier parte que no sea la biblia o la historia antigua de Roma y Grecia. “Allí —me dijo— todo es sencillez y belleza, mientras que en la historia de la Edad Media todo es inmoral y monstruoso”. Ahora no tengo en casa más que la biblia. *El viaje de Anacarsis* y *La historia de Grecia* de Gillies las leo en casa de Karl Pávlovich y para Karl Pávlovich, y él siempre escucha con la misma satisfacción.

¡Ah, si viera usted con cuánta atención, con qué profundo amor termina él su copia! No hago más que venerarlo, y no puede ser de otra forma. ¿Pero qué significa la acción mágica del original? O es simplemente predisposición o es que el tiempo ha borrado estos colores, o el Domenichino. . . Qué va, no, éste es un pensamiento pecador. El Domenichino nunca pudo estar por encima de nuestro divino Karl Pávlovich. A



veces tengo el deseo de que se lleven cuanto antes el original.

Una vez, en la cena, empezamos a hablar de copias, y él dijo que ni en pintura ni en escultura se puede concebir una copia verdadera, es decir, la nueva creación, y que en poesía él conoce una, la única copia verdadera y es *El prisionero de Chillon* de Zhukovski, y nos la recitó de memoria. ¡Qué maravilloso es recitando poesías! Dios es testigo de que lo hace mejor que los trágicos rusos Brianski y Karatyguin.

Por cierto, ahora que hablo de Karatyguin. Hace unos días entramos por casualidad en el teatro Mijáilovski. Representaban el drama *Treinta años, o la vida de un jugador*, un drama en extremo exagerado, como se expresó Karl Pávlovich. En el descanso del segundo acto se metió entre bastidores y vistió a Karatyguin para su papel de mendigo. El público se volvía loco, sin saber por qué. ¡Ya ve lo que significa el traje para un buen actor!

La Taglioni ha llegado ya a Petersburgo, y pronto iniciará sus mágicos vuelos. El, por cierto, no le tiene simpatía. ¡Ah, si viniera pronto Sternberg! Sin haberle visto, lo estimo ya. Karl Pávlovich es, para mí, demasiado colosal y, a pesar de su bondad y lo cariñoso que es, me parece, a veces, que estoy solo. Mijáilov es un magnífico y noble camarada, pero por nada se obsesiona, parece ser que ninguna belleza le encanta. O puede ser que yo no lo comprenda. ¡Adiós, mi inolvidable bienhechor!”

“¡Estoy entusiasmado! Sternberg, a quien tanto tiempo y con tanta impaciencia esperaba, ha llegado, por fin. ¡Y de qué manera tan inesperada! Yo me asusté, y no podía creerlo, hasta llegué a pensar si era una visión. En aquel momento estaba yo haciendo el bosquejo del cuadro *Ezequiel en un campo sembrado de huesos*. Serían aproximadamente las dos de la noche. De repente se abre la puerta de par en par. Yo, obsesionado con el *Ezequiel*, me había olvidado de cerrar la puerta con llave. Se abre, digo, la puerta y aparece, en abrigo de pieles y gorro de invierno, una figura humana. Al principio

me asusté, y ni me di cuenta de cómo pronuncié: ¿“Sternberg”? — “Sternberg”, me contestó él, y yo, sin dejarle que se quitara el abrigo, comencé a besarlo y él me correspondía de la misma manera. Durante largo rato, en silencio, estuvimos mirándonos, hasta que por fin él se acordó de que el cochero estaba esperando a la puerta, y salió. Fui a pedir al portero que trajera sus cosas al piso. Cuando todo esto quedó hecho, respiramos ya tranquilos. ¡Y cosa extraña! Me parecía que acababa de ver a un viejo conocido, o mejor dicho, le veía a usted delante de mí. A mis primeras preguntas él se puso a contar dónde y cómo lo había visto a usted, de qué hablaron y cómo se separaron; así charlando se pasó la noche. Y sólo nos dimos cuenta de que amanecía cuando notamos la brillante y azulada sombra que proyectaba el candelabro.

— Ahora creo que ya podemos tomar el té —dijo.

— Ya lo creo —asentí, y nos fuimos al “Ancora de Oro”.

Después de tomar el té, lo acompañé a acostarse y yo fui a comunicarle mi alegría a Karl Pávlovich, pero él también dormía. Nada tenía que hacer allí y salí al malecón. Aún no había dado unos pasos cuando me tropecé con Mijáilov, el cual me parecía que tampoco había dormido en toda la noche. Iba con no sé qué señor con gafas y abrigo.

— Lev Alexándrovich Elkán —dijo Mijáilov, presentándome el señor de las gafas.

Yo dije mi apellido, y nos estrechamos las manos. Después le comuniqué a Mijáilov que había llegado Sternberg, y el señor de las gafas se alegró mucho, como de la llegada de un amigo, tanto tiempo esperado.

— ¿Dónde está? —preguntó Mijáilov.

— En nuestra casa —le contesté.

— ¿Duerme?

— Sí, está durmiendo.

— Pues vamos al “Kapernaum”, allí, seguramente, no duermen —propuso Mijáilov.

El señor de las gafas inclinó la cabeza, en señal de conformidad y, tomándose del brazo, se pusieron en marcha. Yo

les seguía detrás. Al pasar por delante de la casa de Karl Pávlovich, vi en la ventana la cabeza de Lukián, por lo que saqué la conclusión de que el maestro ya se había levantado. Me despedí de Mijáilov y de Elkán y entré en casa de Karl Pávlovich. Lo encontré en el corredor con una paleta fresca en la mano y los pinceles limpios. Lo saludé y me marché: ahora yo no podía leer ni en voz alta ni en silencio. Después de pasearme un poco por el malecón me fui a casa. Sternberg aún dormía. Sin hacer ruido me senté delante de su lecho y me puse a admirar el infantil candor de su rostro. Después tomé un lápiz y papel y comencé a dibujar a su durmiente amigo, que, por lo tanto, es mío también. Su expresión y parecido me salieron bastante bien, siendo como era un bosquejo, y cuando ya tenía dibujada toda la figura y había marcado los pliegues de la manta, Sternberg se despertó y me pilló con las manos en la masa. Yo me azoré, pero él se dio cuenta y empezó a reír con la más franca risa.

— Muéstrame lo que estaba haciendo —me dijo incorporándose.

Se lo enseñé. Se rió de nuevo y ensalzó en sumo grado mi dibujo.

— Algún día le pagaré con la misma moneda —prometió riéndose y saltando del lecho. Se lavó y después de abrir la maleta empezó a vestirse.

Del interior de la maleta, de debajo de la ropa, sacó una abultada cartera, y entregándomela, dijo:

— Aquí está todo lo que hice el verano pasado en Ucrania, además de algunos cuadros al óleo y a la acuarela. Mírelo si dispone de tiempo, pues yo quiero ir a algunos sitios.

— Hasta la vista —dijo tendiéndome la mano—, no sé qué representan en el teatro, tengo unos deseos locos de ir. Vamos juntos al teatro.

— Con gran placer —contesté—, pero le ruego que venga por mí a la clase de dibujo al natural.

— Bien, iré —accedió al salir.

De no haber venido Lukián de parte de Karl Pávlovich ni me hubiera acordado siquiera de que tenía que comer. Hasta lamenté dejar la cartera de Sternberg por el rosbif de Lukián. Durante la comida hice partícipe a Karl Pávlovich de mi dicha, y éste mostró deseos de verle. Le dije que habíamos acordado ir al teatro. Karl Pávlovich mostró deseos de acompañarnos si representaban algo que valiera la pena. Para dicha nuestra, aquel día, el teatro Alejandrino representaba *La casa encantada*. Hacia el fin de nuestra clase, Karl Pávlovich entró, nos invitó a Sternberg y a mí, nos montó en su carruaje y nos fuimos a ver a *Luis XI*. Así terminó el primer día.

Al día siguiente por la mañana Sternberg tomó su abultada cartera y nos dirigimos a la casa de Karl Pávlovich. Se entusiasmó éste al ver la uniforme y al mismo tiempo multiforme patria de usted, como él se expresó, sus pensativos paisanos, tan maravillosa y fielmente reflejados por Sternberg.

¡Y qué cantidad de dibujos, y qué hermosos todos! En un pequeño trozo de papel para envolver está trazada una línea horizontal, en primer plano se ve un molino de viento, un par de bueyes al lado de un carro cargado de sacos. Todo ello está no dibujado, sino esbozado, ¡pero qué magníficamente hecho! Es imposible apartar la mirada. O bajo la sombra de un frondoso sauce, a la misma orilla del río, se ve una jata blanca con su techumbre de paja, toda reflejada en la superficie del río como en un espejo. Cerca de la jata permanece una viejecita, y en el agua nadan patos. Este es todo el cuadro, ¡pero qué cuadro más completo y vivo!

La carpeta de Sternberg estaba llena de tales cuadros, mejor dicho, de esbozos palpitantes. ¡Admirable, incomparable Sternberg! No en vano lo besó Karl Pávlovich.

De pronto recordé a los hermanos Chernetsov. Hace poco regresaron de su viaje por el Volga y vinieron a casa de Karl Pávlovich a mostrarle sus dibujos: un enorme montón de papel whatman, dibujado cuidadosamente, al estilo alemán, a pluma. Karl Pávlovich miró algunos dibujos y, cerrando la carpeta,

dijo, no a los hermanos Chernetsov, naturalmente: "Aquí no tengo la esperanza de ver ni el Volga, ni nada que se parezca a un charco". Por el contrario, en cualquier esbozo de Sternberg ve a toda Ucrania. Tanto le gustó su patria y las tristes caras de sus paisanos, que hoy, durante la comida, se ha "construido" ya una jata a la orilla del Dniéper, cerca de Kíev, con campos y bosques y con la decoración más encantadora. Lo único que él teme, y de lo que no se puede apartar en manera alguna, son los terratenientes, o como él los llama, feudalesperreros.

Es un verdadero niño, con todos los encantos de una criatura.

El día de hoy también lo hemos coronado con un espectáculo. Representaron *Los bandidos* de Schiller. La ópera casi no existe, muy raramente ponen en escena *Roberto* o *Fenela*. El ballet, o mejor dicho, la Taglioni, todo lo ha aniquilado. ¡Adiós, mi inolvidable protector!"

"Hace ya más de un mes que vivimos juntos el incomparable Sternberg y yo, y vivimos como Dios quería que vivieran verdaderos hermanos. ¡Pero qué bondadosa es esa noble criatura! ¡Un verdadero artista! Todo le sonrío, como él mismo sonrío a todo. ¡Dichoso carácter, digno de ser envidiado! Karl Pávlovich le quiere mucho. ¿Es posible, acaso, que conociéndolo, no se le quiera?"

He aquí cómo pasamos los días y las noches: por la mañana, a las nueve, voy a la clase de dibujo. (Hago ya estudios al óleo, y en el pasado examen recibí el tercer número). Sternberg se queda en casa y, de sus dibujos o esbozos, hace acuarelas o pequeños cuadros al óleo. A las once voy a casa de Karl Pávlovich y vuelvo a casa y desayuno con Sternberg comiendo lo que Dios nos envía. Después voy de nuevo a clase y estoy allí hasta las tres. A esa hora vamos a comer a casa de madame Yurguens. A veces Karl Pávlovich viene también con nosotros, porque yo casi cada día lo encuentro en casa con Sternberg, y a menudo renuncia a su aristocrática y magnífica

comida por nuestra democrática sopa. ¡Es una persona verdaderamente extraordinaria! Después de comer voy a clase. A las siete, viene Sternberg y nos vamos al teatro o, después de pasear un poco por el malecón, regresamos a casa. Yo leo algo en voz alta y él trabaja, o al contrario, él lee y yo trabajo. Hace poco leímos la novela de Walter Scott *Woodstock*. Me interesó extraordinariamente la escena donde Carlos II Stuart, quien se encubre bajo falso nombre en el castillo del viejo barón Lee, se descubre ante su hija Julia Lee, diciéndole que él es el rey de Inglaterra y le propone el cargo honorífico de concubina en su palacio. ¡Verdadero agradecimiento real por haberle cobijado! Yo hice un esbozo y se lo enseñé a Karl Pávlovich, quien alabó mi tema y el mismo esbozo, y me aconsejó que estudiara a Paul Delaroche.

Sternberg me presentó hace poco a la familia Schmidt. Es un pariente lejano suyo, magnífica persona, y su familia es simplemente una verdadera dicha divina. Con frecuencia pasamos las tardes en su casa, y los domingos comemos con ellos. ¡Admirable, hermosa familia! Siempre que salgo de su casa me siento más puro, más bueno. No sé cómo agradecerle a Sternberg el haberme presentado a esta familia.

También me ha presentado en la casa de aquel mismo aristócrata ucraniano donde usted se encontró con Sternberg el pasado verano en Ucrania. Allí voy muy poco, y si voy es solamente por Sternberg. No me gusta el tono protector y la baja lisonja de sus groseros invitados, que él alimenta con sus opíparas comidas y los emborracha con licor de ciruelas ucranianas. Mucho tiempo tardé en comprender por qué Sternberg aguantaba tales escenas. Por fin el secreto se descubrió por sí mismo. Una vez regresó de casa de los Tarnovski completamente desconocido, es decir, muy irritado. Anduvo un rato en silencio por la habitación, se acostó por fin, se levantó y de nuevo se acostó y así tres veces más, hasta que por fin se tranquilizó y se durmió. De repente oí que en sueños repetía el nombre de una de las sobrinas de Tarnovski. Yo comencé a comprender lo que pasaba. Al día siguiente Vilia se fue de

nuevo a casa de Tarnovski y regresó avanzada la noche, llorando. Fingí no darme cuenta. Se tumbó en el diván, se cubrió el rostro con las manos y se puso a llorar como un niño. Así pasó casi una hora. Después se levantó, se acercó a mí, me abrazó, me besó y sonrió amargamente, se sentó a mi lado y me contó la historia de su desdichado amor. Era la más simple de las historias: se había enamorado de la sobrina mayor de Tarnovski, pero ella, a pesar de que le correspondía con el mismo cariño, en el instante de tratar del casamiento optó por un tal Búrtsev, doctor ya calvo. Después de confesármelo, se tranquilizó un poco y yo lo metí en la cama.

Los dos días siguientes casi no le vi. Se marchaba temprano, venía tarde y Dios sabe dónde pasaba los días. He intentado hablarle, pero casi no me contesta. Le propuse visitar a los Schmidt, pero denegó con la cabeza. El domingo por la mañana le propuse ir al invernadero del Jardín Botánico. Aceptó, cierto que a desgana. El invernadero influyó en él favorablemente. Se puso un poco alegre, empezó a soñar con viajes por los encantadores lugares donde crecen todas esas asombrosas plantas, como crece en nuestro país el cardo.

Al salir del invernadero le propuse comer en la fonda alemana de la calle Krestovski. Aceptó de buen grado. Después de comer escuchamos a los tirolese, vimos cómo se deslizaban en trineos por las montañas y nos fuimos directamente a casa de Schmidt. Ese mismo día los Schmidt comían en casa de Fitztum (inspector de la Universidad) y se quedaron allí para pasar la tarde. Al presentarnos allí nos preguntaron con asombro, dónde nos habíamos perdido. En casa de Fitztum, después de habernos deleitado escuchando al famoso violinista Behm interpretar el Quinteto de Beethoven y una sonata de Mozart, regresamos a casa a eso de la una de la noche. El pobre Vilia quedó de nuevo pensativo. Yo no lo consolaba, pues ¿cómo lo podía consolar?

Al día siguiente, por encargo de Karl Pávlovich, fui a la librería de Smirdín, y entre otros libros, escogí dos números de la *Biblioteca de lectura*, donde se publicaba la novela

de Dickens *Nicolás Nickleby*. Pienso organizar veladas literarias en casa de los Schmidt e invitar a Sternberg. Y pensado y hecho. Aquel mismo día, después de las clases nocturnas, nos encaminamos a casa de los Schmidt con los libros bajo el brazo. Mi idea fue aceptada con entusiasmo, y después del té empezó la lectura. Yo leí en la primera velada; en la segunda le tocó a Sternberg; a la siguiente leí yo otra vez y así sucesivamente hasta terminar la novela. Esto influyó magníficamente en Sternberg. Después de *Nicolás Nickleby* leímos en el mismo orden *El castillo de Kenillworth*, después *La beldad de Perth* y otras novelas de Walter Scott. Muchas veces estábamos allí hasta pasada la medianoche, y sin darnos cuenta llegaron las fiestas de Navidad. Sternberg casi se ha recobrado, por lo menos trabaja y no está ya tan triste. Si Dios quiere, esto le pasará. ¡Adiós, mi querido padre! No le prometo escribir pronto porque se acercan las fiestas y yo, gracias a Sternberg, ya tengo algunos conocidos más, amistades que debo conservar. Para las fiestas me he hecho un par de trajes y un abrigo de paño inglés, exactamente igual que el que lleva Sternberg, para que los Schmidt no nos llamen en vano Cástor y Pólux. Para la primavera pensamos encargar dos capotes de camelote. Ahora suelo tener dinero. He empezado a pintar retratos a la acuarela, al principio por amistad, pero después he comenzado por dinero, pero aún no se los muestro a Karl Pávlovich, tengo miedo. Me atengo más al estilo de Sokolov; Gau no me gusta, es demasiado dulzón. Pienso ocuparme del estudio del francés, es necesario. Una viuda, entrada en años, me ofreció sus servicios con la condición de que yo enseñe a dibujar a su hijo. Es un mutuo favor. Eso no me gusta, primero, porque hay que ir muy lejos (al callejón Ertelev) y segundo, porque estar ocupado dos horas con un chiquillo mimado es una tarea demasiado ardua. Mejor es que pase dos horas haciendo algún retrato a la acuarela y poder pagar con lo que gane al maestro de francés. Creo, y usted seguramente estará de acuerdo conmigo, que esto es mejor. Karl Pávlovich tiene a Gibbon en francés, y no lo puedo mirar in-



diferente. No sé si ha visto usted sus esbozos, o mejor dicho, el pequeño cuadro *Genserico visita Roma*. Este cuadro está ahora en el taller. Es maravilloso, como todo lo que sale de sus manos. Si usted no lo ha visto, yo haré un pequeño dibujo y se lo enviaré. También le mandaré *La fuente de Bajchisarái*. Me parece que la había ya comenzado cuando usted aún estaba aquí.

Ah, sí, casi se me había olvidado. Se prepara un acontecimiento extraordinario. Karl Pávlovich se casa. La boda se celebrará después de las fiestas. Su novia es la hija del ciudadano de honor de Riga, Timm. No la he visto, pero dicen que es una beldad asombrosa. A su hermano lo veo de vez en cuando en clase. Es alumno de Sauerweid; es un muchacho extraordinariamente guapo. Cuando todo esto se lleve a cabo, se lo describiré con los mayores detalles. Mientras, me despido de usted, mi inolvidable bienhechor”.

“Hace ya dos meses que no le escribo. Tan prolongado silencio es imperdonable, pero yo esperaba ex profeso el momento en que terminara el interesante episodio de la vida de Karl Pávlovich. En mi última carta le escribía sobre la supuesta boda. Ahora le describiré con detalle cómo se llevó a fin y cómo se desmoronó todo.

El mismo día de la boda, Karl Pávlovich se vistió como de costumbre, tomó su sombrero y, al llegar al estudio, se detuvo delante de la copia del Domenichino, ya terminada. Estuvo largo rato de pie, sin decir palabra; después se sentó en el sillón. Nadie estaba en el estudio más que nosotros dos. El silencio se prolongó unos minutos más. Después, dirigiéndose a mí, dijo:

— Zampieri parece que me dice: “No te cases, te vas a perder”.

Yo no supe qué decirle, y él tomó el sombrero y se fue a casa de su novia. Aquel día no volvió a casa. No se realizaba ningún preparativo para la fiesta. Lukián, ese día, ni siquiera frió el rosbif habitual; es decir, que nada parecido a fiesta

había. En clase supe que se casaría a las ocho de la tarde en la iglesia luterana de Santa Ana, que se encuentra en la calle de Kírochnaya. Después de la clase, Sternberg y yo tomamos un carruaje y nos dirigimos a la Kírochnaya. La iglesia estaba ya alumbrada, y Karl Pávlovich, con Sauerweid y el hermano de la novia, esperaban en la iglesia. Al vernos se acercó, nos estrechó la mano y dijo: “Me caso”. En ese mismo instante entró en la iglesia la novia, y él fue a su encuentro. En toda mi vida no he visto ni veré una mujer tan bella. Durante la ceremonia, Karl Pávlovich estaba de pie, profundamente pensativo. Ni una sola mirada dirigió a su hermosa novia. Terminada la ceremonia, nosotros felicitamos a los dichosos cónyuges, los acompañamos hasta el carruaje y por el camino, entramos en el restaurante de Klei, cenamos y nos bebimos una botella de Clicquot a la salud de los jóvenes cónyuges. Todo esto tenía lugar el 8 de enero de 1839. Y en casa de Karl Pávlovich la boda terminó también con botellas de Clicquot. Ni aquel día, ni en los siguientes, hubo fiesta alguna.

Una semana después tropecé con él en el corredor, por cierto, en frente del piso del conde Tolstói. Me invitó a su casa y me sentó a la mesa. Mientras esperábamos la comida, él dibujaba no sé qué en su álbum, y a mí me hizo que leyera *Quentin Durward*, de Walter Scott. No había hecho más que empezar a leer, cuando me detuvo y gritó con voz bastante fuerte: “¡Emilia!” Un minuto más tarde entró la beldad deslumbradora, su esposa. Yo le hice una torpe reverencia, y él dijo:

— Emilia, ¿dónde nos paramos? No, siéntate, lee tú misma. Escuche usted con qué maestría lee en ruso.

Al principio, ella no quería leer, pero después abrió el libro, leyó algunas frases con marcado acento alemán, se echó a reír a carcajadas, dejó el libro y se fue corriendo. El la llamó de nuevo y, con la ternura de un enamorado, le rogó que se sentara al piano y cantara la famosa cavatina de la ópera *Norma*. Sin melindre alguno se sentó al piano y, después

de algunos acordes, empezó a cantar. Su voz no era fuerte ni efectista, pero era tan dulce, tan encantadora, que yo la escuchaba y no podía creer que oía el canto de un ser mortal, terrenal, sino la de una hada celeste. No le puedo decir ahora con fundamento de causa si era la influencia mágica de su hermosura, o en realidad, cantaba bien, pero aún ahora me parece oír su encantadora voz. Karl Pávlovich también permanecía embelesado por su canto, pues, con las manos cruzadas sobre su álbum, no advirtió que entró Lukián y repitió dos veces: “La comida está servida”.

Después de comer nos sirvió Lukián fruta y una botella de “lágrimas de Cristo”. Sonaron las cinco y les dejé sentados a la mesa. Yo me fui a clase. Al despedirme, Karl Pávlovich me tendió la mano y me rogó que fuera a comer con ellos cada día. Yo quedé entusiasmado por tal invitación.

Después de las clases les encontré en el malecón y me acerqué a ellos. Muy pronto se fueron a casa y me invitaron a ir con ellos. Cuando estábamos tomando el té, Karl Pávlovich leyó el *Angelo* de Pushkin, y nos contó que el difunto poeta le pidió que le hiciera un retrato a su esposa, y él se negó sin el menor miramiento, porque su mujer era bizca. El le propuso a Pushkin hacerle su propio retrato, pero Pushkin le pagó con la misma moneda. Poco después el poeta murió y nos dejó sin retrato. Kiprenski lo representó como a un dandy y no como a un poeta.

Después del té, la joven y encantadora dueña nos enseñó a jugar al *halb-zwölf*. Conmigo perdió veinte kopeks, y por perder también con su marido tuvo que interpretar al piano la cavatina de *Norma*. Después de tan formidable final les di las gracias a la deliciosa dueña y al dueño y me fui a casa. Era ya más de medianoche. Sternberg aún no dormía, me estaba esperando. Sin quitarme el sombrero, le conté mis andanzas y él me dijo que era yo un afortunado.

— Puedes tenerme también envidia —añadió—. El gobernador de la región de Orenburgo me invita a pasar en su casa el verano. Hoy he estado a ver a Vladímir Ivánovich

Dal y nos hemos puesto de acuerdo sobre el viaje. La semana próxima nos despediremos.

Esta noticia me dejó perplejo. Durante largo rato no pude pronunciar palabra, y al volver en sí, le pregunté:

— ¿Pero cuándo has tenido tiempo de arreglarlo todo?

— Hoy. A eso de las diez, Grigoróvich me ha mandado un recado, rogándome que fuera a verle. Me presenté y me propuso el viaje. Di mi conformidad y fui a ver a Dal, y asunto terminado.

— ¿Pero qué voy a hacer sin ti? ¿Cómo voy a vivir sin ti? —le pregunté con los ojos llenos de lágrimas.

— Lo mismo que yo sin ti. Estudiaremos, trabajaremos y no nos daremos siquiera cuenta de nuestra soledad. ¿Sabes qué? Mañana comemos en casa de Joachim. El te conoce y me ha rogado que te lleve conmigo. ¿De acuerdo?

— De acuerdo —le contesté, y nos acostamos.

Al día siguiente comimos en casa de Joachim. Es el hijo del conocido carrocero Joachim, un alemán muy sencillo y de una educación perfecta. Después de la comida nos mostró su colección de estampas y, por cierto, algunos cuadernos de magníficas litografías de la galería de pinturas de Dresde, que acababan de recibir. Como era sábado, pasamos también allí la noche. Cuando tomábamos el té, se trató en la conversación del amor y de los enamorados. El pobre Sternberg estaba como sobre ascuas. Yo procuré dar otro giro a la conversación, pero Joachim, como adrede, atizaba más el fuego y, para concluir, contó la siguiente anécdota que le ocurrió a él:

— Cuando me enamoré de mi Adelheida y ella no me hacía caso, decidí suicidarme. Pensé matarme por asfixia. Hice todos los preparativos: escribí varias esquelas a distintos amigos y también a ella (señaló a su mujer). Saqué una botella de ron y mandé que me trajeran una estufa con carbón, astillas y una candela. Cuando ya todo estaba preparado cerré con llave la puerta, llené un vaso de ron, me lo bebí y empecé a soñar en *El festín de Baltasar* de Martín. Repetí la dosis y dejé de soñar. Avisados de mi prematura y trágica muerte,

mis amigos vinieron corriendo a casa, derrumbaron la puerta y me encontraron borracho como una cuba. Resulta que me había olvidado de encender la estufa; si no, hubiera muerto, sin duda alguna. Después de este suceso, ella se hizo más condescendiente y, por fin, consintió que yo fuera su marido.

Concluyó su relato con un buen vaso de ponche.

Joachim me gustó mucho por su manera de ser, y me comprometí a visitarle con frecuencia.

El domingo lo pasamos en casa de los Schmidt; después regresamos a las once a casa, y ya habíamos empezado a quitarnos el abrigo, cuando Sternberg, al ir a sacar el pañuelo del bolsillo, sacó en su lugar un prospecto.

— ¡Me había olvidado! Hoy en el Gran Teatro hay baile de máscaras —dijo Sternberg, desplegando el prospecto—. ¿Vamos?

— ¿Por qué no? Vamos. Aún es pronto para acostarnos —acepté y poniéndonos los fracs en lugar de las levitas, fuimos primero a la tienda de trajes del Puente Policiaco, alquilamos unos capuchones y antifaces negros, y nos encaminamos al Gran Teatro. La esplendorosa sala se iba llenando rápidamente de máscaras, retumbaba la música y entre el ruido de la conversación general chillaban pequeños capuchinos. Pronto empezó a hacer calor, y la careta se me hizo insoportable, me la quité y Sternberg hizo lo mismo. Puede ser que a alguien le pareciera extraño, pero a nosotros no nos importaba nada.

Nos dirigimos a las salas altas laterales a respirar un poco; allí no hacía tanto calor ni había tanto público. Ni siquiera para burlarse nos perseguía ninguna máscara. Pero en la escalera tropezamos con Elkán, aquel mismo señor con gafas que me presentó una vez Mijáilov. Me reconoció, así como a Sternberg y, riéndose a carcajadas, nos estrechó en sus brazos. Mientras, se le acercó un joven alférez de navío y nos lo presentó, llamándolo su buen amigo Sasha Obolonski. Eran ya las tres de la madrugada cuando subíamos arriba. En una de las salas laterales, una mesa puesta y el publicó que masticaba a dos carrillos, me despertaron el apetito. Se lo dije

en voz baja a Sternberg y éste expresó en voz alta su deseo de comer. Pero Elkán y Obolonski rechazaron esta idea y propusieron ir a casa del inmutable Klei y cenar allí como era debido.

— Porque —añadió Elkán—, aquí no nos darán de comer y nos cobrarán diez veces más caro.

Todos expresamos unánimemente nuestra conformidad y nos dirigimos a casa de Klei.

El joven alférez de navío me gustó mucho por su viveza. Hasta ahora yo me encontraba solamente con mis sencillos camaradas, y ésta era la primera vez que veía a un joven de la alta sociedad. Los dimes y diretes le salían a torrentes, y sabía un sinfín de cancioncillas de zarzuela. Un verdadero encanto era este joven. Estuvimos en casa de Klei hasta el amanecer, y como el gallardo alférez de navío estaba ya un poco bebido, lo llevamos a nuestro piso. De Elkán nos despedimos en la posada.

¡Ya ve usted cómo vivo actualmente! Ando de juerga por los carnavales, como en las posadas. Gasto el dinero como quiero. ¡Hace mucho tiempo que brillaba sobre el Nevá aquella inolvidable mañana, cuando usted, por primera vez, me vio en el Jardín de Verano delante de la estatua de Saturno! ¡Inolvidable mañana, mi inolvidable bienhechor! ¿Cómo y de qué digna manera se lo podré agradecer? A excepción de mis sinceras y cordiales lágrimas, nada más tengo.

A las nueve, como de costumbre, fui a clase. Sternberg se quedó con nuestro invitado en casa, éste aún dormía. A las once fui a ver a Karl Pávlovich y recibí una gentil amonestación de la gentilísima Emilia Kárllovna. Hasta las dos de la tarde jugamos al *halb-zwölf*. Ella quería que me quedara a comer con ellos. Estaba a punto de aceptar, cuando Karl Pávlovich señaló que no debía faltar a las clases, y yo, avergonzado hasta ponerme rojo, me fui a clase. A las tres me presenté de nuevo, y a las cinco los dejé sentados a la mesa y marché otra vez a clase.

Así pasaba yo todos los días en su casa, a excepción de los sábados y domingos. El sábado pertenecía a Joachim, y el domingo lo pasaba en casa de Schmidt y Fitztum. Usted se habrá dado cuenta de que todos mis conocidos son alemanes, ipero qué alemanes tan magníficos! Estoy simplemente enamorado de ellos.

Sternberg ha estado atareado toda la semana con los preparativos de su viaje y, seguramente, se habrá olvidado de algo. Nada extraño, pues es propio de su manera de ser. El sábado fuimos a casa de Joachim; allí nos encontramos con el viejo Kolman, conocido acuarelista y maestro de Joachim.

Después de la comida, Kolman forzó casi a su alumno para que nos enseñara sus estudios de árboles, lo que éste hizo con poco agrado. Los estudios son a lápiz sobre papel gris, y están tan bien hechos, tan bien remarcados, que no me cansaba de admirarlos. Por uno de dichos estudios recibió la segunda medalla de plata, y el buen Kolman, como triunfo de su alumno, ponía sobre las nubes este dibujo y juraba por todos los santos que él mismo no lo sabría hacer tan bien.

Como a Sternberg sólo le quedaban dos días de estar entre nosotros, Joachim le preguntó cómo pensaba pasarlos. Parece ser que Sternberg no había pensado en ello, y Joachim propuso lo siguiente: mañana, es decir, el domingo, visitar las galerías de Stróganov y Yusúpov, y el lunes, el Ermitage. Esta proposición fue aceptada, y al día siguiente fuimos a casa de Joachim y de allí a la galería de Yusúpov. Anunciaron al príncipe que tales y tales pintores pedían permiso para ver la galería, a lo cual el cortés dueño ordenó nos transmitirían que hoy era domingo y que hacía un tiempo magnífico, y nos aconsejaba, por lo tanto, en vez de gozar mirando obras de arte, que gozáramos del magnífico tiempo que hacía. Como es comprensible, no nos quedó más remedio que agradecer al príncipe su cortés consejo. Para no escuchar semejante consejo en casa de Stróganov, nos encaminamos al Ermitage, y durante unas tres horas estuvimos gozando como verdaderos

admiradores del maravilloso arte. Comimos en casa de Joachim, y pasamos la noche en el teatro.

Sternberg recibió el lunes por la mañana una esquila de Dal. Vladímir Ivánovich le escribía que a las tres estuviera preparado para partir. Sternberg fue a despedirse de sus amigos, y yo me puse a hacer sus maletas. A las tres ya estábamos en casa de Dal, y a las cuatro Sternberg y yo nos dimos el beso de despedida en Barrera Media de Portazgo. Ya solo, regresé a Petersburgo casi llorando. Pensaba ir a casa de Joachim, pero necesitaba soledad, y tampoco quise ir a casa. Temía el vacío que me agobiaría allí. Dejé al cochero en la entrada de la ciudad y seguí a pie. El espacio que recorrí no me fatigó, como pensaba, y seguí andando largo rato por el malecón frontero a la Academia. En casa de Karl Pávlovich ardía la luz. Pronto se apagó, y un minuto después salía con su esposa al malecón. Yo, para no tropezarme con ellos, me metí en mi casa y, sin encender la luz, me quité la ropa y me acosté.

Ahora casi nunca estoy en casa. Me aburro y me agobia la ausencia de Sternberg. Mijáilov vive conmigo, pero, como antes, no aparece por casa. También ha hecho conocimiento (no sé dónde) con Obolonski, el alférez de navío; seguramente en casa de Elkán. Obolonski viene con frecuencia por la noche, y si Mijáilov no está en casa se acuesta en su cama. Este joven empieza a gustarme menos que antes; o acaso sea aburrido o me lo parece, porque yo mismo soy muy distinto de como era antes. Efectivamente, frecuento las clases igual que antes, con regularidad, pero trabajo con indolencia. Karl Pávlovich lo ha notado. Yo lo siento mucho, pero no sé cómo corregirlo. Emilia Kárllovna es muy amable conmigo, igual que antes y, como antes, juega conmigo al *halb-zwölf*. Poco después de haber partido Sternberg, Karl Pávlovich me dijo que preparara los lápices y papel. Quiere dibujar doce cabezas, tomando como modelo a su esposa en distintas posturas, para el cuadro de la balada de Zhukovski *Las doce vírgenes durmientes*. No obstante, el papel y los lápices no son utilizados de momento.



Esto ocurría a fines de febrero. Como de costumbre, comía con ellos. Aquel día fatal, ella me pareció especialmente encantadora. Durante la comida me agasajó con vino y fue tan amable, que cuando sonaron las cinco yo estaba dispuesto a olvidar que tenía que ir a clase, pero ella me lo recordó. Nada podía hacer. Me levanté de la mesa y salí sin despedirme, prometiendo volver después de terminada la clase y ganarle jugando al *halb-zwölf*.

Después de las clases entré, como había prometido, en su casa. Me recibe Lukián en la puerta y me dice que el señor había dado la orden de no recibir a nadie. Quedé muy asombrado ante tal cambio, y me fui a casa. Contra la costumbre, me encontré con Mijáilov y con el gallardo alférez de navío. La velada pasó volando, charlando alegremente. A eso de las once se fueron a cenar y yo me acosté.

Al día siguiente por la mañana, al salir de clase, entré en casa de Karl Pávlovich, pasé a su estudio y me recibió muy alegre con estas palabras:

— ¡Felicítame, soy soltero!

Al principio no le comprendí, pero él me lo repitió otra vez. Aún no lo creía, y añadió en tono ya no alegre:

— Mi esposa ayer, después de la cena, se fue a casa de la Sauerweid y no volvió.

Más tarde ordenó a Lukián que le dijera a Lipin que le diera la paleta y los pinceles. Un minuto después ya lo tenía todo preparado y se sentó a trabajar. En el caballete estaba el retrato del conde Musin-Pushkin. Empezó a pintar. A pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarse indiferente, no le salía el trabajo. Por fin dejó a un lado la paleta y los pinceles y se expresó así, como si hablara para sí mismo:

— ¿Pero es posible que eso me inquiete tanto? No puedo trabajar.

Y se fue arriba.

A eso de las dos fui a clase, no convencido aún de lo que había ocurrido. A las tres salí de clase y no sabía qué hacer, ir a su casa o dejarle en paz. Lukián me vio en el pasillo y resol-

vió mi dilema, diciéndome: “El señor le ruega que venga a comer”. Comí, no obstante, solo, y Karl Pávlovich no tocó absolutamente nada, ni se sentó a la mesa. Se quejaba de dolores de cabeza, pero fumó un cigarro. Al día siguiente tuvo que guardar cama y estuvo enfermo dos semanas. Durante este tiempo no me separé de él. Hubo momentos en que deliraba, pero ni una sola vez pronunció el nombre de su esposa. Por fin comenzó su convalecencia, y una tarde invitó a su hermano Alejandro y le pidió que le recomendara un abogado que se encargara de formalizar el divorcio. Ahora ya sale, y ha encargado a Dovizieli un lienzo grande. Piensa comenzar el cuadro *Asunción de Nuestra Señora* para la Catedral de Kazán, y mientras espera el lienzo y la llegada del verano, ha iniciado el retrato del príncipe Alexandr Nikoláievich Golitsin de cuerpo entero y de Fiódor Ivánovich Priánishnikov. El viejo estará sentado, de frac gris y con la cinta de la orden de San Andrés.

No le escribo nada más acerca de los rumores que sobre Karl Pávlovich corren en la ciudad y en la misma Academia. Estos rumores son en extremo absurdos e indignantes, hasta tal punto que pecado es repetirlos. En la Academia, la opinión general es que el autor de estas vilezas es Sauerweid, y tengo fundamentos para creerlo. Que todo pase, y después ya le comunicaré mis sospechas. Mientras se acumulan y elaboran nuevos testimonios, me despido de usted, mi inolvidable bienhechor.

P. S. Recibí carta de Sternberg, escrita desde Moscú. ¡Bonachón de Vilia! Tampoco lo olvida a usted, le saluda respetuosamente y le ruega que si, por casualidad, ve en Ucrania a la señora Búrtseva, la sobrina de Tarnovski, le exprese de su parte su más profundo respeto. ¡El pobre Sternberg aún se acuerda de ella!”

No inserto la carta que sigue a ésta, ya que a excepción de los cotilleos más viles, dirigidos contra Karl Pávlovich, nada contiene y semejantes cosas no deben incluirse en el relato

sobre una de las personas más nobles que yo conozco. Su desdichado matrimonio terminó con un compromiso común, es decir, con el divorcio, por el cual él le pagó a ella 13.000 rublos en billetes de banco. Esto es lo de mayor interés de la carta.

“Como si no hubiéramos tenido el grisáceo verano de Petersburgo. En la calle reina el otoño húmedo y putrefacto, pero en nuestra Academia hay una brillantísima exposición. ¿Por qué no viene usted a echarle un vistazo? Para mí sería un enorme placer verle aquí. En cuanto a pintura, entre los trabajos realizados por los alumnos no hay nada que merezca la pena de ser visto, a excepción del programa de Petrovski *La aparición del Ángel ante los pastores*. Pero los escultores se han distinguido, entre ellos Ramazánov y Stavásser, sobre todo este último. Ha hecho la estatua redonda de un joven pescador, ¡pero con qué maestría! Es una preciosidad, en particular la viva expresión del rostro, la respiración contenida, vigilante la cara a los movimientos del flotador. Recuerdo que cuando la estatua estaba aún hecha de arcilla, Karl Pávlovich entró casualmente en el gabinete de Stavásser y, contemplando admirado su estatua, le aconsejó que ahondara un poco el labio inferior del pescador. Así lo hizo, y cambió la expresión. Stavásser estaba dispuesto a postrarse, como ante un dios, ante el gran Briulov.

En cuanto a pintura, le diré que solamente por ver un cuadro de Karl Pávlovich vale la pena venir de China, no digo ya de Ucrania. Es un prodigio. De una sentada concibe y termina un cuadro, y ahora agasaja al ansioso público con su divina obra. ¡Grande es su gloria e inconmensurable su genio!

¿Qué le puedo decir de mí? He recibido la primera medalla de plata por un estudio del natural. He pintado, además, un pequeño cuadro al óleo: *Un niño huérfano compartiendo sus limosnas con un perro al pie de una valla*. Esto es todo. Durante el verano he trabajado constantemente en las clases,

y por la mañana temprano iba con Joachim al cementerio de Smolensk a dibujar bardanas y árboles. Me estoy enamorando más y más de Joachim. Nos vemos casi a diario, él asiste con asiduidad a las clases nocturnas. Ha hecho buena amistad con Karl Pávlovich y se visitan con frecuencia. A veces nos permitimos dar algún paseo por las islas Petrovski y Krestovski con el fin de dibujar algún abeto negro o algún abedul blanco. Dos veces fuimos a pie a Párgolovo, y allí se lo presenté a los Schmidt. Estos, en verano, viven en Párgolovo. Joachim está muy contento de tener amistad con ellos. Naturalmente, pues ¿quién puede estar descontento de la familia Schmidt?

Le voy a contar un caso divertido que me ocurrió hace poco. En el mismo piso que yo vivo se ha instalado, no hace mucho, un funcionario con su familia. Esta se compone de su mujer, dos hijos y una sobrina, hermosa muchacha de unos quince años. Ahora le contaré de qué modo me enteré de todos estos detalles.

Usted recuerda muy bien su apartamento: la puerta de la pequeña antesala da al pasillo. Una vez abrí la puerta y, figúrese mi asombro, veo ante mí a una hermosa muchacha, azorada y roja como la grana. No supe qué decirle, y después de estar callado unos minutos la saludé. Ella, cubriéndose el rostro con las manos, desapareció corriendo por la puerta vecina. No pude comprender lo que significaba todo aquello, y después de mucho cavilar y suponer me fui a clase. Trabajé mal, aún me inquietaba la misteriosa muchacha. Al día siguiente tropecé con ella en la escalera y se ruborizó como la vez anterior. De nuevo quedé absorto. Un minuto más tarde soltó una carcajada, pero su risa era tan infantil, tan franca, que yo no lo resistí e hice lo mismo. Por la escalera se oyeron unos pasos que calmaron nuestra risa. Ella se puso el dedo en los labios y se fue corriendo. Yo subí la escalera sin hacer ruido, entré en la habitación, aún más intrigado que la primera vez. Durante varios días no me dejó tranquilo. Yo salía con frecuencia al corredor con la esperanza de ver a mi misteriosa

conocida, pero si ella salía al pasillo, se escondía tan rápidamente, que yo no llegaba siquiera a saludarla, no digo ya a hacerle una reverencia. Así pasó toda una semana. Empezaba ya a olvidarla, cuando mire usted lo que ocurrió. El domingo, a eso de las diez de la mañana, entra Joachim y, ¿adivina usted a quién traía consigo? Pues a mi misteriosa beldad, colorada como la grana.

— He cazado a un ladrón en su casa —dijo riéndose.

Al mirar a la misteriosa traviesa, yo mismo me ruboricé no menos que el ladrón cazado. Joachim se dio cuenta y, soltando el brazo de la hermosa muchacha, sonrió malicioso. La beldad liberada no desapareció, como se podía suponer, sino que se quedó, y después de componerse el pañuelito y la trenza, miró a su alrededor y dijo:

— Pues yo creía que usted se sentaba precisamente delante de la puerta y dibujaba, pero resulta que está allí, en la otra habitación.

— Y si dibujara enfrente de la puerta, ¿qué pasaría entonces? —preguntó Joachim.

— Entonces yo miraría cómo pinta por el agujero de la cerradura.

— ¿Para qué mirar por el agujero? Estoy seguro de que mi camarada es tan cortés, que le permitirá estar en la habitación mientras él trabaja.

Y yo, como confirmando las palabras de Joachim, asentí con una inclinación de cabeza e invité a la joven a que se sentara. Ella, sin prestar atención a mi cortesía, se dirigió al caballete, donde estaba el retrato de la señora Sólova, recién empezado. Cuando ya comenzaba a manifestar su admiración por la beldad pintada, se oyó una voz estridente en el pasillo:

— ¿Pero dónde se ha perdido? ¡Pasha!

La muchacha se estremeció y se puso pálida.

— Mi tía —pronunció, y se lanzó a la puerta. Se detuvo en el umbral y, poniéndose el dedo en los labios, estuvo así parada un minuto, y desapareció.

Después de reírnos por esta original aventura, Joachim y yo nos fuimos a casa de Karl Pávlovich.

Este hecho es insignificante, pero me parece que me tiene inquieto, lo tengo fijo en la cabeza, y pienso en él constantemente, Joachim, a veces, se burla de mi estado meditabundo, lo cual no me agrada. Hasta lamento que ocurriera tal caso en su presencia.

Hoy he recibido carta de Sternberg. Se prepara para no sé qué expedición a la región de Jivá y escribe que no le espere en Petersburgo hasta las fiestas, como escribía antes. Me aburro sin él. Para mí nadie lo puede reemplazar. Mijáilov se fue con su alférez de navío a Cronstadt, y hace ya más de dos semanas que no lo veo. Magnífico pintor y persona nobilísima, ipero no hay otro más desordenado que él! En su ausencia he invitado a vivir conmigo, por recomendación de Fitztum, al estudiante Demski, joven polaco, sencillo y de excelente instrucción, pobre por añadidura. Pasa los días enteros en la sala de estudios, y por las tardes me enseña el francés y lee a Gibbon. Dos veces a la semana, por las tardes, voy a la sala de la Sociedad Libre de Economía a escuchar las conferencias de física que da el profesor. . . Con Demski voy también una vez por semana a escuchar las conferencias de zoología del profesor Kutorga. Como puede ver, no pierdo el tiempo en vano. No tengo siquiera tiempo para aburrirme, pero, sin embargo, me aburro. Siento que me falta algo, y yo mismo no sé qué es. Karl Pávlovich ahora no hace nada y casi no vive en su casa. Lo veo muy raras veces y eso solamente en la calle. ¡Adiós, mi inolvidable, mi bienhechor! No prometo escribirle pronto. Paso el tiempo muy aburrido, monótono, no sé qué escribir y no quisiera que usted dormitase leyendo mis monótonas cartas, igual que dormito yo ahora escribiendo este mensaje. ¡Una vez más, adiós!”

“Le engañé. No le había prometido escribirle pronto, pero aún no ha pasado un mes después de mi último mensaje, y de nuevo comienzo otro. Un acontecimiento me obliga a

ello. Ese acontecimiento le ha engañado a usted y no yo. Sternberg ha caído enfermo en la expedición a Jivá, y el inteligente y buen Dal le aconsejó que dejara el campamento militar y regresara a casa. De manera completamente inesperada se me presentó el 16 de diciembre por la noche. Si yo hubiese estado solo en la estancia, lo hubiera tomado como una aparición y no me hubiera asustado, naturalmente, pero se encontraba Demski en casa. Estábamos traduciendo el capítulo más alegre del *Hermano Jacobo* de Paul de Coq, y, por lo tanto, la aparición de Sternberg me pareció casi un fenómeno natural, aunque mi asombro y alegría no disminuyeron por ello. Después de los primeros besos y abrazos, lo presenté a Demski, y como sólo eran las diez nos fuimos al "Berlín" a tomar té. Como es lógico, pasamos la noche haciéndonos preguntas y contándonos cosas. Al amanecer, Sternberg, agotado, se durmió, y yo esperé la mañana y la emprendí con su cartera, tan abultada como la que trajo el pasado año de Ucrania. Ahora, en estos dibujos, la naturaleza y la gente son distintas. A pesar de que todo es precioso y expresivo, resulta diferente por completo, a excepción de la melancolía, pero ello puede ser reflejo del alma meditabunda del artista. En todos los retratos de Van Dyck el rasgo dominante es la inteligencia y la nobleza, y ello se explica porque el propio pintor era inteligente por excelencia y nobilísimo. Así concibo yo la expresión general de los magníficos dibujos de Sternberg.

¡Oh, si usted supiera cuán alegremente, con qué inexplicable rapidez, no digo pasan, sino vuelan los días y las noches! Tan alegremente, con tanta rapidez, que me falta tiempo para aprender las leccioncillas del señor Demski, y corro el peligro de que él se niegue a seguir enseñándome. Pero Dios me guarde, no voy a llegar a tanto. Nuestra amistad ni ha disminuido ni ha aumentado, pero todos se han puesto tan contentos, tan alegres, que no hay manera de quedarme en casa. Aunque debo decirle que también en casa tengo momentos agradables, encantadores. Se trata de mi vecina, de aquella ladronzuela que Joachim cazó en mi puerta. ¡Pero qué ser

más inocente y hermoso! És una verdadera criatura, de lo más hermoso e inocente. Varias veces al día viene corriendo, da unos saltitos, murmulla algo y sale volando como un pajarillo. A veces me pide que dibuje su retrato, pero no puede estar quieta más de cinco minutos, una verdadera ardilla. Hace poco necesitaba el brazo de una mujer para dibujar el retrato de una dama, y le pedía que posara su mano; ella, que es muy buena, dio su conformidad. ¿Pero, qué cree usted?, ni un segundo pudo estar quieta. ¡Pero qué criatura! Por muchos esfuerzos que hice, nada conseguí, y por fin tuve que invitar a una modelo para pintar el brazo. ¿Y qué cree usted? Apenas se había sentado la modelo y tomé la paleta, entró corriendo la vecina, vivaracha, riéndose como siempre y en cuanto vio a la modelo quedó estupefacta, después rompió a llorar y, como un tigrezo, se lanzó sobre ella. Yo no sabía qué hacer. Mi suerte fue que di con una mantilla de terciopelo carmesí, perteneciente a la dama, cuyo retrato pinto. Tomé la mantilla y se la puse en los hombros. Ella se tranquilizó, se acercó al espejo, se estuvo admirando por espacio de un minuto, tiró después la mantilla al suelo, escupió sobre ella y salió corriendo de la habitación. Yo dejé libre a la modelo, y, como antes, el brazo ha quedado sin terminar.

Durante tres días, después de este suceso, la vecina no apareció por mi habitación. Si tropezaba conmigo en el pasillo, se cubría el rostro con las manos y salía corriendo hacia el lado contrario. Al cuarto día, cuando acababa yo de venir de clase y empezaba a preparar la paleta, entró la vecinita tan modosa y quieta, que no la reconocí. Sin decir palabra, se remangó el brazo hasta el codo, se sentó en la silla y tomó la posición de la dama que pintaba. Yo, como si nada hubiera pasado, tomé la paleta y los pinceles y empecé a trabajar. Una hora después el brazo ya estaba terminado. Le di mil veces las gracias por su amabilidad, pero ella ni sonrió siquiera, se levantó, bajó la manga y, sin pronunciar palabra, salió de la habitación. Debo reconocer que esto me afectó en lo más vivo, y ahora me rompo la cabeza pensando cómo resta-



blecer la armonía que existía entre nosotros. Así pasaron vários días más, y parece que la armonía se iba restableciendo. Ya no huía de mí cuando me veía en el pasillo, y a veces hasta sonreía. Ya empezaba yo a creer que de un momento a otro se iba a abrir la puerta de par en par y entraría volando mi pajarito de plumas rojas. Pero la puerta no se abría y el pajarito no aparecía. Empecé a inquietarme y a inventar alguna trama para atrapar al pérfido pajarillo. Y cuando mi preocupación alcanzó su punto culminante y se hacía ya insufrible no solamente para mí, sino también para el bonachón de Demski, en ese preciso momento aparece, como ángel llegado del cielo, Sternberg procedente de la estepa de Kirguizia.

Ahora vivo sólo con Sternberg y para Sternberg, de modo que si no viera a la vecina en el pasillo alguna que otra vez, podría ocurrir que la olvidara por completo. Ella tiene unos deseos locos de entrar en mi cuarto, mas, por desgracia, Sternberg está continuamente en casa, y si se marcha yo salgo también con él. No obstante, durante las fiestas, ella no pudo resistir. Como por las tardes no estamos en casa, una mañana se puso una máscara y entró corriendo. Yo fingí no conocerla. Largo rato estuvo dando vueltas y hacía todo lo posible para que la reconociera, pero yo seguía fingiendo. Por fin no aguantó más, se acercó a mí y dijo casi en voz alta:

— ¡Qué pesados! ¿Pero no ven que soy yo?

— Cuando se quite usted la careta —le dije en voz baja—, entonces, sabré quién es.

Ella se azaró un poco, se quitó después la careta y yo la presenté a Sternberg.

Desde aquel día todo marchó como antes. Al igual que conmigo, tampoco guardaba ceremonias con Sternberg. Nosotros la mimamos con toda clase de golosinas y la tratamos como buenos hermanos.

— ¿Quién es? —me preguntó una vez Sternberg.

No supe qué contestar a esta inesperada pregunta. Nunca me vino a la cabeza preguntárselo.

— Seguramente debe ser huérfana o hija de la madre más descuidada —siguió diciendo—. De todos modos, da lástima verla. ¿Sabe, por lo menos, leer y escribir?

— Tampoco lo sé —contesté indeciso.

— Deberías darle algo para leer, su mente no estaría tan ociosa. Por cierto, entérate si sabe leer y yo le regalaré un libro muy edificante y magníficamente editado: *El vicario de Wakefield* de Goldsmith. Una traducción magnífica, y la presentación también.

— Te habrás dado cuenta de que yo me siento hoy en estado de predicar moral. Por ejemplo, surge una pregunta: ¿en qué pueden terminar las visitas de esta inocente juguetona?

Un ligero escalofrío me corrió por todo el cuerpo, pero me repuse en seguida y contesté.

— Creo que en nada.

— Así lo quiera Dios —dijo, y quedó pensativo.

Siempre me admiro de su noble, de su infantil e indolente fisonomía, pero en este momento su rostro no me pareció tan infantil; era la fisonomía del hombre maduro capaz de preocuparse no solo de su suerte. No sé por qué, pero me vino a la imaginación Tarnóvskaya, y, como si hubiera adivinado mi pensamiento, me miró y suspiró profundamente.

— Cuidala, querido, —me dijo—, o guárdate de ella. Compórtate como tú mismo lo sientas, pero recuerda y no olvides que la mujer es una cosa sagrada e inviolable y tan seductora al mismo tiempo, que ninguna fuerza de voluntad puede contrarrestar esta seducción, salvo el sentimiento de amor evangélico más inspirado. Solamente él es capaz de salvaguardar a ella de la deshonor, y a nosotros, del reproche eterno. Armate de este precioso sentimiento, como el caballero se arma con su coraza y ataca al enemigo con hombría.

Calló por un instante.

— He envejecido horriblemente desde el año pasado —continuó mientras sonría—. Mejor será que vayamos a la calle. En la habitación me sofoco, no sé por qué.

Anduvimos largo rato por la calle, regresamos a casa sin pronunciar palabra y nos acostamos.

Por la mañana temprano yo fui a clase y Sternberg quedó en casa. A las once volví y ¿qué veo? El profesor moralista de ayer había engalanado a mi vecina con un gorrito tártaro de piel de castor, guarnecido por arriba de terciopelo, y con una borlita de oro. Lucía también una blusa tártara de seda roja; él mismo se había puesto un gorro de Bashkiria puntiagudo, tocaba a la guitarra la cachucha, y mi vecina bailaba como si fuera la propia Taglioni.

Yo, naturalmente, expresé mi asombro, pero ellos ni me miraron y seguían su cachucha como si nada ocurriera. Después de hartarse de bailar, la muchacha se quitó el gorro y la blusa y salió corriendo al pasillo. El moralista dejó la guitarra y se echó a reír como un loco. Estuve aguantando largo rato, pero por fin no resistí más, y me puse a reír tan sinceramente, que hasta ahogué su risa. Después de reír a más no poder, nos sentamos en unas sillas, uno frente al otro. Al cabo de una pausa, Sternberg comenzó diciendo:

— Es la criatura más seductora que he visto en mi vida. Quería haberla dibujado como una tártara, pero apenas se vistió, empezó a bailar la cachucha y yo, como viste, no pude resistir la tentación y, en vez de tomar el lápiz, me agarré a la guitarra. Y ya sabes lo que pasó después. Pero entérate de lo que no sabes. Antes de ponerse a bailar la cachucha, me contó su historia, es cierto que muy lacónicamente, pues creo que ella misma no conoce los detalles, pero si no hubiera sido por ese maldito gorrito, no se hubiera detenido en la mitad del relato; en cuanto vio el gorro, lo tomó, se lo puso y todo quedó olvidado. Puede que contigo sea más explícita. Ruégala que te lo cuente; su historia debe ser de las más dramáticas. Su padre, según dice, murió el año pasado en el hospital de Obújov.

En ese momento se abrió la puerta y entró Mijáilov, a quien hacía tiempo no veíamos, acompañado del gallardo alférez de navío. Sin andarse con preámbulos, Mijáilov nos

propuso desayunar en la taberna de Alexandr. Cambié una mirada con Sternberg y aceptamos. Yo quise mencionar la clase, pero Mijáilov soltó tal risotada, que yo, sin decir palabra, me puse el sombrero y me agarré al tirador.

— ¡Y aún quieres ser pintor! ¿Acaso es en las clases donde se forman los verdaderos grandes artistas? —pronunció solemnemente el incansable Mijáilov. Coincidimos en que la mejor escuela para el pintor es la taberna, y en buena concordia, nos dirigimos a la taberna de Alexandr.

En el Puente Policíaco nos encontramos con Elkán, que se paseaba con no sé qué boyardo de Moldavia, con quien hablaba en moldavo. Se vino también con nosotros. Raro fenómeno es este Elkán. No hay idioma que no conozca ni sociedad con la que no trate, empezando por nuestra cofradía y terminando con condes y duques. Es una especie de mago que está en todas partes y no está en ninguna: en el Malecón Inglés, en las oficinas de la compañía naviera, despidiéndose de algún conocido; en la oficina de las diligencias y hasta en el Pórtico Medio acompaña a algún moscovita; está en las bodas, en los bautizos, en los entierros; y todo ello a lo largo del día, que lo culmina estando presente en todos los teatros. Es como el ilusionista Pinetti. Algunos lo rehuyen como espía, pero yo no veo en él nada que se parezca a tales tipos. En esencia, es un hablador incansable, un buen muchacho y, por añadidura, un mal cronista satírico. Le llaman también en broma el Judío Errante, y él mismo encuentra que le va bien ese apodo. Conmigo habla solamente francés, por lo que le estoy muy agradecido, pues para mí es una buena práctica.

En vez de desayunar, comimos fuerte en la taberna de Alexandr y volvimos después a casa. Mijáilov y el alférez de navío pasaron la noche en nuestra casa, y por la mañana temprano se fueron a Cronstadt. Las fiestas de Navidad pasaron volando, es decir, fueron alegres. Karl Pávlovich me dice que me prepare para tomar parte en el concurso para la segunda medalla de oro. No sé qué va a pasar. Hace tan poco tiempo

que estudio. . . Pero con la ayuda divina voy a probar. Adiós, mi inolvidable bienhechor. No tengo más que decirle”.

“Llegaron, por fin, las Carnestolendas y la Cuaresma. Todas las fiestas han pasado ya y no le he escrito ni una palabra. No piense, mi querido, mi inolvidable bienhechor, que le he olvidado. ¡Dios me guarde de tal pecado! En todos mis pensamientos, en todos mis actos, está usted siempre presente en mi alma agradecida como el ser más luminoso y bienhechor. La causa de mi silencio es muy simple: no sé qué escribir, todo es uniforme. No se puede decir que esa uniformidad sea aburrida, monótona, antes al contrario, los días, semanas y meses pasan sin que me dé cuenta. ¡Qué bienhechor es el trabajo, tanto más si encuentra uno estímulo! Yo, gracias a Dios, nunca carezco de estímulo. En los exámenes, menos del tercer puesto nunca alcanzo. Karl Pávlovich está contento de mí, y ¿qué mayor estímulo y aliciente podría desear un artista? Soy infinitamente dichoso. Mi esbozo para el concurso ha sido aceptado sin variarlo en nada, y ya he comenzado la tarea. El tema me agrada, ya me he compenetrado con él y me he entregado a él por completo. Es una escena de la *Iliada*: Andrómaca ante el cadáver de Patroclo<sup>9</sup>. Solamente ahora he comprendido por fin cuán necesario es el estudio de la antigüedad y, en general, el estudio de la vida y el arte de los antiguos griegos y cuán provechosos me han sido en este caso mis conocimientos del francés. No sé cómo agradecersele al bueno de Demski por el gran favor que me ha hecho.

Hemos celebrado muy originalmente con Karl Pávlovich la fiesta de la Resurrección. Durante el día me dijo que tenía la intención de ir temprano a la Catedral de Kazán para mirar su cuadro a la luz de las velas y cirios y durante la procesión. Por la noche ordenó que nos sirvieran el té a las diez. Para que el tiempo pasara más desapercibido, llené de té su taza y la mía, él encendió un cigarro, se tumbó en el diván y se puso a leer en voz alta *La beldad de Perth*,

mientras que yo sólo recuerdo que iba y venía por la habitación. Después oí, confusamente, algo parecido a un trueno, abrí los ojos y vi la luz del día en la habitación: La lámpara de la mesa casi no ardía. Karl Pávlovich se había dormido en el diván, el libro estaba en el suelo, yo me vi tumbado en un sillón y escuchaba cómo disparaban los cañones. Después de haber apagado la lámpara, salí en silencio de la habitación y me fui a casa. Sternberg aún dormía. Me lavé, me cambié de ropa y salí a la calle. La gente salía ya de la iglesia de San Andrés con sus tortas de Pascua bendecidas. La mañana era verdaderamente de fiesta. ¿Sabe usted lo que más me distraía entonces? Me da vergüenza, pero debo decírselo sin falta, es necesario decírselo, pues sería un pecado callar y no comunicarle a usted cualquier pensamiento o sentimiento mío. En aquellos instantes me sentía como una verdadera criatura. Más que nada me preocupaba mi nueva capa impermeable. ¿No le parece raro? Me place estrenar cualquier cosa en día de fiesta. Pero si lo pensamos bien, no hay nada raro en ello. Al mirar los bajos de mi flamante capa, pensé: ¿Ha pasado mucho tiempo, acaso, cuando andaba yo con una bata remendada y sucia, cuando no me atrevía siquiera a pensar en tener un traje tan elegante? ¡Pero ahora! ¡Por una capa cualquiera tiro cien rublos! Como si fuera la metamorfosis de Ovidio. O como me ocurría a veces que me ganaba de cualquier manera un mísero medio rublo y me lo gastaba en una entrada de gallinero, sin elegir siquiera el espectáculo; por medio rublo reía y lloraba tan francamente, que otro en toda su vida no reirá ni llorará tanto. ¿Y hace mucho que me ocurría esto? Como si fuera ayer, no más lejos. ¡Qué transformación tan maravillosa! Ahora voy solamente al patio de butacas y muy raramente ocupo un sitio peor. Y no voy a ver la primera cosa que se da, sino procuro visitar un beneficio, o una repetición del beneficio; y si no veo los estrenos, siempre escojo lo mejor. Cierto es que ya he perdido aquella franca risa y las sinceras lágrimas, pero casi no lo siento. Al recordar todo ello, le recuerdo a usted, inolvidable

bienhechor mío, y aquella santa mañana en que el mismo Dios hizo que pusiera usted sus ojos en mí en el Jardín de Verano, para sacarme del lodo y de la miseria.

He celebrado la fiesta con la familia Uvárov. No vaya a creer que con los condes, Dios me guarde; no vuelo aún tan alto. Es una familia sencilla de comerciantes, pero tan buena, tan agradable, en ella reina tal armonía, que Dios querría que todas las familias del mundo fueran así. A mí me reciben como al ser más querido y estimado. Kárl Pávlovich también los visita con frecuencia.

Pasamos la fiesta muy alegremente. Durante toda la semana ni una sola vez comimos en casa de madame Yurguens. Hemos estado invitados o por los Joachim, o por Schmidt o en casa de Fitztum. Pasábamos las tardes en el teatro o en casa de Schmidt. Nuestra vecina nos visita como de costumbre y sigue siempre tan juguetona como antes. Lástima que no me pueda servir de modelo de Andrómaca; es demasiado joven y delicada, si cabe decirlo así. No llego a comprender quién es su tía. Parece, que ni piensa en su traviesa sobrina. A veces la chica, durante un par de horas, se vuelve loca en nuestra habitación, y la tía no se preocupa de ella. ¡Qué extraño! Sternberg me ha terminado de contar la historia de la muchacha. Esta no se acuerda de su madre. Su padre era un pobre empleado y, según parece, borracho, porque cuando vivía en Kolomna volvía siempre de la oficina "coloradito" (así se expresaba ella) y enfadado. Si tenía dinero, la mandaba por vodka a la taberna. Si no lo tenía, la mandaba a la calle a pedir limosna. El llevaba los codos del uniforme siempre rotos. Su tía, la protectora actual, hermana carnal de su padre, iba a veces a verlo y le pedía que le diera a Pasha para educarla en su casa, pero él no la quería escuchar. La muchacha no recuerda si vivieron mucho o poco tiempo en Kolomna. Pero una vez, en invierno, el padre no regresó del trabajo a dormir a su casa; ella durmió sola sin temor de nada. A la noche siguiente tampoco vino, y al tercer día se presentó, en nombre de su padre, un empleado del hospital

de Obújov. Ella fue a verle, y por el camino le contó el empleado que una noche los policías recogieron a su padre en la calle y lo llevaron al cuartelillo, de donde, al día siguiente, con alta fiebre, lo trasladaron al hospital. La noche anterior, durante un rato, volvió en sí, dijo su nombre, contó dónde estaba su casa y pidió que llamaran a su hija. Su padre, enfermo, no la reconoció y la rechazó. Entonces ella se fue a casa de su tía y se quedó allí.

Tal es su triste historia.

Hace unos días Sternberg le ha regalado el libro *El vicario de Wakefield*. Ella tomó el libro como el niño que toma un hermoso juguete, y, cual una criatura, se puso a jugar con él, miró los dibujos y los echó sobre la mesa. Al salir lo dejó olvidado. Sternberg está completamente convencido de que es analfabeta. Así lo creo yo también, a juzgar por su desdichada infancia. Me ha venido la idea (si es realmente analfabeta) de enseñarla, por lo menos, a leer. A Sternberg le ha gustado mi propósito y se ha brindado a ayudarme. El está tan convencido de que no sabe leer ni escribir, que aquel mismo día fue a una librería y compró un abecedario con dibujos. Pero nuestro buen proyecto no ha llegado a más, y he aquí por qué: al siguiente día, cuando queríamos empezar nuestra primera lección, llegó de Crimea el pintor Aivazovski y se instaló con nosotros en nuestro piso. Sternberg recibió loco de contento a su camarada. A mí, no sé por qué, no me agradó en este primer encuentro. A pesar de sus refinadas maneras, despierta cierta antipatía; su aspecto exterior no permite vislumbrar en él el alma de artista; he notado cierta correcta frialdad repulsiva. Nada nos ha enseñado de su carpeta, dice que lo dejó todo en Feodosia, en casa de su madre, que por el camino no dibujó nada, pues llevaba mucha prisa para no perder un barco que salía al extranjero. Ha vivido con nosotros, no obstante, cerca de un mes, no sé por qué. Nuestra vecina, durante ese tiempo, no nos ha visitado ni una sola vez. Le tiene miedo a Aivazovski, y por esa causa estoy dispuesto a acompañarlo cada día al puerto para



que se vaya al extranjero. Pero mire usted qué desdichado soy: con él se va también mi inapreciable Sternberg.

Han pasado unos días más y hemos acompañado a mi querido Sternberg hasta Cronstadt. A su alrededor nos juntamos cerca de diez personas, pero con Aivazovski no había nadie. ¡Fenómeno raro entre pintores! Entre los que acompañaban a Sternberg se encontraba Mijáilov. ¡Cómo nos asombró! Después de la alegre y amistosa comida en casa de Stewart, cayó vencido por el sueño. Quisimos despertarlo, pero no lo conseguimos, y después de agenciarnos un par de botellas de Clicquot, nos fuimos con Sternberg al puerto. En la cubierta del "Hércules" nos bebimos el vino, dejamos a nuestro amigo con el señor Tyrínov (capitán del barco), nos despedimos y, ya de noche, regresamos a la fonda. Mijáilov aún estaba soñoliento. Comenzamos a contarle cómo fuimos a despedir a Sternberg —él permanecía callado—, cómo estuvimos en el barco —él seguía callado— y cómo nos bebimos las dos botellas de Clicquot. Al oír esta palabra exclamó: "¡Malvados! No me habéis despertado para acompañar a mi amigo".

Me aburro sin mi querido Sternberg; me aburro tanto, que estoy dispuesto a huir a cada momento, no solamente del piso, donde cada objeto me recuerda a mi amigo, sino hasta de la vivaracha vecina. No le escribo a usted nada más, no quiero que se aburra leyendo esta carta monótona. Mejor es que me meta en el trabajo del cuadro. Adiós".

"El verano me ha resultado más corto que un minuto en la ociosa vida de un dandy. Después de la exposición apenas si me di cuenta de que el verano se había ido para no volver. Pero, a pesar de todo, durante el verano Joachim y yo hemos visitado varias veces al viejo Kolman en la isla Krestovski y, bajo su dirección, he hecho tres estudios: dos abetos y un abedul. ¡Qué persona más buena es ese Kolman! Los Schmidt ya han regresado a la ciudad y me han hecho recordar con sus reproches que ya ha pasado el verano. Aún no les he hecho

ninguna visita. Viven lejos, y todos estos días y noches me he entregado por completo al cuadro en preparación. ¡Pero qué sinceros han sido al felicitarme por el éxito alcanzado! ¡Sí, por mi éxito, inolvidable bienhechor mío! ¡Qué gran cosa es el programa para el alumno! Es la piedra de toque. Y cuán grande es su dicha si ve que en esta prueba se ha mostrado no como un impostor, sino como un verdadero artista. Yo he gozado completamente esta dicha. No le puedo describir esa sensación maravillosa, infinitamente dulce. Durante largo tiempo vive en uno lo más sagrado, lo más sublime que hay en el mundo. Pero hasta que llega esa sagrada alegría, qué amargo, qué doloroso estado de espíritu oprime a uno. A pesar de que Karl Pávlovich me aseguraba que tendría éxito, yo sufría tanto como sufre el reo antes de ser ejecutado, mucho más aún. Yo no sabía si iba a morir o quedaría vivo, y eso me parece que es lo más doloroso. Aún no había sido dictado el fallo, y, en espera del terrible veredicto entré con Mijáilov en casa de Deli a jugar una partida de billar, pero me temblaban las manos y no pude hacer siquiera una carambola. Mijáilov jugaba como si no le pasara nada y acertaba de lo lindo. También él estaba pendiente del juicio, su programa estaba al lado del mío. Su indiferencia me exasperaba, por eso tiré el taco y me fui a casa. En el pasillo tropecé con mi vecina, sonriente y dichosa.

— ¿Qué tal? — me preguntó.

— Así, así — le contesté.

— ¿Cómo, así, así? ¡Pues yo le he arreglado la habitación como en día de fiesta, y usted viene tan aburrido!

Ella también quiso poner cara de aburrida, pero no lo pudo conseguir. Yo le agradecí su atención y la invité a entrar en casa. Ella empezó a tranquilizarme con tan infantil naturalidad que, sin poder resistir, me eché a reír.

— Aún no se sabe nada, el examen aún no ha terminado — le dije.

— ¿Pues por qué me ha engañado, desvergonzado? Si lo hubiera sabido, no hubiera arreglado la habitación.

Y torció sus sonrosados labios.

— La habitación de Mijáilov —siguió diciendo— no la he arreglado; que sigan con su alferez allí tumbados, como osos en su guarida, ¡qué me importa!

Le agradecí la distinción que me hacía y le pregunté si se pondría contenta si llegaba a saber que Mijáilov recibiría la medalla y no yo.

— ¡Pues le voy a romper a él un brazo, le voy a sacar los ojos, le voy a matar!

— ¿Y si soy yo quien la recibe?

— Entonces, moriré de dicha.

— ¿Por qué me distingue usted así?

— ¿Por qué?... Porque... porque... usted me ha prometido enseñarme a leer y escribir este invierno.

— Cumpliré mi palabra.

— Vaya, pues, a la Academia y entérese de lo que pasa allí, que yo le esperaré en el pasillo.

— ¿Por qué no aquí?

— Y si viene el alferez de navío, ¿qué voy a hacer entonces?

“Es verdad” —pensé yo y, sin decir palabra, salí al pasillo. Ella cerró la puerta y se metió la llave en el bolsillo.

— No quiero que ellos entren sin usted en su habitación y que la pongan en desorden.

“¿De dónde le ha venido a la cabeza que pueden estropear algo? —pensé yo—. Simplemente debe ser un capricho infantil”.

— Hasta luego —le dije al bajar por la escalera—, deséeme suerte.

— Con toda mi alma —repuso exaltada, y desapareció.

Salí a la calle. Temía entrar en la Academia. El portón de la Academia se me antojaba las fauces de un terrible monstruo. Después de andar largo rato, hasta llegar a sudar, por la calle, me santigué y pasé corriendo aquella terrible entrada. En el corredor del segundo piso, como las sombras ante el barquero Caronte, vagaban mis impacientes camara-

das. Me mezclé entre ellos. Los profesores ya habían pasado a la sala de conferencias. Se acercaba el terrible minuto. Al salir el inspector Andréi Ivánovich de la sala circular, yo fui el primero que me tropecé con él. Al llegar cerca de mí, me susurró: "Le felicito". En mi vida no he oído ni oiré nunca un sonido tan melodioso, tan armonioso. Como un loco, salí corriendo hacia casa y, entusiasmado, le solté un beso a mi vecina. Menos mal que nadie lo vio, pues la besé en la escalera. Yo, por cierto, nada reprochable veo en ello, pero, no obstante, doy las gracias a Dios porque nadie nos vio.

Así, o casi así, culminó este emocionante examen. Y todo lo que le he escrito no es más que una oscura silueta sacada de la viva naturaleza, una débil sombra de un hecho verdadero. No hay manera alguna de poder expresarlo: ni con la pluma, ni con el pincel, ni siquiera con las más vivas palabras.

Mijáilov fracasó en el examen. ¡Dios me guarde! Si me hubiera ocurrido a mí tal desdicha, me hubiera vuelto loco, pero él, como si nada le hubiera pasado, entró en casa, se puso el abrigo de invierno y se fue a Cronstadt a ver a su alférez de navío. No sé qué simpatía le tiene a ese alférez. Yo no veo en él nada interesante, en absoluto, pero Mijáilov se desvive por él. Es verdad que, al principio, a mí también me resultó simpático, pero no fue por mucho tiempo. ¿Pero y mi pobre maestro Demski? Ese sí que es un hombre verdaderamente simpático. El pobre está enfermo, y sin esperanza de cura: se encuentra en el último grado de tuberculosis. Aún anda, pero a duras penas. Hace unos días vino a felicitarme por la medalla que recibí, y pasamos una magnífica velada, conversando muy amistosamente. El me presagiaba mi futuro con tal convicción, con tanta naturalidad y viveza, que yo, contra mi voluntad, llegué a creerlo. El pobre Demski aún no sospecha la enfermedad que padece. Se apasiona con tanta convicción de su futuro como puede hacerlo solamente un joven rebosante de salud. Dichoso es, si dicha puede llamarse un sueño. El dice que lo principal y más difícil, la miseria, ya ha sido vencida. Que él ya no está obligado a pasarse las

noches enteras copiando conferencias por un mísero rublo; que él, si no sobrepasa a su ídolo Lelewel<sup>10</sup>, en historia patria, por lo menos, se va a poner a su altura; que su futura tesis le va a proporcionar medios suficientes para poder convertir en realidad sus brillantes esperanzas. Pero, por ahora, el pobre vomita sangre y procura disimularlo, para que yo no me dé cuenta. ¡Dios mío, qué no daría yo para que se cumplieran sus inspirados deseos! Pero, ¡qué va! no hay esperanza alguna; difícil será que viva hasta que se deshiele el Nevá.

En el momento en que con mayor efusión exponía Demski sus más inspirados sentimientos, se abrió la puerta con estrépito y entró el bravo alférez de navío.

— ¡Qué, Mishka está en casa? —preguntó sin quitarse el gorro.

— Ayer marchó a verle a usted —le contesté.

— Pues nos hemos cruzado en el camino. Que se divierta. Por cierto, yo pasaré aquí la noche con ustedes.

Y entró en la habitación de Mijáilov. Le di una vela. ¿Qué podía hacer? A Demski le propuse que se acostara en la cama de Mijáilov, absolutamente convencido de que nadie nos la quitaría. Demski se dio cuenta de mi incómoda situación, se sonrió, tomó su gorro y me tendió la mano. Yo, sin decir una palabra, tomé también mi gorro y salí a la calle, dejando a sus anchas al alférez de navío. Después de haber acompañado a Demski hasta su casa, regresé a la mía muy a desgana. Y ¿qué vi en casa? Mi vecina creía que yo no había salido y entró en mi habitación, pero el bravo alférez, que estaba semidesnudo, la abrazó y quería cerrar la puerta con llave cuando en ese momento llegué yo y lo impedí. Ella se deshizo de él, le escupió en la cara y huyó corriendo.

— Una verdadera ardilla —dijo el alférez, limpiándose la cara.

Esta escena me causó repugnancia, pero no se lo di a entender, y, como aún no era tarde, sin andarme con ceremonias, lo dejé solo en el piso y me fui a buscar mejor compañero para acortar aquella noche de otoño.

Las visitas que hice a mis amigos no tuvieron éxito. No hice más que tocar los picaportes. Era ya tarde para ir a casa y yo no sabía qué hacer. El maldito alférez me martirizaba, lo aborrecía. No sé si eran celos o simplemente un sentimiento de repugnancia hacia el hombre que humilló el sagrado pudor de la mujer. La mujer, sea quien sea, merece por lo menos, si no cariño, que seamos honestos con ella. Pero el alférez menospreció lo uno y lo otro. Es, simplemente, un borracho o un malvado empedernido. Yo me inclino a creer en lo último.

En el piso de Karl Pávlovich encendieron las luces, entré a verle y pasé allí la noche, Karl Pávlovich se dio cuenta de mi nerviosismo, pero fue tan amable que no me hizo ni una pregunta siquiera, ordenó que me prepararan la cama en su dormitorio y, él mismo, empezó a leer en voz alta. Leía el libro de Washington Irving *La vida de Cristóbal Colón*. Mientras leía, él mismo improvisaba un cuadro, en el que representaba a los ingratos españoles sacando de la embarcación al gran almirante encadenado. ¡Qué cuadro tan triste y aleccionador! Yo le ofrecí un trozo de papel y un lápiz, pero él se negó y siguió leyendo.

Así también, en una cena, cuando contaba su viaje por la antigua Grecia, hizo un bosquejo que denominó *Una tarde en Atenas*. El bosquejo representaba una calle de Atenas, iluminada por el sol vespertino. En el horizonte, el Partenón terminado en borrador, aún con los andamios. En primer plano, en medio de la calle, un par de búfalos tiraban de un carro cargado con la estatua *El río Ilis* de Fidias. A un lado estaba el propio Fidias, a cuyo encuentro iban Pericles y Aspasia y todo lo que había de glorioso en la Atenas de Pericles, empezando por la famosa hetera y terminando con Xantipa. Y todo ello estaba iluminado por los rayos del sol poniente. ¡Maravilloso cuadro! ¿Cómo se puede comparar *La escuela de Atenas* con este palpitante cuadro? Pero él no lo ejecutó, solamente porque ya existe *La escuela de Atenas*. Cuántos cuadros semejantes termina él con su inspirada pa-

labra o con un ligero esbozo en su modesto album. Por ejemplo, el invierno pasado hizo algunos esbozos en miniatura sobre un mismo tema. Yo no pude comprender nada, y solamente adivinaba que mi gran maestro estaba gestando algo grandioso. No me equivoqué en mis suposiciones.

Este verano empecé a notar que antes de la salida del sol entraba cada día Karl Pávlovich en su estudio, vestido con su bata gris de trabajo y allí se quedaba hasta el atardecer. Sólo Lukián sabía lo que allí se estaba haciendo, porque le llevaba agua y comida. Yo me dedicaba entonces a mi programa y no le podía ofrecer mis servicios como lector, aunque estaba seguro de que él hubiera aceptado tal servicio, pues ama la lectura. Así pasaron tres semanas. A mí me comía la impaciencia. Nunca trabajó él tan constantemente en su estudio. Seguro que estaba haciendo algo extraordinario. ¿Y acaso puede hacer algo ordinario un genio tan colosal?

Una vez al atardecer, después de dejar libre al modelo, quise salir a la calle. En el corredor tropecé con Karl Pávlovich, llevaba la barba crecida. Manifestó deseos de ver mi programa. Lleno de emoción, lo introduje en mi estudio. Me hizo algunas observaciones de poca importancia y dijo: "Ahora vamos a ver mi programa", y nos fuimos a su estudio.

No sé qué hacer, si contarle o no lo que vi allí. Debo contárselo, pero, ¿cómo relatarle lo indescriptible?

Al abrir la puerta del estudio, me encontré con un enorme lienzo oscuro sujeto en el marco. En el lienzo estaba escrito en pintura negra: "Comenz. el 17 de junio". Detrás del lienzo una caja musical tocaba el coro de los nobles de la obra *Los hugonotes*. Con el corazón oprimido, pasé al otro lado del lienzo, levanté la mirada y se me cortó la respiración. Ante mí estaba no un cuadro, sino el cerco vivo de Pskov con toda su grandeza y horror. ¡Ahora llegué a comprender cuál era el destino de aquellos esbozos! ¡He ahí por qué el verano pasado iba a Pskov! Yo estaba al corriente de sus conjeturas, pero nunca hubiera podido imaginarme que se pudiera ejecutar con tanta rapidez. ¡Tan rápidamente y de manera tan

maravillosa! Por el momento le explicaré brevemente esta nueva maravilla, aunque lo haré, como es natural, de forma incompleta.

Por la derecha del espectador, en el tercer plano del cuadro, se ve la explosión de una torre; un poco más cerca, una brecha en la muralla; en la misma brecha se combate cuerpo a cuerpo, y el combate es tan terrible que infunde espanto sólo el mirarlo. Parece como si se oyeran los gritos y el chocar de las espadas con los cascos de hierro letones, polacos, lituanos y Dios sabe qué otra clase de cascos. En el lado izquierdo del cuadro, en segundo plano, una procesión con estandartes y la imagen de la Virgen; delante de ella marcha tranquilo, solemne, un obispo, empuñando la espada de San Miguel, príncipe de Pskov. ¡Qué contraste más asombroso! En primer plano, en el fondo del cuadro, se ve a un monje pálido con la cruz en la mano, montado en un caballo bayo. A la derecha de este monje se tiende muerto el caballo blanco de Shuiski y éste mismo corre hacia la brecha con las manos en alto. A la izquierda del monje, una vieja devota bendice a un joven, mejor dicho, a un niño, para que vaya a luchar contra el infiel. Más a la izquierda, una moza da de beber con un cubo a los guerreros extenuados, y en el ángulo extremo del cuadro se ve expirando a un guerrero semidesnudo, sostenido por una mujer joven, seguramente, una futura viuda. ¡Qué episodios tan variados y maravillosos! No le he descrito ni la mitad de ellos. Mi carta resultaría interminable e incompleta, sin duda alguna, si yo pensara en describir todos los detalles de esta obra perfecta.

Conténtese ahora, por lo menos, con este esbozo prosaico de esta tan excelsa obra poética. Más tarde le mandaré unos apuntes de la misma y verá usted entonces, con mayor claridad, qué obra tan divina.

¿De qué más le puedo escribir, mi inolvidable bienhechor? Le escribo tan poco y tan de largo en largo, que me da vergüenza. Usted no es del todo justo al reprocharme que soy perezoso para escribir. No, no lo soy, lo que ocurre es que



no sé contar con gracia, como otros, nuestra vida corriente. Hace poco (por cierto, para aprender a escribir cartas) he leído el libro *Clarisa*<sup>11</sup>, traducción de Jules Janin, y me gustó el prólogo del traductor. Las cartas son melosas y largas, pero pésimas. ¿Y cómo puede tener una persona tanta paciencia para escribir esas interminables cartas? Las cartas del extranjero aún me han gustado menos: son muy pretenciosas y no tienen sentido; pedantería y nada más. Yo, debo reconocerlo, tengo grandes deseos de aprender a escribir bien, pero no sé cómo hacerlo. Enséñeme cómo hacerlo. Sus cartas están tan bien escritas, que las aprendo de memoria. Hasta que no llegue a dominar su secreto, le escribiré como me lo dicta el corazón, y que mi simple franqueza sustituya, por el momento, el arte de saber escribir.

Después de haber pasado la noche en casa de Karl Pávlovich, a eso de las diez, muy a desgana, regresé a casa. Mi-jáilov ya estaba en casa, y entré cuando él estaba llenando un vaso de vino al alférez, aún soñoliento. Mi atolondrada vecina, como si nada hubiese pasado, se asomaba desde mi habitación y se reía a más no poder. ¡Ni pizca de amor propio, ni sombra de cortedad! ¿Era aquello simple ingenuidad natural o resultado de la educación recibida en la calle? Es ésta una cuestión insoluble para mí, insoluble, porque tengo tanto afecto a la muchacha como pudiera tenerlo a la criatura más simpática. Y como a una criatura le he empezado a enseñar el abecedario. Por las tardes ella deletrea, mientras que yo dibujo o hago su propio retrato. ¡Su cabecita es encantadora! ¿Y qué cree usted que es lo más admirable? Desde que empezó a estudiar ha dejado de reirse a carcajadas, y me hace gracia cuando miro su seria carita infantil. Como tengo poco trabajo, este invierno pienso hacer con ella un estudio, alumbrada con fuego, en la misma posición que guarda cuando está sentada, ensimismada con el abecedario y con el puntero en la mano. Será un cuadro muy lindo, a lo Greuse. Pero no sé si podré dominar bien los colores. Con lápiz sale bastante bien.

Hace unos días trabé conocimiento con su tía. Fue algo original. Como de costumbre, a las once de la mañana regresaba yo de clase. En el corredor me salió al encuentro Pasha y de parte de su tía me invitó a tomar café a su casa. Quedé asombrado. Yo me negué. Porque, ¿cómo puede uno entrar en una casa desconocida y sentarse en seguida a la mesa? Ella, sin embargo, no me dejó pronunciar palabra, tiró de mi manga, llevándome hacia su puerta, como a un becerro tozudo. Yo, como tal, me resistía, y ya casi había liberado mi brazo, cuando se abrió la puerta y vino en su ayuda la tía. Sin decir palabra me tomó del otro brazo y casi me arrastró a la habitación, cerró después la puerta con llave y me rogó que me sintiera allí como en mi propia casa.

— Se lo ruego encarecidamente, no tenga reparos —me decía la dueña, toda sofocada—, no se ofenda por nuestra sencillez. Pasha, ¿por qué estás ahí con la boca abierta? Trae de prisa el café.

— Ahora mismo, tía —respondió la joven desde la otra habitación, y un minuto después apareció, llevando en una bandeja una cafetera y unas tazas. Se parecía a una verdadera Hebe. La tía se parecía un poco al Espantanubes<sup>12</sup>.

— Hace tiempo que quería conocerle a usted —así empezó la hospitalaria dueña—; no se presentaba la ocasión; pero hoy, gracias a Dios, me he salido con la mía. Perdóneme usted por nuestra sencillez. ¿Quiere tomar una tacita de café? Ha desaparecido nuestra lechera de Ojta, y la nata que se vende en la tienda es una porquería. ¿Qué se va a hacer? Hace ya tiempo que Pasha me importuna para que haga conocimiento con usted, pero usted es insociable como un eremita. No se le ve nunca por el corredor. Tome otra taza. Con nuestra Pasha ha hecho usted un verdadero milagro. Está completamente desconocida. Se pasa todo el día con su libro, quieta y tranquila, como que da gusto verla. Fíjese cuál no será nuestro asombro, cuando ayer sacó un libro con dibujos, el mismo que su amigo le regaló, lo abrió y empezó a leer; es verdad que no con

mucha soltura, pero se podía comprender todo. ¿Cómo se llama ese libro?

— *El vicario de Wakefield* —respondió Pasha, apareciendo por detrás del tabique.

— Sí, sí, *El vicario*. Me enteré cómo el pobre estuvo encerrado en la prisión, cómo buscaba a su libertina hija; todo el libro leyó de punta a cabo, como que hasta perdí el sueño. “¿Quién te ha enseñado a leer?”, le pregunté. Ella me contestó que usted. A decir verdad, ¡qué gran favor nos ha hecho! Mi Kiril Afanásievich, cuando no está en la oficina, se pasa en casa las horas enteras con sus papeles. Cuando llega la tarde callamos los dos, y cada velada nos parece que dura un año. Pero anoche pasó como un vuelo. ¿Quiere otra tacita?

Yo me negué y quería irme, pero no me salí con la mía. Sin andarse con rodeos, la dueña me tomó del brazo y me obligó a ocupar mi asiento, diciéndome: “No, en nuestra tierra —aunque es cierto que no sé qué costumbres tienen en la suya—, la gente no se va de las casas al poco de llegar. No, le rogamos encarecidamente que hable con nosotros, que tome algún bocadillo de lo que Dios nos ha mandado”.

Yo me negué a comer y rechacé la conversación, bajo el pretexto de que tenía dolor de estómago y que sentía unos pinchazos en un costado, de lo que, gracias a Dios, nunca me resentí. El caso es que tenía que ir a clase y ya era cerca de la una. Me dejaron ir bajo palabra de honor de que volvería a las siete de la tarde. Fiel a mi palabra, a dicha hora me presenté en la casa de la acogedora vecina. El samovar ya estaba sobre la mesa, y ella me salió al encuentro con un vaso de té en las manos. Después de tomar el primer vaso, me presentó a su dueño —así se expresó ella—, un viejecito calvo con gafas, que estaba sentado en la otra habitación, detrás de una mesita llena de papeles. El viejo se levantó de la silla, aderezó sus gafas y, tendiéndome la mano, dijo: “Tenga la bondad de sentarse, se lo ruego”. Me senté y él se quitó las gafas, las limpió con el pañuelo, se las puso de nuevo, se sen-

tó en silencio en su sitio y se ensimismó otra vez en sus papeles. Así pasaron algunos minutos. No sabía qué hacer, mi situación se hacía ridícula. Gracias al ama, salí del apuro.

— No le moleste —dijo ella, asomándose desde la otra habitación—. Venga aquí con nosotras, aquí hay más alegría.

Dejé en silencio al laborioso dueño y pasé a donde estaba la solícita ama. La calladita Pasha estaba sentada leyendo *El vicario de Wakefield* y miraba las ilustraciones.

— ¿Ha visto a nuestro dueño? —preguntó el ama—. Siempre está igual, tanto se ha acostumbrado a esos papeles, que no puede vivir un minuto sin ellos.

Yo ensalcé el amor al trabajo y rogué a Pasha que leyera en voz alta. Bastante lenta, pero correctamente y con claridad, leyó una página de *El vicario de Wakefield*, y fue premiada por su tía con un vaso de té con azúcar y un panegírico que ni siquiera cabría en tres páginas, y a mí, como mentor, además de una gratitud infinita, me ofreció ron con té. Pero como el ron aún estaba en el almacén de Fogt, y Pasha tenía que ir por él, yo me negué a tomar el ron y el té, lo que disgustó bastante a la acogedora dueña.

A las once terminamos de cenar y yo me marché, prometiéndolas visitarlas cada día.

No le puedo decir con exactitud qué impresión me causó esta nueva amistad, aunque dicen que la primera impresión es muy importante, en cuanto a amistades se refiere. Estoy satisfecho de ello sólo porque mis relaciones con Pasha me parecían hasta ahora reprobables, mientras que ahora parece que nuestra amistad se ha cimentado después de esta visita.

Empecé a visitarlas cada día, y una semana después era ya como un viejo conocido, mejor dicho, como de la familia. Me propusieron que comiera con ellos por el mismo precio que yo pagaba en casa de madame Yurguens, y no lo lamenté, pues estoy harto de la indolente compañía de solterones. Acepté, pues, con placer, la proposición de la vecina. En su casa me siento bien y tranquilo, el ambiente es hogareño, lo que concuerda con mi carácter, con mi pacífica naturaleza.

A Pasha y a la vieja las llamo hermanita y tía, respectivamente. Al tío no le llamo de manera alguna porque solamente lo veo durante las comidas. Me parece que hasta los domingos trabaja en su oficina. Me siento tan bien en su casa, que casi no salgo a ninguna parte, a excepción de las visitas a Karl Pávlovich. He olvidado la última vez que estuve en casa de Joachim, así como en casa de los Schmidt y los Fitztum. Comprendo que hago mal, pero ¿qué vamos a hacer? No sé mentir ante la buena gente. Esto no es sino insuficiencia de educación, y nada más. El próximo domingo los visitaré a todos y pasaré la tarde en casa de Schmidt, pues en caso contrario puede ser que pierda su amistad. Todo esto no tiene importancia, creo que lo arreglaré de cualquier manera, pero otra es mi pena: no puedo entendérmelas con Mijáilov, mejor dicho, no con Mijáilov, sino con su entrañable amigo, el alférez de navío, el cual pasa casi todas las noches en nuestra casa. Esto aún es lo de menos, pero es que se trae consigo Dios sabe qué gente, y se pasan toda la noche jugando a las cartas y de borrachera. No quisiera cambiar de casa, pero me parece que me veré obligado si no cesan estas orgías. Si llegara pronto la primavera, al menos se haría a la mar ese insoportable alférez.

He comenzado a hacer un estudio de Pasha, iluminada con fuego, con pinturas. Resulta una cabecita muy linda; lástima, solamente, que el maldito alférez me molesta en el trabajo. Quisiera terminar para las fiestas y comenzar alguna otra cosa, pero lo dudo. He intentado instalarme en casa de las vecinas para trabajar, pero me es muy incómodo. Me ha gustado tanto el color al fuego, que cuando termine esta cabecilla pienso comenzar otra, pintar una vestal con la misma Pasha. Lástima que no se puedan conseguir rosas blancas para el ramo, pues es necesario. Pero esto aún está por delante.

Pasha comienza a leer bien, y le ha tomado gusto a la lectura. Esto me es en extremo agradable, pero me cuesta trabajo encontrar libros adecuados para ello. Dicen que no está bien que las jovencitas lean novelas, aunque yo, a decir ver-

dad, no comprendo por qué no está bien. Una buena novela cultiva la inteligencia y ennoblece el corazón, mientras que cualquier libro insípido, además de que no enseña nada, puede provocar repugnancia a los libros. Por ahora le he dado *Robinson Crusoe*, después le propondré que lea los viajes de Arago o de Dumont D'Urville; después le daré cualquier otra novela y luego Plutarco. Lástima que no tengamos una traducción de Vasari, pues entonces ella podría conocer a todas las eminencias de nuestro hermoso arte. ¿Qué opina usted de este plan? Si tiene alguna objeción comuníquemelo en la carta siguiente, y le estaré sinceramente agradecido. Pienso siempre en ella como algo querido y entrañable. Ahora que ya sabe leer, la miro como el pintor mira su cuadro sin terminar y considero un gran pecado para mí el dejarla en libertad de escoger los libros, o, mejor dicho, el momento para leer, ya que ella no tiene de donde escoger. Mejor hubiera sido no enseñarla a leer.

Le estoy ya fastidiando con mis vecinas, ¿pero qué hacer? Como dice el refrán "Cada loco con su tema".

Y a decir verdad, no tengo de qué hablar más. No voy a ninguna parte y no hago nada. No sé que me va a deparar el destino para el próximo verano, y lo espero con no poca inquietud. ¿Acaso se le puede esperar de otra manera, si el próximo verano debo echar los verdaderos cimientos de la carrera que he elegido o, mejor dicho, que usted me ha elegido? Karl Pávlovich dice que muy pronto, después de las fiestas, será anunciado el programa para la primera medalla de oro. Casi llego a perder el conocimiento al pensar en ese fatal programa. ¿Y si no me sale bien? Me volveré loco. ¿Y usted? ¿Es posible que no vaya a venir a la exposición de los trabajos de tres años y que no eche una mirada a mi programa aprobado y a su humilde creador, como su obra propia? Estoy seguro de que usted vendrá. Comuníqueme su llegada en la próxima carta y yo tendré un plausible pretexto para negarle a Mijáilov la vivienda. Parece ser que él mismo ya está hastiado del alférez. Menos mal que tengo donde cobijarme en

casa de las vecinas, si no, tendría que huir de mi propio piso. Escríbame, tenga la bondad de comunicarme que vendrá, y entonces terminaré con todo.

Adiós, mi inolvidable bienhechor. En la próxima carta le informaré de los éxitos de mi alumna y de las consecuencias del futuro concurso. Adiós.

P. S. —El pobre Demski ya no puede salir de la habitación. No llegará a la primavera”.

Al recibir esta carta le escribí diciéndole que le visitaría, quizás, para la Semana Santa, y no cuando se celebre la exposición, añadiendo que iría directamente a su casa como lo hizo Sternberg. Esto se lo escribí, simplemente, para desembarazarlo del importuno alférez de navío. A decir verdad, temía por su joven carácter aún no formado. Vete a saber, a lo mejor podía ser una réplica del desordenado alférez. Entonces despídete de todo, del genio, del arte, de la gloria y de todos los encantos de la vida. Todo ello se posará, como en una tumba, sobre el fondo de la devorante copita. Estos ejemplos, por desgracia, no son muy raros, en particular aquí, en Rusia. ¿Y cuál es la causa? ¿Es posible que una tertulia de borrachos pueda matar todo germen de bondad en un joven? ¿O es que hay algo más incomprensible para nosotros? Por otra parte, la sabiduría popular ha sacado esta conclusión: dime con quien andas y te diré quien eres. Y Gógol remarcó, probablemente no sin fundamento, que el ruso que llega a ser buen maestro en su oficio, es sin falta borracho. ¿Qué quiere ello decir? Nada más, según mi parecer, que es falta de civilización. Así, por ejemplo, un escribiente de aldea o de cualquier otro lugar, rodeado de los honrados mujiks analfabetos, viene a ser lo que Sócrates en Atenas, pero bien mirado es una bestia de lo más inmoral, un borracho empedernido, precisamente, porque es maestro en su oficio, porque es el único que sabe leer y escribir entre un centenar de mujiks simplones, a costa de los cuales se emborracha y lleva una vida licenciosa; pero ellos se maravillan de su ociosidad

y de ninguna manera se pueden explicar que una persona tan inteligente sea tan borracho. Y a esos simplones no se les alcanza que si él es entre ellos el único maestro en la escritura o en cualquier otro oficio, es porque no tiene rival, porque sus clientes siempre le serán fieles, ya que no tienen otro a quien dirigirse, mientras él hace las cosas con negligencia, y el dinero que gana fácilmente se lo bebe.

Esta es, a mi parecer, la única causa por la cual aquí, en nuestra tierra, el que es maestro en su oficio, tiene que ser sin falta un empedernido borracho. Además, se sabe que entre las naciones civilizadas los hombres de origen humilde, dotados de las más altas cualidades morales, siempre y por todas partes han sido más o menos aficionados, y con frecuencia ardientes admiradores del alegre dios Baco. Esta es, por lo visto, una cualidad imprescindible de las personas dotadas.

Yo he conocido personalmente a nuestro genial matemático Ostrogradski (los matemáticos, en general, son gente que no se apasiona), con quien tuve la ocasión de comer varias veces. Durante la comida no bebía más que agua. Una vez le pregunté:

— ¿Es posible que usted nunca beba vino?

— Hace tiempo que me bebí en Járkov dos bodegas, y desde entonces me he declarado en huelga —me contestó bonachonamente.

Pocos son, sin embargo, los que dejan de beber cuando se han pimplado dos bodegas, sino que van por la tercera y no es raro que la emprendan con la cuarta. Cuando llegan a la cuarta fatal, finalizan su triste carrera y suelen terminar con su vida.

Y él, mi pintor, pertenecía a la categoría de la gente apasionada, entusiasta, de exaltada imaginación, y esas cualidades son el enemigo mortal de la vida independiente y positiva. Aunque estoy lejos de ser un admirador de la monótona y sensata puntualidad y de la uniforme actividad diaria, no diré que soy un enemigo abierto de la puntualidad positiva. En general, en la vida, el camino medio es el mejor,



pero en el arte, en la ciencia y, en general, en la actividad intelectual, ese camino medio no sirve para nada, pues no conduce sino a la tumba común.

En mi pintor yo quería ver al más grande, extraordinario artista y la persona más ordinaria en la vida doméstica, pero estas dos grandes cualidades muy raramente se dan bajo un mismo techo.

De todo corazón quisiera prever y evitar cuanto influya de manera dañina en la joven imaginación de mi querido amigo, pero no sé cómo hacerlo. Al alférez de navío, decididamente, lo temo, y nada bueno se puede esperar de la vecina. Eso es más claro que el agua. Ahora el asunto podría terminar con la separación y con lágrimas, como termina habitualmente el primer apasionado amor, pero con la ayuda de la tía, que tanto le gustó desde el primer día, terminará esto con la antorcha de Himeneo, y, Dios me ayude a equivocarme, con la perversión y la miseria.

El no me dice claramente que está perdidamente enamorado de su alumna pues, ¿qué adolescente puede descubrir así, sin rodeos, este sagrado secreto? A la primera palabra de su adorada él es capaz de ir hasta el fin del mundo, antes de expresarle en palabras su tierno sentimiento. Así es el joven que ama sinceramente. ¿Hay acaso jóvenes que amen de otra manera?

Para distraerlo un poco de las vecinas, sin nombrarlas intencionadamente para nada, le aconsejé que visitara lo más posible a Schmidt, Fitztum y Joachim, como a gente que ayudaría a su formación espiritual, que visitara al viejo Kolman, cuyos buenos consejos sobre pintura de paisaje le son necesarios, y que fuera cada santo día, como se va a un templo, como se va en pos de una antorcha del hermoso arte, al estudio de Karl Pávlovich, y que durante esas visitas me haga a la acuarela una copia de *La fuente de Bajchisarái*. Como conclusión, le hablé de la importancia del próximo programa, al que debe entregarse por completo, de día y de noche, hasta el mismo momento del examen, es decir, hasta el mes

de octubre (tal plazo y esta clase de estudios me parecían suficientes para enfriar un poco su primer amor) y le dije que si yo no podía quedarme durante todo el verano en la capital, iría sin falta en otoño ex profeso para ver su “programa”.

Mi carta, como esperaba, influyó en él positivamente, aunque sólo a medias: el programa le salió bien, pero la vecina, ¡ay! ¿Para qué, antes de tiempo, descorrer la cortina del misterioso destino? Leamos otra, su última, carta.

“No sé si queriendo o sin querer, el caso es que usted me ha engañado cruelmente, mi inolvidable bienhechor. Le esperaba como al huésped más entrañable, pero usted, que Dios le juzgue... ¿Para qué me lo prometió? ¡Cuánto me dieron que hacer mis inquilinos! Los eché a la fuerza. Mijáilov, dicha sea la verdad, dio su conformidad en seguida, pero el turbulento alférez se resistió hasta la misma primavera, es decir, hasta la Semana Santa, y, como despedida, casi reñimos. Quería pasar aquí la Semana Santa, pero yo me opuse rotundamente porque, le decía, le esperaba a usted.

— ¡Vaya figura importante que es su pariente! ¡Podía quedarse en una fonda! —decía retorciéndose sus imbéciles bigotes. Esto me puso fuera de mí, y estaba ya dispuesto a hacer Dios sabe qué barbaridades, pero me contuve gracias a Mijáilov. No sé qué le ha gustado en nuestra casa. Seguramente porque es de balde y no tiene que pagar el alquiler. En invierno ocurría que Mijáilov no dormía en casa durante varias noches y de día venía muy raramente, y se marchaba después. El alférez salía solamente para comer y emborracharse y se tumbaba de nuevo en el diván, dormía o se ponía a fumar con su pipa. Ultimamente hasta se trajo su maleta llena de ropa, y cuando le negué resueltamente el alojamiento, aún vino algunas veces a pasar la noche. Es un sinvergüenza. Y otra cosa rara: hasta el mismo día de su partida para Nikoláev (ha sido trasladado a la flota del mar Negro), cada tarde, al regresar de la clase, me tropezaba con él o en el

pasillo o en la escalera o en el portal. No se a quién hacía visitas nocturnas. Allá él. Gloria a Dios que me lo he quitado de encima.

¡Cómo ha adelantado durante el invierno mi alumna! ¡Es un portento! Si se la hubiera empezado a instruir a tiempo, podría haber llegado a ser una sabia. Y qué modesta y dócil se ha hecho, es un encanto. No ha quedado ni sombra de su vivacidad e ingenuidad infantiles.

A decir verdad, me da lástima que por haber aprendido a leer haya perdido aquella graciosa vivacidad infantil. Me alegro de que, por lo menos, la sombra de aquella preciosa ingenuidad haya quedado en mi cuadro. Este ha resultado preciosísimo. La luz del fuego me ha salido bien, pero con mucho trabajo, dicha sea la verdad. Prevó me ofrece por él cien rublos en plata, pero aceptaré gustoso sólo después de la exposición. Quiero presentar sin falta mi linda alumna al fallo del público. Yo me consideraré plenamente dichoso si no me engaña usted otra vez y viene para la exposición, que este año será interesante. Muchos pintores, tanto nuestros como extranjeros, prometen enviar sus obras; entre ellos figuran Horace Vernet, Gudin y Steuben. Venga usted, por el propio Apolo y sus nueve hermosas hermanas.

Hasta hoy día el programa marcha a duras penas. No sé lo que va a pasar después. Karl Pávlovich está contento de la composición; nada más le puedo decir. A partir de la próxima semana me voy a meter de lleno con el programa, pues hasta hoy parece que lo rehuyo. No comprendo qué significa esto. Hasta mi alumna ya me empieza a azuzar. ¡Ay!, si le pudiera contar cómo me gusta esta sencilla y buena familia. En su casa me tratan como si fuera su propio hijo. De la tía no hay nada que decir: siempre está alegre y es bondadosa. Hasta el sombrío y callado tío deja a veces sus papeles, se sienta a nuestro lado cerca del bullente samovar y, como el que no quiere la cosa, suelta algunas bromas, de las más inocentes, como es comprensible. A veces yo me permito el lujo, claro que cuando tintinea algún kopek de más en el

bolsillo, de invitarlos al teatro, a un palco del tercer piso del teatro Alexandrinski, y, entonces, se ponen la mar de contentos, en particular, si el espectáculo está compuesto de zarzuelas. Mi alumna y modelo durante varios días parece que canta hasta en sueños los cuplés que ha oído en el teatro. Yo amo, o mejor dicho, adoro todo lo bello, tanto lo que hay en la propia persona —comenzando por su hermoso continente— como, o tal vez más, cualquier inspirada y alta obra de la inteligencia y de las manos del hombre. Yo admiro a las mujeres distinguidas y cultas y también a los hombres así. En unas y otros, desde las expresiones hasta los movimientos, todo alcanza tan nivelada y completa armonía, que parece que en ellos el pulso late con idéntica regularidad. El tonto y el inteligente, el flemático y el impulsivo son fenómenos raros, que casi no existen entre ellos, y esto me gusta infinitamente, pero no por mucho tiempo. Tal vez sea porque no nací ni me crié entre ellos, ni mi mísera educación me permite compararme con ellos. De ahí que prefiera el ambiente familiar de la gente sencilla, tales como, por ejemplo, mis vecinos. Entre ellos yo me siento completamente tranquilo, mientras que en casa de los otros parece que siempre temo algo. Ultimamente, en casa de los Schmidt me siento violento y no puedo comprender por qué. Les visito casi todos los domingos, pero estoy allí poco tiempo, al revés de antes. Tal vez sea porque no está entre ellos el querido e inolvidable Sternberg. A propósito, de Sternberg. Hace poco recibí una carta suya, que me remitió desde Roma. ¡Qué rarezas tiene! En vez de hablarme de las impresiones que le ha causado la Ciudad Eterna, me recomienda, ¿a quién cree usted?, a Dupati y Piranesi. ¡Pero qué hombre más raro! Dice que en casa de Lepri asistió a una gran reunión de pintores, y que entre ellos se encontraba Ivánov, que más tarde pintaría el cuadro *San Juan predicando en el desierto*. Los pintores rusos se mojan de él por lo bajo, dicen que se ha hundido por completo en los pantanos de Poncio y que no ha encontrado el pintoresco tocón seco de raíces al aire que necesita para el tercer plano

de su cuadro. Pero los alemanes están entusiasmados con Ivánov. Encontró también en el café Greco a Gógol, muy elegante, quien durante la comida contó las más picantes anécdotas ucranianas. Pero lo principal que él vio al entrar en la Ciudad Eterna, cerca de la cúpula de San Pedro y cerca del inmortal gigante Coliseo, fue la cachucha, graciosa, apasionada, tal como la baila el pueblo y no tan rígida y artificiosa como la vemos en la escena. “Hazte la idea —escribe— de que la famosa Taglioni es una copia de la copia del original que yo he visto de balde en las calles de Roma”. ¿Pero para qué sacar citas de la carta? Yo se la mandaré en original. En ella podrá leer algo que le interesará. El pobre aún se acuerda de la Tarnóvskaya. Usted la ve con frecuencia. Dígame, ¿es dichosa con su Asclepio? Si es dichosa no le diga nada de nuestro amigo, no altere con tal frívolo recuerdo su dulce sosiego familiar. Si es al contrario, dígame, entonces, que su amigo Sternberg, el ser más noble del mundo, la sigue amando con tanta sinceridad y cariño como antes. Esto le hará más llevadera la pena de su corazón. Por mucho que haya sufrido la persona, por muy duras que sean las pruebas por las que ha pasado, si oye una palabra cariñosa, salida del corazón, de sentimiento sincero de parte de un amigo lejano y fiel, entonces olvida su terrible pena, aunque sea por poco tiempo, aunque sea por una hora o un minuto. Entonces es completamente feliz, y un minuto de dicha completa dicen que vale más que infinitos años de terribles pruebas.

Al leer estos renglones se sonreirá usted, mi adorado amigo, y puede ser que llegue a pensar que estoy sufriendo alguna prueba, pues tan apasionadamente razono sobre pruebas. Por Dios se lo juro, no me agobia ninguna pena, pero me he puesto triste no sé por qué. Soy completamente feliz, y ¿cómo puede ser de otra manera, teniendo tales amigos como usted y el inolvidable Vilia? Muy pocas personas son tan afortunadas como yo, pues si no hubiera sido por usted, hubiera pasado volando a mi lado la diosa ciega. Pero usted la detuvo frente al pequeñuelo sucio y abandonado. ¡Dios mío, Dios

mío! Soy tan feliz, tan infinitamente feliz, que me parece que me voy a asfixiar de tan completa dicha, a asfixiar y morir. Necesito, sin falta, alguna pena, la más insignificante, si no, juzque usted mismo: todo lo que me viene a la cabeza, todo lo que llego a desear lo consigo. Todos me quieren, me tratan con cariño, empezando por nuestro gran maestro, y el cariño que él me profesa me parece suficiente para la completa dicha.

Con frecuencia viene a mi casa, y a veces hasta come aquí conmigo. Dígame, ¿hubiera podido yo soñar en tal felicidad, cuando por primera vez le vi en su casa, en este mismo piso? Muchos, muchísimos altos dignatarios de la corte no han sido honrados con tan alta dicha, de la que yo, un pobre desconocido, gozo. ¿Habrá acaso persona en el mundo que no me envidie?

La semana anterior entró en la clase donde yo me encontraba, miró mi estudio, hizo, a la ligera, algunas observaciones y me pidió que saliera al pasillo para decirme unas palabras. Yo pense: ¿qué secreto será? Resulta que me invitaba a comer a la casa de campo de Uvárov. Yo no quería dejar la clase, y al exponerle yo mis razones, dijo que eran propias de colegial e improcedentes y que no tenía importancia perder una clase.

— Pero lo principal —añadió— es que por el camino le daré una tal conferencia, que nunca podrá escuchar de un profesor de estética.

¿Qué le podía objetar? Dejé la paleta y los pinceles, me cambié de ropa y salí con él. Por el camino ni se acordó de la estética. Durante la comida la conversación fue alegre, como de costumbre, y después de la comida comenzó a darme la conferencia. Así pasó la cosa.

En el recibidor, mientras tomábamos una taza de café, el viejo Uvárov empezó a hablar de lo veloces que pasan las horas y de lo poco que apreciamos esas horas, que tienen un valor de diamantes. “En particular los jóvenes”, añadió el viejo, mirando a sus hijos.

— He aquí un vivo ejemplo —asintió Karl Pávlovich, señalándome a mí—. El ha dejado hoy la clase, solamente para holgazanear aquí en el chalet.

Sus palabras me cayeron como agua hirviendo, y él, como si tal cosa, se puso a darme una tal conferencia sobre lo veloz y devorador que pasa el tiempo, que sólo ahora he llegado a sentir y comprender la estatua simbólica de Saturno tragándose a sus hijos. Explicó esa conferencia con tanto amor, con tanto cariño paternal, que yo, en presencia de todos los invitados, rompí a llorar como un niño al que se acusa de haber cometido alguna travesura.

Después de todo esto, dígame, ¿qué es lo que me sigue faltando? ¡Usted! Su presencia es lo que me falta. ¿Sobreviviré yo el grande y dichoso minuto en que pueda abrazarle a usted, mi querido, mi sincero amigo? ¿Sabe una cosa? Si no me hubiera escrito usted que vendría a verme para las fiestas santas, yo, sin falta, lo hubiera visitado el pasado invierno. Pero se ve que los santos del cielo han tenido envidia de mi dicha terrenal y no han permitido que tuviera lugar ese feliz encuentro.

De todos modos, a pesar de mi rebotante dicha, me siento a veces tan horriblemente triste, que no sé dónde esconderme de tan aplastante nostalgia. Durante esos momentos, terriblemente largos, sólo mi encantadora alumna ejerce sobre mí saludable influencia. ¡Y cómo deseo entonces descubrirle mi dolorida alma, verter ante ella todo mi dolor, deshacerme en lágrimas ante ella!... Pero esto ofendería su candor virginal y yo antes estrellaría mi frente contra un muro que ofender a cualquier mujer, tanto más a ella, hermosa y pura doncella.

Me parece que le escribí el otoño pasado sobre mi intención de pintar una vestal tomando de modelo a mi aplicada alumna. Pero en invierno fue difícil encontrar lirios o rosas blancas, aunque, más que nada, era porque me molestaba el insoportable alférez. Ahora esas dificultades han desaparecido y pienso, entre otras cosas, es decir, al mismo tiempo que cumplo el programa, llevar a término ese recóndito proyecto,

tanto más que mi programa no es muy complicado, pues se compone sólo de tres figuras: San José explicando los sueños a sus compañeros de prisión, el escanciador y el panadero. El argumento es viejo, trivial, por eso hay que elaborarlo bien, es decir, hay que componerlo. Trabajo rutinario hay poco, y por delante me quedan aún tres meses y pico. Usted me habla de la importancia de mi programa, que posiblemente será el último, y me aconseja que lo estudie lo mejor posible, o, como dice usted, que me compenetre con él. Pero, mi amigo único, temo decirle que la *Vestal* me absorbe casi todo el tiempo, mientras que el programa lo dejo en segundo plano, y, a pesar de que me esfuerzo en pasarlo a primer plano, no puedo, se me escapa, y no sé lo que ello significa. Pienso terminar antes la *Vestal* (hace tiempo que la tengo comenzada). En cuanto me la quite de encima, me dedicaré de lleno al programa.

¡El programa! Algo malo presiento con él. ¿Y de dónde viene este fatal presentimiento? ¿No será mejor que renuncie a él hasta el próximo año? ¡Pero perder un año de tiempo! ¿Cómo compensar esta pérdida? Con un éxito seguro. ¿Pero quién puede garantizar el éxito? ¿No le parece que estoy enfermo? En realidad, estoy un poco trastornado, y me parezco un poco al *Metafísico* de Jemnítsers. Por Dios, venga usted tonifique mi decaído espíritu.

¡Pero qué desenfrenado egoísta soy! ¿Qué fundamento tengo para casi exigir su visita? ¿En nombre de qué sensata idea debe usted abandonar sus ocupaciones, sus obligaciones y hacer un viaje de más de mil verstás solamente para ver a un semiidiota?

¡Fuera de aquí indigna pusilanimidad! Una chiquillada es y nada más, cuando a mí, a Dios gracias, se me ha permitido tomar parte en el programa para la medalla de oro. Soy ya un hombre que termina. . . no, no, un pintor que inicia, posiblemente, su gran carrera. Me avergüenzo ante usted, me avergüenzo de mí mismo. Si no tiene ninguna apremiante necesidad, no venga, por Dios se lo ruego, a la capital. No venga, por lo menos, hasta que yo no termine mi programa



y mi *Vestal* de mi alma. Entonces, si viene, es decir, para la exposición, mi alegría y dicha serán infinitas.

Le quiero exponer también otro extraño y constante deseo mío: tengo locos descos de que usted, por lo menos de pasada, vea la modelo de mi *Vestal*, es decir, a mi alumna. ¿No le parece que es un deseo extraño e irrisorio? Quiero mostrársela como a la más hermosa y celestial creación de la naturaleza. Y, ¡oh, amor propio!, como si yo hubiera ayudado a embellecer moralmente a esta maravillosa creación, enseñándola a leer y escribir. ¿No le parece que tengo demasiado amor propio? Pero bromas aparte, le diré que el saber leer le ha añadido un particular atractivo. Ella tiene un pequeño defecto, que he notado hace poco. Me parece que lee sin grandes deseos. Su tía hace ya tiempo que ha dejado de maravillarse de su culta Pasha. Después de las fiestas le he dado a leer *Robinson Crusoe*, ¿y qué cree usted? Pues en todo un mes a duras penas ha leído hasta la mitad. Debo reconocer que semejante indiferencia me ha disgustado en gran manera, tanto, que empiezo a lamentar haberla enseñado a leer. Comprenderá usted que no se lo he dicho, sólo he llegado a pensarlo. Pero, como si hubiera adivinado mi pensamiento, al día siguiente terminó de leer el libro y, por la noche, cuando tomábamos el té, contó con tan natural interés a su indiferente tía la inmortal obra de Defoe, que yo estuve a punto de colmar de besos a mi inteligente alumna. En este sentido veo mucho de común entre ella y yo. A veces me domina tal estado de indiferencia, que no soy capaz de nada. Pero, gracias a Dios, estas depresiones mías no se prolongan mucho tiempo, pero ella... Eso para mí es incomprendible: desde que me dejó el inquieto alférez de navío, se ha hecho más humilde, pensativa e indiferente a los libros. ¿Es posible que ella?... No puedo concebirlo. El alférez es un ser verdaderamente antipático, cruel y no es posible que pueda interesar a la mujer más zafia. No, ese pensamiento es absurdo. Ella se pone pensativa y cae en la apatía simplemente a causa de la edad, como aseguran los sicólogos.

Le estoy fastidiando con mi hermosa modelo y alumna. A lo mejor se imagina usted que no me es indiferente. En realidad así parece. Ella me gusta mucho, pero me gusta como algo muy querido, le siento cariño como a la más entrañable hermana carnal.

Pero basta ya de hablar de esta muchacha. Fuera de ella no sé por hoy de qué escribirle más. Aún no tengo motivos para hablarle del programa, no está siquiera pintado, y hasta que no lo termine no le escribiré nada. Quisiera que usted mismo leyera en los periódicos lo que puedan decir del programa, pero, más que nada, quisiera que lo viera. Hablo con tanta seguridad como si todo estuviera ya terminado y no me quedará más que tomar la medalla de manos del presidente y escuchar toda suerte de ditirambos.

¡Venga, mi inolvidable, mi querido amigo! Sin usted mi triunfo será incompleto. Digo incompleto, porque es usted el culpable de mi dicha presente y futura.

¡Adiós mi inolvidable bienhechor! No le prometo escribirle pronto. ¡Adiós!

P. S. El pobre Demski no ha esperado incluso el deshielo del Nevá. Ha muerto, y ha muerto como un verdadero santo, en silencio, tranquilamente, como si se hubiera dormido. En el hospital de María Magdalena he podido observar cómo expiraban muchas personas, pero jamás he visto un paso al otro mundo tan tranquilo e indiferente como el suyo. Horas antes de su muerte, yo estaba sentado a su cabecera y le leía en voz alta no sé qué librito ligero. El me escuchaba con los ojos cerrados, y de vez en cuando se notaba un ligero movimiento de las comisuras de la boca como un esbozo de sonrisa. La lectura duró poco; él abrió los ojos y, mirándome, dijo muy quedo:

— ¿Pero por qué quiere perder un tiempo tan precioso en tonterías?

Y después de descansar un instante, añadió:

— Mejor sería que dibujara algo, a mí, por ejemplo.

Habitualmente llevo conmigo un librito o un álbum y un lápiz. Empecé a dibujar su seco y anguloso perfil. El me miró de nuevo y dijo, sonriendo tristemente:

— ¿No le parece que soy un modelo tranquilo?

Yo seguía dibujando. Se abrió la puerta en silencio y apareció, envuelto en unos trapos mugrientos, el sucio rostro de la dueña de su casa, pero al verme se escondió y cerróse la puerta. Demski, sin abrir los ojos, sonrió y me indicó con la mano que me inclinara hacia él. Así lo hice. Después de una prolongada pausa murmuró conmovido, de modo que apenas se le podía comprender:

— Por Dios, páguele el alquiler. Puede que Dios me permita saldar cuentas con usted.

Yo no llevaba dinero y fui en seguida a mi casa. No sé lo que en casa me retuvo, si el café que me ofreció la tía de la joven o algo parecido, no recuerdo. Volví a ver a Demski antes de la puesta del sol. Su habitación estaba tan iluminada por la brillante luz anaranjada del sol poniente, que tuve que entornar los ojos durante unos minutos. Cuando los abrí me acerqué a la cama, y vi que bajo la manta reposaba ya solamente el cadáver de Demski en la misma exacta posición en que le había dejado vivo. Los pliegues de la manta quedaron intactos, la sonrisa no había cambiado ni en media línea, los ojos estaban cerrados, como si durmiera. Con esa tranquilidad mueren sólo los justos, y Demski pertenecía a esa categoría. Le crucé las manos en el pecho, aún un poco tibias, le di un beso en su cabeza fría y lo cubrí con la manta. Encontré a la dueña, le entregué la deuda del difunto, le rogué que se ocupara del entierro por mi cuenta y yo mismo fui a ver el enterrador. Al tercer día invité a un cura de la iglesia de San Estanislao, alquilé un coche y, con ayuda del barrendero, sacamos y pusimos el humilde ataúd sobre el vehículo y nos pusimos en marcha para enterrar a Demski. Detrás del ataúd, íbamos el padre Posiada, un monaguillo y yo. Ni una sola mendiga nos acompañaba, y eso que no eran pocas con las que tropezábamos por el camino. Pero esas pobres mujeres,

cual perros hambrientos, huelen la limosna. De nosotros no olisqueaban limosna alguna, y no se equivocaban. Odio a esos repugnantes artesanos que especulan en nombre de Cristo. En el cementerio invité al cura a ir a casa del difunto, para mostrarle la humilde biblioteca de Demski. Toda ella estaba metida en un cajón de pocas dimensiones, y se componía de unos cincuenta tomos, en su mayor parte de contenido histórico o jurídico, en griego, latín, alemán y francés. El letrado padre hojeaba, muy interesado, los clásicos griegos y romanos, impresos en ediciones humildes. Yo apartaba para mí los libros en francés. Y, cosa extraña, a excepción de Lelewel, en polaco no había más que un tomito de Mickiewicz, una edición muy barata de Poznan y nada más. ¿Es posible que no amara la literatura de su país? ¡No puede ser! Cuando toda la biblioteca fue revisada, me quedé con los libros franceses y ofrecí todos los demás al santo padre. El honrado cura no permitía en modo alguno adquirir de balde semejante tesoro, y propuso colocar por su cuenta una lápida de granito sobre la tumba de Demski. Yo, por mi parte, propuse pagar la mitad de los gastos, y en seguida determinamos la magnitud y forma de la lápida y redactamos la inscripción, que era muy sencilla: *Leonard Demski, mort. anno 18.* . . Después de estos preparativos y de repartirnos la herencia, nos despedimos como viejos amigos.

No obstante, me parece muy raro. . . ¿Es posible que el difunto Demski no tuviera más relaciones que las mías? Nunca encontré a nadie en su casa, pero cuando salía con él a la calle, nos encontrábamos con conocidos suyos, se saludaban amistosamente y algunos de ellos le estrechaban la mano. Y todos eran gente de bien. Pero la verdad ¿es que los llamados hombres de bien visitan al trabajador en su oscura cabaña? ¡Qué cosa más triste! ¡Pobre gente de bien!

¡Otra vez, adiós! No me olvide, mi inolvidable bienhechor”.

De esta extensa y abigarrada carta yo comprendí, en primer lugar, que mi pintor, como debe ser todo verdadero

artista, era una persona en alto grado noble y humilde. La gente humilde no puede acercarse tan desinteresadamente a pobres tan amargados, tan abandonados por todos como era el pobre Demski. En esta hermosa y desinteresada amistad no veo nada de extraño; es una consecuencia normal de sentimientos mutuos hacia todo lo grande y hermoso en la ciencia y en el hombre. Por su naturaleza y por el mandamiento de nuestro celestial maestro, todos debemos ser así. Pero, ¡ay!, muy pocos, entre nosotros, cumplimos con este santo mandamiento y observamos su naturaleza celestial en el amor y en la castidad. ¡Muy pocos! Y por eso nos parece extraordinario el hombre que ama desinteresadamente, una persona verdaderamente noble. Miramos a ese hombre como a un cometa, lo contemplamos hasta la saciedad y, para que no aparezca tan a las claras nuestro inmundo ser egoísta, empezamos a mancillar su pureza primero, con la calumnia enmascarada, después abiertamente, y si no se consigue lo deseado, lo condenamos a la pobreza y al sufrimiento. ¡Es una dicha si lo encerramos en una casa de locos o, simplemente, lo ahorcamos como al criminal más malvado! ¡Qué amarga, pero qué pura verdad!

Muy a destiempo estoy embrollando la cosa.

Lo segundo que deduje de esta incoherente carta de mi amado pintor, es que él, sin darse cuenta, se había enamorado, hasta perder los sentidos, de su hermosa y versátil alumna. Eso es algo corriente, eso está bien, y hasta es necesario, tanto más en un artista, porque si no, se puede ahumar su corazón con los estudios académicos. El amor es un fuego vivificador en el alma del hombre, y todo lo que éste crea bajo la influencia de ese divino sentimiento lleva el sello de la vida y de la poesía. Todo ello es precioso, pero miren ustedes: esas almas ardientes, como las califica Libelt, son incompetentes, en sumo grado, en las cuestiones de amor. Y ocurre con frecuencia que al admirador más exaltado y genuino de la belleza le cae en suerte un ídolo moralmente tan horrible, que sólo el humo del hogar le sienta bien, pero el simplón de

él fuma puro incienso ante ese ídolo. A muy pocas, a muy pocas apasionadas almas acompañó la armonía. Desde Sócrates y Berghem hasta nuestros días, existe una misma discordancia en la vida corriente. Y, para mayor desgracia, estas almas inspiradas se enamoran no como los oficiales de caballería, sino peor que el más desdichado de los soldados de infantería, es decir, para toda la vida. Esto es lo incomprendible para mí y lo que temo en mi pintor.

Seguramente, también él, siguiendo el ejemplo de los genios de renombre universal, se dejará esclavizar por algún satanás con faldas. Y bien será, si él, como Sócrates y Poussin, se puede desprender del satanás casero con una broma y sigue su camino, ya que, en caso contrario, adiós arte y ciencia, adiós poesía y todo lo encantador de la vida, adiós por los siglos de los siglos. El recipiente se rompe, viértese el precioso crisma sagrado y se mezcla con el lodo. Entonces el radiante candelero de la pacífica vida artística se extingue al respirar el envenenado aire de la quincalla casera. ¡Ah, si pudieran estos genios de la humanidad pasarse sin la dicha del hogar, qué maravilloso sería! ¡Cuántas grandes obras no se hubieran hundido en ese pantano casero y hubieran quedado en la tierra para ejemplo y placer de la humanidad! Pero, ¡ay! el genio, como nosotros, los demás mortales, necesita, por lo visto, el hogar y la familia. Ello es así, porque toda alma que siente y ama cuanto hay de elevado y bello en la naturaleza y en el arte, después de extasiarse ante tal encantadora armonía, necesita el descanso espiritual, y ese dulce calmante del cansado corazón puede lograrse sólo al lado de los hijos y de la esposa buena y cariñosa. Bienaventurado, cien veces bienaventurado, el hombre y artista cuya tan injustamente llamada vida prosaica ha sido iluminada por la hermosa musa de la armonía. Su dicha es infinita como el mundo del Señor.

En mis observaciones sobre la dicha familiar he notado lo siguiente. Mi observación concierne a las personas en general pero, en particular, a los inspirados admiradores de todo lo

bueno y hermoso en la naturaleza. Estos son unos infelices y, con frecuencia, víctimas desdichadas de su adorado ídolo, la belleza. Y no se les puede inculpar, porque la belleza, en general, y la hermosura de las mujeres, en particular, influye en ellos de manera agobiante. Y no puede ser de otra manera, pues ésta es la fuente turbia, envenenadora, de todo lo hermoso y grande en la vida.

— ¿Cómo es eso? —gritarán algunos enfurecidos jóvenes—. Las mujeres bellas han sido creadas por Dios para endulzar nuestra vida, llena de lágrimas y de inquietudes.

Verdad es que Dios le dio ese destino, pero ella, o mejor dicho, nosotros hicimos de ella un ídolo sin alma, sin vida. En ella un sentido ha absorbido todos los demás magníficos sentidos: el egoísmo, surgido al tener conciencia de su propia irresistible belleza. Ya en su infancia le dimos a comprender que ella era la futura desgarradora e inflamadora de nuestros corazones. Ciertamente es que nosotros solamente se lo dimos a comprender, pero ella lo comprendió tan pronto, lo concibió tan profundamente y sintió esta futura fuerza, que desde aquel día fatal se convirtió en una coqueta inocente y en una admiradora, hasta la tumba, de su propia hermosura. El espejo se convirtió en el único compañero de su desdichada y solitaria vida. Y no la podrá transformar ninguna educación del mundo. Tan profundamente cayó el grano del amor propio y de la incurable coquetería, lanzado casualmente por nosotros.

Tal es el resultado de mis observaciones sobre las beldades, y sobre las beldades privilegiadas en particular. Una beldad privilegiada no puede ser más que beldad: ni dócil, cariñosa esposa, ni buena, dulce madre, ni siquiera apasionada amante. Ella es una beldad de madera, y nada más. Y por nuestra parte sería una tontería exigir más de un trozo de madera.

He aquí por qué yo aconsejo admirar esas hermosas estatuas desde lejos, pero de ningún modo acercarse a ellas, y menos casarse; en particular no deben hacerlo los artistas, y, en general, los que se dedican a la ciencia o al arte. Si un pintor necesita una belleza para su querido arte, ahí están

las modelos, las bailarinas y otras mujeres por el estilo, mientras que en casa, él, como simple mortal, necesita una dócil esposa cariñosa, pero nunca una belleza privilegiada. Esa beldad iluminará por un instante, con rayos deslumbradores de alegría el solar pacífico del amado de Dios, y después, como un fulgurante meteoro, no quedará ni rastro de esa instantánea alegría. Toda mujer hermosa, al igual que toda verdadera artista, necesita, como los ídolos antiguos, una muchedumbre de admiradores, sinceros y falsos, da lo mismo. El caso es tener admiradores, ya que sin ellos es, como los antiguos ídolos, una hermosa estatua de mármol y nada más.

“No toda palabra cabe en un renglón” —dice nuestro refrán. Entre las mujeres bellas hay excepciones: la naturaleza es infinitamente variada. Yo creo profundamente en esta excepción, pero creo en ella como en el fenómeno más extraordinario; por eso soy tan precavido en mi creencia, porque he vivido entre gente de bien más de medio siglo y no he tenido la ocasión de ver un fenómeno tan original. Y no se puede decir que yo pertenezca al grupo de los misántropos o al de los imperdonables enemigos de lo hermoso. Al contrario, soy un admirador exaltado de lo hermoso, tanto en la propia naturaleza como en el arte divino.

He aquí lo que me pasó no hace mucho. Lejos, muy lejos de la buena civilizada sociedad, o en un lugar muy apartado, casi deshabitado, tuve la ocasión de vegetar bastante tiempo. En aquel mismo apartado lugar apareció, pero no al acaso, una hermosa mujer de la alta sociedad; por lo menos así lo afirmaba. Trabé conocimiento con ella. Debo decir que eso lo hago con facilidad. Estuve observando a mi nueva conocida, hermosa mujer, y ¡oh, milagro de los milagros! Ni la menor sombra de parecido con las beldades que antes yo había visto. “¿Me habré embrutecido en este apartado lugar?” —pensaba yo. No, esa mujer era hermosa en todos los sentidos: inteligente, modesta, hasta bien instruida y, a decir verdad, ni sombra de coquetería. Me arrepentí de haber estado algún tiempo observándola, deseché toda desconfianza y me



convertí más que en admirador —ese oficio no me sienta bien— en fiel y sincero conocido. No sé por qué, pero le gusté y nos hicimos casi amigos. No dejo de asombrarme de mi descubrimiento, el caso es que en mi viejo corazón se removió algo más que un simple afecto, y poco faltó para que jugara el papel de un viejo tonto de zarzuela. Me salvó de ello una pura casualidad. Un día por la mañana —me recibían en su casa como uno de la familia, y con frecuencia me invitaban a tomar el té matinal— noté que se había anudado el cabello en pequeñas trenzas en la misma nuca. Este descubrimiento no me gustó, pues yo creía que los rizos que ostentaba antes en la nuca eran naturales, y, de pronto, mira por dónde. Precisamente este descubrimiento me contuvo en declararle mi amor. De nuevo seguí siendo un simple buen amigo. Cuando se habla casi diariamente de literatura, música y otras artes con una mujer ilustrada, no está bien chismorrear. En esas conversaciones noté, pero solamente al cabo de un año, que sus nociones eran muy superficiales, y que hablaba con mucha indiferencia de lo hermoso en el arte o en la naturaleza. Esto quebrantó un poco mi fe en ella. Es más, según ella, no había en el mundo libro en alemán o en ruso que no hubiera leído, pero no recordaba ni uno solo. Yo le pregunté la causa. Ella se atuvo a no sé qué enfermedad propia de las mujeres, a causa de la cual había perdido la memoria siendo aún muy joven. Yo lo creí, llevado de mi buena fe. Pero noté que algunos versitos triviales, aprendidos en su mocedad, los recitaba aun ahora de memoria. Después de esto me daba vergüenza hablar con ella de literatura, y poco después supe que no tenían ni un solo libro en casa, a excepción del calendario del año en curso. En las noches de invierno jugaba a las cartas si se juntaban bastantes personas para una partida: lo hacía por buen tono. Pero no llegué a darme cuenta de que se ponía de muy mal humor si no se conseguía jugar alguna partida. Entonces le acometían unos terribles dolores de cabeza. Si jugaban en la habitación del marido, ella se sentaba cerca de la mesa y miraba las cartas de los jugadores

como si fueran las suyas propias, y esta agradable distracción se prolongaba con frecuencia hasta más allá de la medianoche. En cuanto empezaban estas desagradables escenas yo me iba a la calle. Es repugnante ver a una joven y hermosa mujer dedicada a tan absurda ocupación. Entonces me desengañé por completo y ella me pareció un pólipo o, mejor dicho, una verdadera beldad privilegiada.

Y si se hubiera prolongado su aislamiento unos años más en aquel oscuro lugar sin los feroces admiradores, es decir, sin leones y onagros, se habría atontado o convertido en una verdadera idiota. Ella ya había alcanzado el estado de semi-idiotez, mientras que yo, simplón, me había llegado a figurar, ¿qué les parece? que, por fin, había descubierto El Dorado, mientras que El Dorado era simplemente una muñeca de madera a la que no podía ver más tarde sin repugnancia.

Al leer esta terrible sentencia contra las beldades, alguna que otra puede llegar a pensar que soy un segundo Buonarrotti. Nada de eso. Soy un admirador, igual que cualquiera, de esos leopardos y, posiblemente, aún más indomable. El caso es que a mí me gusta expresar mis convicciones en toda su desnudez, sin consideraciones de ningún género. Por cierto, eso es lo que hago ahora para mi amigo pintor, y no con la intención de imponer mi opinión referente a las mujeres hermosas. Dios me guarde de cometer tal tontería. Mi hermana estaría dispuesta, entonces, a colgarme del primer pobo como al Judas traidor. Cierto que ella no es ninguna beldad y no hay por qué temerla.

¿Dónde está el comienzo de este mal? En la educación. Si Dios bendice a los tiernos padres concediéndoles una hija bella, ellos mismos empiezan a estropearla, dándole preferencia sobre los demás hijos. De la educación de su favorita piensan lo siguiente y hasta llegan a decir: —“¿Para qué matar a la criatura con libros hueros? Sin libros y hasta sin dote, hará una brillante carrera”. Y la beldad hace, en efecto, una brillante carrera. La profecía de los padres se cumple. ¿Qué más se puede desear? De ahí arranca el mal. La continuación

(yo, por cierto, no lo afirmo, sino que solamente lo supongo), ahí está la continuación.

Nuestra amable raza eslava, a pesar de que pertenece a la familia caucasiana, por sus rasgos exteriores no es mucho mejor de las razas finlandesa y mongola. Por lo tanto, en nuestra tierra una beldad es un fenómeno muy extraordinario. Y a este fenómeno, aún en pañales, lo empezamos a colmar de necias admiraciones, de amor propio y otras porquerías por el estilo y, por fin, la convertimos en una muñeca de madera sobre charnelas, semejante a la que los pintores utilizan para el tapizamiento.

En los países que Dios ha agraciado con mujeres bellas, ellas deben ser mujeres sencillas, y la mujer sencilla, a mi parecer, es la mejor de las mujeres.

¿Por qué he empezado a razonar tanto sobre las desgarradoras de corazones humanos, y del mío entre ellos? Me parece que para que le sirva de aleccionador ejemplo a mi amigo. Pero pienso que este sermón sera inútil para él. Además de que su vestal, según la conclusión a que he llegado por la descripción que de ella hace, es dudoso que sea capaz de penetrar en lo más profundo del corazón de un artista como mi amigo, que tan maravillosamente siente y comprende todo lo sublime y hermoso en la naturaleza. Debe ser una mozuela de ojos vivarachos, una chatilla traviesa, una especie de costurera o despabilada doncella, y semejantes seres no escasean, son completamente inofensivos.

Pero tales sujetos como su melosa tía, tampoco escasean, pero son extraordinariamente peligrosos. Su tía, a pesar de que él la describe en tonos muy dulces, me recuerda a la casamentera de Gógol, la cual contesta a la pregunta de un buscador de novia de si ella lo va a casar: "¡Ay, te caso, palomo! Y tan hábilmente, que ni siquiera lo vas a notar". Mi amigo, es comprensible, no tiene nada de común con el personaje gogoliano, y en este sentido nada temo por él. El fuego del primer amor, aunque más ardiente, es más corto. Pero hay que estar de nuevo alerta, porque esos asombrosos

enlaces a la chita callando los suelen contraer no sólo hombres inteligentes, sino también cautelosos, y en mi amigo yo no vislumbro mucha cautela. Esta virtud no es propia de pintores. En todo caso yo le escribí una carta, y es comprensible que en ningún tono de sermón. Dios me guarde de semejantes misivas. Le escribí una carta amistosa y franca expresándole mis temores y lo que él debe temer; le hablé sin subterfugios de la agradable tía, que es la ratonera principal y más peligrosa. No recibí respuesta a mi carta, seguramente porque no le gustó. Mal indicio era éste. Cierto que él estuvo ocupado todo el verano con el programa, así que no tiene nada de particular que se olvidara de mi carta.

Pasó el verano, pasó el mes de septiembre y el mes de octubre, y mi amigo sin contestar. Leo en *La Abeja* la reseña de la exposición, escrita tal vez por Kúkolnik, en la que se hacen grandes elogios. La *Vestal* de mi amigo la pone por las nubes, pero no dice ni una palabra del programa. ¿Qué puede significar ello? ¿Es que no le habrá salido bien? Le escribí otra carta rogándole me explicara su obstinado silencio, sin mencionar una palabra del programa y, en general, de sus ocupaciones, pues sé por experiencia cuán desagradable es responder a la pregunta amistosa: “¿Cómo va el trabajo?” cuando éste va muy mal. A los dos meses recibí contestación a mi carta, una contestación lacónica e incoherente en extremo. Parecía que se avergonzaba de manifestarme con franqueza lo que le martirizaba, y, sin duda, algo le hacía padecer horribilmente. Por cierto, en su carta hace alusión a no sé qué fracaso (probablemente se trata del programa) lo que casi le ha llevado a la tumba, y escribe que si vive aún lo debe a sus buenos vecinos, los cuales se han interesado por él vivamente; que él ahora casi no trabaja, sufre moral y físicamente y que no sabe cómo va a terminar todo ello.

A mí me parecía, y es comprensible, que él exageraba en todo. Eso es habitual en las naturalezas jóvenes, fáciles de dejarse impresionar. Siempre hacen de una mosca un elefante. Yo quería conocer su situación con más detalles; no sé

qué me inquietaba. ¿Pero cómo, de quién? De él mismo nada conseguiría en concreto. Me dirigí a Mijáilov, pidiéndole me escribiera sobre todo lo que sabía de mi amigo. El amable Mijáilov no me hizo esperar mucho con su original y franca carta. He aquí lo que me escribió:

“Tu amigo, hermano, es un zote y vaya qué zote. Desde el primer día de la creación del mundo no ha habido zote igual. Sabrás que no le salió el programa, y no vas a adivinar lo que ha hecho, desesperado; pues se ha casado, Dios es testigo, se ha casado, ¿y sabes con quién? Con su vestal, embarazada además. Como él mismo dice, el embarazo de ella, precisamente, le obligó a casarse. Pero no vayas a creer que él es el autor del pecado. ¡Quía! El bestia del alférez de navío es el que ha cometido la villanía, la joven misma lo ha reconocido. ¡Valiente mozo es el alférez! La ha armado, y después se ha ido a su tierra, a Nikoláev, como si nada hubiera pasado. Mientras que tu noble zote cayó como la gallina en el puchero. ¿Dónde se va a meter ahora, decía él? ¿Quién la va a cobijar, pobrecilla, si su propia tía la echa de casa? Pues bien, la ha cobijado él. Ahora dime tú mismo si has visto en el mundo otro tonto semejante. Sin duda que no. A decir verdad, ese es un acto de nobleza sin precedente, o mejor dicho, una imbecilidad sin igual. Pero eso aún no es nada, porque lo infinitamente irrisorio es que ha dibujado su *Vestal* tomando como modelo a la embarazada, y cómo la ha pintado, ¡una preciosidad! Ni en pintura ni en la naturaleza he visto nunca una muchacha pudorosa tan encantadora. En la exposición, la muchedumbre no se apartaba del cuadro. Ha causado tanto revuelo en el público como el cuadro de Tyránov *La muchacha con el tamborín*, ¿te acuerdas? ¡Qué cosa más hermosa! Hasta el propio Karl Pávlovich se ha detenido muchas veces ante el cuadro, y eso ya significa algo. Lo ha comprado un alto dignatario a buen precio. En todas las tiendas, en todos los lugares hay copias y litografías del cuadro. En una palabra, un éxito completo. Pero él, que es un ton-

taina, se ha casado. Hace unos días estuve a verle y le noté un cambio desagradable. Parece que la tía se lo ha metido en un puño. No visita ya más a Karl Pávlovich, seguramente le da vergüenza. Ha comenzado, tomando de modelos a su mujer y a un niño ajeno, la madona con la eterna criatura, y si termina tan bien como ha empezado, va a sobrepasar la *Vestal*. La expresión de la madre y del niño es asombrosamente encantadora. Me sorprende cómo no le salió el programa. No sé si le dejarán tomar parte en el concurso el año que viene, ya que está casado; parece que no. Eso es todo lo que te puedo comunicar de tu torpe amigo. ¡Adiós! Nuestro Karl Pávlovich no está del todo bien; en primavera piensa comenzar a trabajar en la Catedral de Isaákievski.

*Tu Mijáilov''.*

Una inefable tristeza se apoderó de mí al leer esta sencilla, amistosa carta. Vi ya cortado el brillante futuro de mi favorito, de mi amigo, cortado en el mismo amanecer de la brillante gloria, pero era ya imposible ayudarle en su desdicha. Como persona se portó neciamente, pero con suma nobleza. Si hubiera sido un simple pintor artesano, ese suceso no hubiera ejercido ninguna influencia, pero sobre él, pintor, artista inspirado, esto puede acarrearle funestas consecuencias. Perder la esperanza de ser enviado al extranjero a cuenta del Estado es suficiente para quebrantar la más fuerte energía. Y no puede pensar en ir al extranjero por su cuenta. Si un trabajo redoblado le da los medios necesarios, la mujer y los hijos le quitarán esos medios antes de que llegue a pensar en Roma y en sus inmortales maravillas.

Así que,

Italia, dichoso país,  
a donde, con maravilloso encanto,  
vuela la joven inspiración  
por divisar su paraíso ensoñador. . .

Este dichoso, encantador país, se ha cerrado para mi amigo para siempre. A no ser que le abra las puertas de ese cielo

ensoñador alguna ocasión excepcional. Pero esas ocasiones son, por cierto, muy raras. Han desaparecido en nuestro país aquellos buenos protectores que daban al pintor dinero para que éste fuera al extranjero y estudiara. Aquí, ahora, si algún ricachón se permite tal lujo, es solamente por vanidad infantil. Se lleva al pintor al extranjero, le paga un sueldo como a un lacayo contratado y le trata como a un lacayo. Le obliga a pintar el hotel donde se ha parado, o la orilla del mar donde su mujer toma baños de mar y otros objetos muy poco artísticos de ese tipo, mientras que los simplones gritan a voz en grito: “¡Ahí tienen ustedes un verdadero amante y conocedor del arte; se llevó consigo al extranjero a un pintor!” ¡Pobre pintor! ¡Cuánto sufre tu humilde alma al oír esas frenéticas e imbéciles exclamaciones! No te envidio, pobre admirador de lo bello en la naturaleza y en el arte. Tú, como suelen decir, estuviste en Roma y no viste al Papa, y la fama de que estuviste en el extranjero te debe parecer un cruel reproche. No, mejor es ir al extranjero con un pequeño hatillo al hombro, que en el carruaje del señor o, en general, renunciar a ver

su paraíso ensoñador

y cobijarse en cualquier rincón de su prosaica patria y adorar quedamente al divino ídolo de Apolo.

¡De qué manera asombrosamente imbécil, dispuso de su futuro mi amigo! Hace ya dos semanas que leo diariamente la sincera carta de Mijáilov y no puedo convencerme, de todos modos, de la veracidad de esta imperdonable tontería. Es tan increíble para mí, que hasta me viene a veces la idea de ir yo mismo a San Petersburgo y ver con mis propios ojos esa horrible verdad. Si estuviéramos de vacaciones, no lo pensaría siquiera, pero, por desgracia, estamos en los meses de estudio y, por lo tanto, si fuera posible marcharme, sería solamente por veintiocho días y ¿qué podría yo hacer para él con la mitad de esos días? Nada, absolutamente. Vería solamente aquello que no desearía ver ni en sueños. Después de pensarlo bien y de reponerme de la primera impresión, decidí esperar

à ver qué decía el viejo Saturno y, mientras tanto, mantener correspondencia regular con Mijáilov. Yo perdí toda esperanza de recibir carta de mi joven amigo, pero mi esperanza de recibirla de Mijáilov no se confirmó por completo. Al contar con Mijáilov, me olvidé de que este hombre no era en absoluto capaz de mantener una correspondencia constante y que si yo recibí contestación a mi carta y con tan inesperada rapidez, debía tomarlo, pues, como un milagro extraordinario, y que por una carta no debí, en modo alguno, confiar en mantener correspondencia permanente. ¿Qué podía hacer? Me había equivocado. ¿Y quién no se equivoca en la vida? Sin pensarlo, le escribí varias cartas, pero a ninguna recibí contestación. Esto no me contuvo, y seguí escribiendo, y cada vez con más insistencia. Pero ni una palabra de respuesta. Por fin, perdí los estribos y le escribí una carta corta en tonos brutales que causó efecto en Mijáilov, y me contestó. El contenido de la carta es el siguiente:

“Me asombra de que tengas suficiente paciencia, tiempo y, por último, papel para tus abrumadoras, por no decir tontas cartas. ¿Y de quién escribes? De un imbécil. ¿Acaso vale la pena de pensar en él y más aún escribir cartas pesadas como las que escribes? Olvídalo, pues es un hombre perdido y nada más. Y para tranquilizarte un poco te voy a añadir lo siguiente: él, junto con su mujer y la mamita, como él la llama, ha empezado a empinar el codo, es decir, la ha emprendido con el aguardiente. Al principio se lió a hacer copias de la *Vestal* hasta el punto que ahora ni en el rastro las compran. Después se puso a pintarrapear litografías para las tiendas, y ahora no sé qué hace. Probablemente pinta retratos a rublo por jeta. Nadie le ve, se ha escondido en no sé donde por la Vigésima Línea. Para complacerte, la semana pasada fui a buscarle. Con dificultad encontré su casa al lado mismo del cementerio de Smolensk. No le encontré en casa. Su mujer dijo que había ido a casa de un funcionario a pintar. Estuve admirando su no acabada *Madona* y, sabes, hasta me puse



triste. ¿Por qué se ha echado a perder ese hombre? Como no podía esperarle hasta que volviera, me marché sin despedirme de la dueña; me pareció asquerosa.

Karl Pávlovich, a pesar de su enfermedad, ha empezado a trabajar en la Catedral Isaákievski. Los médicos le aconsejan que deje el trabajo hasta el año próximo y que se vaya al extranjero, pero él no quiere dejar la obra comenzada. ¿Por qué no vienes, aunque sea por corto tiempo, para admirar los prodigios de nuestro maravilloso Karl Pávlovich? Sí, y verías también a tu tonto. Parece ser que te has casado también, pero no lo quieres decir, ¿no es eso? No me escribas, que no te voy a contestar. ¡Adiós!

*Tu Mijáilov”.*

¡Dios mío! ¿Pero es posible que esta única razón, ese desgraciado casamiento haya podido aniquilar, de manera tan inesperada y rápida, a ese joven genial? No había otra razón. ¡Desdichado casamiento!

Con impaciencia esperaba yo las vacaciones. Por fin terminaron los exámenes, recibí el permiso y me puse en marcha para San Petersburgo. Allí no di ya con Karl Pávlovich. Aconsejado por los médicos, había dejado el trabajo y partió para la Isla Madera. Con gran dificultad encontré a Mijáilov. Este original tipo nunca había tenido vivienda fija y vivía como un pajarillo. Lo encontré en la calle del brazo del bravo alférez de navío, que ya era entonces teniente. No sé de qué modo apareció de nuevo por San Petersburgo. Me repugnaba mirarlo. Después de saludar a Mijáilov, nos separamos un poco y empecé a preguntar por las señas de mi conocido. Mijáilov soltó al momento una carcajada y después, conteniendo la risa con dificultad, se dirigió al alférez y dijo:

— ¿Sabes por qué señas me pregunta? Por las de su querido N. N.

Y Mijáilov se echó a reír de nuevo. El alférez le siguió, pero su risa no era sincera. Me irritaba la importuna risa de Mijáilov. Por fin se repuso y me dijo:

— Tu amigo vive ahora en el manicomio, en la Séptima versta. Sabes, no le dejaron tomar parte en el concurso, y, sin pensarlo mucho, se volvió loco y, allá se fue. No sé si está vivo aún.

Sin despedirme de Mijáilov, tomé un carruaje y me dirigí al hospital de Todos los Dolientes. No me dejaron entrar a ver al enfermo, porque en aquel momento le dio un ataque de locura. Le vi al día siguiente, y si el guardián no me hubiera dicho que el número tal era el pintor N. N. yo mismo nunca lo hubiera reconocido, tan terriblemente lo transformó su enajenación mental. El no me reconoció, es comprensible, y me tomó por no sé qué romano del cuadro de Pinelli, soltó una carcajada y se apartó de la puerta enrejada.

¡Dios mío, qué fenómeno más triste es la persona transfigurada por la locura! No pude, ni por unos minutos, observar su triste figura, me despedí del guardián y regresé a la ciudad. Pero no me abandonaba el recuerdo de mi infeliz amigo, ni en la Academia, ni en el Ermitage, ni siquiera en el teatro, es decir, en ninguna parte. Su terrible imagen me perseguía por todas partes, y sólo mi visita diaria al manicomio fue borrando poco a poco la primera horrible impresión.

Su furiosa locura iba remitiendo, pero también sus fuerzas físicas se extinguían rápidamente. Por fin no pudo levantarse ya de la cama y yo pude entrar libremente a verle en su habitación. Por momentos parecía que volvía en sí, pero no me reconocía. Una vez fui a verle por la mañana temprano: las horas de la mañana las pasaba mejor. Lo encontré completamente tranquilo, pero tan débil, que ni siquiera podía mover la mano. Me estuvo mirando largo rato, como si recordara algo. Después de una larga, pensativa e inteligente mirada, pronunció en voz baja mi nombre, y sus ojos, iluminados por la razón, empezaron a verter abundantes lágrimas. Su reposado llanto pasó a convertirse en desgarradores sollozos como nunca los había visto, y Dios me libre de ver a otro hombre llorando tan amargamente.

Yo quería dejarle, pero él me retuvo haciéndome signos. Me quedé. Me tendió la mano; se la tomé y me senté cerca

de él. Su llanto se fue calmando poco a poco; de sus cerradas pestañas manaban gruesas lágrimas. Pasaron unos minutos más, se tranquilizó por completo y se quedó dormido. Con mucha suavidad desprendí mi mano de la suya y salí de la habitación con plena esperanza de que se repondría. Al día siguiente, también por la mañana temprano, llegué al manicomio y le pregunté al guardián que me salió al encuentro: “¿Cómo está mi enfermo?” Y el guardián me contestó: “Su enfermo, señor, ya está en la sala de los difuntos. Ayer por la mañana quedó dormido y no se ha vuelto a despertar”.

Después del entierro quedé unos días más en San Petersburgo, yo mismo no sé para qué. Uno de aquellos días tropecé con Mijáilov. Después de decirme que se había despedido el día anterior del teniente de navío, quien salió para Nikoláev y que los dos habían estado de juerga en la Barrera Media del Portazgo, hablamos del difunto, de su viuda y, por fin, de su inconclusa *Madona*. Yo le rogué a Mijáilov que me acompañara a casa de la viuda, a lo que accedió gustoso, ya que él mismo quería volver a ver la *Madona*. En la casa del difunto no advertimos nada que denotara que hubiese vivido allí un pintor, a excepción de una paleta con pinturas resacas que cubría el hueco de cristal roto. Pregunté por la *Madona*. La dueña no me comprendió. Mijáilov le dio a entender que nos enseñara el cuadro que cierta vez él había contemplado allí. La mujer nos introdujo en otra habitación y vimos la *Madona* que servía de remiendo de un viejo biombo. Le ofrecí diez rublos por el cuadro; ella aceptó complacida. Envolví en un rollo mi preciosa adquisición y dejamos a la viuda consolada con los diez rublos.

Al día siguiente me despedía de mis amigos y parece ser que dejé para siempre la Palmira del Norte. El inolvidable Carlomagno ya moría en Roma.

25 de enero de 1856-  
4 de octubre 1856

## DIARIO

(*Trozos escogidos*)

12 de junio, 1857

El primer hecho destacado que incluyo en mis memorias ha ocurrido en esencia, como sigue. Cortando las hojas del primer cuaderno para las mismas, he roto el cortaplumas. El suceso, al parecer, es insignificante y no merece la atención que yo le concedo incluyéndolo, como algo extraordinario, en este variado libro. De haber acontecido este caso en la capital o incluso en una decente ciudad provinciana, como es natural, no habría ido a parar a mis memorias. Pero esto ha sucedido en la estepa de Kirguizia, es decir, en la fortaleza de Novopetrovsk, donde un objeto semejante tiene, para un hombre culto como yo, mucho valor, y lo peor de todo es que no siempre se puede conseguir, incluso pagando por él una cantidad respetable... Ahora se comprenderá por qué razón, en la fortaleza de Novopetrovsk, la pérdida de un cortaplumas constituye un acontecimiento digno de ser registrado en los anales de la vida cotidiana. Pero que se vayan al cuerno la fortaleza y la navajilla; pronto, quíéralo Dios, lograré salir de esta prisión inmensa. Y entonces, semejantes sucesos ya no tendrán cabida en mi diario.

13 de junio

... Debía haber empezado mi diario a partir de los tiempos de mi investidura de soldado, o sea, desde el año 1847. Y ahora, éste sería un cuaderno voluminosísimo y aburridísimo. Al recordar estos tristes diez años pasados, me alegro sinceramente de que no se me ocurriera entonces la buena idea de empezar un cuaderno de memorias. ¿Qué habría escrito yo en él? Ciertamente que, en el transcurso de estos diez años, yo he visto de balde lo que no a todos les

cabe en suerte ver, pagando dinero por ello. Mas, ¿cómo he observado yo todo eso? Como el preso que observa, por entre los barrotes de la reja, el paso de un alegre cortejo nupcial. El solo recuerdo de lo ocurrido y visto en ese lapso de tiempo, me hace estremecer. ¿Y qué sucedería si hubiese descrito la tenebrosa decoración y los groseros y crueles personajes con los que tuve que representar este sombrío y monótono drama de un decenio? ¡Pasemos por alto, no prestemos atención a mi pasado, a mi pérvida memoria! No turbemos el alma de la persona amada con indignos recuerdos, olvidemos y perdónemos a nuestros ignorantes torturadores, como perdonó aquel misericordioso filántropo a los que le crucificaron. Volvamos la mirada hacia lo luminoso y sereno como una otoñal tarde ucraniana, registremos todo lo que hemos visto y oído y todo lo que el corazón nos dicte.

He recibido carta de Petersburgo, de Mijaíl Lazarevski, fechada el dos de mayo, en la que me adjunta 75 rublos. Me anuncia la libertad, mejor dicho, me felicita con motivo de ella. Sin embargo, hasta el día de hoy no hay ninguna noticia del estado mayor del cuerpo de ejército, y yo sigo esperando el orden del mencionado estado mayor. . .

Esta noche ha sido señalada, pues ha llegado barco de Astracán. Pero como el acontecimiento se ha producido bastante tarde, dadas ya las ocho, hasta mañana por la mañana no recibiré a través de él ninguna nueva. . . ¿No se le habrá ocurrido al padrecito Koshovi Kujarenko escribirme? Gran favor me haría con ello el viejo marino de la Flota del mar Negro. Entre las gentes, constituye un magnífico fenómeno este hombre, verdaderamente noble. A partir de 1847, todos mis amigos, por disposición de la superioridad, debían cesar toda relación conmigo. Kujarenko ignoraba esa disposición. Pero también ignoraba mi residencia. Una vez, encontrándose en Moscú durante la coronación, como delegado de sus tropas, conoció allí al viejo Schepkin y se enteró por él del lugar de mi prisión. Y, inobilísimo amigo!, me escribió la más sincera y más afectuosa de las cartas. Al cabo de nueve

años, no se había olvidado de un amigo, y, por añadidura, de un amigo en desgracia. Ello constituye un raro fenómeno entre las gentes egoístas. Con aquella carta me enviaba, con motivo, según decía, de haber sido condecorado con la Orden de Stanislav de primera clase, 25 rublos en plata para que lo celebrase. Para un hombre con familia y de escasos recursos, aquello era un gran sacrificio. ¿Cuándo y cómo le podré recompensar de este desprendimiento sincero, sin hipocresía alguna? No lo sé.

Con motivo de aquel inesperado y amistoso saludo, estaba dispuesto a realizar mi viaje de la siguiente manera. Pasando por Kizliar y Stávropol, llegar a Ekaterinodar e ir directamente a casa de Kujarenko. Y luego de contemplar hasta saciarme su expresivo y noble rostro, seguir, por Crimea, Járkov, Poltava y Kíev, hasta Minsk, Nesvizh, y, por último, hasta la aldea de Chirkóvichi, desde donde, después de abrazar a mí amigo y compañero de prisión Bronislaw Zaleski, llegaría a Petersburgo a través de Vilna. Este plan lo ha cambiado la carta de M. Lazarevski, del 2 de mayo. Por su carta, veo que no podré detenerme en ningún sitio, pues tengo que apresurarme para llegar cuanto antes a la Academia de Bellas Artes y besar las manos y los pies de la condesa Nastasia Ivánovna Tolstaya y de su magnánimo esposo el conde Fiódor Petróvich. Ellos son los únicos autores de mi liberación, y a ellos les corresponde mi primer saludo. Aparte de la gratitud, así lo exige la cortesía. He aquí la principal razón de que yo, en vez de la briosa y rauda *troika*, haya elegido la monótona navegación de treinta días por el Volga. Mas, ¿se realizará ésta? Todavía no lo sé con certeza.

No tendría nada de particular que yo, con la infamante hopa y la mochila al hombro, fuese a dar con mis huesos a Uralsk, al estado mayor del batallón № 1. Todo se puede esperar en este mundo. Por ello, no hay que dar demasiada rienda suelta a mi turbulenta imaginación. La almohada es buena consejera. Veremos a ver lo que nos trae el día de mañana. O, mejor dicho, lo que nos trae el correo de Gúriev.

## 14 de junio

...¿Qué caso registraré hoy? Ya sé; el siguiente. El barco de ayer ha resultado ser un buen talego repleto de *tseikóvis* y *chervonets*. Trae la paga, correspondiente a cuatro meses, de la guarnición. Los oficiales la han recibido hoy mismo, y hoy mismo le han pagado sus deudas a Popov (el cantinero) y al alcoholímetro (el tabernero), y el resto también se lo han llevado al alcoholímetro y han empezado a divertirse, mejor dicho, a emborracharse. Mañana, entregarán la paga a los soldados, y éstos también empezarán a divertirse, es decir, a emborracharse. Ello se prolongará durante varios días seguidos. Y tanto la juerga de los oficiales como la de los soldados terminará en riña, y su final será el chiquero, es decir, el calabozo.

Los soldados son el estamento más pobre y digno de lástima de nuestra cristiana patria ortodoxa. Le han quitado todo lo que la vida tiene de bella: la familia, el terruño, la libertad, todo en definitiva. Y en él es perdonable que, a veces, sumerja su alma gris y solitaria en tres cuartos de litro de mal aguardiente. Pero los oficiales, a los que les ha sido dado todo, todos los derechos y privilegios del hombre, ¿en qué se diferencian del mísero soldado? (Hablo de la guarnición de Novopetrovsk). En nada se diferencian los pobres, más que en el uniforme. . .

## 16 de junio

Hoy es domingo. He pasado la noche en el huerto. Por la mañana, he estado en la fortaleza. La lluvia (fenómeno aquí rarísimo) me ha impedido volver al huerto y me he quedado a comer con Mostovski. Mostovski es la única persona de toda la guarnición a quien yo quiero y respeto. No es un hombre chismoso ni superficial, sino una persona ordenada, buena y noble en alto grado. Habla mal en ruso, pero

conoce la lengua rusa mejor que los educandos del cuerpo de Ejército de Neplúevski. Durante la insurrección de los polacos de 1830 sirvió en la artillería del antiguo ejército polaco y, ya prisionero de guerra, lo incorporaron como soldado ruso al ejército de Rusia. El me ha contado muchos detalles, de extraordinario interés, acerca de la revolución de 1830. Y es digno de señalar que este polaco hable de sus hazañas y fracasos sin adornarlos lo más mínimo, rasgo poco frecuente en un militar, y menos aún en un polaco. En fin, que Mostovski es una persona con la que se puede vivir, a pesar de lo seco y prosaico de su carácter. . .

### *17 de junio*

Hoy, después de las tres de la madrugada, llegué al huerto. El amanecer era sereno, magnífico. Sólo las oropéndolas y las golondrinas turbaban de vez en cuando la dulce calma de la madrugada. De algún tiempo a esta parte, desde que me han permitido estar solo, le he tomado un singular cariño a la soledad. ¡Adorable soledad! No puede haber en el mundo nada más dulce, más encantador que el estar a solas, en particular con la hermosa madre Naturaleza, que sonrío floreciente. Bajo su dulce hechizo, el hombre se ensimisma involuntariamente y ve a Dios en la Tierra, como dice el poeta. Antes, no me gustaba ya el bullicioso ajeteo, mejor dicho, la bulliciosa ociosidad. Pero después de diez años de vida cuartelera, la soledad se me antoja un verdadero paraíso. Y, sin embargo, no puedo emprender nada. No tengo el más leve deseo de trabajar. Me paso las horas muertas sentado o tendido en silencio al pie de mi sauce favorito. Y si siquiera, aunque fuese para burlarse, se removiera algo en mi imaginación. . . Pero no se remueve nada en absoluto. Hay en ella un estancamiento completo. Y en este angustioso estado me encuentro desde el 7 de abril, es decir, desde el día en que recibí carta de M. Lazarevski. La libertad y el viaje me han absorbido por entero. Y gracias a que Kulish tuvo la feliz



idea de mandarme unos libros, pues de lo contrario, no sabría qué hacer. Le estoy singularmente agradecido por las *Impresiones de Rusia Meridional*. Pronto me sabré de memoria este libro. Me recuerda de un modo tan vivo, tan prodigiosamente vivo, mi bella y pobre Ucrania, que me parece estar hablando en realidad con sus cantantes ciegos, vagabundos tañedores de la lira y la *kobza*. Hermosísima y muy noble obra. Un brillante en la literatura histórica contemporánea. . .

*18 de junio*

Hoy, exactamente a la misma hora temprana que ayer, llegué al huerto, permanecí echado largo rato al pie del sauce, oyendo el canto de la oropéndola, y acabé por quedarme dormido. En sueños, vi la iglesia del Salvador, de Mezhygorsk, la Dzvonkovaya Krinitza, y luego, el monasterio de Vidubetski. Después, Petersburgo y mi entrañable Academia. Desde hace poco, vengo soñando con cosas conocidas y no vistas desde hace mucho. ¿Volveré pronto a ver despierto todo eso? Los sueños han ejercido sobre mí excelente influencia durante todo el día, sedante tanto más necesario porque hoy esperamos correo de Gúriev, es decir, de Orenburgo. A la caída de la tarde, llega en efecto el correo, pero no trae nada para mí ni acerca de mí. Otra vez me ha entrado la tristeza. Vuelvo a la torturante espera. ¿Será posible que desde el 16 de abril no hayan podido hacer en el estado mayor del cuerpo de ejército la orden referente a mí? ¡Tiranos insensibles e indiferentes! Al anoecer, regreso a la fortaleza y el sargento mayor me ordena que me prepare para la revista. Esto es todo lo que resulta del tan esperado correo y de la tan ansiada libertad. ¡Penoso, indescriptiblemente penoso! Acabará por perder el juicio en esta interminable espera.

¡Con cuánta rapidez y ardiente celo se ejecuta la orden de arresto, y, por el contrario, con qué lentitud y frialdad se cumple la de poner en libertad! Y el mandato es de una misma persona. Y sus ejecutores son también los mismos. ¿De

dónde provendrá esta diferencia? El año 1847, en este mes, me condujeron en siete días desde Petersburgo hasta Orenburgo. Y ahora, quiera Dios que a los siete meses se reciba de cualquier jefe de batallón la orden de que me quiten la ropa del Estado y me den de baja del suministro. Formalidades, pero a mí no me caben en la cabeza estas formalidades inhumanas.

*19 de junio*

Ayer partió el barco para Gúriev, de donde traerá a la segunda compañía y al propio jefe del batallón. Con motivo de la llegada de este personaje, la compañía que aquí se queda y a la que yo pertenezco se prepara para la revista. Para el importante y próximo acontecimiento, me han hecho salir, arreándome, cargado con todo el equipo. ¡Cuánta abyección encierra el próximo e importante acontecimiento! ¡Qué interminable y repugnante es este arrear con todo el equipo! ¿Será posible que ésta tampoco sea la última vez que me llevan a la plaza para mostrarme como una bestia muda? ¡Qué vergüenza y qué humillación! Es difícil, duro, imposible ahogar en uno mismo todo sentimiento de dignidad humana, permanecer firme, oír la voz de mando y ponerse en marcha igual que una máquina sin alma. Y éste es el único procedimiento, corroborado por la experiencia, de matar a un tiempo a un millares de semejantes. ¡Genial invento! Hace honor a la cristiandad y a la civilización.

Es extraño que hasta a personas de buen juicio, por ejemplo, a nuestro médico Nikolski, les guste ver cómo alza la punta del pie un hombre, azulenco de la tensión. Yo no comprendo ese inhumano deleite. Sin embargo, nuestro respetable Hipócrates, haga frío o calor, se pasa horas enteras junto a la puertecilla de su cerca recreándose en la humillación de un semejante. Por lo visto, tú eres verdugo por vocación, y médico, sólo de nombre. . . . ¿Qué falta le hacía a mi falaz destino burlarse de mi con tanto encono y maldad, hundiéndome en el más pestilente fondo de este cristiano estamento?

Si yo fuera un monstruo, un vampiro, no se podría idear mejor castigo para mí que enviarme de soldado al Cuerpo Especial de Ejército de Orenburgo. Esa es la causa de mis indescriptibles sufrimientos. Y por si fuera poco, me han prohibido además dibujar. ¡Me han quitado la parte más noble de mi pobre existencia! Un tribunal presidido por el propio Satanás no habría podido dictar una sentencia tan insensible e inhumana como ésta. Y los desalmados ejecutores de ella la han cumplido con una exactitud indignante.

El pagano Augusto, cuando desterró a Naso, enviándolo a vivir con los salvajes getas, no le prohibió que escribiera ni que dibujara. En cambio, el cristiano (Nicolás) me ha prohibido a mí lo uno y lo otro. Los dos son verdugos. Pero uno de ellos es verdugo cristiano. Y un cristiano del siglo XIX, que ha visto formarse el Estado más grande del mundo, constituido sobre los fundamentos de la doctrina de Cristo. La República Florentina era una cristiana semisalvaje, exaltada, medioeval, y sin embargo, procedió como cristiana de sentido material con su indócil ciudadano Dante Alighieri. Dios me libre de todo intento de compararme con esos mártires y lumbreras de la humanidad. Me limito a comparar un pagano materialista grosero y una cristiana semiobscurantista, medioeval, con un cristiano del siglo XIX.

No sé a ciencia cierta a qué deberé yo el que, durante diez años, no me hayan ascendido al grado de suboficial. ¿Será a la tenaz antipatía que me inspira todo el estamento privilegiado? ¿O a mi imperturbable terquedad de *jojol*? Yo creo que a lo uno y a lo otro. El día inolvidable en que me notificaron la confirmación, me dije para mi colesito que no harían de mí un soldado. Y no lo han hecho. No ya a fondo, ni siquiera superficialmente, he estudiado ni un solo movimiento de fusil. Y ello halaga mi amor propio. . .

La segunda y no menos importante causa de que yo no haya ascendido es la siguiente. A un cruel sátrapa y confidente del zar se le metió en la cabeza que yo era un siervo de la gleba emancipado y educado a expensas del soberano,

y que, en prueba de agradecimiento, había hecho una caricatura de mi bienhechor. Por consiguiente, se dijo, que sufra el castigo el ingrato. Yo no sé de dónde saldría esa fábula. Pero sí sé que a mí me ha salido cara. Hay que suponer que la fábula esa se forjó en la confirmación de la sentencia, cuyas conclusiones rezaban: Que se le prohíba terminantemente escribir y dibujar. Se le prohíbe escribir por sus indignantes versos en la lengua de la Pequeña Rusia. Y en cuanto a dibujar, ni el propio juez supremo sabe por qué se me ha prohibido. Pero el ilustrado guardián de los mandatos del zar aclaró lo que no estaba claro en la sentencia y descargó sobre mí todo el peso de su omnipotencia cruel. Corazón frío, perverso. Y ese viejo depravado y corrompido tiene aquí fama de ser un bienhechor, espléndido y magnánimo, del territorio. ¡Qué miopes, mejor dicho, qué canallas son estos abyectos loaders! El sátrapa saqueando el territorio que le ha sido confiado, regala a sus lúbricas seductoras broches de diez mil rublos, y ellas ensalzan su generosidad y buenas acciones. ¡Canallas!

### *20 de junio*

Hoy la compañía llegará a Gúriev y, en vista de las crecidas de primavera en los Urales, irá directamente a Strelétskaya Kosá, donde embarcará hoy mismo. Mañana temprano zarpará el barco y, pasado mañana, dejará a la compañía en el puerto de Novopetrovsk. ¡Prepararos, oficiales nuestros! Se aproxima, terrible, la tempestad. El jefe del batallón, a semejanza de Cronos, conductor de las nubes, se aproxima en negro nubarrón que descende sobre todos, entre ellos, también sobre nosotros, los privados del don de la palabra. En espera de este severo juez y represor, quienes se han bebido toda la indumentaria, hasta quedarse en cueros vivos, lisonjean y suplican al esculapio, para que las invente y certifique en debida forma imaginarias dolencias mentales y corporales, sobre todo, mentales, salvándoles así del justo castigo de Cronos, portador de rayos y centellas. Pero el huracán esculapio es inexorable. Y

únicamente a nuestro compañero soldado que también está desnudo por haberse bebido toda la indumentaria, Nikolski lo encama y le receta un purgante. . .

Hay otra cosa extraña. Toda esta aflicción inescrutable, las humillaciones y afrentas de todo género parecen haber pasado sin afectarme. No han dejado en mí la menor huella. Dicen que la experiencia es nuestro mejor maestro. Pero la amarga experiencia ha pasado de largo junto a mí como un duende. Creo que soy exactamente el mismo que era hace diez años. Ni un solo rasgo de mi fisonomía moral ha cambiado. ¿Es bueno esto? Es bueno. Al menos, así me lo parece. Y en mi fuero interno, agradezco al Todopoderoso Creador que no haya permitido a la espantosa experiencia tocar con sus garras de hierro mis convicciones, mis luminosas creencias de niño. Algunas cosas se han hecho más claras, se han contorneado, han adquirido forma y dimensiones más naturales. Pero esto se debe al viejo Saturno, volador impasible, y de ninguna manera a la amarga experiencia.

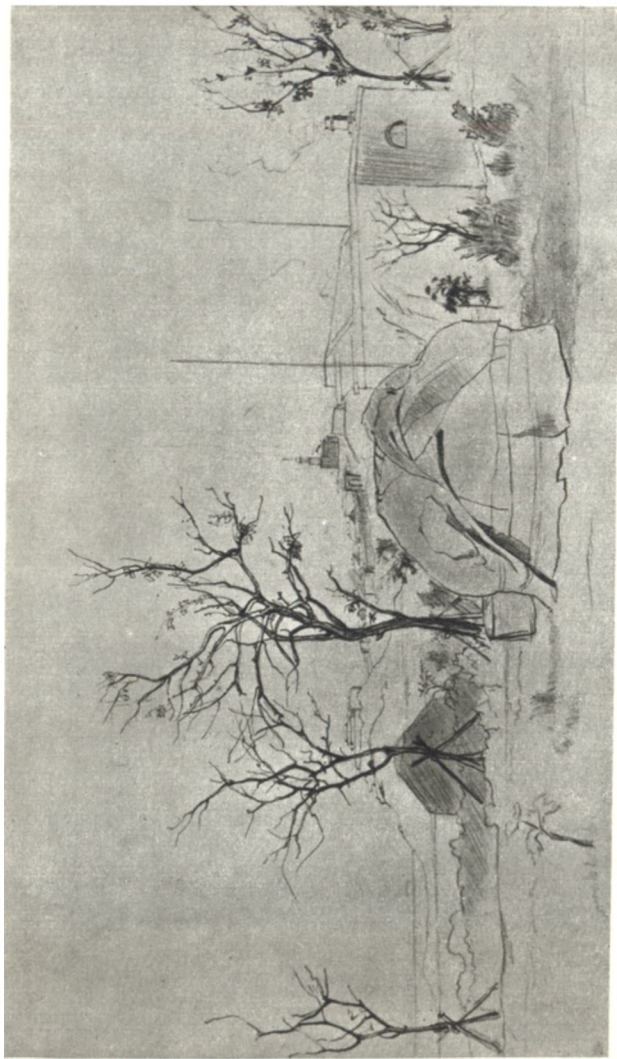
Después de recibir carta de Kujarenko, acompañada de 25 rublos, aportación muy substancial, le expresé mi gratitud por su misiva, adjuntándole mi propia efigie, y en la segunda carta, mandándole algo aún menos substancial. Le enviaba el relato fantástico de un supuesto evadido de presidio, bajo el título: *Pozo del moskal*. Le escribí poco después de haber recibido carta del padrecito atamán Koshovi. Los versos resultaron ser casi de la misma buena calidad que los anteriores míos. Un poco más duros y tajantes. Pero no importa; si Dios quiere, saldré en libertad, y entonces mis versos brotarán más fluidos y libres, con mayor sencillez y alegría. ¿Lograré vivir hasta que llegue esa hada coja de la libertad?

29 de junio

“El camino que sale de la gloria es ancho, hermoso, pero el que lleva a ella es estrechito y espinoso”, me decía, cuando yo era aún un niño, una vieja con un pie en la sepultura. Y



Autorretrato. 1848-1850.



Huerto junto a la fortaleza Novopetróvskaya. 1853-1857.  
*Lápiz.*

decía verdad. Una verdad cuyo sentido sólo ahora he logrado captar por entero.

El barco de Gúriev ha llegado hoy, y no me ha traído nada, absolutamente nada, ni siquiera cartas. Por cierto que no las esperaba, porque mis fieles amigos me suponen fuera de esta asquerosa perrera hace ya tiempo. ¡Oh, mis fieles y sinceros amigos! Si supierais vosotros lo que están haciendo conmigo, como despedida, mis verdugos de estos diez años, no lo creeríais, pues yo mismo me resisto a creer tanta abyección. A mí mismo me parece esto una repugnante pesadilla de un decenio. ¿Qué significa esta parada? No me lo puedo explicar. Madame Eigert me felicita con fecha del 15 de mayo, desde Orenburgo, con motivo de mi libertad. Y mi libertad debe estar de parranda en una taberna con algún escribiente chanchullero. Y tiene que ser así, porque mis torturadores cercanos están entretenidos con las revistas, la instrucción militar, las borracheras y los naipes, y de los papeles se encarga cualquier escribiente Petrov, degradado a soldado por sus truhanerías. Así viene ocurriendo desde tiempos inmemoriales, e infringir el sacro legado de nuestros mayores por un soldado Shevchenko cualquiera, sería contrario a los mandatos de nuestros padres y a las reglas del servicio militar.

El corazón está lleno de espantoso tedio, y procuro distraerme un poco con alguna bromita. Todo ello, gracias a la veleidosa esperanza. Pues no me voy a ahorcar por culpa de un borrachín cualquiera, del padrecito jefe de la unidad y de su secretario, digno de él. . .

### *1º de julio*

Hoy he enviado en el barco una carta para M. Lazarevski. Puede que sea la última desde esta asfixiante cárcel, quiéralo Dios. Estoy muy en deuda con mi sincero amigo. Debía haber contestado a su carta del 2 de mayo en cuanto la recibí, es decir, el 3 de junio. Pero yo esperaba la buena nueva de Orenburgo, y quería comunicársela antes que a nadie; he



estado esperando en vano un mes entero, y, a pesar de ello, he tenido que decirle que no estoy en libertad y que hasta el 20 de julio, y puede que hasta agosto, seguiré siendo exactamente el mismo soldado que era, con la única diferencia de que se me permite pagar a otros para que hagan mis guardias y pasar la noche en el huerto, cosa que aprovecho con gratitud. Hasta el 20 de julio, he apartado de mí todo pensamiento irritante. Y ahora, por las mañanas, me deleito con el lujo de una soledad completa y hasta con un vaso de té, no muy exquisito por cierto, pero té al fin y al cabo. Si tuviera además en la boca un puro de buena calidad, como los 25 que me mandó mi buen amigo Lazarevski, podría imaginarme fácilmente en la fiesta de Peterhof. Pero eso sería demasiado. Y hoy, efectivamente, hay fiesta allí. ¡Espléndida fiesta regia! Hace tiempo, en 1836, si la memoria no me es infiel, estaba tan entusiasmado con los relatos que me habían hecho acerca de la maravillosa fiesta de Peterhof, que, sin pedirle permiso al amo (yo trabajaba entonces de aprendiz en casa de un tal Shiriáiev, hombre cruel y grosero, pintor de los llamados de brocha gorda) ni parar mientes en las consecuencias que pudiera tener mi escapada (sabía a ciencia cierta que él no me daría permiso), me largué a los festejos de Peterhof, directamente desde el trabajo, con un pedazo de pan moreno, una moneda de cobre de 50 kopeks en el bolsillo y la bata de cotí que suelen llevar los aprendices artesanos. Buena pieza debía ser yo entonces. Sin embargo, lo raro fue que a mí me pareciera entonces que el magnífico Sansón, las demás fuentes y la fiesta en general no valían ni la mitad de lo que me habían dicho. Tal vez ello obedeciese a que mi imaginación estaba sobreexcitada por los relatos o a que, sencillamente, yo estaba cansado y hambriento. Esta última circunstancia creo que es la más cierta. Por añadidura, entre la multitud, divisé a mi terrible amo y a su opulenta señora. Esta nueva circunstancia acabó de quitarle a la fiesta su esplendor y magnificencia. Sin esperar a las iluminaciones, volví atrás, no sorprendido en absoluto de aquello. La trastada me salió bien.

Al día siguiente me encontraron dormido en el desván, y nadie sospechó la escapatoria. A decir verdad, yo mismo la consideraba como un sueño.

La segunda vez que asistí, en 1839, a la fiesta de Peterhof lo hice en circunstancias completamente distintas. Esta vez fui en el barco de Berdovski, acompañando, entre sus discípulos preferidos, Petrovski y Mijáilov, a mi gran maestro Karl Pávlovich Briulov. Rápido fue el tránsito del desván de un grosero mujik, pintor de brocha gorda, al magnífico estudio del más grande pintor de nuestro siglo. A mí mismo me cuesta ahora trabajo creer que aquello ocurrió así en realidad. Desde un sucio desván, yo, mísero mugriento, volé a las maravillosas salas de la Academia de Bellas Artes. ¿Pero qué motivos tengo yo para jactarme? ¿Con qué he demostrado que me han sido provechosas las indicaciones y amistosa confianza del pintor más grande del mundo? Con nada absolutamente. Antes de su inoportuno casamiento y después de su oportuno divorcio, viví en su casa, mejor dicho, en su estudio. ¿Y a qué me dedicaba yo en aquel santuario? Asombra pensarlo. Yo me dedicaba entonces a hacer versos en la lengua de la Pequeña Rusia, esos mismos versos que, posteriormente, habían de pesar de modo tan terrible sobre mi pobre alma. Ante sus divinas obras, quedaba pensativo e iba dando vida en mi corazón a mi ciego *Kobzar* y a los sanguinarios *Gaidamakí*. En la penumbra de su lujoso estudio, depurada de belleza, como en la tórrida estepa salvaje del Dniéper, aparecían fugaces ante mí las sombras mártires de nuestros desdichados *hetmanes*. Ante mí se extendía la estepa, cuajada de túmulos. Ante mí se mostraba mi hermosa, mi pobre Ucrania en toda su melancólica y casta belleza. Y yo soñaba, sin apartar los ojos de aquel encanto subyugador, entrañable. Era pura vocación.

Era, sin embargo, extraña la vocación aquella. Yo sabía perfectamente que la pintura constituía mi profesión futura, el pan de cada día. Y en lugar de estudiar sus profundos secretos, bajo la dirección además de un maestro como el

inmortal Briulov, yo hacía versos por los que nadie había de pagarme un kopek y que acabarían por privarme de la libertad, versos que, a pesar de la omnipotente e inhumana prohibición, sigo mal pergeñando a escondidas. Y hasta pienso a veces dar a la estampa (claro que bajo otro nombre) estos enclenques y llorones hijos míos. En verdad es extraña esta inquieta vocación. . .

### *5 de agosto*

A las cinco de la tarde, he llegado a la ciudad de Astracán en la más frágil barquilla de pescadores. Todo ello ha ocurrido tan súbitamente, con tanta rapidez, que me resisto a creerlo. Como un sueño, recuerdo ahora mi paseo por el barranco con Andréi Oberemonok, después de lo cual, al día siguiente, es decir, el 31 de julio, Irakli Alexándrovich accedió de modo inesperado a darme un salvoconducto para ir directamente a Petersburgo. Al otro día mismo, cumplía su palabra, y al tercero, o sea el 2 de agosto, a las 9 de la noche, dejaba yo la fortaleza de Novopetrovsk. Después de tres días de feliz viaje por mar y por uno de los numerosos brazos del Volga, he llegado a Astracán.

### *6 de agosto*

. . . De la multitud de barcos particulares, no hay ahora ni uno en Astracán, debido a la feria de Makárievskaya. El vapor "Mercurio" no llegará a Astracán antes del 15 de agosto, y para el 20 habrá tomado la carga, partirá para Ríbinsk y me llevará hasta Nizhni. Y entre tanto, quiera que no, tengo que deambular como un emisario secreto por esta ciudad, sucia a conciencia.

### *7 de agosto*

¡Vaya con Astracán! ¡Vaya un puerto! Ni un solo figón donde tomar un bocado, sin hablar ya de un cuarto en el hotel.

*8 de agosto*

A un hombre que, como yo, se ha pasado siete años en un desierto sin oasis alguno, hasta la bendita ciudad de Belevéi (el villorrio más mísero de la provincia de Orenburgo) debería producirle agradable impresión. Pero a mí no me ha ocurrido así. Por consiguiente, no me he vuelto del todo un salvaje. Ello es buena cosa. . .

*27 de agosto*

Noches de luna, en calma, inoches de encantador lirismo! El Volga, como un espejo infinito, con el transparente cendal de la neblina, refleja suavemente la pálida y cautivadora belleza de la noche y la somnolienta y escarpada orilla, cubierta de oscuras arboledas. ¡Maravillosa decoración, dulce sedante! Y todo este encanto, toda esta muda armonía que ven los ojos cobra voz en los tenues sonidos, llenos de sentimiento, de un violín. Tres noches seguidas, este taumaturgo, siervo emancipado, lleva gratuitamente mi alma hacia el creador de la armonía eterna con los subyugadores sonos de su tosco instrumento. El dice que en el barco no se puede tener uno bueno, pero incluso de este malo arranca divinos sonidos, especialmente en las mazurcas de Chopín. Nunca me canso de oír estas canciones, salidas del corazón, hondamente tristes, comunes a todos los pueblos eslavos. Gracias, Paganini siervo. Gracias, mi casual, mi noble amigo. De tu pobre violín salen vibrantes los gemidos de la ultrajada alma del siervo, para fundirse en un largo, profundo y lúgubre gemir de millones de almas siervas. ¿Llegarán pronto a tus oídos tardos, justo, implacable y seco Señor nuestro, estos penetrantes alaridos?

Bajo la influencia de los dolientes y desgarradores sonos del violín de este pobre siervo emancipado, el barco, en la calma sepulcral de la noche, me parece un enorme monstruo que, abierta la boca, lanza sordos rugidos, dispuesto a tragarse a los terratenientes inquisidores. ¡Gran Fulton! ¡Y

gran Watt! Vuestros jóvenes hijos, que crecen no de día en día, sino de hora en hora, pronto se zamparán los látigos, los tronos y las coronas, y en cuanto a los diplomáticos y a los terratenientes, acabarán con ellos de un mordisco, como entretenimiento, lo mismo que se come un caramelito un chico de la escuela. Lo que iniciaron en Francia los enciclopedistas lo llevarán a cabo en todo el planeta vuestros colosales y geniales hijos. Mi profecía no admite duda. Unicamente ruego al pacientísimo Señor que reduzca un poco los límites de su cruel paciencia. Le ruego que preste su tardo oído a todo este clamor que desgarrá el alma, al clamor de sus sinceros y candorosos implorantes.

*29 de agosto*

A cada hora, la orilla del Volga se torna más alta y atractiva. He intentado hacer, desde la cubierta del barco, un bosquejo de uno de los lugares, pero por desgracia no hay posibilidad alguna. La cubierta retiembla y los contornos de las márgenes cambian con rapidez. Y ahora debo despedirme del viejo propósito, que me hice en Novopetrovsk, de pintar la orilla del padrecito Volga. Hoy, desde la media noche hasta la salida del sol, el barco ha estado tomando leña cerca de Kamyshin, y yo apenas he tenido tiempo de hacer un leve bosquejo de ese embarcadero, situado en la orilla derecha del río. Tenemos leña hasta Sarátov. Por consiguiente, antes de llegar allí no haré nada. A unas sesenta verstás de Kamyshin, en la orilla derecha del Volga, el piloto del barco me mostró el cerro de Stepán Razin. . .

Los pescadores del Volga y la gente sencilla en general creen que Stepán Razin vive hasta hoy día en una estrecha barranca próxima al río, cerca del cerro que lleva su nombre, y que (según el piloto) el verano pasado unos marineros, que llegaban de Kazán en barcos, se detenían junto al cerro, iban a la barranca, veían al propio Semión Stepánovich Razin y hablaban con él. . .

Según el narrador, Razin no era ningún pirata, sino que solamente tenía un guardacostas con el que hacía pagar tributo a los barcos, y luego repartía el dinero entre los pobres. Resulta que era comunista. . .

## 2 de septiembre

*Ni a ti ni a mí quince años nos pudieron cambiar,  
yo soy el Sashka que era, y tú, el mismo Tarás.*

Hoy, a las siete de la mañana, nos reunimos casualmente en el camarote del capitán y, poco a poco, de la conversación corriente, fuimos pasando al tema de la literatura y la poesía contemporáneas. Luego de breves consideraciones generales, yo propuse a A. A. Sapózhnikov que leyera *El festín de los perros*, de Barbier, traducido por Benedíktov, y él lo hizo magistralmente. Después de la lectura de la traducción, fue leído el original, y decidimos por unanimidad que aquélla es superior a éste. Benedíktov, cantor de los rizos y demás cosas por el estilo, no traduce a Barbier, vuelve a crear sus versos. ¡Insuperable! ¿Será posible que con la muerte del enorme Freno nuestro, como decía Iskander<sup>4</sup>, hayan resucitado y se hayan renovado los poetas? Yo no veo otra razón. Con motivo de *El festín de los perros*, nuestro bondadoso y agradable capitán Vladímir Vasílievich Kishkin, sacó de las profundidades de su cartera otros versos del mismo Benedíktov, *Se prohíbe la entrada*, y, con el sentimiento de un adorador de nuestra poesía renovada, nos los leyó; nosotros le escuchamos atentamente. Luego, dio lectura a *En el nuevo año de 1857*, también de aquél. Yo estaba maravillado, sin poder dar crédito a lo que oía. Muchas otras cosas, fluidas, lozanas, vivas, nos fueron léidas por nuestro agradable capitán. Pero toda mi atención y asombro estaban ya concentrados en Benedíktov. Y apenas oía lo demás.

De este modo, hoy, de una charla corriente ha salido una matiné literaria poco habitual y de gran efecto. Sería grato

repetir una improvisación semejante. Al concluir esta lírica asamblea, A. A. Sapózhnikov se sintió inspirado y escribió ese gracioso dístico, de una sinceridad fraterna. . .

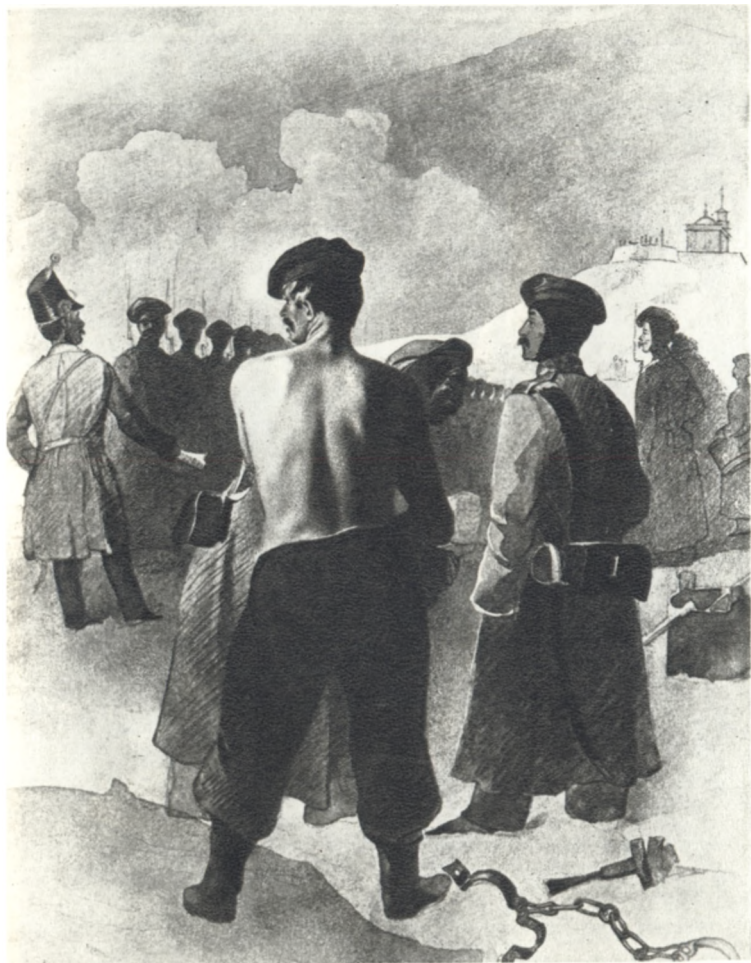
### *5 de septiembre*

Las orillas del Volga cambian cada vez más, van tomando un aspecto uniforme y severo. La altiplanicie de la orilla derecha está cubierta de bosques; en su mayoría, robledales. De vez en cuando, diseminados, brillan los blancos troncos de los abedules y los grises mate de los pobos temblones. Las hojas de los árboles amarillean perceptiblemente. Desciende la temperatura atmosférica, ya empieza a hacer frío.

Ahora tengo que leer mucho. Me encuentro en completo atraso con respecto a la literatura nueva. ¡Qué buenas son las *Notas provincianas*. . .! Le estoy muy agradecido a Saltykov. ¡Oh, Gógol, nuestro inmortal Gógol! ¡Qué alegría sentiría tu noble alma al ver a su alrededor a tan geniales discípulos suyos! ¡Amigos míos, sinceros amigos míos! ¡Escribid, alzad la voz en defensa de esta gente del pueblo, pobre, sucia, emporcada! ¡En defensa de los campesinos escarnecidos, privados del don de la palabra!

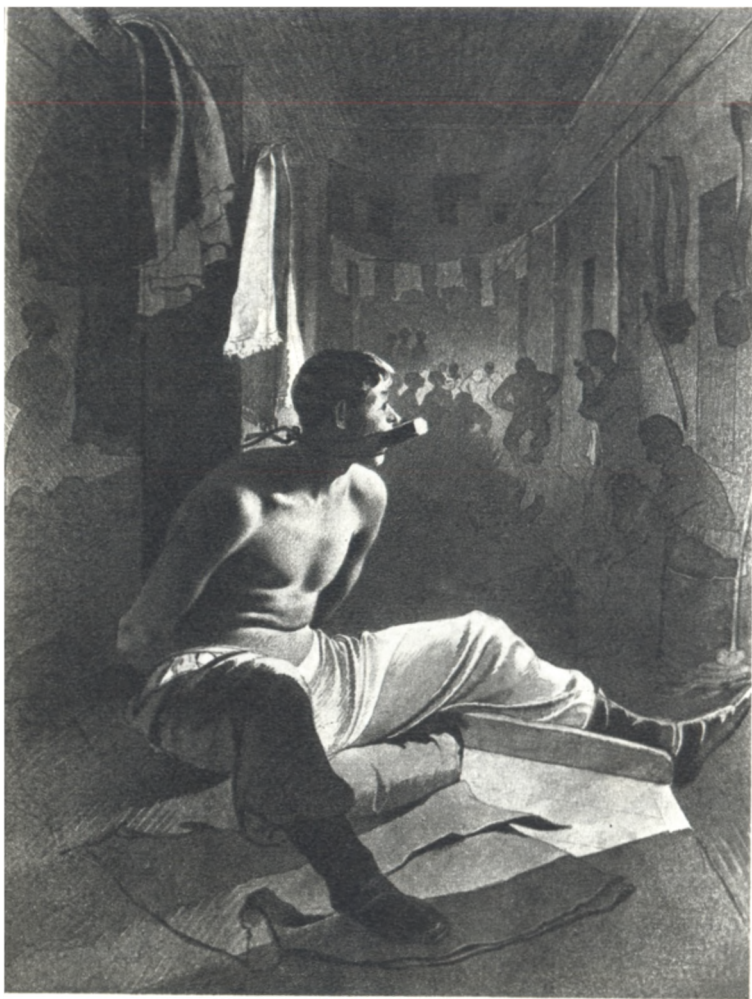
### *6 de septiembre*

A las 10 de la mañana, el “Príncipe Pozharski” ha anclado junto al malecón de la ciudad de Samara. Desde lejos esta adolescente, de la primera clase de mercaderes, no tiene nada, absolutamente nada de pintoresca. Desembarco y voy a echar un vistazo, por aquí cerca, a esta joven de grave continente, hija de mercaderes, y a comprarme unas botas de piel. En la calle me encuentro con I. Yavlenski y, los dos juntos, nos vamos a contemplar la ciudad. Llana, lisa, enjalbegada, pintada, la ciudad es de una monotonía abrumadora. Vivo reflejo del reinado del difícilmente olvidable Nicolás Freno. . .



Pasando por las baquetas. 1856-1857. De la serie  
*Hijo pródigo.*  
*Sepia.*





En el cepo. 1856-1857. De la serie *Hijo pródigo*.  
*Sepia.*

*13 de septiembre*

*Kazán, una población  
que de Moscú es un rincón.*

Este proverbio lo oí por vez primera el año 1847, en la posta de la provincia de Simbirsk, cuando me enviaban a Orenburgo bajo la custodia de un correo militar. Un siberiano bien cebado, hombre de la estepa, al hablar a mi acompañante de la grandeza de la ciudad de Kazán, terminó su descripción con ese inteligente proverbio. Hoy por la mañana, en cuanto vi desde lejos a Kazán, el proverbio oído hacía tiempo me vino a la memoria y, sin que yo quisiera, empezó a dejarse sentir. Apenas hubo echado el ancla el barco, salté a la orilla, me instalé, por veinticinco kopeks, en un cochecillo tártaro y partí para la ciudad. Tanto desde lejos como desde cerca y desde dentro, Kazán recuerda extraordinariamente un rincón de Moscú: empezando por las iglesias y campanarios y terminando por los panes y roscas, en todo, a cada paso, se percibe la influencia del Moscú de piedra blanca. . . Al salir a una calle, oí el sordo redoble de un tambor y vi una compacta muchedumbre que acompañaba a un delincuente al lugar de su ejecución. Para no tropezar con el abyecto cortejo, me metí en un callejón, y, entre las personas que acudían corriendo a presenciar el paso del cortejo, divisé a una jovencita con un organillo colgado del hombro y a un chicuelo harapiento con un tamboril en las manos. No sentí tristeza, sino una repugnancia singular, imprecisa, y volví a tomar por veinticinco kopeks un cochecillo tártaro, para volver al barco. . .

*17 de septiembre*

Ayer no me salió nada bien. Por la mañana, empecé a hacer el retrato de E. A. Pánchenko, médico familiar de A. Sapózhnikov. Apenas hube trazado los contornos, nos llamaron a desayunar. Después del desayuno, en cuanto entré en el lumi-

noso camarote del capitán, con el firme propósito de continuar el retrato, empezó a aparecer por detrás de un monte la ciudad de Cheboksary. Ciudad pequeña, insignificante, pero digna del lienzo. Tiene tantas iglesias como casas, si no más. Y todo ello, de vieja arquitectura moscovita. ¿Para quiénes y para qué han sido construidas? ¿Para los chuvashios? No, para los cristianos ortodoxos. El nudo principal de la vieja política moscovita es el cristianismo ortodoxo. El difícilmente olvidable Freno, debido a su imbecilidad, quería apretar este aflojado nudo, y se le fue la mano. Ahora el nudo está pendiente de un hilito...

### *20 de septiembre*

... A las once de la mañana el "Príncipe Pozharski" fondeó frente a Nizhni Nóvgorod. Las nubes se habían disipado, y el solcillo iluminaba afable la ciudad y sus magníficos alrededores. Bajé a tierra y, sin tomar coche alguno, pasando ante la beldad del siglo XVII, la iglesia de San Jorge, subí la cuesta. Entré un momento en el Liceo, a ver a Bobrzhitski, antiguo alumno de la Universidad de Kíev; no lo encontré en casa, y me fui al Kremlin. La nueva catedral es un edificio repulsivo. Un enorme almirez cuadrado con cinco cortas manos. ¿Será posible que esto lo haya hecho Konstantín Ton? No es probable. Más bien debe ser obra del propio y difícilmente olvidable Freno. Sigamos. El donativo de los agradecidos descendientes al ciudadano Minin y al príncipe Pozharski. ¡Donativo mísero, de un kopek, que cubre de vergüenza a los desagradecidos descendientes! Menos mal que este mísero obelisco se está ya derrumbando.

Desde el Kremlin fui otra vez a visitar a Bobrzhitski, y tampoco lo encontré en casa. Desde el Liceo me dirigí, en su busca, a la calle Pokróvskaya, a la casa de Sverçhkov, donde vive A. A. Sapózhnikov. Hallé a éste. Y apenas hube felicitado, con motivo de su provisional instalación, a la dueña y al dueño de la casa, lo mismo que a sus compañeras y compa-

ñeros de viaje, se presentó Nikolái Alexándrovich Brylkin (gerente de la empresa naviera “Mercurio”) y comunicó en secreto, primero al dueño de la casa y después a mí, que tiene una orden especial por escrito del comisario de policía para que le dé cuenta de mi llegada a la ciudad. Aunque yo ya estoy curado de espanto, tan inesperada noticia me desconcertó un poco. Luego de desayunar a la ligera, me fui al barco, di las gracias a mi buen amigo el capitán por sus atenciones, tomé mi pasaporte y se lo entregué, en unión de mi equipaje, a Brylkin. Un poco más tranquilo, me encaminé por tercera vez al domicilio de Bobrzhitski, y esta vez lo encontré en casa con los brazos muy abiertos. A las 8 de la noche fui a ver a Brylkin, pasé con él un par de horas, en amistosa charla, me llevé para leerla *La voz de Rusia*, edición londinense, y me vine para la casa de Pável Abramóvich Ovsíánnikov, donde resido temporalmente.

### *21 de septiembre*

Mis nuevos y buenos amigos Brylkin y Ovsíánnikov me han aconsejado que me haga el enfermo, en evitación de un viaje, seguramente por etapas, a Orenburgo, a recibir la orden de licenciamiento. Yo me he hecho el razonamiento de que no es ningún pecado responder a la infamia con la hipocresía, y me he fingido enfermo. Hasta la una he estado en la cama, leyendo *La voz de Rusia* en espera del médico y del comisario de policía. A la una me he hartado y me he ido a ver a Sapózhnikov. Después de comer, he acompañado a mis buenos compañeros y compañeras de viaje hasta la posta y me he despedido de ellos. En sillas de posta han partido para Moscú. ¿Cuándo volveré a veros, excelentísimas personas? Les he pedido a Komarovski y a Yavlenski que visiten en Moscú a mi viejo amigo Schepkin, y a Sapózhnikov, que bese la mano a mi santa abogada la condesa N. I. Tolstaya. ¿Conque ibas a ir a Moscú, eh? ¿Y a Petersburgo? ¡Pues te has quedado sin teatros, sin Academia, sin Ermitage, sin los

gratos y afectuosos abrazos de tus amigos y paisanos Lazarevski y Gulak-Artemovski! ¡Malditos seais, jefes de cuerpo de ejército y todos los demás jefes de vuestra calaña que me estáis torturando impunemente! ¡Qué ruin! ¡Qué inhumano! ¡Qué repugnante vileza!

A las siete de la tarde me he pasado por casa de Brylkin y he encontrado allí a Ovsíánnikov y a Kishkin. La amistosa y sincera charla ha acallado el gemir de mi corazón, herido de un modo tan inesperado, tan vil e infamemente. De no ser por estas buenas personas, ahora estaría en la cárcel esperando la orden del licenciamiento o me habría arrojado, sencillamente, en los amorosos brazos del Volga. Me parece que esto último habría sido lo más fácil.

### *22 de septiembre*

Hoy, como ayer, hace un tiempo malísimo: lluvia, barro y frío. No se puede salir a la calle. Tras las murallas del Kremlin, la catedral muestra sus feas manos de almirez con remates nabiformes, no se ve nada más desde mi vivienda. Se aburre uno. Igual que ayer, he estado esperando en vano al médico y al comisario de policía, y me he ido a comer a casa de Brylkin. Después de comer, como antes de hacerlo, he estado en la cama leyendo el *Bogdán Jmelnitski*, de Kostomárov. Magnífico libro, que representa en toda su plenitud a este genial rebelde. ¡Libro aleccionador, edificante! La literatura histórica ha hecho grandes adelantos en el último decenio. Ha venido a esclarecer detalles que estaban oscurecidos por el humo del incienso, lanzado celosamente por los turiferarios ante los ídolos porfirogénetas.

### *30 de septiembre*

En espera de mi no invitado huésped, el señor comisario de policía, le propuse al buen amo de la casa, Pablo Abramóvich Ovsíánnikov, que posara un rato. A las dos, el retrato

ya estaba terminado, bastante bien, pero el señor Lapa\* (así se apoda) no había venido a visitarnos. . .

### *1 de octubre*

Barro, niebla, lluvia y demás porquerías atmosféricas. A consecuencia de ello, le propuse al señor Gras, yerno de N. A. Brylkin, que posara para hacerle un retrato. Ha interrumpido la sesión, cuando ésta se encontraba en su mitad, la llegada del señor Lapa y del señor Hartwig. El primero, un bravo y amable coronel de la Guardia y comisario de policía. El segundo, un médico de la policía, no bravo, pero no menos amable que el anterior. Ambos, polacos o lituanos, y ninguno de los dos habla el polaco. Hartwig, se lo agradezco, sin ninguna clase de formalidades, me ha encontrado enfermo de una larga dolencia, y el atento señor Lapa ha certificado la existencia de esta enfermedad imaginaria. Después de mutuos cumplidos, nos hemos separado. . .

### *11 de octubre*

Hoy por la mañana, a duras penas, me fui a dibujar la catedral de los Arcángeles. Me quedé helado, y seguramente no habría hecho nada, de no haber visto al general Weimarn, jefe del regimiento-escuela de carabineros y, por supuesto, dueño y señor del cuartel a cuyo pie me había yo situado para dibujar. Le conté mi cuita, y él, afablemente, me autorizó a instalarme en la ventana del cuartel que quisiera; autorización que utilicé agradecido. Luego de trabajar un rato, me fui a comer a casa de N. K. Yakobi. Este, como postre, me dio la segunda edición londinense del folleto de Iskander *La propiedad bautizada*. ¡Cordiales, afectuosas palabras humanas! ¡Venga a ti, apóstol nuestro, solitario proscrito, la luz de la verdad y la fuerza del auténtico Dios!

---

\* *Lapa*, literalmente, Zarpa. (*N. de la Edit.*)

12 de octubre

He terminado el dibujo de la catedral de los Arcángeles que empecé ayer. Hermoso y original edificio, el más antiguo de Nizhni Nóvgorod y magníficamente conservado. Esta catedral fue construida el año 1227, en tiempos de Yuri Vsiévolodovich, gran príncipe de Nizhni Nóvgorod.

16 de octubre

Como no tenía nada que hacer, fui hoy a ver a Varentsov. Empezamos a hablar, por supuesto, de Kostomárov, y me comunicó que (según noticias recibidas de Moscú) circula entre los jóvenes moscovitas una carta de Kostomárov dirigida al emperador. La carta está llena de toda clase de verdades y es más extensa y sensata que la dirigida al mismo por Herzen. Parece que la carta de Kostomárov ha sido escrita en Londres. De ser verdad, se podrá decir con certeza que Nikolái Ivánovich es partícipe del concilio de nuestros apóstoles en el extranjero. ¡Bendícele, Señor, en esta gran palestra!

Desde casa de Varentsov he ido a visitar a un nuevo conocido mío, un tal Piotr Petróvich Golijovski, buena y agradable persona. Ha venido de Petersburgo y se encuentra aquí de paso para Ekaterinburgo... Por cierto que Golijovski me ha dicho que en París se ha organizado una revista rusa, titulada *El mediador*, cuyo redactor es Sazónov. El principal objetivo de la revista es servir de intermediario entre las publicaciones periódicas londinenses de Iskander y el gobierno ruso, así como poner al descubierto la vileza de *La abeja*, *Le nord* y, en general, las porquerías gubernamentales. Magnífico propósito. Lástima que esto no se realice en Bruselas o en Ginebra. Precisamente en París el coronado Cartouche aplastará de una "amistosa" palmada a esta recién nacida hija de la santa verdad. . .

Después de comer con los Popov, he ido a ver a N. K. Yakobi y he conocido en su casa a un señor de Simbirsk, un tal

Kindiakov, pariente de Timashov y que actualmente es jefe del estado mayor del cuerpo de gendarmes. Como Kindiakov va a Petersburgo, le he pedido que se entere por su pariente de si va a durar mucho mi destierro y si puedo confiar en tener alguna vez una libertad completa.

También en casa de Yakobi he encontrado y conocido con respeto a un decembrista que ha regresado de Siberia, a Iván Alexándrovich Annenkov. Con el pelo blanco y majestuoso aspecto, este apacible proscrito no muestra en sus palabras el menor rencor a sus crueles jueces; hasta se burla, bondadosamente, de los favoritos del coronado sargento mayor, de Chernyshov y Lievashov, presidentes del Tribunal Supremo de entonces. ¡Me inclino con veneración ante ti, uno de los llamados primeros apóstoles nuestros!

Hemos hablado de Nikolái Turguénev, que ha regresado del destierro, y de su libro; hemos hablado de muchas cosas y personas, y, pasadas las doce, nos hemos despedido y separado.

### *17 de octubre*

Hoy he recibido una carta de Lazarevski y dos de mi siempre fiel y querido amigo Zalesski. Lazarevski me dice que ha visto a la condesa Nastasia Ivánovna y me aconsejan que, en caso de que se me prohíba la entrada en la capital, le escriba al conde Fiódor Petróvich, pidiéndole que me gestione ese permiso a través de nuestro presidente, María Nikoláievna, para la Academia de Bellas Artes, a cuyas clases asistiré con tanto cariño como lo hice en un tiempo. Buenos y nobles son mis defensores y consejeros.

Zalesski, aparte de su habitual preludeo, cordial y sincero, me escribe que ha recibido todos mis dibujos, que algunos de ellos los ha puesto en buenas manos y que el dinero, 150 rublos, lo ha enviado a nombre de Lazarevski. ¡Infatigable amigo! Me presenta también a cierta paisana suya, una lituana que ha regresado hace poco de Italia con un cargamento de bellas



obras. Para mí, aunque no los vea, tales hechos me encantan, y le agradezco cordialmente a mi amigo esta presentación por carta.

¿Por qué no me escribirá Kujarenko? ¿Será posible que no haya recibido mi efigie y mi *Pozo del moskal*? Sería una contrariedad terrible.

Luego de deleitarme en la lectura de estas gratas misivas, por la tarde, en compañía de Ovsíánnikov, fui a ver a la fogosa moldava. ¡Mujer extraña, singular! Magnetizados por completo, le deseamos un feliz viaje a su aborrecido Ekaterinburgo y nos separamos de ella, tal vez para siempre. ¡Maravillosa mujer! ¿Será posible que la sangre de las antiguas sabinas se conserve tan eternamente viva y todopoderosa? Por lo visto, así es.

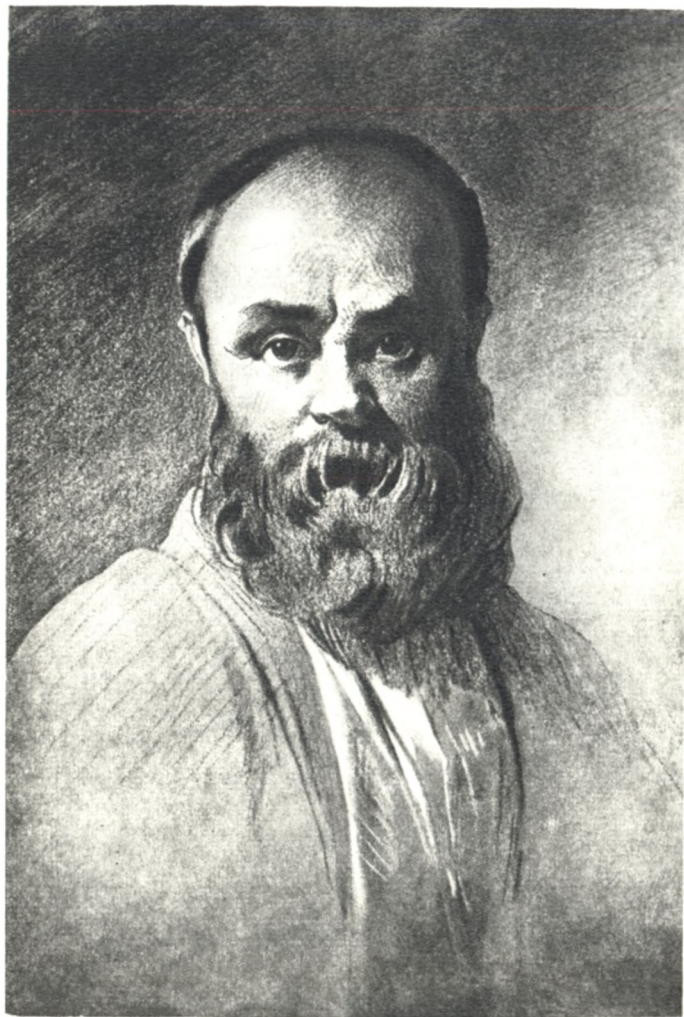
*23 de octubre*

A la luz del majestuoso incendio del atardecer, me encuentro con A. K. Schreiders. Me comunica que se ha recibido un oficio referente a mí y dirigido al gobernador militar de la plaza, que firma el jefe del Cuerpo Especial de Ejército de Orenburgo. Para leerlo, entramos en la secretaría del gobernador, a cuyo frente se encuentra el más amable de los hombres: Andréi Krilóvich Kadinski. El oficio dice que se me prohíbe la entrada en ambas capitales y que yo me hallo bajo la vigilancia secreta de la policía. ¡Vaya una libertad! La del perro atado. Por consiguiente, no vale la pena darle las gracias a S(u) M(ajestad).

¿Y qué voy yo a hacer ahora sin mi Academia? ¿Sin mi amada acuatinta, con la que vengo soñando tan dulce y largamente? ¿Qué hacer? ¿Dirigirme de nuevo a mi santa abogada la condesa Nastasia Ivánovna Tolstaya? Da reparo. Esperaré hasta mañana. Pediré consejo a mis sinceros amigos Ovsíánnikov y Brylkin. Son buenas personas, afectuosas y sensatas. Me indicarán qué debo emprender en esta situación sin salida.



Retrato del actor M. Schepkin. 1858.  
*Lápiz y albayalde.*



Autorretrato. 1858.  
*Lápiz.*

24 de octubre

Después de cambiar impresiones, hemos decidido lo siguiente. Yo me quedaré aquí indefinidamente, con motivo de mi imaginaria enfermedad, y mientras tanto, escribiré al conde F. P. Tolstói, pidiéndole me gestione una autorización para vivir en Petersburgo, aunque sólo sea por dos años. En dos años, con la ayuda de Dios, tendré tiempo para hacer los primeros ensayos en mi amada acuatinta.

3 de noviembre

Hoy es domingo, y yo, como persona decente, después de acicalarme, he salido a la calle con el propósito de visitar a mis buenos conocidos. Al primero que he ido a ver ha sido a mister Grand, un inglés de pies a cabeza. Y en casa de este inglés he visto por vez primera las obras de Gógol, editadas por mi amigo P. Kulish. Mi amigo no ha logrado su objeto. La edición ha salido un poco a lo mujik, sobre todo el retrato del autor es tan malo, que me asombro de que el famoso Jordán haya permitido estampar al pie de él su ilustre nombre.

En casa del mismo Grand, vi también por primera vez *La Estrella Polar* de Iskander, correspondiente al año 1856, segundo tomo. Sus cubiertas, es decir, los retratos de nuestros primeros apóstoles y mártires, me produjeron tanta tristeza y pena, que hasta ahora no me he repuesto de la sombría impresión. Buena cosa sería hacer una medalla en memoria del abominable suceso. En una cara de ella, los retratos de estos grandes mártires, con la inscripción: "Primeros heraldos rusos de la libertad", y en la otra cara, el retrato del difícilmente olvidable Freno, con la inscripción: "No primer verdugo ruso coronado".

7 de noviembre

Hace unos días, pasaba yo por el Kremlin, cuando vi una multitud de mujiks, descubiertos ante el palacio del goberna-

dor. El hecho me pareció algo extraordinario, y hasta hoy no he podido averiguar de qué se trataba. Ovsíánnikov me lo ha dicho.

Los campesinos del terrateniente Demídov, el mismo canalla Demídov que yo conocí en Gátchina, en 1837, cuando él era junker de coraceros. Entonces, no me pagó el retrato de su prometida, y ahora, después de haber despilfarrado toda su fortuna, vive en su aldea y expolia a los campesinos. Los tímidos mujiks, en vez de ahorcar sencillamente a su expoliador, acudieron al gobernador en demanda de justicia, y el gobernador, que no es ningún tonto, mandó que les azotasen para que aprendan a buscar justicia por conducto regular, es decir, empezando por el jefe de policía rural del distrito.

Sería curioso saber qué pasará más adelante.

### *8 de noviembre*

Hoy, hasta la hora de comer, estuve haciendo los retratos de m. y mad. Yakobi, y por la tarde fui a visitar a Weimarn. Como hoy es la fiesta de su regimiento, había francachela en su casa. Al entrar en la primera habitación, me quedé pasmado de los muchos militares que allí se encontraban. Hacía ya mucho tiempo que no me entrevistaba, gracias a Dios, con estos respetables señores. Sobre todo, había entre ellos uno cuya carota me recordó tan vivamente la becerril jeta del capitán Kósarev, que estuve a punto de cuadrarme y exclamar: “¡A la orden de usía!” Vino a sacarme de ese repugnante estado el propio anfitrión, hombre hospitalario, que me invitó a pasar a la sala. Allí, entre otros invitados, encontré a Annenkov, del que ya no me separé en toda la velada.

### *11 de noviembre*

Hoy es para mí un día grande, solemne, jubiloso. He recibido carta de mi intercesora la condesa N. I. Tolstaya, una

carta cariñosa, familiar. ¿Qué he hecho yo para merecer esta dicha inenarrable que ella me proporciona? ¿Y con qué pagarle esta inesperada y radiante fiesta del corazón? Lágrimas de alegría y una sentida plegaria es la única recompensa que puedo ofrecerte, noble y santa abogada mía.

Me aconseja que escriba al conde Fiódor Petróvich, pidiéndole me gestione un permiso para ir a la capital. Esta fue mi primera idea, pero me dio reparo molestar al viejo. Ahora me decido a hacerlo. Me pide además que salude de su parte, y de un señor apellidado Zhadovski, a V. I. Dal. A Dal no le he visto aquí todavía, aunque antes era conocido mío; ahora tendré que ir a buscarlo. Bien merecido me lo tengo.

### *12 de noviembre*

Después de contestar a la carta de mi santa intercesora, me acicalé y me dirigí hacia la casa de Dal. Pero, no sé por qué causa, pasé de largo y entré a ver a Vladímir Fiódorovich, príncipe Golitsin, ayudante del gobernador militar de la plaza, joven amabilísimo, herido en Sebastopol. . .

### *13 de noviembre*

Hoy he escrito mi carta petitoria al conde Tolstói; mañana la enviaré. Le ruego que pida a quien corresponda un permiso para que yo pueda vivir en Petersburgo y asistir a las clases de la Academia. Parece que la carta me ha salido bien. Ovsíánnikov dice que, en caso de necesidad, yo podría ocupar un destacado puesto entre los memorialistas. Veremos a ver si la habilidosa composición da los frutos deseados.

Hoy he escrito también a Schepkin. Le pido una entrevista en alguna finca de los alrededores de Moscú. ¡Cuánto me alegraría ver a este buen artista veterano!

### *15 de noviembre*

He recibido carta de mi querido amigo Bronislaw. Se lamenta de que su padre se haya puesto enfermo, y me recomienda a una amiga suya, Elena Skirmond, amante de las bellas artes, mujer soñadora y, en conjunto, excéntrica. Esto tampoco está bien. Sin embargo, es mejor que lo que le ocurre a mi nueva conocida M. Varentsova. Cierto que ella es también una mujer excéntrica, pero su atención no está fija en la poesía ni en las bellas artes, sino en la caballeriza y en la perrera. Aunque puede que esto sea igualmente poesía, a su modo.

### *16 de noviembre*

He terminado el retrato de mi intrépida amazona y he empezado el de su lindo hijito. Es un niño de unos cinco años, muy mimado, que será en el futuro aficionado a los perros, gentilhombre de cámara y, en general, mala persona.

### *17 de noviembre*

He visitado a Dal, y, he hecho bien en realizar, al fin, esta visita. Me ha recibido muy cordialmente, me ha preguntado por sus conocidos de Orenburgo, que yo no he visto desde el año 1850, y ha terminado rogándome que vaya a verle cuando quiera, sin cumplidos, como viejo amigo. No dejaré de utilizar tan amable invitación, máxime cuando mis conocidos de Nizhni Nóvgorod empiezan a hacerse un poco triviales.

### *1 de diciembre*

He recibido carta de Schepkin, en la que me propone que nos entrevistemos en la aldea de Nikólskoye (finca de su hijo), y si no tengo dinero sobrante para el viaje (yo tengo 125 rublos, que no me hacen ninguna falta), me promete

venir a verme a Nizhni. ¡Cuánto nos alegraría, a mí y a sus admiradores de Nizhni Nóvgorod! Le contesto que venga, y que en la pobre escena de la localidad nos recuerde sus viejos tiempos. . .

### 2 de diciembre

Hoy he hecho una visita a mi amigo el virtuoso e inspirado Tatárinov y visto en su casa a quien no me imaginaba ver en Nizhni. He visto allí al auténtico y excelentísimo Gudin. La coincidencia de dos casualidades tan magníficas constituye un placer grande y poco frecuente. ¡Y qué bárbaros son estos nizhninovgorodianos! Conocen solamente a Tatárinov como funcionario de la compañía que está construyendo el ferrocarril. Pero del cuadro de Gudin y del propio Gudin no ha oído hablar nadie, excepto el viejo Ulibáshev, al que he conocido hoy en el teatro. Es un notable crítico y biógrafo de Beethoven y el más asiduo concurrente al teatro local.

### 13 de diciembre

He recibido carta de Schepkin y de Lazarevski. Mi viejo amigazo me dice que vendrá a verme, con villancicos, para las fiestas. ¡Amigo sincero y bueno! Está dispuesto a ofrecer al público de Nizhni Nóvgorod el presente de varias funciones teatrales. ¡Qué magnífico regalo de Pascuas!

Lazarevski, entre otras cosas, me comunica que ha recibido para mí 175 rublos, de Lev Zhemchúzhnikov, con la advertencia de que no me diga su nombre. ¡Generoso donativo secreto! ¿Con qué podré pagaros, buenos, magnánimos paisanos míos, vuestro sincero desprendimiento? Con una canción libre, plena de sinceridad, con la canción de la gratitud y de la imploración!

Hoy empiezo *El sátropa y el derviche*, y si Dios me ayuda a terminarlo felizmente, lo dedicaré a mis honrados; espléndi-



dos y nobles paisanos. Quiero escribir *El sátrapa* en forma de epopeya. Esta forma es completamente nueva para mí. No sé cómo me adaptaré a ella.

*15 de diciembre*

Por conducto de Dal he recibido carta de Fiódor Lazarevski. Me dice que muy en breve hará otro viaje, pasando por Nizhni, y me pide que no vaya a Balajná. No iré. . . ¡Sea así!

*16 de diciembre*

Esta tarde me he dirigido a casa de Dal para testificarle los profundos respetos de Lazarevski. . .

*21 de diciembre*

Hoy he recibido carta de Schepkin. Hoy ha salido de Moscú, y pasado mañana abrazaré a mi viejo y sincero amigo. ¡Qué dicha me produce esta franca amistad! A pocos de nosotros concede Dios tan pleno gozo, y contadas, contadísimas son las personas que llegan a los setenta años con tan poética lozanía de corazón como M. S. ¡Dichoso patriarca artista!

También hoy he recibido carta de mi santa abogada, de la condesa Nastasia Ivánovna Tolstaya. Me dice que mi carta dirigida al conde Fiódor Petróvich será entregada, en las fiestas, a María Nikoláievna. Y me comunica las señas de N. O. Osipov. ¡Dios mío! ¿Veré pronto mi Academia? ¿Abrazaré pronto a mi santa abogada? . . .

*24 de diciembre*

¡Fiesta de fiestas, la más grande solemnidad! A las tres de la madrugada ha llegado Mijailo Semiónovich Schepkin.

*29 de diciembre*

A las 12 de la noche se ha marchado Mijailo Semiónovich Schepkin. Ovsíánnikov, Brylkin, Oléinikov y yo hemos acompañado a mi gran amigo hasta la primera estación, y a las tres en punto hemos vuelto a casa. ¡Seis días, seis días de vida plena, gozosa, triunfante! ¿Con qué podré pagarte mi viejo, mi sin par amigo? ¿Con qué podré pagarte esta felicidad? ¿Estas lágrimas dulces, gozosas? ¡Con amor! Pero yo te quiero hace mucho tiempo, ¿y quién, que te conozca, puede no quererte? ¿Con qué? Yo no tengo nada más que una plegaria, la más sincera de las plegarias, por ti.

*1 de enero de 1858*

He celebrado el Año Nuevo alegre y amistosamente con Brylkin y su familia.

Mas, por alegre que haya sido la celebración del Año Nuevo, al llegar a casa, he sentido nostálgica tristeza. Luego de un rato de nostalgia, me he ido en busca del fascinador ambiente familiar de madame Guilde, pero también allí me ha encontrado el tedio. Del templo de Príapo he ido a la misa de alba. Y ha sido peor, porque los sacristanes, embriagados, cantaban con berridos tan desgarradores, que me he tapado los oídos y he escapado corriendo de la iglesia. . .

*7 de enero*

Kulikévich, al volver a la patria chica desde el destierro (desde las orillas del Syr Dariá), se enteró casualmente de mi estancia en Nizhni, y hoy ha venido a visitarme. Entre muchas noticias de la estepa, de ningún interés, me ha contado una interesante y repulsiva. Un hijo natural del corrompido sátrapa Perovski degolló con sus propias manos a su asistente, por lo que únicamente fue degradado a soldado.

Pero su alma ruin no resistió siquiera este benevolísimo castigo, y murió poco después o se envenenó. Bien se lo merecía. Resulta que de casta le viene al galgo. La madre de este pusilánime tigrecillo, mujer de cierto asqueroso barón Salz, p. . . amante del corrompido sátrapa Perovski, una vez, cuando se arreglaba para ir a misa, se enfadó con la doncella, no se sabe por qué motivo, y le dio con la plancha en la cabeza. A la doncella la enterraron, y el omnipotente sátrapa echó también tierra al asunto. ¡Ay, Nicolás, Nicolás! ¡Qué ayudantes tan malvados tenías! De tal palo, tales astillas.

*22 de enero*

Hoy me ha visitado Yákov Lazarevski, que va de Petersburgo a Viatka, en viaje de servicio. Ha estado hace poco en la Pequeña Rusia. Me ha referido muchas porquerías de mi tierra natal; entre ellas, la triste insurrección de Ekaterinoslav en 1856 y acerca de su vecino y pariente N. D. Belozerski. Este filántropo terrateniente ha desvalijado a sus campesinos de tal modo, que éstos le han hecho una coplilla, terminada así:

Nuestro amo, Belozér,  
tiene un fogoso caballo.  
Quiera Dios que a su jinete  
nos lo parta pronto un rayo.  
Nuestro amo, Belozér,  
tiene un trapo colorado.  
Más de una casa, en la aldea,  
bien limpita la ha dejado.

¡Ingenua, inofensiva venganza!

*25 de febrero*

A las 7 de la mañana, he recibido carta de Lazarevski. Me dice que se me permite ir a vivir a Petersburgo. No cabe mejor felicitación en el día de mi santo.

A las tres, nos hemos reunido a comer N. Brylkin, P. Brylkin, Gras, Lapa, Kudlái, Kadinski, Freilich, Klimovski, Vladímirov, Popov, Tóvbich y yo. La comida ha transcurrido en un ambiente bullicioso, alegre, de buen gusto, porque todos los congregados eran gente bien avenida, sencilla y noble en sumo grado. A la hora del champagne, he pronunciado un brindis, dando primeramente las gracias a mis invitados por el honor que me hacían; al terminar, he agregado que no podré tener queja de Dios si encuentro en todas partes tan buenas personas como las que ahora me acompañan y que guardaré siempre en mi corazón su recuerdo. . .

#### *1º de marzo*

A nombre del gobernador de aquí, ha llegado un oficio del Ministro de Asuntos Interiores, por el que se me autoriza a vivir en Petersburgo, aunque continuando bajo la vigilancia de la policía. Esto es obra del viejo disoluto japonés Adlerberg.

#### *2 de marzo*

He recibido carta de la condesa Tolstaya. Dice que su ferviente deseo se ha cumplido al fin, y que me espera en su casa con impaciencia. ¡Buena, noble criatura! ¿Cómo podré pagarte el bien que me has hecho? . . .

#### *4 de marzo*

En espera de Ovsíánnikov y del salvoconducto de la policía, he empezado a pasar en limpio *La Bruja*, para mandarla a la imprenta. He encontrado mucho de prolijo y no bien acabado. Y gracias a Dios que el trabajo hace menos largos los días de la espera.

5 de marzo

He enviado una carta a la condesa Tolstaya. Le digo que el día 7, a las 9 de la noche, saldré de Nizhni Nóvgorod. ¿Se realizará esto? Ello depende de Ovsíánnikov, y no de mí. Es absurdo.

Sigo trabajando en *La bruja*.

6 de marzo

He apretado demasiado con *La bruja*, tanto, que la he terminado hoy; aunque el trabajo no era poco, me parece que lo he acabado bastante bien. He copiado y corregido levemente a la *Azucena* y a la *Sirena*. ¿Cómo acogerán mis paisanos a mi cautiva musa?...

7 de marzo

Desde la una de la tarde hasta la una de la noche, he estado despidiéndome de mis amigos de Nizhni Nóvgorod. He terminado las despedidas en casa de M. A. Dórojova con una cena y un brindis a la salud de mi santa abogada la condesa Tolstaya.

10 de marzo

A las tres de la tarde del 8 de marzo salí de Nizhni Nóvgorod en trineo y llegué en carro, a las 9 de la noche, a Vladímir...

En Vladímir, encontré en la posta a A. I. Butákov, bajo cuyo mando navegué yo dos veranos, 1848 y 1849, por el mar Aral. Desde entonces no nos habíamos vuelto a ver. Ahora va con su mujer a Orenburgo, y luego, a la orilla del Syr Dariá...

A las 11 de la noche he llegado a Moscú. He tomado, por un rublo en plata al día, una habitación en un magnífico hotel. Y a duras penas he conseguido cenar algo, porque era ya tarde. . .

*11 de marzo*

A las siete de la mañana me he puesto a buscar a mi amigo Schepkin. Lo he encontrado en la vivienda del viejo Pimen, en la casa de Schepótieva, y me he instalado allí. Me parece que por mucho tiempo, porque tengo un ojo hinchado y enrojecido, y en la frente me han aparecido varios grupos de granos. . .

*15 de marzo*

Ayer me vieron dos doctores, hoy ninguno. Gracias a Dios, estoy mejor y puede que pronto no necesite ya a ninguno de ellos. . .

Mijailo Semiónovich me cuida como a un niño caprichoso enfermo. ¡Bondadosísima criatura! Hoy por la tarde, a invitación suya, ha venido a verme una señora apellidada Grékova, medio paisana mía, con un cuaderno de canciones de la Pequeña Rusia. Tiene una voz magnífica, fuerte y lozana, pero nuestras canciones no las logra, sobre todo, las femeninas. Tiene un tono entrecortado y tajante, no ha captado la expresión nacional. ¿Os oiré yo pronto, queridas, entrañables canciones mías?

Piotr Mijáilovich, el hijo mayor de mi gran amigo, me ha regalado dos copias fotográficas del retrato del apóstol Alexandr Ivánovich Herzen.

*18 de marzo*

He terminado de copiar o de tamizar mis poesías del año 1847. Lástima que no tenga a quién leerse las provechosamente. Mijailo Semiónovich no sirve para juez. Se entusiasma

demasiado. En cuanto a Maximóvich, siente por mis versos auténtica veneración, y a Bodianski le pasa lo mismo. Habrá que esperar a Kulish. Este, aunque es cruel, dice a veces la verdad; en cambio, no se la digas a él, si quieres conservar las buenas relaciones. . .

### *19 de marzo*

A las 10 de la mañana, Mijailo Semiónovich y yo hemos salido de casa, y, a pesar del agua y del barro que había bajo nuestros pies, hemos recorrido, por lo menos, una cuarta parte de Moscú. No había visto el Kremlin desde 1845. El palacio, de aspecto de cuartel, lo han estropeado mucho, pero continúa siendo de una belleza original. El templo del Salvador, en general, y la gran cúpula, en particular, son feísimos. Obra enorme y sumamente desacertada. Parece una oronda mujer de un comerciante, con su *povóinik*<sup>2</sup> de oro, que se ha detenido entre las piedras blancas para mostrarse presuntuosa. . .

### *22 de marzo*

Hoy es el más jubiloso de los días. He visto a una persona a quien no esperaba ver durante mi estancia en Moscú: a Serguéi Timoféievich Aksákov. ¡Cuán noble y admirable es el aspecto de este anciano! Está indispuerto y no recibe a nadie. Mijailo Semiónovich y yo llegamos a su casa a saludar a su familia. Al enterarse de que estábamos allí, no obstante la prohibición del médico, nos pidió que pasáramos a verle. Nuestra entrevista ha sido de unos minutos. Pero estos minutos me han hecho feliz durante todo el día y para siempre quedarán entre mis más radiantes recuerdos. . .

### *25 de marzo*

El muy respetable M. A. Maximóvich me ha ofrecido una comida, a la que ha invitado también, entre otras personas,

a sus indigentes compañeros Pogodin y Shevyriov. Pogodin no es aún tan viejo como yo me imaginaba; Shevyriov es más viejo y, a pesar de sus cabellos blancos y venerable fisonomía, no inspira respeto. Es un vejete de una dulzura empalagosa. Al final de la comida, el anfitrión ha leído unos versos suyos, en mi honor. Después de comer, la amabilísima dueña de la casa ha cantado unas canciones de la Pequeña Rusia, y los maravillados invitados se han ido a diversos lugares. Yo me he pasado por casa de Serguéi Timoféievich Aksákov, con el propósito de despedirme de él. Dormía, y no he tenido la dicha de besar su canosa y admirable cabeza. Hasta las 9 de la noche he estado en el hogar de los Aksákov, oyendo con placer las canciones de mi tierra, cantadas por Nadezhda Serguéievna. Toda la familia de Aksákov siente de verdad la Pequeña Rusia, sus canciones y su poesía en general. A las 9 de la noche, en compañía de Iván y Konstantín Aksákov, he ido a ver a Kóshelev, en cuya vivienda he encontrado y conocido a Jomiakov y al viejo decembrista príncipe Volkonski. Brevemente, sin la menor bilis, me ha contado algunos episodios de su destierro de treinta años y, al terminar, ha agregado que cuantos estuvieron reclusos solos murieron; en cambio, los que padecieron juntos soportaron todos los sufrimientos y salieron con vida; entre ellos, él.

*26 de marzo*

A las 9 de la mañana me despedí de Mijailo Semiónovich Schepkin y de su familia. El se fue a Yaroslavl, y yo, luego de liar mis míseros bártulos, fui a la estación del ferrocarril y abandoné a las 2, embutido en un vagón, el hospitalario Moscú. Lo que más me ha satisfecho de Moscú ha sido el haber encontrado en los moscovitas ilustrados la mayor cordialidad respecto a mí y una sincera simpatía hacia mis versos. Sobre todo, en la familia de Aksákov.



27 de marzo

A las 8 de la noche, la enorme locomotora ha lanzado una pitada y se ha detenido en Petersburgo. A las 9, ya estaba yo en la vivienda de mi muy sincero amigo M. M. Lazarevski.

28 de marzo

Por la nieve y el barro he recorrido a pie media ciudad, casi sin necesidad de ello. En una encrucijada, entré en el Hotel de Clay, donde encontré a Grigori Galagán, que acaba de llegar de Moscú. Me entregó una carta de Maximóvich con los versos que leyera en la comida del 25 de marzo, una nota para recibir la *Entrevista rusa* y mi *Hereje*, es decir, *Jan Hus*, hallado en Moscú y que yo consideraba definitivamente perdido. A las 3 volví a casa y abracé a mi entrañable Semión Artemovski. Y al cabo de media hora, ya estaba yo en su casa, como en mi *jata*. Acerca de muchas, de muchísimas cosas recordamos y hablamos, y aún más no tuvimos tiempo de recordar y hablar. Dos horas pasaron más rápidas que un minuto. Me despedí de mi buen Semión, y a las seis de la tarde, en unión de Lazarevski, me dirigí a la residencia de la condesa N. I. Tolstaya.

Nadie me ha recibido a mí, ni yo a nadie, con tanta cordialidad y alegría como nos encontramos mi santa abogada, el conde Fiódor Petróvich y yo. Este encuentro fue más afectuoso que cualquier entrevista de familiares. Muchas cosas hubiera querido decirle a ella, y no le dije nada. Otra vez será. Con una botella de champagne sellamos la santa y jubilosa entrevista, y nos separamos a las 8.

He pasado la velada en casa de V. M. Beloziorski, mi compañero de cautiverio y vecino de casamata en 1847. Allí he visto también a mis compañeros de destierro en Orenburgo Sierakowski, Staniewicz y Zelakowski (Sová). Alegre, gozosa entrevista. Luego de unas palabras sinceras y unas canciones queridas, de nuestra tierra, nos hemos separado.

29 de marzo

A las 10 de la mañana, con aire de pobrecito desvalido, me he presentado al jefe de la oficina del ober-comisario de policía, a mi paisano. I. N. Mokritski. Me ha recibido mitad oficialmente y mitad familiarmente. Nuestro antiguo conocimiento se ha manifestado entre paréntesis. En definitiva, me ha aconsejado que me afeite la barba para no producir mala impresión a su patrón el conde de Shuválov, al que debo presentarme por ser él mi principal vigilante. . .

4 de abril

Kamenetski me ha comunicado que todas mis obras, a excepción de *El hereje*, han sido copiadas en limpio por Kulish. Habrá que seleccionarlas y proceder a su impresión. ¿Pero cómo procederé yo para pasar a través de la censura? . . .

8 de abril

. . . A la caída de la tarde, he ido a visitar a mi compañero de destierro Kronévich. Además de muchos polacos, he visto también rusos en su casa, entre ellos, dos celebridades: el conde Tolstói, autor de las canciones de soldados de Sebastopol, y el defensor de esta ciudad, general Jruliov.

Esta última celebridad me ha parecido arrinconada ya.

11 de abril

He encargado a Kamenetski que gestione en el comité de la censura permiso para la impresión del *Kobzar* y *Los Gaidamaki* bajo la firma *Poesías de T. Sh.* ¿Qué resultará de esto? . . .

15 de abril

Atendiendo a los deseos de la condesa Nastasia Ivánovna, me he presentado al jefe de los gendarmes, príncipe Dolgorúkov. He oído un sermón bastante fuerte, pero cortés, y con ello ha terminado la audiencia.

La tarde la he pasado en casa de mi paisano Trofim Tupitsa, donde he encontrado a Gromeka, autor del artículo *Acerca de la policía y del soborno*, y he conocido al viejo Persidski, decembrista.

17 de abril

N. D. Stárov ha enviado escritas a Lazarevski las palabras que pronunció en mi honor en la comida que tuvo lugar en casa de la condesa Tolstaya. Como cosa preciada para mí, las incluyo en mi diario.

“Palabras de gratitud a T. G. Shevchenko.

La desgracia de Shevchenko ha terminado, y al propio tiempo ha sido liquidada una de las más indignantes injusticias. No queremos herir la modestia de quienes, con su participación, han contribuido a hacer este bien y han conquistado la gratitud de todos los que comprenden el valor de la ventura. . . Diremos que nos causa gran alegría ver a Shevchenko, el cual, en circunstancias espantosas, horribles, entre los sombríos muros de un cuartel de siervos, no ha perdido el ánimo, no se ha entregado a la desesperación y ha sabido conservar el amor a su duro destino, porque éste es un destino noble. Tenemos aquí un gran ejemplo para todos nuestros pintores y poetas contemporáneos, ¡y ello es ya bastante para hacerlo inmortal! . . .

¡Permítanme que brinde expresando gratitud a Shevchenko, que con sus padecimientos ha reafirmado la santa creencia de que no hay circunstancias capaces de abatir lo verdaderamente moral en la naturaleza humana! . . .

12 de abril de 1858

N. Stárov”

V. M. Beloziorski me ha presentado al profesor Kavelin. Es hombre de atrayente simpatía.

El propio Beloziorski me ha presentado también a los tres hermanos Zhemchúzhnikov. ¡Encantadores hermanos!

Por la noche, en el teatro-circo he visto la ópera *La vida por el zar*. ¡Genial obra! ¡Inmortal Glinka! Petrov en el papel de Susanin, tan bien como siempre. Leónova hace bien el papel de Vania, pero no está, ni mucho menos, a la altura de la Petrova que yo oí en 1845.



# NAZAR STODOLIA

DRAMA EN TRES ACTOS

## PERSONAJES

J o m á K i c h a t y, jefe de centuria (*sótnik*)

G a l i a, su hija

S t e j a, joven ama de llaves de Kichaty

N a z a r S t o d o l i a

G n a t K a r y, amigo suyo

A m a de la casa donde se reúnen los jóvenes para pasar sus veladas.

Un *kobzar* ciego, músicos, jóvenes cosacos, mozas y los casamenteros del coronel de Chiguirín<sup>1</sup>.

*La acción tiene lugar en el siglo XVII, cerca de Chiguirín en un poblado cosaco, durante la Nochebuena.*

## ACTO PRIMERO

*Es de noche. Interior de una habitación lujosamente adornada con tapices y terciopelos. A un lado, una mesa cubierta con un tapiz de gran valor; adredor, bancos cubiertos de terciopelo con adornos de oro en sus bordes. Sobre la mesa, botellas, copas y comida ~ variada, arden unas velas. Steja pone la mesa.*

Steja (*apartándose de la mesa*). ¡Todo! Me parece que ya está todo... A ver, espera un poco, ¿nada he olvidado? Pescado, carne de cordero y de cerdo, embutidos, licor de cerezas y de ciruelas, miel, vino húngaro. Todo, ya está todo. Hay aquí para comer y beber... ¡que vengan pronto los convidados! Pero, ¿por qué se retrasan tanto? Y se le ha venido a la cabeza a este viejo de bigotes canosos, en día de semejante fiesta, cuando la buena gente festeja la Nochebuena, esperar a sus invitados, y ¡qué invitados! ¡los casamenteros de un viejo tonto como él! Ya veremos qué va a salir de todo esto. El hierro frío no se dobla. Si no se escondiera y se hubiese aconsejado de mí un par de semanas antes de las fiestas, la cosa ya estaría segura. Pero se ha acordado en la misma Nochebuena, y venga a decirme zalamerías: “que si tú eres tal y cual, buena e inteligente, tú, Steja, ayúdame, te lo ruego”. Y se pone a decirme esto, lo otro y lo de más allá. Veremos, ya veremos si consigue nuestro torito comerse al lobito... (*Calla unos instantes.*) Ni una palabra siquiera le ha dicho a su hija de cómo y con quién la quiere casar; piensa él que las mujeres somos unas ovejitas, que adonde quiero allí las llevo. ¡Ah! ¡No! ¡Espera un poco, palomo mío! “Convéncela a fuerza de súplicas”, me dijo. Pero, ¿quién es ese asqueroso suboficial de cosacos? El coronel, aunque viejo, Dios le dé mucha salud, señor es! ... Esto le podrá hacer perder el sentido. Nadie lo conseguiría, pero si yo me empeño lo haré. Para una moza, tarea fácil es desconcertar a otra,



tanto más siendo como es mi señorita. (*Se ríe*). Pero como la gente dice, la caces o no, tienes derecho a perseguirla. Si lo consigo, isí que me voy a divertir!... Llorará un poco, se afligirá, pero después, ico como si nada! Y más de una vez, Nazar me dará las gracias.

(*Por una de las puertas laterales aparece Galia.*)

Steja. ¿Qué le parece? ¿Verdad que no está mal presentada? Eso, eso es.

Galia. ¿Pero qué haces, Steja? ¿Es que vamos a tener hoy invitados?

Steja. ¡Y qué invitados, además! ¡Si usted supiera quienes son!

Galia. ¿De qué invitados hablas? ¿De dónde son?

Steja. Adivínelo.

Galia. ¿De Chiguirín?... ¿Cierto?

Steja. Sí, de Chiguirín, ¿pero sabe quién es?

Galia. ¿Algún suboficial de cosacos?

Steja. Ahí está la cosa, que no es un suboficial de cosacos, y...

Galia. ¿Pues, quién puede ser? Acaso sea..., no, ¡qué va! No es hoy día para... Pero mi padre me habló ayer de no sé qué...

Steja. Le habló, pero no se lo dijo todo. Yo lo sé, pero no se lo diré.

Galia (*abrazando a Steja*). ¡Steja, palomita mía, querida! Dímelo, no me martirices.

Steja. ¿Y qué me dará por ello? Le diré...

Galia. Otros pendientes, un anillo, lo que quieras te regalo, con tal de que lo digas.

Steja. Nada quiero. Permítame, solamente, ponerme su casaca esta noche para ir a la velada.

Galia. Bien, pónstela, pero que no te vea mi padre.

Steja. ¡No faltaba más! ¿Acaso soy tonta? Escúchame, pues. (*En voz baja.*) Hoy vendrán los casamenteros,

G a l i a (*entusiasmada*). ¡De parte de Nazar! ¡De parte de Nazar!

S t e j a. Ya verá de parte de quien vienen.

G a l i a. ¿Es que no vienen de parte de Nazar, Steja? ¿Para qué me asustas de ese modo?

S t e j a. ¿Qué necesidad tengo de asustarla? Le he dicho lo que sé.

G a l i a. No, tú sabes algo más, pero no me lo quieres decir.

S t e j a (*con picardía*). Yo no sé nada. ¿Qué puedo saber yo, una simple ama de llaves, de los asuntos de mis señores?

G a l i a. ¡Te estás riendo de mí! Me vas a hacer llorar, Dios es testigo, me vas a hacer llorar, pero se lo diré a mi padre.

S t e j a. ¿Qué le va a decir?

G a l i a. Que me has asustado... Ahora no te doy mi casaca. ¿Qué, has salido ganando?

S t e j a. ¡Vaya! Pero qué asustadiza es usted. Se lo ha creído en seguida.

G a l i a. Venga, dime, ¿de parte de quién vienen? ¿Es Nazar quien los manda?

S t e j a. ¿Quién más los puede mandar? Claro está que no vienen de parte del viejo Molochái, nuestro coronel.

G a l i a. ¡Ay, qué asqueroso es! En cuanto entra por aquí huyo en seguida de casa. No puedo llegar a comprender cómo los cosacos le obedecen. El desvergonzado no sabe hablar de otra cosa más que de bebida y pasteles.

S t e j a. ¿No está bien acaso hablar de eso?

G a l i a. ¡Claro que no! ¡Siendo como es cosaco, y coronel, además! Mi Nazar, mi morenito, siempre me habla de la guerra, de las marchas de campaña, de Nalivaiko y Ostranitsa, del mar azul, de los tártaros y la tierra turca. Aunque me da miedo cuando habla, me encanta escucharle. Tan maravilloso es lo que relata, que le escucharía, le escucharía sin descanso, mirándole a los ojos, sus ojos castaños. Cortos se me hacen el día y la noche cuando me habla.

Steja. Tiempo tendrá de escucharle y mirarle con embeleso, y más tarde tal vez se aburra de estar con él.

Galia. ¡No, jamás! Hasta la muerte, hasta el último día de mi vida le miraré y escucharé. Dime, Steja, ¿has amado tú alguna vez? ¿Abrazaste algún día a algún cosaco alto y fuerte con tanta fuerza que te lleguen a temblar los brazos y deje de latir el corazón? Y cuando besas, dime... ¿qué sientes entonces? ¡Qué divino debe ser todo eso! ¡Qué radiante! (*Canta y baila entusiasmada.*)

¡Venga, venga, venga!  
No sé lo que ocurre en mí.  
Me enamoré de un cosaco,  
la tranquilidad perdí.  
Miedo me daba al verle...  
¿Y qué ocurrió más tarde?  
Pues le di un sonoro beso  
cuando me paró en la calle.  
Mi madre nos sorprendió.  
Pero qué le importa a ella.  
Cáseme usted que ya es tiempo,  
si harta está de esta soltera.

Steja. ¡Qué canción más bonita! ¿De quién ha aprendido esa canción?

Galia. De ti misma. ¿Te has olvidado de cómo bailabas la semana pasada en la calle? Mi padre no había venido aún a casa... ¿Te acuerdas?

Steja. ¿Cuándo fue eso? ¡Fíjense lo que se ha inventado! (*Llaman a la puerta.*)

Galia (*apresuradamente*). ¡Ay, qué pena! ¡Alguien viene! (*Se va corriendo.*)

Steja. ¿Quién es?

Jomá (*detrás de la puerta*). ¡Yo, soy yo! Abre de prisa.

(*Steja abre la puerta. Jomá entra, sacudiéndose la nieve.*)

¿Qué? ¿Aún no ha venido nadie?... ¡Vaya nevasca!

St e j a. ¿Por quién pregunta usted?

J o m á. ¿Por quién dices? ¿Por mis invitados?

St e j a. ¿De qué invitados habla? ¿De los casamenteros del cor...?

J o m á. ¡Pchs!,... ¡Claro que sí!

St e j a. No, no han venido.

J o m á. ¡Andate con cuidado y no te vayas de la lengua!. . . El padre Danilo, Dios se lo paque, me ha dado su consentimiento. No te olvides de llevarle mañana temprano licor de cerezas. ¿Sabes cuál? Aquel que preparamos hace poco. Que beba y le siente bien. ¿Pero, por qué tardan tanto? ¿No se habrán asustado de la nevasca? Parece que el viento ya no arrecia tanto.

St e j a. ¿Dice usted que se pueden asustar? ¡No lo creo! Hasta en la más fría noche serían capaces de venir por una señorita como la nuestra.

J o m á. ¡Naturalmente, claro que sí!

St e j a. Tanto más siendo un viejo como... y nuestra señorita...

J o m á. ¡Tú sí que eres una vieja, cotorra desplumada!

St e j a. ¡Mírenle! En seguida se ha enfadado. ¿Es que yo hablo de usted?

J o m á. ¿Qué tiene que ver que no hables de mí? Pero hablas de mi... vaya... del coronel.

St e j a. ¡Le oyen! ¿Y la señorita? ¿Ha hablado usted con ella? ¿Qué dice ella?

J o m á. ¿Qué puede decir? Su obligación es hacer lo que le manden. Aún es joven y, por lo tanto, tonta. Tu deber es enseñarla, hacerla comprender que el amor y otras cosas por el estilo... son tonterías, ociosidades. Creo que me comprendes, ¿no?

St e j a. Todo lo comprendo, pero no sé por dónde empezar. Sabrá usted que su hija se ha enamorado de Nazar y está loca por él. Hoy me ha estado hablando de él. Me decía:

iSteja, ruega a Dios para que me casen pronto con Nazar, en tal caso te daría la mitad de mis bienes!

J o m á. ¿Y tú te lo has creído?

S t e j a. ¿Por qué no? ¡Ella es tan buena!

J o m á. So tonta, ¡pero qué tonta eres! ¿Y si yo mismo te doy todos mis bienes, qué vas a decir entonces? ¡Qué! ¿Qué piensas? (*La acaricia.*) ¿Ves como eres una tontuela?

S t e j a. ¿Qué puedo yo hacer si soy una tontuela?

J o m á. Todo lo que te manden. ¿Me oyes? Todo lo que yo tengo es tuyo.

S t e j a. ¡Nada quiero de usted! Sin ello puedo ser dichosa, si usted, cuando sea un gran señor, no se olvida de la pobre Steja. Yo le soy tan fiel, tanto le quiero, tanto sufro por usted. . . (*finge estar apenada*).

J o m á. ¡Vaya, vaya, que no estamos de funerales! Otra vez con lo mismo. Lo he dicho y así lo haré.

S t e j a. ¡Qué no promete uno cuando se ve en apuros!

J o m á. ¡Basta ya de hablar en vano! Vete corriendo a ver a Galia y habla con ella como tú sabes; si no consigues lo que yo deseo. . . mañana mismo no te quiero ver más aquí.

S t e j a. Casaca te doy, dijo el señor, y ya su palabra nos da calor. Pero mi alma con el pecado cargará.

J o m á. ¿De qué pecado está hablando? No dices más que tonterías!

S t e j a. Jure usted que se casará conmigo, y entonces, Dios es testigo, todo lo haré. ¡Sin mí, puede creerlo, nada conseguirá!

J o m á. Dios mío, es verdad.

S t e j a. ¿Se casará conmigo?

J o m á. ¡Bueno!

S t e j a. ¿Conmigo?

J o m á. ¡Pero qué impertinente eres! Me tienes hasta la coronilla con tus antojos.

S t e j a. ¿De qué antojos habla usted?

J o m á. Bueno, bueno. Escucha lo que te digo. Hay que arreglar la cosa de tal manera que ella no sepa de parte de

quién vienen los casamenteros, si no, todo nos puede salir patas arriba.

S t e j a. No tiene por qué enseñarme cómo darle la vuelta al asunto. Le voy a contar tales maravillas a mi señorita, que me voy a dejar atrás a tu *kobzar*. El hombre viejo, le diré, si bien lo piensas, en todo, absolutamente en todo, es mucho mejor que el joven. El joven... ¿para qué hablar?, de nada sirve, y además es molesto y celoso, mientras que el viejo es tranquilo, tranquilito y obediente.

J o m á. ¡Cierto, justo es! ¡Pero qué inteligente eres, muchacha! ... Anda, vete a ver a Galia y habla con ella hasta que la convenzas.

S t e j a. ¿Y podré después ir a la velada? En casa ya lo tengo todo hecho. Déjeme ir por favor, por última vez.

J o m á. No tienes más cosas en la cabeza que esas veladas. ¡Ya tengo a esa Motovílija!...

S t e j a. ¿La Motovílija? ¿Qué le habrá dicho esa vieja perdida? ¿Qué puede haber de malo si yo bailo con los cosacos? ¡Cuando usted bromea con las jovencitas yo me callo!

J o m á. Anda, vete, vete... dile a Galia que venga y tú prepara las toallas.

S t e j a. Todo está ya preparado. (*Se va.*)

J o m á. Con el diablo me he liado... (*Mira a su alrededor.*) ¿Pero qué hacer? No se puede de otra manera. En semejante asunto, quieras o no, debe estar presente el diablo o una mujer. (*Se calla unos segundos.*) Vete a saber, aún me puede engañar y voy a quedar como un tonto para toda mi vida. ¡Qué va, maldita sea! Sólo quiero que me ayudes con tus astucias a emparentarme con el coronel; después, ya veremos lo que pasa. ¡Vaya con la aldeana, qué pretensiones tiene! ¡Espera un poco! (*Largo silencio.*) Piensa y cavila cuanto quieras, paloma... que resultará todo lo contrario. Con sólo echar el anzuelo, el pez ya picará. Menuda broma, ser suegro del coronel!... Lo que después venga, dependerá de mí. Que nos dejen llegar al umbral, y después ya nos las arreglaremos para ver que hay más adentro. Y me pasearé ni más ni menos

que por Cherkasy, o por la misma ciudad de Chiguirín con el bastón de coronel. Y gloria y respeto, y venga a acaparar *chervonets*, pues todo es tuyo. Y antes que nada, *chervonets*. Con el olfato la gente adivina dónde se encuentran, sin que los enseñes, y todos te saludan. (*Ríe a carcajadas.*) Vaya con el *sótnik*. Ya en Bratski<sup>2</sup> mi corazón presintió que yo llegaría a ser un gran señor. Me ha ocurrido a veces que he dicho una cosa y he hecho lo contrario, por eso me llamaban falso. ¡Qué tonta es la gente! ¿Acaso el hablar del fuego nos obliga a arrojarnos a él? ¿O el tratar con alguna morenilla huérfana quiere decir que me vaya a casar con ella? ¡Mentira! ¡Aléjate del fuego, que te puedes quemar! Cásate no con la de las cejas negras, ni con la de los ojos castaños, sino con las buenas haciendas y molinos, y entonces serás una verdadera persona y no un tonto.

(*Entra Galia.*)

G a l i a (*alegre*). ¡Buenas noches, padre! ¿Dónde se ha entretenido usted tanto? ¿Me llama usted?

J o m á. Sí, te he llamado. (*La mira.*) ¿Por qué no te has trenzado todas las cintas? ¡Bien, no importa! Con esas basta. Escucha. Necesito hablar contigo de una cuestión muy importante. ¿Sabes tú que esperamos hoy a los casamenteros?

G a l i a. ¿Hoy? ¿El primer día de fiesta, en la mismísima Nochebuena?

J o m á. ¿Y qué importa? El padre Danilo, Dios se lo pague, lo ha permitido. Sé atenta y no les des calabazas.

G a l i a. ¿Cómo es posible? ¿Acaso el novio es muy viejo? Mire las tonterías que me ha estado contando Steja. ¡Me ha hecho reír!

J o m á. ¿De qué te ha hablado, pues?

G a l i a. Dice que el novio es viejo... qué va, no, no se lo digo, no se lo digo, porque menuda tontería es. Ella misma no sabe lo que dice.

J o m á. ¿Es que no es verdad? El hombre maduro es mucho mejor que el joven.

G a l i a. ¡Lo mismo ha dicho ella!

J o m á. ¿Y a ti qué te parece?

G a l i a. ¿Pero cómo es posible si uno es viejo y el otro joven?

J o m á. ¿Tú crees, pues, que el joven es mejor?

G a l i a. ¡Claro, no faltaba más!

J o m á. Piénsalo bien y comprenderás que la verdad está de mi parte y no de la tuya. ¿Qué es lo que tiene un joven? Posiblemente su negro bigote, y nada más. No te vas a pasar toda tu vida admirándole, enamorada. Llegará el momento cuando tendrás que pensar en otras cosas. Puede ser que desees honores, respetos, que te hagan reverencias. ¿Y a quién se las van a hacer, naturalmente? A la esposa del coronel... digo yo, por ejemplo... y no a la de un suboficialillo, que no posee otros bienes que sus bigotillos negros. Créeme, hija, nadie querrá siquiera mirarte.

G a l i a. ¡Si yo no quiero que me miren!

J o m á. No sabes las estupideces que dices. ¿Crees que no se va a hastiar, mirándote a ti sola toda su vida? ¿Eres tú, acaso, la única en este mundo de Dios? ¡Las hay mejores que tú! Andate con cuidado, que te puede dejar de amar.

G a l i a. ¿Quién? ¿Nazar? ¿A mí? ¡Oh! ¡No! ¡Nunca en la vida!

J o m á. No te lo he dicho porque vaya en realidad a ocurrir así; lo digo simplemente, como ejemplo, para que sea más comprensible. Todos nosotros, los hombres, somos de la misma calaña.

G a l i a. ¡Oh, no! ¡No todos! El no es así, él no dejará de amarme.

J o m á. ¿Pero es que ya te lo ha jurado?

G a l i a. ¡Claro que sí!

J o m á. ¿Y te lo has creído?

G a l i a. Sin que me lo jure, lo creo.



J o m á. ¡Tonta, qué tonta eres! ¿No sabes, acaso, que quien mucho promete nada da? Vaya, sé razonable y escucha mi consejo de padre. Bien sabes que yo soy así, si prometo alguna cosa la cumplo sin falta. ¿Y si no te doy la dote? ¿Qué va a pasar entonces? Cierto es que él te puede tomar así, pobre: ino son pocos los tontos que hay en este mundo! ¿Pero, qué importa? Piénsalo bien, ¿qué harías entonces?

G a l i a. Lo que hacen todos, me ganaría mi pan trabajando.

J o m á. ¿Pero qué es mejor? ¿Que trabajes tú misma, o mirar cómo otros trabajan para ti?

G a l i a. Según para quién.

J o m á. Esa es tu desgracia, que aún eres tonta. Te diría muchas más cosas, pero no tengo tiempo. Antes de que te des cuenta vas a tener a los casamenteros a la puerta. ¿Tienes preparadas las toallas?

G a l i a (*con alegría*). ¡Sí, sí! ¡Ay, qué contenta estoy! Se me salta el corazón de alegría. ¿Está usted igual de contento?

J o m á. Sí, sí, muy contento. Vete y no te olvides de decir que si vienen pidiendo el aguinaldo los echen con cajas destempladas.

G a l i a. ¿Por qué, padre? ¡Si es una vieja costumbre! Y se celebra además una sola vez al año.

J o m á. Pero los casamenteros vienen una vez en la vida.

G a l i a. Ya le comprendo, es para que no nos molesten. . . Claro, pueden molestar cuando estemos en el ritual de costumbre. Voy corriendo a decir que cierren el portal y la portezuela. (*Se va.*)

J o m á. (*se pone a andar pensativo*). Me parece que la cosa marcha bien. Se va a creer que ha sido Nazar quien na enviado los casamenteros y, embobada, va a dar su conformidad. . . Los casamenteros no se irán de la lengua, la boda la podremos aplazar hasta la semana próxima, y durante esos días tiempo habrá para convencer no ya a una moza, sino

también a nuestro compadre de que no dé coces. ¡Pero que el diablo no nos traiga a ese gorrión desplumado! Todo, entonces, se nos iría por tierra. Todo me lo estropearía. (*Dándose importancia.*) Pero, después de todo, ¿qué tiene que ver Galia con él? Ella es mi hija, mi bien, y, por lo tanto, mi poder y mi fuerza mandan en ella. Yo soy su padre, soy su zar. . . ¡Que se vaya al diablo ese mozo! El asunto es tal, que no hay por qué pensarlo mucho. Pero no demos un paso en falso, pues quien se guarda, Dios le resguarda, o como suelen decir, cuanto mejor la cosa puedas arreglar, mejor con la tuya te saldrás.

Galia (*entra corriendo entusiasmada*). ¡Ya han llegado, ya han llegado!

Jomá (*se sobresalta*). ¡Ay, cómo me has asustado! Vete a tu habitación, ya vendrás cuando te llame.

Galia. ¿Para qué irme a mi habitación? Me quedo aquí, nadie me verá.

Jomá. No puede ser. Las costumbres no lo permiten.

Galia. Bueno, me voy. (*Se retira.*)

*(Jomá se sienta a la mesa, con aires de importancia. Llama tres veces a la puerta. Entran los casamenteros con un pan en la mano y saludan al dueño con una profunda reverencia; dejan el pan sobre la mesa.)*

Los casamenteros. ¡Dios le dé muy buenas noches, gran señor!

Joma. Muy buenas las tengan. (*Le hace una señal a uno de los casamenteros. Este se acerca y se inclina. Jomá le susurra algo al oído y después sigue.*) Buenas noches, buena gente. Siéntense, por favor. Bienvenidos. ¿De dónde les trae Dios? ¿De muy lejos o de cerca? ¿Son ustedes cazadores? ¿O tal vez pescadores, o cosacos libres?

Un casamentero (*tose un poco*). Cazadores y cosacos libres somos. Gente alemana somos, de tierra turca venimos. Una vez nuestra tierra se cubrió de la primera nieve,

y le dije yo a mi compañero: “¿Para qué hacer caso del tiempo? Vámonos en busca de la huella de la fiera”. Y nos pusimos en marcha. Andamos, mucho andamos, pero sin suerte. Cuando menos lo esperábamos nos sale al encuentro un príncipe y, encogiéndose de hombros, nos dice: “¡Eh!, cazadores, apuestos cazadores. Tened la bondad, hacedme un gran favor. Tropecé con una martita, hermosa doncella, y ni como, ni bebo, ni duermo desde el momento que la vi; sólo pienso en cómo cazarla. Ayudadme a hacerme con ella, y entonces podéis pedir todo lo que se os antoje, todo lo tendréis, aunque sean diez ciudades o cuarenta mil tesoros, todo lo que pidáis será vuestro”. Eso era precisamente lo que nosotros buscábamos. Y nos fuimos siguiendo las huellas, pero por todas las ciudades, por todas partes donde estuvimos, en tierra turca o alemana, por todos los reinos y estados que pasamos, no encontramos a la martita. Y le dijimos al príncipe: “¿Qué maravillosa fierecilla es esa martita? ¿Es que no hay otra más bella? Podemos buscar otra”. Pero, ¡qué va! Nuestro príncipe no nos quiere siquiera escuchar. “Por dondequiera que he viajado, nos contesta, por los reinos y estados que he visitado, nunca me he tropezado con tal martita entre las más hermosas doncellas”. Y nos pusimos en marcha de nuevo en busca de las huellas, hasta que hemos entrado en este lugar, cuyo nombre no sabemos. También aquí ha caído la primera nieve. Nosotros, buenos cazadores, venga a seguir el rastro, a andar y buscar, y hoy, al levantarnos temprano, hemos dado con el rastro. La fierecilla ha entrado en su corral y se ha metido en su casa, ocultándose en un aposento. Así que la podremos cazar. Aquí se escondió la hermosa martita, en su casa está la hermosísima doncella. Esto es lo que hay. Por Dios, le rogamos que dé a nuestro príncipe su martita, su hermosísima doncella. Díganos sin preámbulos, ¿nos la da o va a esperar a que siga creciendo?

J o m á (*con ira fingida*). ¿Pero qué desdicha es ésta? ¿De dónde nos traen ustedes tal adversidad? ¡Galia!, ¿me

oyes? Por favor, aconséjame qué hacer con estos apuestos cazadores.

*(Galia sale al centro de la habitación, se detiene y, avergonzada, toma en sus manos el delantal.)*

J o m á. ¡Ven ustedes, apuestos cazadores, la que nos han hecho? ¡En qué aprieto nos han puesto a mí y a mi hija!... ¡Ay! ¡ay!, ¡ay! Pues bien, escuchen lo que vamos a hacer. Aceptamos su pan bendito y para que ustedes no nos asusten, culpándonos de que retenemos a la martita, hermosísima doncella, les vamos a atar. Ya está bien de bellas palabras. Bueno, hija, basta ya de fruncir el ceño y callar. ¿Acaso no tienes nada con qué atar a estos apuestos cazadores? ¿Me oyes, Galia? ¿Es que no tienes toallas? Si no has aprendido a coser ni a tejer, átalos entonces con lo que tengas, aunque sea con una cuerda, si es que la tienes.

*(Galia se dirige a su habitación y regresa en seguida, llevando en una bandeja de plata dos toallas bordadas. Las coloca sobre el pan que han traído los casamenteros, se acerca a su padre, se inclina respetuosa ante él y le besa la mano. Toma después la bandeja con las toallas y se acerca sucesivamente a los casamenteros; éstos toman cada uno una toalla y se inclinan respetuosos ante Jomá.)*

O t r o c a s a m e n t e r o. Gracias al padre que tan temprano despertaba a su hija, y que tan bien la ha educado. A ti también te damos las gracias, jovencita, porque te levantas temprano, por esta fina tela que has tejido y por la buena dote que posees.

*(Galia toma las toallas y las ata a la bandolera a cada uno de los casamenteros, después se retira a un lado y mira tímida a la puerta.)*

J o m á *(a Galia)*. Ya te comprendo, adivino lo que quieres. Quieres atar también al príncipe. Ten un poco de paciencia, que mañana entre los dos le ataremos. Seguramente se

ha asustado, pues no ha aparecido. Espera, amigo, que cuando caigas en nuestras manos no te escaparás.

U n c a s a m e n t e r o. El mismo vendrá, veloz como el viento, en cuanto oiga sus amenazas.

J o m á. Bueno, mientras viene volando, les ruego que se sienten a la mesa, no tenemos por qué esperar. Comamos lo que hay, bebamos, lo que nos den y charlemos de cualquier cosa. Tú, Galia, mientras tanto, no estés ociosa; dales miel a nuestros invitados, pan y sal, sé acogedora y cariñosa con ellos.

*(Los casamenteros se sientan ceremoniosos a la mesa, Galia toma de las manos de su padre una copa y una botella y se las ofrece al casamentero más viejo. El casamentero la rechaza.)*

C a s a m e n t e r o. Tanta es la desdicha que les hemos ocasionado, que tememos nos envenenen. . . Pruébenlo ustedes antes. *(Saluda respetuoso.)*

*(Galia, mirando a su padre tímida y avergonzada, se lleva la copa a los labios y después se la ofrece al casamentero.)*

C a s a m e n t e r o *(levantando la copa)*. ¡Ahora sí que está todo en regla! Dales, Dios, a nuestros jóvenes, dicha, riqueza y buena salud, que lleguen a casar a sus nietos y puedan también ver a sus biznietos. . .

*(El discurso del casamentero es interrumpido por un coro de jóvenes que bajo las ventanas están cantando villancicos. Todos escuchan con atención. Jomá, irritado, se retuerce el bigote. Galia, alegre, mira hacia la ventana. El casamentero que oye con atención el canto, repite varias veces: "¡Qué bien cantan nuestros cosacos los villancicos!")*

## La rondalla.

Al ver Dios, el Hacedor,  
que el mundo va a perecer,  
a Nazaret envía  
al Arcángel San Gabriel.  
La gloria al infierno llega  
cuando habla en Nazaret.  
¡Oh, Dios misericordioso,  
la puerta abre del Edén!

J o m á (*a Galia, irritado*). ¿No te he ordenado yo que no dejases entrar a nadie? ¿En qué estabas soñando? ¿Por qué se te ha olvidado?

(*Entra N a z a r con un grupo de cosacos jóvenes.*)

N a z a r. ¡Dios les dé muy buenas noches! ¡Que les ayude a hacer el bien!

(*Todos los cosacos repiten las mismas palabras. Nazar, sin quitarse el gorro, se detiene aterrado. Sus asombrados ojos miran fijamente a los convidados, después, a Galia. Todos callan.*)

J o m á (*confuso*). Gracias, muchas gracias... Siéntense, por favor, siéntense.

(*Se prolonga el silencio. Galia, sonriéndose, mira furtivamente a Nazar.*)

N a z a r. Ahora, ahora nos sentamos si es que tienen dónde, pues, por lo que veo, somos huéspedes importunos. Si les molestamos, nos iremos ahora mismo por donde hemos venido. (*Mira a los casamenteros.*) ¡Ahora compendo por qué el coronel me mandó con las credenciales a Guliái-Pole! (*Mirando a Galia*). ¡Contenta y alegre estás! ¡Llena esa copa de aguar-

diente, de prisa. . . voy a beber a tu salud! Venga, no temas, no te asustes, llena la copa. . .

(*Galia, toda asustada, deja caer de sus manos la bandeja y la botella.*)

J o m á (*furioso*). ¿Quién se atreve a mofarse de mi hija?

N a z a r. ¡Yo! ¿Es que no me ves? ¡Soy Nazar Stodolia! El mismo a quien prometiste ayer la mano de tu hija; el mismo que conoces desde que te salvó de una muerte segura en el campo de batalla. ¡Recuerda también que soy el que ni al mismo *hetman* le permitiría que se riese de mí. . . ¿Me conoces?

J o m á. Te conozco. (*Indiferente.*) ¿Y qué más?

G a l i a. ¿Acaso no eres tú quien los has enviado aquí?

J o m á. ¡Cállate! ¡Vete de aquí!. . .

N a z a r (*reteniendo a Galia*). ¡Espera, quédate aquí! ¿También a ti te engañan?

J o m á. No la engaño. Se lo mando como padre. . . Es la prometida del coronel de Chiguirín.

N a z a r (*con desprecio*). ¡Del coronel! Ayer era mi prometida, hoy del coronel, ¿y mañana de quién será? ¿Me oyes, Galia?

G a l i a (*cae en los brazos de Nazar*). ¡Sí, te oigo! ¡Ay! ¿Por qué no me habré quedado sorda?

C a s a m e n t e r o. Me atrevo a decirle. . .

N a z a r. ¡Cállate, maldito miserable!

J o m á (*se acerca, tímido, a Nazar*). Dame mi hija.

N a z a r. ¡Apártate, Judas!

J o m á (*asustado*). ¡Eh, Prójor, Maxim, Iván, Steja! ¿Quién está por ahí? ¡Sujetad a este bandolero, que me va a matar!

N a z a r. ¡Que te mate Dios, vende hijos! (*A Galia.*) Galia, corazón mío. Dime solo una palabra. ¿Tú no sabías con quién te querían casar? Dímelo, ¿no lo sabías?

G a l i a. No lo sabía, Dios es testigo, ite lo juro que no lo sabía!

N a z a r (*a Jomá*). ¿Lo oyes?

J o m á. ¡No oigo nada, me he quedado sordo!

N a z a r. Escúchenme ustedes, buena gente, si es que no se han vuelto sordos. Este me llamaba hijo y yo a él padre. Todo lo oía entonces, pero hoy dice que se ha vuelto sordo. ¿Dónde está su moral? ¿Creen ustedes que es una persona honrada, un hombre veraz?

(*Los invitados callan.*)

G n a t (*se acerca a Nazar*). Ese no es un hombre. Déjale, es un asqueroso que no se merece que se le hable. (*Le toma de la mano.*)

N a z a r. ¡Espera! No, no, yo creo aún que es un hombre; Me llamaba hijo. (*A Jomá.*) ¿Es verdad?

J o m á. No eres tú quien debe enseñarme cómo llamar a la gente. Padre de ella soy y no tuyo, y mi voluntad es de casarla con quien yo quiera.

N a z a r. ¿Y si ella no quiere, qué vas a hacer entonces?

J o m á. La obligaré por la fuerza.

N a z a r. ¿Es que se puede obligar a alguien a que se ahogue o se cuelgue? ¿Acaso eres Dios y tienes su fuerza para poder hacer milagros? ¿Eres acaso el diablo, pues ni siquiera tienes lástima de tu propia hija? Ya ves, ella tiene corazón y tú se lo estás arrancando, y en su lugar quieres poner una piedra. Escúchame. En tu tiempo también fuiste joven y también tendrías tus alegrías y pesares. Dime, ¿qué sentía tu corazón cuando se burlaban de ti?

J o m á. ¡Sigue ha-blan-do! . . .

N a z a r (*fuera de sí.*) ¡Aún te quieres mofar de mí! ¡Te voy a pisotear como a un sapo! ¡Embustero!

(*Se acerca a Jomá rápido, y lo agarra con fuerza del cuello.*)

G a l i a (*sujeta el brazo de Nazar*). ¿Pero qué estás haciendo? ¡Mátame antes a mí, apuñálame!

(*Nazar, sin decir palabra, suelta a Jomá.*)



J o m á (*se acerca corriendo a los casamenteros*). ¡Lo han visto ustedes, me quería estrangular!

(*Los casamenteros callan.*)

G n a t (*a Nazar*). Ya saldaremos cuentas con él, ya llegará su hora. Vámonos de este mercado.

N a z a r. ¡No me voy! ¡De aquí no me muevo!

G n a t. Pues sígue traficando. Puede ser que te la den más barata.

G a l i a. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Se están burlando de mí!

G n a t. Basta, hermano. Vámonos.

N a z a r. Espera, aún no es tarde. (*Se acerca a Jomá.*) Perdóname, ya ves que he perdido la cabeza. Tú eres una buena persona. ¡Perdóname o máteme, pero no digas que ella no es mía, no lo digas!. . . Mira, nunca me he puesto de rodillas, incluso ante el *hetman*. (*Cae de rodillas ante Jomá.*) ¡Por la salvación de tu alma, si es que guardas a Dios en tu corazón, por el bien de todos los santos, si crees en algo, por la salvación de tu hija, si te es querida, mírame a los ojos! Que los casamenteros regresen con su pan a sus casas. Por Dios te lo ruego, no hagas que se pierda la pobre. No hay otra mejor en el mundo ¿por qué la quieres matar? Toma mi cabeza, tómala, dale un mazazo y aplástala, para nada me hace falta, pero deja que tu hija viva aún en este mundo. No le amargues la vida, que ella no tiene culpa alguna.

(*Jomá, tembloroso, mira a los presentes.*)

G n a t (*se acerca rápido a Nazar*). ¿A quién estás rogando? ¿Ante quién te rebajas? Ante quién te has puesto de rodillas? Después de todo esto no quiero siquiera mirarte a la cara. ¡Adiós! ¡Te humillas ante el diablo! ¡Vas a ver cómo te invita a beber alquitrán hirviente! (*Intenta irse.*)

N a z a r (*le retiene*). Espera, déjame decir unas palabras más.

G a l i a (*abrazándose a las piernas de su padre*). Usted le prometió a mi difunta madre en la agonía y ante la

misma tumba, casarme con Nazar. ¿Qué hace usted ahora? ¿Qué mal le he hecho para que se ensañe conmigo? ¿Por qué me quiere matar? ¿No soy acaso su hija? (*Llora a lágrima viva.*)

N a z a r. ¡Piedra! ¡Hierro! ¿Quieres fuego? Pues fuego tendrás, lo tendrás. Al infierno llamaré para que te abrases en él. . . Tú, espérame. (*A Galia.*) Pobrecita, pobrecita mía, no tienes padre. ¡Un verdugo es y no padre! ¡Pobrecita, corazóncito mío, palomita mía sin nido! (*La besa.*) Yo soy aún más pobre que tú. Yo ni siquiera tengo un verdugo, nadie que me pueda matar. Adiós, corazón mío, adiós. Pronto nos veremos.

*(Galia, casi desmayada, cae en los brazos de Nazar. Este la besa. Jomá intenta arrancarla de los brazos de Nazar, quien le rechaza y de nuevo besa a Galia.)*

N a z a r (*a los casamenteros*). Cuéntenle al coronel lo que aquí han visto y oído. Díganle que su prometida se ha estado besando conmigo ante sus propios ojos. (*Galia le abraza y le besa.*) ¿Lo han visto ustedes? ¡Adiós, vida mía, corazón mío! (*La besa.*) Ya sé qué tengo que hacer. Encontraré la justicia. ¡Adiós! Espérame, que yo volveré.

*(Galia pierde el conocimiento y cae desmayada. Nazar se retira, cubriéndose la cara con las manos. Gnat y los cosacos le siguen. Jomá y los casamenteros se acercan corriendo a Galia.)*

## ACTO SEGUNDO

*Interior de una jata cuidadosamente puesta. Sobre la mesa arden unas velas. El a m a se ajetrea cerca del horno.*

El a m a. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cómo me acuerdo de mi juventud! Cuando se oía que estaban de juerga, hasta las empalizadas crujían, pero ahora. . . Pronto cantará el tercer gallo y aún no ha empezado la jarana. Cierto es que estamos de fiesta, van cantando los villancicos, pero me parece que ya sería hora de empezar. No, digan lo que digan, este mundo ha cambiado. También los de Zaporozhie andan por aquí. . ., pero si decimos la verdad ¿qué *zaporogos* son? Con sólo ver cómo muestran su valentía, asco me da. ¿Es que los de antes eran así? ¡Ocurría a veces que, como halcones, venían volando de su *Sech*, se nos echaban encima y había que verles! Se agarraba a ti alguno de ellos, te levantaba en vilo, y así te llevaba sin dejar que tus pies tocasen tierra. ¡Ay, ay, ay! ¿Qué se ha hecho de tanta bravura?

*(Canta, meneando la cabeza con melancolía.)*

La luna se citó con un lucero  
en la llanada.  
Tras larga espera, no puede aguardar  
a la alborada.  
Volví a casa con amargo llanto.  
Sin plegarias,  
me tendí inconsolable  
en la cama.  
Insomne, imaginéme una noche oscura,  
la pomarada,  
los ojos castaños de mi cosaco.  
De madrugada  
me desperté y dije:  
— Como un águila,  
por el Danubio vuela mi moreno  
en su jaca.  
Yo lloraba y reía.

A sus casas  
volvieron del Danubio los cosacos. El mío  
sólo faltaba.  
¿Para qué sirve, pues, mi juventud?  
Para nada.  
La luna se citó con un lucero.  
¡Soy toda lágrimas!

¡Así ha sido exactamente mi desdichada suerte! Como si esa canción hubiese sido compuesta para mí. ¿Qué se ha hecho de mi juventud? Ni rastro ha quedado, como si se la hubiese llevado la corriente. (*Calla un poco.*) Pero ¿por qué nadie viene? ¡Qué harta estoy de esa atolondrada Steja! Ha ido por las mozas y, seguramente, se habrá liado por ahí con los cosacos. ¿Pero qué endiablada fuerza los ha juntado? ¡Si Kichaty fuese joven aún! Ahora está ya hecho un carcamal. . . Mejor hubiese obrado si para ama de llaves, en vez de elegir a una joven, hubiera tomado a una viejecita, razonable y fiel, capaz de llevar bien la casa. Steja. . . no hace más que dar vueltas como una peonza. ¿Cómo el viejo va a acomodar a su hija? Nada menos que quiere emparentarse con el coronel. ¿Estará mucho tiempo admirando la calva del coronel en vez de estar con su radiante lucero? ¡Ay, ay, viejos requeteviejos! Debíais tumbaros a la bartola y matar el tiempo comiendo rosquillas. ¡Pero, qué va! Dadles mujer y que sea jovencita. Ya veremos si se sale con la suya. . . ¡Stodolia sí que es un buen mozo! Bien le conozco. Sendero se abrirá por el huerto del coronel. . . Tonto sería si así no lo hiciera. Para mis adentros me digo, que. . . ¡sí, sí, alguien viene! ¡Ahora, ahora mismo! . . . Por fin, ahí vienen. (*Abre la puerta.*)

(*Entran Nazar y Gnat.*)

E l a m a. ¡Dios me guarde, Dios me guarde! ¿De dónde vienen, por qué camino, qué vientos les han traído a ustedes a esta mi *jata*?

G n a t. No te andes con muchas preguntas, paloma, que vas a envejecer antes de tiempo, pues la vejez, Dios es testigo, no te sienta bien. ¿Por qué pones tan mala cara?

E l a m a. ¡Siéntense, siéntense, por favor!

G n a t. Vaya, no te enfades. ¡No siempre se puede hacer caso de lo que uno suelta por la boca! ¿Acaso es necesario recoger todo lo que la corriente lleva? ¿Habrà juerga hoy en tu casa?

E l a m a. ¿Es que nuestras juergas son para ustedes? Ustedes sólo han venido para reirse.

G n a t. Nos reiremos si hay alegría.

E l a m a (*mirando a Nazar*). Habrà alegría, pero no para todos.

G n a t. Bien, eso ya lo veremos más tarde... ¿Por qué no nos das ahora algo de eso para lo cual sirven las copas y buscas un poco de trabajo a nuestras muelas? ¡Vaya maldita tacaña! Ni siquiera nos ha invitado a cenar. ¿Por qué estás con la boca abierta? ¡Date prisa!

E l a m a. Ahora mismo (*Retirándose*). ¡Pobrecito Nazar!

(*Saca del anaquel una botella de aguardiente y unos entremeses y los pone en la mesa. Nazar, entristecido, mira a Gnat.*)

G n a t (*a la dueña*). Ahora ¿sabes qué te voy a pedir? Pues que tomes la escoba y le sacudas bien el polvo a la luna para que haya más luz. ¡Mira qué noche más negra! Mientras tanto, nosotros charlaremos aquí de nuestros asuntos.

E l a m a. ¿Pero qué dicen ustedes? ¡Díós les guarde! ¿Soy acaso una bruja?

G n a t. Lo he dicho así, por decir... ¡Hazte la sorda! ¿Me comprendes?

E l a m a. ¡Ah!... ¿Ustedes quieren hablar aquí a solas? Bien, pues me voy a buscar a Steja.

(*Se pone su largo chaquetón y sale*).

G n a t (*la acompaña con la mirada*). Se ha ido. ¿Oye, por qué me miras así, como si no me conocieras?

N a z a r. Ahora no reconocería ni siquiera a mi propio padre.

G n a t. Toda persona inteligente hace lo mismo, tanto en los palacios como en las cabañas. (*Llena una copa y se la ofrece a Nazar.*) ¿No te apetece? ¡Como quieras, hombre! Yo te aconsejaría que te bebieras algunas copitas de este licor, de estas lágrimas de Adán, como decía el padre ecónomo. ¿No te has olvidado del monasterio de Bratski?

N a z a r. No; mejor será que me digas por qué me has traído aquí.

G n a t. Para hablar contigo como se habla con un cosaco y no como con una mujerzuela. ¡Brindo por la libertad y el ingenio de los cosacos! (*Bebe.*)

N a z a r. ¡Dichoso hombre eres!

G n a t. Más lo eres tú.

N a z a r. Si te encontrases en mi pellejo... Vámonos, Gnat, que aquí me asfixio.

G n a t. Espera, aún es temprano... Veamos cómo se divierte la gente, y, mientras, pongámonos de acuerdo a dónde ir.

N a z a r. Me da lo mismo. Llévame adonde quieras.

G n a t. De nuevo te pareces a una mujerzuela. ¿Le puede sentar bien a un cosaco hablar así?

N a z a r. ¡Amargada tengo la vida, Gnat! Tú te ríes, pero a mí se me revuelve el estómago. ¿Es que mi desgracia puede causarte risa?

G n a t. Sí, me hace reír.

N a z a r. Y yo creía que tú eras una buena persona.

G n a t. También pensaba yo que tú eras un cosaco, pero veo que eres una mujerzuela. Dime, ¿por qué te estás volviendo loco? ¿Qué se ha hecho de tu razón? ¿Acaso una mujer, aunque fuera la hija del emperador alemán, puede valer tanto como ese bien tanpreciado, que se llama la inteligencia del hombre?

N a z a r. Sí vale.

G n a t. ¡Mientes! Tú ya sabes qué valor le dio el rey Salomón al arado de oro. Cuando uno está hambriento, dijo, un cacho de pan tiene mil veces más valor que el oro. Y yo

añado que, para el cosaco, una copa de aguardiente es mucho más preciada que todas las mujeres del mundo.

N a z a r. Gnat, te estás burlando de mí, ahora precisamente, cuando tanto necesito a un amigo fiel.

G n a t. Bueno, yo soy ese amigo, por eso te digo la verdad. Pero mentiré, si lo deseas. Haré todo lo que quieras.

N a z a r. No te rías, y dime con claridad lo que debo hacer. Tu estás en condiciones de pensar y hablar.

G n a t. Pues mira, lo primero que debes hacer es beber aguardiente, que sin mí te ayudará a despejar la cabeza. (*Le llena la copa.*) No te has olvidado de lo bien que razonaba aquel poeta latino. . . ¿Pero cómo se llamaba. . .? ¿Sabes quién? Aquel por cuya culpa me dieron muchos azotes en Bratski, cuando el padre rector encontró en mi polaina sus graciosos versos en los que decía: "Todo en el mundo son tonterías menos el aguardiente, y alguna que otra vez, por cierto, la mujer". ¡Así es! (*Bebe.*)

N a z a r (*con desprecio*). ¡Qué infeliz eres, desdichado! Yo creía que en tu alma había algo de bondad, pero veo que ni siquiera tienes la de una bestia. ¡Ah, si fueras capaz de penetrar con tu mirada aquí (*señala el corazón*), adonde ni el mismo Dios puede penetrar! No, quia. Tú hablas así sólo por hablar. . . Amigo, mi bueno y fiel amigo, no es posible que tú no hayas llorado nunca. Lloro ahora conmigo, fíngelo por lo menos. ¡No me martirices, mi corazón se desgarró de tanta pena! ¡Que se rían los diablos en el infierno, ya que les gusta, pero tú, que eres un ser humano! . . .

(*Le mira condolido.*)

G n a t. Claro que soy un hombre, pero tú, y te lo repito otra vez, eres una verdadera mujerzuela. ¡El diablo sabe por qué te consumes de tanta pena!

N a z a r. Tú no tienes corazón, eres una piedra.

G n a t. Puedes creerme o no, pero yo soy mil veces más desdichado, más infeliz que tu propio perro; él te acaricia y tú le quieres. ¿Y a mí? . . . Hubo un tiempo cuando yo, tonto

de mí, también amé y acaricié a esas víboras de mujeres, y lloraba a lágrima viva, y dispuesto estaba a dar la vida por ellas. . . ¿y qué? ¿Lo quieres saber todo?

N a z a r. No es necesario, no quiero, no hables. Tú has arrancado a Dios de tu corazón.

G n a t. Allí lo tuve, pero mi corazón se llenó de musgo como un inservible tronco de roble. Ya llegará el momento que te acuerdes de todo. (*Cariñoso.*) ¡Déjate ya, hombre, basta! ¡No frunzas así el ceño! Con ello no sentirás alivio. Todo es tontería en este mundo: la camaradería y el amor. ¡Al diablo con ellos, que no existen en este mundo! Solo los tontos y los niños creen en los versos latinos. . . Mejor es que hablemos de nuestras cosas, y cuando lleguen volando las negras urracas, bebamos, bromeemos con ellas, y créeme que se te irán todas esas tonterías de la cabeza. Muy bien lo sé, la desdicha me lo ha enseñado.

N a z a r (*levantándose de la mesa*). También conocí yo la desdicha, pero nada he aprendido. No quiero escucharte siquiera; eres peor que el propio diablo. (*Se quiere marchar.*)

G n a t. ¿A dónde vas?

N a z a r. Me entra frío a tu lado, voy a calentarme al infierno.

G n a t. Espera, tú solo no lo vas a encontrar. Te enseñaré el camino.

N a z a r. Ya lo encontraré solo.

G n a t (*le retiene*). ¿Pero, en serio, quieres irte? ¿Atonado, te has vuelto loco?

N a z a r. No le permito a nadie que me ofenda, ni escucharé un mal consejo. ¡Suéltame!

G n a t. A duras penas has vuelto en sí. ¿Pero a dónde vas, tonto?

N a z a r (*indignado*). Cállate, si no quieres que te mande al otro mundo.

G n a t (*sin soltar a Nazar del brazo*). Eso también lo puedo hacer, ¿pero después qué va a pasar? ¿Te vas a meter con el frío cadáver en su misma tumba?



N a z a r. ¡Aunque sea en el infierno con el mismo diablo! Déjame ir, voy a Chiguirín a ver al coronel.

G n a t. ¿Para qué?

N a z a r. ¡Para matarle!

G n a t. Y si no lo matas, ¿qué vas a hacer entonces? ¿No querrás acaso convencerle de que renuncie a casarse con Galia?

N a z a r. Pase lo que pase, me voy allá.

G n a t. ¿A ser huésped del diablo? ¿No te parece mejor poder abrazar el esbelto y flexible talle de Galia en vez de al barrigudo coronel? No pongas mala cara y escúchame; haz lo que te digo, pues veo que hoy no eres capaz de hacer ni pensar nada de provecho.

N a z a r. ¿Qué más?

G n a t (*mirando a su alrededor*). ¿Nos oyen aquí las paredes? (*A media voz*). Vamos a raptar a Galia, y nada más. ¿De acuerdo?

N a z a r (*calla unos instantes, después estrecha con efusión la mano de Gnat*). ¡Perdóname!...

G n a t. Bueno, ¿qué más quieres decir?

N a z a r. Eres un verdadero amigo.

G n a t. Déjame, de eso ya hablaremos después. Dime, ¿estás de acuerdo o no?

N a z a r. ¡Sí! ¡Soy todo tuyo! ¡Habla, ordena!

G n a t. Escucha, pues. Sin duda, ella salía alguna vez, muy tarde, a verte al jardín, aunque, seguramente, no sola.

N a z a r. Sí, con el ama de llaves.

G n a t. ¡Una verdadera enamorada! ¿No se te ha olvidado en el bolsillo algún *chervonets*?

N a z a r. Dos.

G n a t. Mejor aún. Se los das al ama de llaves para que se compre unos pendientes y le prometes después una falda bordada. Habla con ella de modo que no se entere que yo estoy al corriente de todo; ya sabes que las mujeres son unas cotorras. La palabra "callar" no fue inventada para ellas... además de que puede pedir aún mayor recompensa.

N a z a r. Nada escatimaré. Lo daré todo, todo lo que tengo. Dime, ¿dónde puedo ver al ama de llaves?

G n a t. Vendrá aquí. Ya has oído que la dueña injuriaba a Steja por haberse entretenido por ahí. Andate con cuidado y hazlo todo como es debido. Yo te esperaré cerca de la vieja posada con una *troika* de buenos y fuertes caballos negros. ¿Sabes dónde? Tras el huerto, en la carretera vieja.

N a z a r. Lo sé.

G n a t. Hasta de día la gente pasa por esa taberna de largo y santiguándose, por eso de noche nadie se atreve siquiera a acercarse; no se puede buscar mejor sitio, sólo te pido que lo arregies todo cuanto antes mejor.

N a z a r. ¿Y si ella no quiere? ¿Qué vamos hacer entonces?

G n a t. ¿Quién, el ama de llaves?

N a z a r. La una y la otra.

G n a t. Las dos querrán, pero tienes que saber convencerlas. El ama de llaves, por un *chervonets*, es capaz de ir a cantar villancicos al mismo Satanás. Y Galia, con las manos vacías, se iría contigo hasta el fin del mundo, pero como eso está muy lejos, te la llevas a Zaporozhie, donde el mismo *hetman* no tiene más autoridad que un pastor de cabras. ¿Es cierto que aún no te has dado de baja del ejército de Zaporozhie?

N a z a r. Cierto.

G n a t. Pues, ¿qué quieres más, entonces? ¿Quién es el atamán de tu destacamento?

N a z a r. Sokórina.

G n a t. ¡Le conozco! ¡Audaz y temerario hombre! Capaz de ahogar al diablo en una cubeta de agua, no digo ya en el Dniéper. ¿Oyes?, parece que viene alguien.

N a z a r. ¡Ah, si tus palabras, hermano, llegasen a oídos de Dios!

G n a t. Nada más fácil en el mundo. Sólo te ruego que te pongas alegre. Muestra que eres un verdadero cosaco. (*En*

voz alta.) ¡Venga, bebamos esta copa por la salud de la tabernerita!

(*Beben. Entra el ama.*)

El ama. ¡Cómo me he cansado! A duras penas he dado con la maldita Steja.

Gnat. ¿Qué, le has quitado el polvo a la luna?

El ama. Ríanse cuanto quieran, pero el tiempo ha mejorado de verdad.

Gnat. Toma, por tus buenos servicios. (*Le da una copa.*)

El ama. ¡Ay, qué cansada estoy!... No, gracias, no puedo... Bueno, sólo por ustedes. (*Bebe un poco. Gnat le vuelve a llenar la copa. Ella hace muecas y finge no poder beber más, pero sigue bebiendo, y las pocas gotas que deja las estampa en el techo.*) ¡Para que callen los enemigos y no lo sepan los vecinos! (*Devuelve la copa.*)

Gnat (*le ofrece una copa a Nazar; éste la rechaza*). No quieres, pues allá tú. Me parece a mí que en este mundo no hay pena que no se pueda olvidar con una copa de aguardiente. ¡Una copa, después otra, y el diablo al agua! ¿Es así, Katerina?

El ama. Según; hay quien ni con un botellón tiene bastante.

Gnat (*a Nazar*). ¿Es que en verdad no vas a beber?

Nazar. No.

Gnat. Pues cada uno haga lo que quiera. ¡Brindo por tu salud! (*Bebe.*) Bien se canta en aquella canción que dice: Sin la mujer, estaría siempre el hombre de juerga; sin el aguardiente ¿que haría con sus penas? ¡Con el aguardiente se ahogan las penas malditas! ¡Sabia persona te inventó, sí! (*Se dirige a Nazar.*) Asco me da mirarte. Voy a beber otra más. (*Llena la copa.*) ¿Te acuerdas cuando huíamos de Bratski a Zaporozhie y tropezamos en el camino con aquella hermosa morenaza? Poco te faltó para cambiar tu libertad zaporoga por sus ojos negros. ¿Ves cómo lo has olvidado? Yo me acuerdo de todo lo pasado y puedo adivinar lo que nos va a ocurrir en el futuro.

St e j a (*entra apresurada*). ¡Ay, madrecita mía, qué cansada estoy! ¡Cualquier cosa, ir corriendo a llamar a todos! (*Mira por la habitación.*) ¡Dios mío, pero si no los había visto! ¡Buenas noches tengan ustedes! ¡De ninguna manera me podía venir a la cabeza que ustedes estuviesen aquí! ¡Gracias, muchas gracias! Ahora yo veo que no desprecian nuestras fiestas de Slobodka. Pero, por favor, no se asombren, pues aquí las celebramos de cualquier manera, no como en su ciudad de Chiguirín.

G n a t. Ustedes las celebran aquí mucho mejor.

St e j a. ¡Dejen ya de burlarse!

El a m a. ¿Vendrá alguien?

St e j a. ¡Cómo? Todos vendrán.

(*Gnat toma al ama de la mano y la lleva a un lado. Nazar se levanta de la mesa y se acerca a Steja.*)

G n a t (*al ama*). Me empieza a doler la cabeza; voy a ver qué luna hace. . . ¿Me oyes? ¿Os habéis olvidado de llamar al *kobzar*? Vete corriendo a llamarle. Sin él no hay fiesta posible.

El a m a. Steja, ¿has llamado a Kirik?

St e j a. ¡Ay, madre mía, se me ha olvidado! Ahora voy corriendo a llamarlo.

G n a t. De nuevo se va a entretener en algún sitio. . . (*Al ama*). Mejor será que vayas tú misma.

El a m a. Bien. (*El ama y Gnat se van.*)

N a z a r (*toma a Steja de la mano*). Steja, quiero pedirte un favor.

St e j a. Ya sé, ya sé lo que me quiere pedir; que le diga a la señorita que salga a verle cuando el señor duerma, pero ahora ya sabe usted que la cosa ha cambiado y no es como antes. Usted ya sabe lo que acaba de ocurrir.

N a z a r. Eso no importa; sólo quiero decirle una palabra. (*Le da un chervonets.*) Toma, para ti. Aún te daré para que te compres una falda bordada, si me sirves bien.

St e j a (*tomando el chervonets*). No sé cómo hacerlo. Por

desgracia, el viejo no pega el ojo en toda la noche. ¡Pobre señorita! ¡Cómo he llorado, cómo se lo he rogado! Pero el viejo Satanás se ha salido con la suya.

N a z a r. ¿Lo vas a hacer? ¿Puedo esperar?

S t e j a. Sí, lo haré, lo haré, pero. . .

N a z a r. No temas. No seremos más desdichados de lo que somos ya. Y si quieres, te puedes venir con nosotros. Huyamos juntos de aquí.

S t e j a. ¿A dónde irme con ustedes?

N a z a r. Adonde se pueda vivir mejor, donde puedas ser señora y no ama de llaves. . . ¿Qué, lo has adivinado?

S t e j a. ¿Usted, sin duda, me quiere engañar? ¿no es eso? Creen que por ser ricos todo les pertenece.

G n a t (*tras la escena*). ¡Katria, Katria! Mira, ¿qué hay allá en la luna? (*La voz del ama.*) ¿Pero es posible que usted no lo sepa? Un hombre sostiene en vilo con una horquilla a su hermano.

G n a t. ¿Pero es posible? ¡Ay, ay, no lo había oído!

E l a m a. Se lo contaré en casa; vamos, que estoy helada.

*(Durante esta conversación, Nazar sigue hablando con Steja en voz baja y haciendo ademanes. Steja hace un signo afirmativo y se retira. Entran Gnat y el ama.)*

S t e j a. ¿Pero es posible que usted no lo sepa?

G n a t. O lo he olvidado o nunca he oído hablar de ello, no recuerdo.

S t e j a. Pues escuchen cómo ocurrió. Al terminar la Semana Santa y comenzar las Pascuas, cuando la buena gente aún estaba en la misa primera, el hermano mayor fue a dar pienso a sus bueyes, pero en vez de heno enganchó en la horquilla a su hermano menor. Así, juntos, les puso Dios en la luna, a la vista de toda la cristiandad, para que todos sepan que es pecado dar de comer al ganado, no digo ya a las personas, en tan señalada fiesta, cuando aún no ha sido bendecida la torta de Pascua.

El ama (*en tono burlón*). ¡Qué bien hablas!

Gnat. ¡Qué maravilla es esta joven, tan razonable y hermosa! (*Abraza a Steja.*)

Steja ( *fingiendo enfado*). Pero qué sinvergüenzas son estos cosacos de la ciudad. No piensan más que en reírse de nosotras. (*Gnat le da un beso.*) ¡Pero qué se cree usted! Suélteme, si no, voy a gritar.

(*Cosacos y mozas entran con mucho bullicio.*)

Una voz (*del grupo*). ¡Vaya con la Steja! ¡Fíjense qué ágil es! ¡También aquí ha llegado a tiempo! ¿Y el viejo Kichaty?

Steja (*haciendo esfuerzos*). ¿Qué? ¿Ha sacado algo? ¿Ve, cómo no me ha podido besar? ¿Quién grita ahí que he llegado a tiempo? Nada ha podido hacer, se ha quedado sólo con las ganas.

Gnat (*a los cosacos*). ¿Quién de ustedes es el cabecilla? ¿Han traído música?

Voces. El kobzar y los músicos.

Gnat. ¿Y comida y bebida, también?

Voces. ¿Cómo podíamos venir sin ello? De todo tenemos.

Gnat. ¡Vaya con los mozos valientes! Como si fueran los de Chiguirín. (*Dirigiéndose a las muchachas.*) ¿Quién de ustedes quiere bailar conmigo?

Voces. Dejad pasar, dejad pasar, que vienen los músicos.

(*Entran los músicos. Delante va un viejo ciego con su kobza. Las mozas y mozos se apartan en desorden. En estos instantes Nazar habla con Gnat.*)

Gnat. Ponte alegre y no des a entender que la procesión va por dentro. Steja ya verá cómo deshacerse de ellos, pero nosotros debemos irnos antes. Yo me voy ahora mismo. Tú sigue aquí un poco más, para guardar las apariencias, pero no andes mucho tiempo haciendo la corte a las mozas y vente rápido a la posada. Allí te espero.

N a z a r. Bien, pero date prisa también.

G n a t. Por mí no temas. . . Mira, ahí están nuestros viejos conocidos. Kuzmá, ¿qué vientos te han traído por aquí?

U n c o s a c o. Hemos venido del caserío a oír misa, y, aquí estamos porque nos olemos las juergas a larga distancia.

G n a t. ¡Valientes mozos! Y ustedes, *(a los músicos)* ¿cómo han llegado aquí?

U n m ú s i c o. Así, por el caminito andando. En Chiguirín no hay trabajo alguno, y como hemos oído que en casa del señor Kichaty habría boda, pues nos hemos presentado aquí.

G n a t. ¡A ver cómo suena ese baile de los cosacos de Zaporozhie! *(A los cosacos.)* ¿Quién de ustedes es el mejor bailaror? ¡Que empiece el taconeo y veamos si se baila aquí como se bailaba en nuestro Zaporozhie! *(A Nazar, en voz baja.)* Venga, hombre, no te desanimes. Ya te he dicho que todo saldrá bien.

N a z a r. Ya veremos si saldrá bien o mal. Ahora sólo te ruego que no te entretengas aquí mucho. Márchate cuanto antes.

G n a t. Tiempo habrá para todo. Pero no pongas, por favor, esa cara tan triste, que lo vas a echar todo a perder. Miremos cómo bailan el *kozachok*<sup>3</sup> y nos vamos de aquí.

*(Se van al fondo de la escena y hablan entre sí. Los músicos empiezan a tocar. Uno de los cosacos salta del grupo y baila el kozachok. Gnat y Nazar lo contemplan admirados.)*

G n a t. ¡Vaya agilidad y valentía que tiene el mozo! Nada tiene que envidiar a los de Zaporozhie! *(Termina el baile.)* Alégrese, buena gente; divértíos, buenos mozos. Nosotros no podemos seguir aquí más tiempo, ya es bastante, y debemos partir. Chiguirín no está cerca, y antes del amanecer debemos llegar allí. Adiós, cosacos. Adiós, buenas mozas. Adiós, ama. ¡Ah! ¿Pero dónde está esa. . . la de Kichaty?

*(Steja se esconde entre los cosacos.)*

(*Gnat la alcanza y le da un beso.*) Adiós, cachito de mi corazón, encanto mío, hermosa mía. Adiós.

*Steja* (*haciendo esfuerzos para desprenderse de los brazos de Gnat*). ¡Ay, ay, ay! Que voy a gritar, por Dios, suélteme, que voy a gritar.

(*Nazar y Gnat se van, el ama los acompaña.*)

*Steja* (*recomponiéndose*). ¡Pero qué gente es ésta, los cosacos! ¡Cómo les gusta besar! (*Al ama.*) Eh, tía, tía, vamos contigo a... (*Baila y canta.*)

Por el monte voy,  
por el monte me cobijo.  
Por desgracia,  
adonde voy,  
me siguen los cosaquitos.  
Uno el oído me regala,  
otro pendientes me promete.  
Yo acaricio  
a los conocidos,  
a quien me ofrece pendientes.  
¡Oh, mis pendientes,  
mis pendientes de oro!  
Fastidiaos,  
asombraos,  
mis enemigos torvos.

*El ama* (*haciendo esfuerzos para apartarse de Steja, que la sujeta*). ¡Ay, cuclillitos míos! A mis años ya no me sientan bien estas cosas.

(*Steja, mientras tanto, bromea con los cosacos, toma de las manos a uno de ellos, y baila dando vueltas.*)

*El ama*. ¡Miren qué juguetona es! ¿Vas ya a dejar de saltar o no?

*Steja* (*baila y canta*).

Tra-la-la, tra-la-la-la-la.  
He estado en el mercado.  
Me compré unas zapatillas.  
Tres *chervonts* me costaron.  
Gasté el otro en bebida  
y en un músico de encargo.



(A los músicos.)

¿Pero qué hacéis, malditos? A ver si os perdéis. No sé por qué os pagan. En vez de dinero os debían de pagar con un trozo de tocino.

(Todos sueltan una carcajada.)

¿Pero dónde está nuestro Kirik? Que venga aquí. El solo toca mejor que todos estos andrajosos.

(Sale el kobzar.)

Aquí está mi palomo. A ver, cántanos alguna canción o algún cuento de los de miedo, de esos que no te dejan pegar el ojo en toda la noche.

El k o b z a r. Bien, bien. Si quieres te cantaré un cuento o una canción, ilo que más te guste!

V o c e s. ¡Un cuento! ¡Un cuento!

O t r a s v o c e s. No, canta una canción para que podamos bailar de lo lindo, pues aún no hemos bailado.

L a s p r i m e r a s v o c e s. (entre ellas destaca la de Steja, que grita más que nadie). Hasta que cante el tercer gallo, tendréis tiempo de hartaros de bailar.

S t e j a. Aún queda mucho tiempo hasta que cante el gallo. ¡Venga, un cuento! (Al ama.) Un cuento, ¿verdad, tía?

E l a m a. Naturalmente, que cuente un cuento, ahora que aún no es tarde; después dará miedo oirlo.

E l k o b z a r. ¿Queréis que cuente un cuento? Pues bien, allá voy con el cuento. A mí me da lo mismo.

O t r a v o z d e l g r u p o. Vaya con la cotorrilla, se ha salido con la suya.

O t r a v o z. ¡Ya veis cómo es!

S t e j a. ¡Pues me he salido con la mía!

(El kobzar se sienta en un banquillo. A su alrededor se agrupan en desorden cosacos y mozas, en medio de gran algazara.)

St e j a (*le da al kobzar una copa de aguardiente*). Bebe, abuelo, para que tengas más empuje.

El k o b z a r (*después de apurar la copa*). Muchas gracias, buena moza. (*Tose un poco.*) Escuchad, como si comiendo estuvierais, la olla no meneéis, los bigotes no ensuciéis, que no se os escape palabra y al vecino no molestéis.

(*Se ve murmullo general y risas.*)

St e j a. Te voy a escuchar, seré toda oídos. ¿Pero puede haber aún algún cuento tan terrible que me pueda asustar?

U n a v o z. Oye, tú. Si no te callas te vamos a echar de aquí.

O t r a v o z. Sí, te echaremos de aquí.

St e j a. ¿Quién sería el atrevido? El *sótnik* os colgaría a todos.

U n a v o z. Ya lo veríamos. Guárdate de que no te cuelguen con el *sótnik* del mismo álamo.

El a m a. Por Dios, cállense ya. (*Al kobzar.*) Habla, abuelo, habla. Difícil es hacerles callar.

El k o b z a r (*después de toser un poco*). Allá por tierras de Hungría, allí donde viven los emperadores, más allá de las tierras polacas, se levanta una alta montaña; en aquella montaña hay una cueva profunda, donde no viven fieras ni pájaros, sino la sultana turca. Vive allí desde hace cien mil años; ni rejuvenece ni envejece, pero cuanto más tiempo pasa más cruel se hace. Come desde la mañana a la noche, y no se alimenta de pan cocido, ni gallinas, ni otra clase de manjares; devora y engulle a niños, porque una vez, allá en Turquía, estando embarazada, le dijo un curandero armenio que daría a luz una hija que cuando creciera, sería mil veces más bella que ella. Y en cuanto la sultana dio a luz devoró a su hija, y desde entonces vive en su cueva y se dedica a devorar sin descanso a los niños. Lo mismo le da que sean cristianos o no, los devora sin más ni más, sean niños o niñas. . .

St e j a (*de prisa*). ¿Y a los chicos también? ¡Ah, maldita bruja! Suerte tiene que yo no sé dónde está esa montaña.

Una voz. ¿Pues qué le harías?

Steja. ¿Qué? Estrangularía a esa malvada.

Una voz. ¿Pero cómo te ibas a meter con ella, miedosa?

Otra voz. ¡Si tienes miedo de alejarte de las puertas de tu casa!

Steja. ¿Quién? ¿Yo?

Una voz del grupo. No molestes, y déjanos oír el cuento... Nos estás molestando.

Steja. ¿Es que yo soy miedosa? ¿Quieres ver cómo voy ahora mismo al cementerio? Si quieres, iré también a la vieja posada, la del viejo camino.

Una voz del grupo. ¡Mira cómo se hace la valiente! Tú no eres capaz de asomarte a la puerta, antes te mueres.

Steja. ¿Que me muero del susto? ¿Qué te apuestas?

Una voz del grupo. Pago a los músicos para que toquen toda la noche, ¿y tú?

Steja. Medio cubo de licor de ciruelas, tres cachos de tocino y un pan.

Una voz del grupo. De acuerdo, pero que el licor sea de la bodega de tu señor.

Steja. Eso no le importa a nadie de dónde lo voy a tomar. El caso es que lo traiga. ¿Dónde está mi casaca? (*Se pone la casaca.*) Cuidado no te vayas a batir en retirada. (*Al kobzar.*) Cuando vuelva, abuelo, terminarás el cuento. (*Sale.*)

El kobzar. Bien.

Una voz del grupo. Para que te podamos creer, trae un trozo de ladrillo o de azulejo de la chimenea, o lo que quieras, pero que sea de la posada.

Steja (*detrás de la escena*). Bien, lo traeré.

Voces. ¡Pero qué atrevida es esa moza! ¡Vaya, vaya!

Otra voz. Si llevara bigotes y el mechón de cabellos cosaco, sería capaz de meterse hasta en el infierno.

Otra voz. La tomarían por un cosaco.

El a m a. Como que es una real moza y no tiene igual. Vais a ver cómo vuelve, y entonces tendréis que pagar.

O t r a v o z. Vamos a beber licor de ciruelas y acompañarlo con tocino y pan.

El a m a. Veremos, veremos quién va a salir ganando. ¿Para qué seguir sentados? Bailemos, pues, y no paguen en vano a los músicos. Venga, toquen a nuestra manera y estilo.

*(La gente se retira en desorden. Un cosaco y una muchacha salen a bailar, los músicos se ponen a tocar y comienza el baile. El telón baja despacio.)*

### TERCER ACTO

*Interior de una posada en ruinas. Paredes sin techo y varias vigas que han quedado enteras. Todo está cubierto de nieve e iluminado por la luna. Silencio. Se oye de lejos una canción, después se va oyendo más cerca y aparece Steja, cantando con timidez: "¡Ay, mis pendientes!"... Se detiene ante el horno derruido y mira, temerosa, a su alrededor.*

Steja. ¡Ay, qué miedo! ¿Dónde pueden estar? Tampoco se ven los caballos. ¿Se habrán ido ya? ¡Eso sí que tendría gracia! Vender mi dicha por dos *chervonets*... (*Mirando al suelo.*) No veo aquí más pisadas que las mías... ¿Y si me han engañado y se han marchado por otro camino? ¡Me van a fallar todos mis cálculos de verme mujer del *sótnik*! Voy corriendo a casa, pues allí puede haber ocurrido algo... Si alguien se va de la lengua y dice que les he ayudado... lo voy a perder todo. (*Regresa apresuradamente.*)

*(Tropieza con Nazar, que lleva en sus brazos a Galia.)*

Steja. ¿Son ustedes? ¡Aquí, en este lugar tan espantoso!... ¿No ha ocurrido nada?

Nazar (*soltando a Galia*). Nada temas. ¿Los caballos ya están aquí?

Steja. No, no los he visto.

Nazar. Anda corriendo a ver si vienen; si no los ves, corre al poblado, puede que te tropieces con ellos por el camino.

Galía. Steja, ¿por qué no vas? ¡Vete corriendo, que mi padre puede despertarse y darse cuenta! ¡Corre, de prisa!

Steja. Ahora mismo, señorita; por usted soy capaz de ir al fin del mundo.

*(Rompe apresuradamente un trozo de azulejo de la estufa.)*

G a l i a. ¿Qué estas haciendo?

S t e j a. Ahora voy. Es para espantar a los lobos. (*Se va corriendo.*)

G a l i a. Vamos al camino, me da miedo estar aquí.

N a z a r. No es posible, corazón mío; allí nos pueden ver, mientras que aquí nadie se atreverá a entrar.

G a l i a (*afligida*). Haz lo que creas más conveniente, yo... ya lo he hecho todo... ¡Dios mío! Al amanecer mi padre se dará cuenta... ¡Ay, Nazar, Nazar, la que he hecho!

N a z a r. Nada mejor podíamos haber emprendido.

G a l i a. Mi padre me va a maldecir.

N a z a r. Que se maldiga a sí mismo... ¿Estás helada, pequeñita mía? Toma mi capote. (*Se quita el capote y lo extiende sobre la nieve.*) Descansa, corazoncito mío; mete tus piecitos en mi gorro. (*Galia se sienta sobre el capote, Nazar le mete los pies en el gorro.*) Así te calentarás un poco (*le da un beso*), te sentirás mejor, paloma mía.

G a l i a. ¡Ay, querido mío, mi amor! ¡Qué bien me siento, que alegre estoy!... Pero tengo miedo, mi padre es tan severo...

N a z a r. Nada temas, querida, mientras yo esté contigo. Nada temas; sólo te pido que me ames. Yo había llegado a creer entonces... cuando...

G a l i a. ¿Cuándo? ¿Qué habías creído? ¿Algo malo, seguramente?

N a z a r. No digo malo, pero no es ahora el momento de recordarlo, cuando mi corazón está rebosante de alegría. Y mañana... ¿qué va a ocurrir conmigo mañana? Moriré de alegría, me ahogará mi dicha, mi suerte. (*Deja caer su cabeza sobre las rodillas de Galia y la mira cariñosamente a los ojos.*) ¡Ay, mis queridos ojos castaños, miradme, luceros míos! (*Calla un poco.*) Amor mío, ¿no le has dicho a tu padre que te casarías con el coronel? ¿No se lo has dicho?

G a l i a. ¡Otra vez con la misma! ¡Qué terco eres, hombre! Me vas a hacer llorar. Si él no me habló nunca del coronel, ¿cómo se lo podía decir?

N a z a r. ¡Pobrecita! El te vendía y tú no sabías nada. Perdónalo. Que Dios misericordioso le juzgue y castigue en el otro mundo.

G a l i a. Yo rezaré por él. Puede ser que Dios le perdone todos sus pecados.

N a z a r. Reza por quien quieras, sólo te pido que no me dejes de amar, querida. . . Moriría entonces.

G a l i a. ¡Pero qué raro eres! Tú crees que te amo así, de cualquier manera. No, Nazar, no es amor, yo misma no sé lo que es. . . ¿Cómo explicártelo? Hasta me da miedo. ¿Sabes qué? Cuando te miro me parece que tú eres yo y yo soy tú. Me maravillo, pero no llego a comprender por qué. Cuando estoy sola, únicamente pienso en ti y me figuro que estás en Chiguirín, y en tu caballo negro caracoleas ante el palacio del *hetman*; las esposas del *hetman* y de los coroneles, desde sus ventanas, sólo te miran a ti. Entonces se me enturbian los ojos. . . Me entran ganas de llorar. . . y mi corazón se oprime hasta arrancarme gemidos de dolor. ¿Por qué me pasa eso, Nazar? ¿Tú no lo sabes?

N a z a r. Sí, lo sé, amada mía, claro que lo sé. ¡Qué dicha para mí es oírte hablar así! Sigue, sigue hablando, abrázame. (*Se abrazan, se besan.*) Bésame otra vez, la última vez. (*Desfallecido, deja caer su cabeza sobre el regazo de Galia.*)

G a l i a. ¡Qué alegre me siento contigo!. . . ¿Será así toda nuestra vida? Dímelo, Nazar.

N a z a r (*sin levantar la cabeza.*) Sí, toda la vida.

G a l i a. ¿A dónde iremos?

N a z a r. Al paraíso.

G a l i a. Ya lo sé, pero, ¿dónde está?

N a z a r. No me hagas preguntas, que nada sé ahora. Nos iremos allá donde no estén ni el coronel ni tu padre, allí donde reina la libertad, la libertad y la dicha. ¡Ay, qué bien vamos a vivir! Te voy a hacer una *jata* espaciosa y alta como un palacio. La pintaré con los más variados colores, negros, azules y verdes. Te vestiré de seda y oro y te sentaré en un sillón también de oro, como a una reina, y, extasiado, te miraré, te

miraré sin fin hasta morir. ¿Pero, moriré, yo algún día?... No, nunca moriré. Cuando tú estés conmigo, la muerte no se atreverá siquiera a visitar nuestra casa.

G a l i a (*apesadumbrada*). ¡Ay, Nazar, no hables así! El terror me domina y mi corazón se oprime de dolor, como si presintiera alguna desdicha, una mala hora.

N a z a r. ¿De qué desdicha hablas? ¿Dónde la ves? Para nosotros no hay desdicha alguna en este mundo.

G a l i a. No sé, Nazar, pero mi corazón se desgarrá de dolor... No dejo de pensar en mi padre.

N a z a r. ¿Para qué piensas en él? No pienses y te pondrás alegre. ¿Sabes? Llegaremos a Kodak... Es una ciudad de la región de Zaporozhie... En cuanto lleguemos nos iremos derechitos a la iglesia y nos casamos. Después, ni siquiera el *hetman* será capaz de separarnos, y viviremos allí dichosos y alegres, durante mucho tiempo. Tú cantarás y bailarás y yo tocaré la cítara y te contaré las heroicas hazañas de los cosacos; te hablaré de Savva Chaly y Svirgovski, de todos, de todos nuestros gallardos cosacos. Después me vas a dar un hijo, un mocetón de ojos negros, y lo mandaremos a la *Sech*. Le plantaré allí ante el ejército cosaco y hablaré así: "Admírense, asómbrense, éste es mi hijo. ¡Mi Galia ha criado y educado a tan gallardo mozo!" ¿Qué, estás alegre?

G a l i a. Sí, Nazar, amor mío, pero me sigue oprimiendo el corazón. Me parece que mi padre ya se ha dado cuenta y me busca.

N a z a r. ¡Dios sabe en qué piensas! Ahora llegarán los caballos, y no van a encontrarnos aunque revuelvan toda la tierra. No te apenes, amor mío.

G a l i a. ¿Sabes? Vamos a casa, le despertamos, nos ponemos ante él de rodillas... y nos perdonará, él me quiere.

N a z a r. ¿Es que yo no se lo he pedido? ¿Acaso no me he puesto ante él de rodillas? Tú misma lo has visto.

G a l i a. Sí, lo vi; tú se lo pediste... Nazar, pero es mi padre.



Nazar. ¡Mejor hubiera sido no conocer a semejante padre!

Galia. Tú te enojas, Nazar. No te enojas, querido, amor mío. Mírame, ya estoy alegre, ya no siento el haberle dejado. . . Bésame, lucero mío, mi amor.

*(Se abrazan y besan.)*

Nazar. ¡Ay, dicha mía, mi sueño encantado! ¡No te apenes, amor mío! Pronto vamos a salir volando y ni el viento nos va a alcanzar. Mira qué noche más hermosa. Como si festejara nuestra dicha; noche tranquila y clara como tus claros ojos. ¿No tienes miedo? Espera aquí un poco. Voy a salir al camino y ver si viene alguien.

Galia. No, no temo nada.

Nazar. ¿Pero, por qué te afliges de nuevo?

Galia. No es nada, no te preocupes. Me he acordado de mi difunta aya. Ella me contó que en esta posada, hace ya muchos años, se detuvo para pasar la noche un cosaco de Zaporozhie, y al día siguiente lo encontraron en Tiasmín. También me contó que aquí Bogdán<sup>4</sup> tropezó con su hijo Timoféi<sup>5</sup>, cuando los cosacos lo traían de Moldavia, cubierto con una sábana roja de seda china, y cómo aquí los de Zaporozhie degollaron a unos judíos. Desde entonces, nadie vive en esta posada: todas las noches aparecen los judíos muertos. . . ¡Ay, qué miedo me da estar aquí!

Nazar. Dios sabe las tonterías que te contó tu aya.

Galia. Ella juraba que era verdad todo lo que decía. No te vayas, mejor será que te quedes conmigo o vamos los dos juntos. Tengo miedo de separarme de ti, no me dejes ni siquiera por un minuto.

Nazar. Bien, no iré. . . ¿Tienes frío?

Galia. No, tu gorro es tan caliente. *(Se quita el gorro de los pies y lo besa.)* ¡Ah, mi gorrito querido! ¡Póntelo, que tú también te has helado!

Nazar. Póntelo tú. Quiero ver cómo te sienta el gorro cosaco. *(Ella le obedece. Nazar la mira, enamorado.)* Sólo te

faltan bigotes negros, un sable de Damasco y una pistola al cinto para ser un verdadero cosaco. (*La besa.*) ¡Cosaquito mío, morenito!

Galia (*le pone el gorro*). A ti te sienta mejor. Espera, te voy a poner una cinta. ¿Sabes cómo la lleva el novio durante la boda?

Nazar. Ya tendrás tiempo de hacerlo mañana.

Galia. Ah, espera. Se me había olvidado. ¡Si he cogido de casa el pañuelo que bordé para ti! (*Saca del seno un pañuelo blanco, bordado con hilos de seda roja y se lo ofrece a Nazar.*) ¿Qué, es bonito? Yo misma lo he bordado y también me gané el dinero que costó la seda.

Nazar. Gracias, amor mío.

Galia. ¿Quieres que te cante la canción del pañuelo que oí cantar en casa de mi tío, en Chiguirín?

Nazar. Si es una canción alegre, cántala.

Galia. No, no es alegre. Sabes, estoy ya cansada de estar tanto tiempo así. Escucha.

(*Avanza hacia el proscenio y canta la canción "El pañuelo". Nazar está de pie, meditabundo.*)

Galia. ¿Por qué estás triste? No tenía que haber cantado.

Nazar. No es nada, amor mío. Toma tu pañuelo. (*Le entrega el pañuelo*). Mañana me lo regalas de nuevo.

Galia. ¿Para qué lo quiero? Rómpelo si no te gusta, bordaré otro (*apesadumbrada*), pero no sé cuándo. (*Se calla, llora.*)

Nazar. No llores, querida, amor mío. Mira qué alegre estoy.

Galia. ¿Estás alegre? ¿Pues, por qué llorabas? Sabes algo que no quieres decirme. ¡Dímelo, pichoncito mío, dímelo, corazón mío!

Nazar. Sí, sí, ya sé, querida mía, que soy el hombre más dichoso de la tierra.

G a l i a. Yo lo soy más. ¡Nunca más cantaré esta canción del pañuelo!

N a z a r. Yo te enseñaré otra canción alegre, muy alegre y muy bonita.

*(Se miran a los ojos y se besan. Jomá y Steja aparecen por detrás de un armario.)*

J o m á. ¡Aquí! ¡Aquí están! ¡Venid aquí!

G a l i a. ¡Mi padre!... ¡Estoy perdida!

S t e j a *(corriendo alrededor de ellos)*. ¡Coronela! ¡Coronela!

*(Nazar, en silencio, toma con su mano izquierda a Galia y empuña el sable con la derecha. Jomá, rápido, lanza contra Nazar a sus criados. Steja se esconde.)*

J o m á *(furioso)*. ¡Besaos, besaos, palomitos! *(A sus criados.)* ¡Apaleadlo como a un perro! ¿Por qué os quedáis así? ¡Apresadlo, despedazadlo!

*(Los criados se muestran indecisos.)*

N a z a r. Quien quiera irse a la tumba que me ataque. *(A Jomá.)* ¿Qué quieres tú?

J o m á. ¡Tu muerte, malvado!

N a z a r. ¿Y para qué me azuzas esos perros? Anda, ven, mátameme tú mismo, si quieres.

J o m á. ¡No quiero mancharme las manos! ¡Agarradle! ¡Ah, perro maldito, te voy a despedazar! *(Se pelean a sablazos.)*

G a l i a *(cae de rodillas entre ellos)*. ¡Padre, mátameme, mátameme a mí! Yo soy la culpable, yo he despertado tu cólera... Mátameme, padrecito, pero no me llesves contigo.

J o m á. ¡Cállate, gata robada!

N a z a r *(a Jomá)*. ¡Cállate, diablo feroz!

J o m á. ¡Dame mi hija!

G a l i a. ¡No, no lo consientas, no! ¡Antes me voy a ahogar!

J o m á. ¡Ahógate, víbora, antes de que te aplaste!

G a l i a. ¡Mátame, pisotéame, tu hija soy!

J o m á (*a sus criados*). ¡Prendedlo! ¡Os voy a colgar a todos! ¡Os voy a cubrir de oro!

(*Los criados se lanzan sobre Nazar.*)

G a l i a. ¡Os está engañando, os está engañando!

J o m á. ¡No os engaño! ¡No aúlles, cachorro ciego!

(*Se lanza sobre Galia, Nazar se interpone. Los criados atacan a Nazar por la espalda y le retuercen los brazos.*)

J o m á (*suelta una carcajada*). ¡Lobo, lobito! ¿Por qué no nos devoras?

N a z a r. ¡Fuera de aquí, sapo asqueroso!

G a l i a (*de rodillas ante Jomá*). ¡Padre mío, verdugo mío! Día y noche voy a llorar por tu culpa. Bailaré, lloraré. Haré todo lo que usted quiera, ¡pero no lo mate! Me casaré con el coronel. . .

N a z a r. ¡Galia!

G a l i a. No, no. . . (*Pierde el conocimiento y cae.*)

J o m á (*a sus criados*). ¿Pero qué estáis mirando? Que muera ese perro, mientras tanto arrancadle el pellejo.

(*Un criado levanta una estaca para golpear a Nazar.*)

J o m á. Espera, tú, que no somos tártaros. ¿Para qué matarle? ¿Tenéis alguno de vosotros alguna cuerda, cinturón o riendas para atarlo de pies y manos?

(*Los criados atan con sus cinturones a Nazar.*)

S t e j a (*cae al lado de Galia, que sigue sin sentido*). ¡Ay, palomita mía, querida! ¡Si yo llego a pensar que así acabaría la cosa! Despierta, gacela mía, golondrinita mía.

J o m á. ¡Bien, así está bien! Amordazadle ahora. A propósito, me parece que tiene un pañuelo en la mano. ¿No es el pañuelo de bodas? No importa, para algo servirá.

*(Lo amordazan con el pañuelo.)*

J o m á. No le amordacéis muy fuerte, que pueda por lo menos quejarse. Aunque la helada arrecia, creo que podrá aguantar mucho tiempo. Pero si le ataca una manada de lobos... y éstos perciben de lejos la presa... van a tener un desayuno no peor que el del *hetman*. Dejadle sobre ese blanco colchón. Que duerma bien y piense con quién se había atrevido a gastar bromas.

*(Los criados dejan tumbado a Nazar sobre la nieve.)*

J o m á *(señalando a Galia)*. Se ve que ésta se ha atufado... ¡Tomadla!... Ya despertará en casa.

*(Los criados levantan a Galia y se la llevan.)*

S t e j a *(toma a Jomá de la mano y lo lleva detrás de Galia)*. ¿Qué? ¿Vas a decir que no te quiero?

J o m á. Gracias, gracias. *(A Nazar.)* ¡Que te vaya, bien, amigo! No me guardes rencor. ¡A ver si sueñas con alguna boda alegre!

*(Jomá y Steja hablan en voz baja y desaparecen.)*  
*Nazar se queja débilmente. En seguida, detrás de la escena, se oye un fuerte ruido.)*

L a v o z d e J o m á *(desde lejos)*. ¡Echadle a tierra! ¡Amarradle!

G n a t *(tras las bambalinas.)* ¡Vamos a ver quién amarra a quién, traidor, malvado! *(Galia aparece corriendo y se echa sobre Nazar.)*

G a l i a. ¡Amor mío! ¡Mi corazón! (*Le quita la mordaza.*)

N a z a r. ¡Me ahogo, no puedo respirar!

G n a t (*trae a Jomá, fuertemente sujeto del pecho*). Te pregunto por última vez: ¿Le das a Nazar tu hija por esposa o no?

J o m á. ¡No!

G n a t. Pues, muere, perro rabioso. (*Levanta el sable.*)

J o m á. ¡Espera! ¿Conoces tú nuestra costumbre cosaca?

G n a t. ¿Que me tendrán que enterrar vivo al lado de tu repugnante cadáver? ¡Sí, la conozco! (*A los criados.*) ¡Cavad la tumba! (*Le apunta con la pistola.*)

J o m á. ¡Amarradle!

(*Mientras tanto, Galia desata a Nazar.*)

N a z a r. ¡Ay, mi dicha! ¡Amor mío!

G n a t. ¡Cavad la tumba! (*A Jomá, contra el cual tiene apuntada la pistola.*) Oye, mal hombre, ¿por qué te quieres perder sin confesarte siquiera y a mí me arrastras contigo? ¡Despídete de este mundo! ¡Ruega a Dios! (*A Nazar.*) ¡Nazar, hermano, amigo mío! ¡Entiérrame con toda honra! Adiós, que nosotros. . .

N a z a r. Espera. . .

G a l i a (*a Gnat*). Espera.

N a z a r. Suéltale, no vale tanto como para que te pierdas por él. No condenes tu alma. (*A Jomá.*) Vete, malvado, vete a donde se te antoje. No ha permitido Dios que yo me perdiera, ni yo ansío sangre ajena. ¡Vete!

J o m á (*cae ante Nazar*). ¡Nazar, hijo mío! Mátame, martirízame, descuartízame, pero, nunca me perdones! (*Cae a los pies de Nazar y llora.*) ¡Ay, qué malo, qué insidioso soy! ¡Ay, pecador de mí, maldito sea! . . . ¡Hija mía, mi dicha, pídele que me mate; mejor es que me mate y no siga yo enturbiando la luz del día! (*Llora de nuevo.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

N a z a r (*lo pone en pie*). Levántate; ruega a Dios, pecador. Si los hombres te perdonan, Dios aún es más misericordioso.

J o m á (*ya en pie, se enjuga las lágrimas*). ¡Ay, estas lágrimas, estas malditas lágrimas! ¿Por qué no se han vertido antes? Nazar, voy a recluirme en un monasterio... Vestido de hábitos, voy a pagar mi crimen. Toma todos mis bienes, toma a mi Galia, toma todo lo mío. ¡Galia! ¡Nazar! Abrazaos, besaos, hijos míos. Aunque pecador soy, también soy padre.

*(Nazar y Galia se besan.)*

¡Que Dios os dé su bendición!

TELON

1843-1844

## NOTAS

### PEREBENDIA

1. *Perebendia* (en ucraniano): “parlanchín”, “excéntrico”.
2. *Kobza*: instrumento nacional de cuerda.  
*No susurres, prado...*, *Alamo, Paloma*, etc.: canciones populares ucranianas.
4. *Chaly*: héroe de la historia ucraniana; uno de los jefes de los *gaidamaki*.
5. *Grits*: diminutivo de Gregorio, aquí: canción lírica ucraniana.
6. *Sech*: centro de los cosacos de Zaporozhie, mandado destruir por Catalina II en 1775.
7. *Kobzar*: tañedor de *kobza*.

### KATERINA

1. *Zhukovski, Vasili Andréievich* (1783-1852): conocido poeta ruso. El y el pintor K. Briulov influyeron para que Shevchenko fuera liberado de la servidumbre. En memoria del día de la liberación, Shevchenko le dedica este poema.
2. *Moskals*: así se llamaba en Ucrania a los militares del ejército zarista.
3. *Brovari*: aldea cerca de Kíev.

### LA NOCHE DE TARAS

1. Shevchenko se refiere a la noche de la derrota del ejército del polaco Koniecpolski. El poema narra el levantamiento del pueblo ucraniano contra los feudales polacos en la primavera de 1630. Después de tres días de enconada lucha, los insurrectos aniquilaron completamente, por la noche, a las tropas de Koniecpolski.
2. Se refiere a la época en que Ucrania estaba regida por los hetmanes ucranianos, es decir, jefes militares. En 1764 se suprimió en Ucrania esta forma de gobierno.
3. *Uniatos*: adeptos de la Unión, proclamada en 1596, en virtud de la cual la iglesia ortodoxa de Ucrania y Bielorrusia quedaba sometida a la iglesia católica. Tal acuerdo despertó airadas protestas de las masas populares, pues perseguía el fin de polonizar al pueblo ucraniano y separarlo del pueblo ruso.
4. *Nalivaiko*: jefe del levantamiento popular contra la Polonia feudal de fines del siglo XVI. Después de caer prisionero, fue ejecutado en Varsovia en 1597.



5. *Pavliuga*: uno de los dirigentes del levantamiento de los campesinos ucranianos contra la Polonia feudal en 1637. Fue ejecutado en Varsovia al año siguiente.
6. *Zhupanes*: chaquetones zaporogos.

## LOS GAIDAMAKI

1. *Gaidamaki*: Los *gaidamaki*, en su mayoría de procedencia campesina, se alzaron, en distintas épocas, contra los feudales polacos, que oprimían a Ucrania. Por su envergadura, se distinguieron los levantamientos de los años 1733-1734 y de 1768. Este último movimiento (conocido por el nombre de la "Kolívschina"), encabezado por Gonta y Zalizniak, fue aplastado cruelmente por la Polonia feudal.
2. *Vasili Ivánovich Grigoróvich* (1786-1865): secretario de la Academia de Bellas Artes. Se interesó vivamente por la liberación de Shevchenko de la servidumbre. Como agradecimiento y como recuerdo del día de la liberación, Shevchenko le dedicó el poema *Los gaidamaki*.
3. *Yarema*: principal figura representativa en *Los gaidamaki*. Se trata de un pobre bracero ucraniano que participa más tarde en la sublevación.
4. Shevchenko tiene en cuenta la literatura sensiblera en que se idealizaba la vida campesina.
5. *Bunchuk*: símbolo de mando de los hetmanes, consistente en un asta rematada por una bola metálica, de la que pendía una cola de caballo.
6. *Sotniks*: oficiales cosacos.
7. *Jórtitsa*: isla del Dniéper donde se encontraba el estado mayor de la *Sech*.
8. *Metélitsa*: baile popular de Ucrania.
9. *Gopak*: baile popular de Ucrania.
10. *Tma, mna*: sílabas empleadas en la enseñanza primaria de la antigua lengua eslava.
11. *Oxia*: acento agudo del antiguo eslavo.
12. *Jan Sobieski*: rey de Polonia desde 1674 a 1696.
13. *Stefán Batory*: rey de Polonia desde 1575 a 1586.
14. *Dieta (Seim)*: parlamento polaco.
15. *Nie pozwalam* ("No lo permito"): cada miembro de la Dieta polaca tenía derecho al veto de cualquier proposición. Para ello bastaba con pronunciar esa frase.
16. *Poniatowski Stanislaw II August*, último rey de Polonia (1764-1795): aunque elegido constitucionalmente por la Dieta, de hecho

- fue Catalina II quien le subió al trono. Fue un rey sometido a la voluntad del zarismo ruso.
17. *Pulawski y Pac*: feudales polacos que encabezaron la oposición contra Poniatowski.
  18. *Confederaciones*: uniones, alianzas armadas de los feudales polacos, descontentos con la política de Poniatowski, en particular con la ley de 1768, según la cual a los cristianos ortodoxos se les igualaba en derechos a los católicos, y a la vez se mermaban los derechos de los polacos. Las confederaciones luchaban bajo la bandera de la defensa de la fe católica, de la libertad de los feudales. La confederación más fuerte fue la de Bar, región de Podole, dirigida por Pulawski. En Ucrania, los confederados escarneaban al pueblo, robaban, destruían las casas. La "Koliivschina" fue la respuesta del pueblo ucraniano a la inhumana explotación y a las humillaciones a que era sometido por los feudales polacos.
  19. *Medvédevka*: "cuentan que el *esau*l Zalizniak, sin esperar al amanecer, pasó a sangre y fuego por la aldea de Medvédevka, situada entre Chiguirín y Zvenígorodka". (*Nota de T. Shevchenko.*)
  20. *Camino Negro*: "empezaba este camino en el Dniéper, entre la desembocadura de los ríos Sokorevka y Nosochovka, y seguía por las estepas de la región de Zaporozhie, Kíev, Podol y Volyn, hacia Rusia y Lvov. Se llamaba negro porque por él iban los tártaros a Polonia. Por donde la caballería tártara pasaba, la hierba no volvía a crecer más". (*Nota de T. Shevchenko.*)
  21. *Domaja*: sable de acero de Damasco.
  22. *Goly*: desnudo.
  23. *Bedá*: desgracia; *galaida*: peregrino.
  24. "Antes de la Unión, los cosacos ucranianos y los polacos vivían en paz y amistad. De no ser por los jesuitas no se hubieran enzarzado en sangrientas luchas. El jesuita Posevin, mandatario del Papa, fue el primero en imponer la Unión en Ucrania". (*Nota de T. Shevchenko.*)
  25. *Kerelivka* o *Kirílovka*: "aldea de la región de Zvenígorodka. La moneda que Zalizniak dio al muchacho aún la conserva un hijo de él. Yo mismo la he visto". (*Nota de T. Shevchenko.*) En Kirílovka pasó Shevchenko sus años de la infancia.
  26. *Budischa*: "aldea no lejos de Kerelivka. En una hondonada hay un lago y en torno a él se extiende el bosque denominado Gupalívschina ("Caída de peras"), porque allí Zalizniak tiraba de los árboles a los polacos, escondidos entre las ramas. El sótano donde estaba escondido el tesoro de los polacos aún puede verse, aunque ya está casi derruido". (*Nota de T. Shevchenko.*)
  27. *Lysianka*: aldea de la región de Zvenígorodka, en el río Gnily-

Tikich. Allí se encontraron Gonta y Zalizniak y destruyeron una casa de nobles, construida, según se creía, por Bogdán Jmelnitski. (*Nota de T. Shevchenko.*)

28. Estos versos fueron tomados por Shevchenko de la canción popular sobre Shvachka. El poeta incluyó este epígrafe en la edición de 1860.
29. Gonta no mató a sus hijos. Conservó la vida al hijo del gobernador de Umán Mladanóvich, de siete años de edad. Mladanóvich escribió más tarde memorias sobre la Koliúschina, y en ellas no hace mención a la muerte de los hijos de Gonta.
30. *Basilianos*: Monjes de la orden de San Basilio. En la ciudad de Umán tenían los basilianos una escuela, donde estudiaban los hijos de los feudales polacos.
31. “Valiéndose de una traición, los polacos tomaron prisionero a Gonta y lo martirizaron cruelmente. Entre cadenas lo llevaron al campamento no lejos de Balta, después de haberle cercenado la lengua y la mano derecha, le arrancaron la lengua por orden del general B. para que no pudiera Gonta hablar nada contra él. Después, los verdugos lo desnudaron y le sentaron sobre un montón de hierros al rojo vivo. Luego le arrancaron doce tiras de piel de su espalda. En su agonía Gonta abrió los ojos y clavó una mirada de odio en el general B. Este levantó el brazo, y entonces los verdugos descuartizaron al *gaidamak* y después los pedazos de su cuerpo los colgaron en los postes de los cruces del camino. Al saber Zalizniak que tan bárbaramente habían martirizado a Gonta, se puso a llorar, y poco después cayó enfermo y murió. Los *gaidamaki* lo enterraron en la estepa, cerca del Dniéster, y se dispersaron”. (*Nota de T. Shevchenko.*) Más detalles sobre la muerte de Gonta pueden leerse en los libros y memorias polacos escritos en aquel tiempo. B. es Branicky. A Zalizniak lo derrotó un destacamento de las tropas del zar en la orilla del río Bug. Camino a Moscú. Zalizniak logró escapar pero fue capturado y traído a Moscú y de allí mandado al presidio de Nérchinsk.

## GAMALIA

1. *Prado Grande*: antiguo nombre de un lugar situado en la orilla izquierda del Dniéper, no lejos de su desembocadura, donde los zaporogos cazaban y pescaban.
2. *Limán*: estuario del Dniéper.
3. *El Monje*: se refiere al hetman Pedro Kanashévich-Sagaidachny. Bajo su mando, los cosacos realizaron diversas campañas victoriosas contra los turcos.

## SUEÑO

1. *El zar de la libertad, el zar coronado con sello*: se trata de un revolucionario deportado por el zarismo a Siberia. A los forzados se les marcaba entonces con un sello.
2. *Sobre un pantano una ciudad*: se trata de San Petersburgo.
3. *Jojol*: ucraniano, en sentido despectivo.
4. *El Mismo*: se trata del zar Nicolás I.
5. *Fortaleza y campanario*: se trata de la fortaleza de Pedro y Pablo y de la iglesia, situadas enfrente del Palacio de Invierno.
6. *Al Primero, la Segunda*: en el monumento a Pedro I, erigido por encargo de Catalina II en 1782, hay una inscripción en dos idiomas, ruso y latín: "A Pedro I, Catalina II". Empujado por el justo odio al zarismo, Shevchenko no supo ver el papel histórico-progresivo de Pedro I.
7. *El Oso*: el poeta alude al zar Nicolás I.

## EL HEREJE

1. *Hereje*: en la Edad Media, en Chequia (Bohemia) fue declarado hereje Jan Hus (1369-1415), siendo quemado en la hoguera por predicar contra el Papa de Roma.  
Shevchenko canta a Hus, exaltando la lucha contra la invasión germana de los pueblos eslavos.
2. *Šafárik, Pablo* (1795-1861). —Sabio checo. Profesor de la Universidad de Praga, luchó por la liberación del pueblo checo de la dominación austro-alemana.
3. *El gran hereje de Constanza*: se trata de Jan Hus. Constanza es la ciudad donde Hus fue declarado hereje.
4. *Comerciante de sangre*: Shevchenko alude al Papa de Roma.
5. *La Capilla de Belén*: nombre de una capilla, en Praga, en la que Hus predicó desde el año 1412 contra el Papa de Roma y la Iglesia Católica.
6. *Aviñón*: ciudad del Sur de Francia que fue algún tiempo sede del pontificado.
7. *Han empezado a graznar los gansos*: el apellido Hus significa ganso.
8. *Reunir en Constanza a todos los cuervos*: se sobreentiende, a los Cardenales de Constanza.
9. *El viejo Žižka de Tabor*: Jan Žižka encabezó en 1419, después de que Jan Hus fue quemado en la hoguera, el levantamiento del pueblo checo contra la dominación alemana.

## EL CAUCASO

1. *Churek y saklia*: en varias lenguas del Cáucaso del Norte, significan pan y casa, respectivamente.
2. Se refiere a David.

## A LOS MUERTOS, A LOS VIVOS Y A LOS NO NACIDOS

1. *Kollar, Jan* (1793-1852): poeta y sabio checo, profesor de la Universidad de Viena. Defendió la unión de checos y eslovacos, así como la de otros pueblos eslavos.
2. *Šafárik, P.* (1795-1861): filólogo e historiador checo.
3. *Hanka, V.* (1791-1861): poeta y sabio checo, profesor de la Universidad de Praga.
4. *En la Sech patatas siembran*: alusión a la colonización de una parte del sur de Ucrania por los alemanes, en la época de Catalina II.

## A. N. KOSTOMAROV

1. *Kostomárov, Nikolai Ivánovich* (1817-1885): historiador y escritor ucraniano. Profesor de la Universidad de Kíev.

## EL MONJE

1. *Prado* (el Gran Prado): extenso terreno a la orilla derecha del Dniéper, lugar donde acampaba la *Sech* de Zaporozhie.
2. *Semión Pali*: un coronel de cosacos ucranianos, se oponía a Mazepa en su traición. Mazepa arrestó a Pali y Pedro I le desterró a Siberia. Cuando se descubrió que Mazepa era un traidor, Pedro hizo volver a Pali.
3. *Vyshgorod*: una aldea de la región de Kíev.
4. *Zvonkovi*: se trata de un pozo, o fuente, en un barranco, cerca del convento.
5. *Berdichev*: ciudad ucraniana donde Mazepa arrestó a Pali.
6. *Borzna*: lugar de nacimiento de Pali; *Fastóuschina*: ciudad donde fue coronel.

## ZARES

1. *Rogvolod*: príncipe de Polotsk (en la Bielorrusia actual). segunda mitad del siglo X.

## MARINA

1. *Kirik*: bandolero famoso.

## EL ILUMINADO

1. *Zar sargento*: se alude al zar Nicolás I.
2. *Gavrilych, este manco cabo*: se alude a Dmitri Gavrilovich Bíbikov, gobernador general de una parte de Ucrania en los años 40 del siglo XIX.
3. *Dolgoruki*: gobernador general de una parte de Ucrania en los años 40 del siglo XIX.
4. Se alude a Pisarev, jefe de la cancillería de Bíbikov.
5. *Polianos, dulebos, drevlianos*: antiguas tribus eslavas. Aquí se sobreentienden los ucranianos.
6. *Kiyanos*: antiguo nombre de los habitantes de Kíev.
7. Se alude a la capital de Rusia, San Petersburgo.
8. Se trata de Dios.
9. En estas líneas y las que siguen Shevchenko alude a los decembristas.

## EL PINTOR

1. *León X y Julio II* (Shevchenko, equivocadamente, da el nombre de León II): papas de Roma, quienes gastaban sus enormes ingresos en construcciones y cuadros de famosos pintores.
2. *El castillo Mijáilovski*: uno de los palacios de Petersburgo, donde vivió y fue estrangulado por unos conspiradores el zar Pablo I en el año 1801.
3. *Fráclito y Heráclito*, estatuas, cuyos nombres Shevchenko cita de memoria. La segunda es posible que representara al filósofo griego Heráclito; no se sabe a quien representaba la primera, ya que no hay tal nombre griego Fráclito. Se puede suponer que el primero es Demócrito, filósofo que con frecuencia contraponen a Heráclito.
4. *Carlomagno*: Karl Pávlovich Briulov (1792-1852), conocido pintor ruso, maestro de Shevchenko, conocido y amigo íntimo del célebre poeta Vasili Zhukovski, ambos tomaron parte muy activa en la liberación de Shevchenko de la servidumbre.
5. *Palmira*: capital de uno de los antiguos reinos de Siria. En los años 20-30 del siglo XIX los poetas y prosistas llamaban a la capital rusa San Petersburgo la "Palmira del Norte".
6. *El puerco con zapatillas de Torzhok*: zapatillas fabricadas, en la ciudad de Torzhok, de la antigua región de Tversk, famosa por

sus artículos de calzado y terciopelo. "El cerdo" es el terrateniente amo de Shevchenko: Pável Vasílievich Engelhardt.

7. *Pliushkin*: personaje de *Almas muertas* de Gógol.
8. En el malecón del Nevá, en San Petersburgo, cerca de la Academia de Bellas Artes, fueron colocadas en el año 1834 dos esfinges de piedra, traídas de Egipto.
9. "*Andrómaca ante el cadáver de Patroclo*": según la *Iliada*, Andrómaca es la esposa de Héctor, príncipe de Troya muerto por Aquiles, uno de los jefes de las tropas griegas que cercaron a Troya. Shevchenko, equivocadamente, da el nombre de Patroclo en lugar de Héctor.
10. *Lelewel* (1785-1861): historiador polaco, participante activo del levantamiento polaco de 1831.
11. *Clarisa*: novela en estilo epistolar, de Samuel Richardson, escritor inglés del siglo XVIII, representante del realismo sentimental.
12. Alusión a Júpiter.

## DIARIO

1. *Iskander*: seudónimo de Herzen.
2. *Povóinik*: tocado de las campesinas rusas casadas, consistente en una especie de turbante enrollado a la cabeza.

## NAZAR STODOLIA

1. *Chiguirín*: ciudad de la provincia de Kíev. En el siglo XVII fue residencia del hetman de Ucrania.
2. *Bratski*: monasterio fundado a fines del siglo XVI, situado en el distrito de Podol, de la ciudad de Kíev. Fue escuela y academia.
3. *Kozachok*: baile típico ucraniano.
4. *Bogdán Jmelnitski*: hetman de Ucrania y jefe de la lucha del pueblo ucraniano por su independencia, contra la nobleza polaca (siglo XVII).
5. *Timoféi*: hijo de Bogdán Jmelnitski, murió en 1653 en Moldavia a consecuencia de las heridas recibidas en un combate contra las tropas de la nobleza polaca.

## INDICE

<i>Evgueni Kiriliuk. El genial poeta de Ucrania (traducción de Arnaldo Azzati)</i> . . . . .	7
--	---

### VERSOS

<i>La hechizada (traducción de María Cánovas)</i> . . . . .	17
<i>“Canciones, canciones mías...” (traducción de Antonio Gavina, redactado por María Cánovas)</i> . . . . .	24
<i>Perebendia (traducción de Anatolio Stárostin)</i> . . . . .	29
<i>Katerina (traducción de César Arconada)</i> . . . . .	32
<i>La noche de Tarás (traducción de José Santacreu)</i> . . . . .	57
<i>Los Gaidamaki. Fragmentos del poema</i> . . . . .	62
<i>“Todo llega... y pasa, infinitamente...” (traducción de Angel Herráiz)</i> . . . . .	62
<i>Introducción (traducción de César Arconada)</i> . . . . .	70
<i>Festín de sangre (traducción de César Arconada)</i> . . . . .	72
<i>Gupalívschina (traducción de César Arconada)</i> . . . . .	77
<i>Gonta en Umán (traducción de César Arconada)</i> . . . . .	82
<i>Epílogo (traducción de César Arconada)</i> . . . . .	90
<i>Gamalia (traducción de César Arconada)</i> . . . . .	95
<i>Noches de doncella (traducción de María Cánovas)</i> . . . . .	102
<i>Sueño (“Cada hombre tiene su destino...”) (traducción de Antonio Gavina)</i> . . . . .	104
<i>No cases con mujer rica... (traducción de César Arconada)</i> . . . . .	120
<i>El hereje (traducción de Antonio Gavina, redactado por María Cánovas)</i> . . . . .	121
<i>La criada (traducción de José Santacreu)</i> . . . . .	133
<i>El Cáucaso (traducción de Angel Herráiz)</i> . . . . .	150
<i>A los muertos, a los vivos y a los no nacidos... (traducción de Cípriano González)</i> . . . . .	157



Testamento ( <i>traducción de César Arconada</i> ) . . . . .	165
Azucena ( <i>traducción de Francisco Ferrer</i> ) . . . . .	166
“Confieso que no me importa. . .” ( <i>traducción de Vicente Arana</i> )	169
“No abandones a tu madre. . .” ( <i>traducción de Agustín Manso</i> )	170
A N. Kostomárov ( <i>traducción de Vicente Arana</i> ) . . . . .	172
“Junto a la jata. . .” ( <i>traducción de Vicente Arana</i> ) . . . . .	173
La princesita ( <i>traducción de Angel Herráiz</i> ) . . . . .	174
A N. N. (“El sol se esconde, se enturbia el monte. . .”) ( <i>traducción de Agustín Manso</i> ) . . . . .	188
A N. N. (“A los trece años, en un prado. . .”) ( <i>traducción de Anatolio Stárostin</i> ) . . . . .	189
El monje ( <i>traducción de Julio Mateu</i> ) . . . . .	191
El fugitivo ( <i>traducción de José Santacreu</i> ) . . . . .	195
Zares ( <i>traducción de César Arconada</i> ) . . . . .	201
“¿Te asustarás, amor mío. . .?” ( <i>traducción de Agustín Manso</i> )	209
Marina ( <i>traducción de Angel Herráiz</i> ) . . . . .	210
“Hoy el cielo. . .” ( <i>traducción de Vicente Arana</i> ) . . . . .	221
“Si supieran ustedes, señores. . .” ( <i>traducción de Angel Herráiz</i> )	222
El iluminado ( <i>traducción de Anatolio Stárostin</i> ) . . . . .	225
Sueño. (“Estaba segando trigo. . .”) ( <i>traducción de Agustín Manso</i> ) . . . . .	221
“Hasta ahora, gozo de buena salud. . .” ( <i>traducción de Angel Herráiz</i> ) . . . . .	230
Isaías. Capítulo 35 ( <i>traducción de Julio Mateu</i> ) . . . . .	231
A mi hermana ( <i>traducción de Anatolio Stárostin</i> ) . . . . .	233
María ( <i>traducción de César Arconada</i> ) . . . . .	234
Himno de las monjas ( <i>traducción de Angel Herráiz</i> ) . . . . .	258
“Luz preclara, luz callada. . .” ( <i>traducción de Anatolio Stárostin</i> )	259
A Likeria ( <i>traducción de Anatolio Stárostin</i> ) . . . . .	260
“Ni Arquímedes ni Galileo. . .” ( <i>traducción de Angel Herráiz</i> )	261
“Y pasan días y noches. . .” ( <i>traducción de Agustín Manso</i> ) .	262
“No será hora de que yo te diga. . .” ( <i>traducción de Anatolio Stárostin</i> ) . . . . .	263

## PROSA

Autobiografía ( <i>traducción de Rafael Estrela</i> ) . . . . .	269
El pintor ( <i>traducción de Rafael Estrela</i> ) . . . . .	273
Diario ( <i>traducción de Angel Herráiz</i> ) . . . . .	391
Nazar Stodolia ( <i>traducción de Rafael Estrela y versos de José Santacreu</i> ) . . . . .	435
Notas . . . . .	485

## AL LECTOR

*La Editorial le quedará muy reconocida si le da a conocer usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.*

*Nuestra dirección:*

*Moscú, URSS*

*Editorial Progreso. Zúbovski bulvar 21.*

